



Amaia Oloriz

EL LARGO SUEÑO
DE TU NOMBRE

El largo sueño de tu nombre

El largo sueño de tu nombre

Amaia Oloriz Rivas

*Para Agustín,
por llegar a tiempo a mi vida.*

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: El largo sueño de tu nombre

© *Amaia Oloriz Rivas*

Código ISBN: 978—84—09—01607—5

Depósito Legal: DL NA 782—2018

La novela está inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Navarra.

Edición publicada en mayo de 2018

Diseño de portada y contraportada: Alexia Jorques

Maquetación: Myriam López Consalvi

Todos los hechos y personajes de esta novela son fruto de la imaginación de la autora.

*Para Agustín,
por llegar a tiempo a mi vida.*

Prólogo

Pamplona, 22 de mayo de 1938

¡Podéis salir, camaradas, somos libres! La voz potente del preso se abrió camino por el patio de la cárcel.

Joaquín se levantó de inmediato y zarandéo a Tomás, sentado junto a él en el suelo de la celda.

—¡Vamos, chico! —le dijo tirándole del jersey y levantándolo en volandas.

Pertenecían a la segunda brigada. Su calabozo estaba en la primera planta del fuerte de San Cristóbal. Apenas veinticinco metros cuadrados que les constreñían el ánimo, obligados como estaban a permanecer entre sus muros prácticamente el día entero, hacinados junto a una veintena de hombres más.

En la cara norte de la celda se abría una única ventana, desprovista de cristales y protegida por gruesos barrotes. Aquella abertura podía ser su amiga o su peor enemiga, todo dependía de la estación en la que se encontraran. En aquellos días de mayo se la sorteaban. Todos esperaban ansiosos su turno para pegar el rostro a los barrotes e inspirar, si el viento se mostraba generoso, el abanico de aromas con el que la primavera revestía el monte Ezkaba. Después, mirando al cielo, contemplaban con envidia el vuelo libre de las aves, y en ese frágil momento, casi milagrosamente, un eco lejano atravesaba el espacio colándose en aquel pequeño hueco y llenando su vacío con el recuerdo de otras primaveras. En ciertas ocasiones, los labios amados rompían la distancia para rozar ardientes la boca reseca del preso, y, en otras, incluso las risas llegaban hasta ellos, risas de hijos, de esposas, de padres, de hermanos, de amigos... risas que distraían al hambre que ocupaba sus cuerpos.

Alguien abrió la puerta de su celda y corrieron en tropel escaleras abajo. Atravesaron el patio sin despegarse el uno del otro y escondidos entre el tumulto de presos que, guiados por una voz anónima que gritaba *¡a Francia, a Francia!*, recorrían el patio del fuerte dirigiéndose hacia la puerta del presidio. Una vez la hubieron traspasado, y ante un horizonte extenso, la esperanza se instaló en su mente. El ansia de libertad azuzaba sus piernas

mientras corrían inmersos en un silencio poblado de miedo.

Joaquín iba por delante, a su zaga, Tomás y un grupo de seis compañeros más.

Tomás corría manteniendo su mirada en la camisa de Joaquín, un espacio descolorido donde enterrar la punzada que atravesaba su costado, o, tal vez, el lugar donde ocultar a sus ojos la desesperación de los camaradas, cuya debilidad les hacía ir cayendo desplomados. Joaquín se lo había advertido: «no te pares pase lo que pase, correr y correr es nuestra única esperanza».

Cuando Joaquín se detuvo, Tomás se dejó caer sobre la hierba. No había nadie más con ellos. Justo habían recuperado el resuello cuando se escucharon los primeros disparos. Una sombra de aullidos avanzaba implacable bajo grandes reflectores, y al silbido de las balas le seguía un rumor letal de gemidos.

Había dado comienzo la caza del hombre.

El brillo de las estrellas traspasaba el cristal del balcón, cubriendo la habitación de una luminosidad reparadora. Perdida en ese resplandor, Aurora esperaba asustada. Colocó la mano sobre su abultado vientre y mientras lo acariciaba con suavidad suplicó a su hijo que esperara.

Una nueva punzada le obligó a abrir la boca, y, aunque intentó acallar contra la almohada el quejido que le sobrevino, no pudo evitar que en el silencio de la noche sonara como un apagado maullido. Inspiró y espiró varias veces mientras duró la contracción, y cuando el dolor se fue diluyendo se levantó de la cama. Abrió con cuidado el armario y sacó el bolso que tenía preparado; comprobó, una vez más, que contenía todo lo que iba a necesitar y lo dejó en el suelo junto a la silla donde tenía la ropa. Se vistió y volvió a sentarse sobre la cama.

Abatida, contempló con detenimiento la habitación. Le aterraba abandonar aquel refugio, pero era consciente de que sus cuatro paredes ya no conseguían contener el eco de censura y reproche que anegaba cada rincón de la casa. Tenía veinte años y el vientre habitado por un hijo fruto de la deshonra, y al que, además, sin siquiera haber nacido, ya le habían arrebatado a su padre. Suspiró al recordar a Ignacio e instintivamente se cubrió la tripa con ambas manos.

—Yo te protegeré —prometió a su bebé.

Un mes antes había oído la conversación que mantenían sus padres, apenas un susurro que escapaba de su alcoba enmascarado en la oscuridad de la noche. Quiso el destino que, en ese preciso instante, su insomnio la condujera al cuarto de baño, ubicado a pocos metros de la habitación de sus progenitores. Su cuerpo, aleccionado en los últimos meses en disimular su presencia, pasó inadvertido para su padre. Aurora pudo escuchar con nitidez su voz: «En cuanto nazca lo entregaremos a la maternidad, ellos se encargan de gestionar adopciones, no vamos a permitir que la honradez de nuestra familia se vea manchada; es lo mejor para todos».

Ese recuerdo atrajo al miedo y Aurora se abrazó a su propio vientre.

—Nadie te va a apartar de mí —dijo acercando la boca a su prominente barriga.

Se calzó las alpargatas y levantándose de la cama se dirigió al balcón. Contempló por última vez el verdor apagado de los prados que rodeaban el pueblo; después, como si de ella pudiera emanar algún tipo de consuelo, buscó la luna en el cielo despejado y, durante unos instantes, se perdió en su blancura. Un profundo suspiro cubrió de vaho el cristal, y con su dedo índice dibujó, como solía hacer de niña, la inicial de su nombre.

Recuperó el bolso del suelo y sin mirar atrás salió de su habitación. Vislumbró por el rabillo del ojo la puerta del cuarto de sus padres, al final del pasillo, y algo se revolió en su corazón, pero no consiguió detenerla. Bajó sigilosa las escaleras y, de puntillas, se coló en la cocina.

Extendió sobre la mesa un paño y después entró en la despensa. Levantó la puerta de la carbonera y apartó con cuidado el carbón hasta dar con el paquete que unos días atrás había escondido allí. Lo colocó sobre la mesa y destapó su botín: un trozo de tocino, otro de chorizo, casi medio kilo de lentejas, cuatro manzanas y un puñado de nueces; traspasó la mercancía al paño y cruzando las puntas de éste las ató conformando un seguro hatillo. Esta vez el dolor llegó de improviso, y, apoyada en la mesa, sollozó impotente por su enorme sufrimiento.

Caminaba pegada a los muros de piedra de las casas, sin atreverse a levantar la mirada del suelo, intentando fusionarse con la oscuridad que reinaba en las calles.

«Esta maldita guerra tiene la culpa de todo» pensó mientras se alejaba de su casa.

Una nueva contracción la obligó a detenerse. Aproximó su cuerpo a la pared de la última casa de la calle e inspiró y espiró repetidamente. Sintió

cómo el dolor se propagaba por sus piernas y temió no poder contener el temblequeo que amenazaba con doblegarlas, desesperada giró la cabeza hacia el final de la calle, apenas quedaban doscientos metros para alcanzar el camino arbolado por el que debía adentrarse. Aspiró una profunda bocanada de aire y se forzó a caminar mientras ocupaba la mente con el recuento de sus pasos, como si de esa forma pudiera aliviar su tormento.

Le costó adaptar sus ojos a la oscuridad de la senda, el denso arbolado dificultaba que la luz de los astros se colara entre sus hojas. Caminaba casi a tienta, sujetándose en la rama que hacía de improvisado bastón y distrayendo su dolor con el bisbiseo que originaba el movimiento de las hojas; imaginó que era el viento quien le hablaba con ese suave aleteo, ocupando el silencio, acompañándola en su miedo. Tomó la bifurcación de la derecha cuando el camino se dividió en dos. Tuvo que detenerse varias veces paralizada por el dolor, y en más de una ocasión se dejó caer sobre la hierba decidida a abandonarse a su suerte; pero, en esos instantes, y sin saber de dónde salía, una fuerza propia y desconocida le obligaba a levantarse y continuar.

Respiró aliviada al distinguir el difuso muro que conformaba la hilera de robles; avanzó más rápido y, cuando estuvo ante él, se coló entre el hueco que dejaban dos troncos de añosa corteza. Imperceptible entre la maleza, al fondo del prado, estaba la borda.

Desatrancó la puerta y entró. Antes de encender la vela que guardaba en un hueco de la pared junto a la entrada, cerró los postigos de madera de las dos ventanitas que había a ambos costados. Prendió la mecha y la llama le ayudó a llegar hasta el camastro que estaba al final del refugio.

Abrió el bolso y sacó las sábanas, con una de ellas cubrió el colchón, la otra la colocó en un costado del jergón. Acercó hasta allí la única silla disponible. Llenó una palangana con agua del cántaro que hacía dos días había cargado hasta allí y la colocó sobre la silla. Después se quitó el vestido y doblándolo lo dejó sobre su respaldo. Una fuerte presión en sus genitales la obligó a tumbarse; se aferró al armazón de hierro del camastro y, ahogando el dolor entre intermitentes jadeos, incorporó el tronco a la par que empujaba con toda la fuerza de la que era capaz. Cuando pasó la contracción se dejó caer exhausta sobre el colchón. En ese momento la puerta de la borda se abrió precipitadamente, y dos sombras se adentraron cerrándola tras ellos.

—¡Ayudadme por favor! —suplicó rendida.

Las siluetas permanecieron inmóviles.

Una nueva contracción le hizo olvidarse de los silenciosos bultos.

Aurora contempló sobrecogida al hombre que la observaba. Nunca había visto a nadie tan delgado; todos los huesos de su rostro asomaban prominentemente sobre la piel que los cubría. Por el contrario, sus ojos casi habían desaparecido en dos oquedades profundas y baldías. El desconocido alargó su mano y secó el sudor que le cubría la frente.

—No sé si sabré hacerlo con usted, con el ganado me apañaba bien —le dijo con voz calmada.

Se colocó a los pies del camastro y acercó la vela a la entrepierna de la mujer.

—¡Tomás, rápido, ven aquí! —ordenó a la otra sombra.

Aurora examinó el rostro joven y asustado; su fina e imberbe piel había perdido totalmente el color. Le habían afeitado la cabeza no hacía mucho e infinidad de puntitas doradas brillaban por todo su cuero cabelludo. El chico le mantuvo la mirada con sus cansados ojos de viejo.

—¡Ya está aquí!, veo su pelusilla morena —advirtió el hombre—. Tiene que empujar con fuerza cuando llegue la siguiente contracción; yo intentaré sujetar la cabeza para que no se vuelva hacia atrás —le explicó con amabilidad.

—Tomás, colócate tras de mí y mantén la vela por encima de mi hombro —le pidió a su amigo.

El llanto del bebé rompió el silencio de la noche. Joaquín lo sujetó entre sus brazos observándolo con afecto. Aurora recuperaba el aliento sin perder de vista a su hijo. El desconocido se lo colocó sobre el vientre.

—Póngaselo en el pecho, mamará de inmediato —le indicó.

Aurora le sonrió agradecida.

—Déjeme lavarlo —le pidió el hombre cuando Aurora hubo besado cada centímetro de la piel de su hijo.

Aurora contemplaba ensimismada la delicadeza con la que las huesudas manos devolvían a su hijo el tono rosado de su piel, y, en ese momento, se diluyó todo el odio aleccionado. Supo que eran rojos, enemigos, demonios a los que había que temer, pero sin embargo, sentía el calor que desprendían ambos corazones.

—¡Ya está listo! —le dijo el hombre envolviéndolo en el arrullo que Tomás extrajo del bolso.

—Acérqueme ese hatillo —le pidió Aurora con su hijo ya entre los brazos.

Colocó sobre la cama el trapo y les pidió que se aproximaran; soltó los

nudos y dejó a la vista la comida.

—Podéis coger lo que queráis, creo que os hace más falta que a mí —les dijo tuteándolos.

El joven la miró incrédulo pero cuando Aurora asintió, atrapó una de las manzanas con rapidez. El hombre mayor le sujetó la mano antes de que la mordiera.

—Espera, Tomás, creo que ella también va a necesitar esta comida.

—Puedo conseguir más —mintió Aurora.

Se sentaron en el suelo con la espalda apoyada en la pared de enfrente al camastro mientras devoraban con pasión sus manzanas.

El bebé dormía plácidamente junto al pecho de su madre.

El hombre mayor rompió el silencio. Presentó a Tomás como su sobrino, hijo de su hermana mayor. Luego, con la mirada perdida más allá de las paredes de la borda, fue relatando todo el horror que encerraba el presidio del fuerte de San Cristóbal. Habló del frío, de los castigos, de la muerte y de cómo el hambre puede arrastrar hasta la locura..., se detuvo un momento, como si precisara borrar todos esos recuerdos antes de seguir; cerró los ojos unos segundos para después abrirlos empapados de un brillo esperanzador. Esbozó una leve sonrisa y manteniéndole la mirada le confesó sus planes:

—Vamos a pasar a Francia; solo necesitamos descansar, en cuanto recuperemos las fuerzas nos iremos.

—No hay prisa —le aclaró Aurora bajando la cabeza avergonzada —yo sola no habría podido, os estaré eternamente agradecida —dijo contemplando el rostro relajado de su hijo—. Allí hay unos sacos —indicó señalando la puerta —si queréis podéis dormir sobre ellos, os aislaran de la frialdad del suelo.

Joaquín y Tomás improvisaron un colchón con la arpillera de los sacos y se tumbaron alejados del camastro, permitiendo así que esos metros de separación dieran a la mujer cierta intimidad.

Aurora apagó la vela dejando que la oscuridad cubriera el miedo de todos ellos.

Joaquín se negaba a abrir los ojos y que la realidad diluyera el agradable olor a comida que había invadido su cuerpo. También temía que la claridad que se colaba entre las rendijas de sus pestañas no fuera cierta, que su sueño de libertad fuera solo eso, un sueño. Inspiró de nuevo antes de elevar pausadamente sus párpados.

Hebras de luz se filtraban entre las grietas de la madera de la puerta

dejando entrever el espacio que le rodeaba. La silueta de Aurora se perfilaba ante la pequeña chimenea de la borda. De allá provenía un vaho aromático que le hizo incorporarse.

—Se me había olvidado lo bien que olía —dijo acercándose hasta la joven.

Aurora lo miró agradecida mientras removía con un cucharón de madera las lentejas que se cocían a fuego lento junto a un trozo de tocino.

—Ya están casi hechas. Esto os ayudará a recuperar fuerzas para afrontar el largo camino que os queda.

Tomás se desperezó en ese momento y al igual que a su tío el olor a comida le hizo levantarse de inmediato.

El humo podría delatarnos —dijo Joaquín contemplando el buen tiro de la chimenea.

—Es pronto para que anden por ahí; enseguida apago el fuego, no te preocupes.

El bebé gimió entonces.

—¿Me deja cogerlo un momento nada más? —le pidió Tomás.

—¡Pues claro!

—¿Cómo se va a llamar? —le preguntó con el bebé entre sus brazos.

Las manos inquietas de su hijo rozaron el rostro del joven cuando inclinó su cabeza para besarlo con dulzura. Una profunda tristeza sacudió a Aurora.

—Me gusta tu nombre —le dijo conmovida—. Sí, decidido, se va a llamar Tomás.

El muchacho levantó la cabeza y la miró con tal devoción que el brillo desgastado de sus ojos pareció recuperar algo de fulgor.

Joaquín se aproximó hasta el joven y le palmeó la espalda.

—Fíjate, Tomás, sin pensarlo te acaba de salir un ahijado.

Después miró a Aurora y satisfecho asintió sonriéndole.

Un rato más tarde Joaquín y Tomás comían ansiosamente del mismo puchero.

Aurora, tumbada en el jergón, daba de mamar al pequeño Tomás mientras en su cabeza bullía la idea de huir con ellos a Francia.

«Tal vez allí podría empezar una nueva vida, lejos de esta maldita guerra», pensó antes de que se le manchara la mirada con el rostro ensangrentado de Ignacio, y un sentimiento de traición cayera sobre ella, como una sombra pesada, ocupándolo todo.

«Yo no tengo la culpa», se defendió mentalmente, «insistí para que no te alistaras».

A principios del pasado septiembre Ignacio se unió como requeté al Tercio de Navarra. Veinte días más tarde una bala del ejército republicano lo había matado.

Los ladridos sonaron cercanos y Joaquín se levantó de inmediato.

—Tenemos que irnos —precisó con voz nerviosa.

Tomás también se puso en pie. Ambos se acercaron hasta el camastro. Aurora apartó a su hijo del pecho y dejándolo sobre la cama se incorporó. Tomás se abrazó a ella y hundió el rostro en su cuello.

—Gracias, Aurora —pudo decirle con la voz entrecortada.

La joven se perdió en aquellos ojos canela que la miraban sin esperanza; la congoja que sentía le llevó a sujetar el rostro de Tomás con ambas manos y besarle suavemente los labios.

—No temas, seguro que lo conseguimos.

Joaquín se acercó hasta ellos y los rodeó con sus brazos. Durante unos instantes permanecieron así, sin moverse, guarecidos tras aquella muralla de afecto.

Las voces sonaron cercanas.

Tomás y Joaquín salieron presurosos y Aurora atrancó la puerta. Desde una de las ventanas los observó correr por el prado, Joaquín iba a la cabeza.

—¡Míralos, huyen como conejos, dispara! —ordenó una voz recia.

—Démosles el alto —solicitó otra voz.

—¡Déjate de hostias, dispara te digo!

Aurora escuchó la detonación y seguidamente vio caer abatido a Tomás. Aterrorizada se cubrió la boca con la mano. En ese momento, Joaquín se detuvo y levantó las manos en señal de rendición antes de agacharse junto a su sobrino. Otra descarga le agujereó la frente derribándolo sobre él.

—¡Bien hecho soldado! —bramó la misma voz autoritaria.

—Capitán Tejada, han encontrado a dos cerca del pueblo. Los tienen retenidos —explicó otro soldado.

—Ahora nos ocuparemos de esos. Caven un gran agujero en una de las esquinas del prado y echen los cuerpos; cuando los cubran con la tierra disimulen el lugar con ramas. Dos menos —afirmó frotándose las manos.

Los ojos del hombre se detuvieron, sorprendidos, en la ventana de la cabaña. La mujer que lo observaba tras el cristal desapareció precipitadamente.

Aurora corrió junto a la cama para coger a su hijo en brazos; sabía que vendrían a por ella.

1

Sonó el despertador, alargó su mano y a tientas dio con el botón de apagado antes de que la alarma volviera a importunarlo con su estridente sonido. Estiró su brazo hasta acariciar el espacio vacío que quedaba a su izquierda en la cama y, como todas las mañanas, añoró los labios de Nerea rozando su boca, con suavidad, hasta despejarlo. Ahora, y sin clemencia, ese hueco desocupado le abría los ojos.

Se acercó al ventanal del salón y apartó la cortina mientras bebía con avidez el zumo de naranja. Un corredor solitario atrajo su atención y siguió abstraído la proyección de su sombra en el empedrado paseo de la Media Luna, todavía iluminado por el destello dorado de las farolas que se sucedían a lo largo de su recorrido. Cuando lo perdió de vista volvió a la cocina a terminar con su desayuno: una tostada de pan con aceite y un café solo.

Antes de abandonar el portal se colocó el gorro y subió el cuello de su anorak hasta taparse la boca. «Siete grados en Pamplona con viento norte», había avisado el locutor de radio a sus oyentes. Cruzó la calle e inició con suavidad la carrera.

El parque conservaba todavía ese silencio nocturno que se apoderaba de la ciudad. Se concentró en el liviano sonido de sus pisadas; había descubierto que esa resonancia simple y repetitiva, asombrosamente, le relajaba. Cuando llegó a la altura del antiguo seminario miró su reloj y sonrió satisfecho, había rebajado en siete segundos su tiempo. Bajó la cuesta que salva el desnivel entre esa parte de la ciudad y las huertas de la Magdalena y cruzó el puente peatonal que atraviesa el río Arga; entonces aceleró la carrera hasta llegar a las piscinas del Club Natación. Volvió a mirar el reloj y se felicitó nuevamente, el esprint había sido uno de los mejores de los últimos días; desaceleró el ritmo mientras disfrutaba del relajante sonido del agua. El día clareaba ya y una ligera niebla emanaba del río reptando sigilosa por la corteza gris de los chopos situados en su orilla. Al llegar a la altura de la presa que está junto al rehabilitado Molino de Caparroso se detuvo. Le gustaba dedicar unos segundos al recuerdo de aquellas tardes de verano en las que junto a sus hermanos, y bajo la estrecha vigilancia de sus padres, jugaba

en el pedregal de la orilla de enfrente mientras devoraba ansioso el bocadillo de la merienda, y en ese momento, al bajar la mirada hacia allí, lo vio.

Arrancó en una atropellada carrera hacia los bloques de cemento que permitían atravesar el cauce del río, saltó sobre el pedregal y corrió hasta el cuerpo, sin pensarlo, y agarrándolo por el cinturón de su pantalón tiró de él hasta sacarlo del agua. Después lo volvió, colocándolo boca arriba. Le bastó ver su rostro para saber que llevaba varias horas muerto.

Intentó calmarse mientras esperaba que su llamada al 112 fuera atendida. Miró a su alrededor buscando algún otro testigo que pudiera acompañarlo hasta que llegara la policía, pero el paseo permanecía solitario y silencioso; incluso el río parecía haber adormecido sus aguas bajo un manto más espeso de niebla.

La operadora le solicitó sus datos y ubicación y le confirmó que en breves minutos una dotación de la policía foral se presentaría en el lugar.

Volvió a mirar al rostro del anciano, sus labios azulados parecían sonreír a la muerte. Estaba bien vestido, perfectamente afeitado y con sus zapatos negros bien lustrados. «Parece que se hubiera preparado para una cita con ella», pensó mientras lo contemplaba con detenimiento. En ese momento, un pequeño libro que estaba sobre las piedras llamó su atención. Se giró sobre sí mismo y cuando tuvo la certeza de que nadie lo veía, se agachó con rapidez y lo cogió, guardándolo de inmediato en el bolsillo de su chubasquero.

La carretera se iluminó con el destello azulado de las sirenas del coche policial y de la ambulancia que llegaba tras él. Tres agentes uniformados bajaron del vehículo de la policía y corrieron a su encuentro. De la ambulancia sacaron una camilla que portaban entre dos personas, mientras otras dos los acompañaban. Intentó serenarse para dar a su versión de lo ocurrido la mayor veracidad posible.

—¿Lo ha encontrado así? —le preguntó uno de los agentes mientras se aproximaba al cadáver.

—Bueno, estaba con la cabeza dentro del agua, he estirado de él hasta sacarlo, pensaba que tal vez podría hacer algo para reanimarlo —se justificó—. Aunque en cuanto he visto su rostro he sabido que estaba muerto.

El agente lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Ha tocado algo más? —volvió a preguntarle en un tono acusatorio.

—No —respondió Mikel manteniéndole la mirada e intentando resultar convincente.

El grupo de la ambulancia rodeó el cadáver cerrándole la visión.

—Acompáñeme al coche, voy a tomarle sus datos personales mientras aviso al centro de mando —le pidió el mismo agente sin demasiada amabilidad.

Mikel le siguió.

Los otros dos agentes procedieron a acordonar la zona que rodeaba al difunto.

Esperó junto al vehículo policial mientras el agente daba aviso desde la radio del coche al centro de mando. Retazos de la conversación del policía traspasaban el cristal: «parece un suicidio... el médico tiene la última palabra... ahora te pasaré los datos del único testigo... policía judicial... esperaremos a la brigada criminalística...» La mención de la policía judicial y de la brigada criminalística hizo que Mikel, inconscientemente, metiera la mano al bolsillo del chubasquero. Rozó con los dedos la piel del cuadernillo y estuvo tentado de sacarlo de su escondite y entregarlo al policía, pero su curiosidad decidió por él y desechó su pensamiento.

—Deme su nombre y apellidos, número de DNI y un teléfono donde podamos localizarle —solicitó el agente entreabriendo la puerta y sin bajarse del coche.

Tras anotar en una agenda todos sus datos personales le pidió que relatara detalladamente los hechos desde el hallazgo del cuerpo hasta la llegada de los agentes.

—Tendrá que esperar aquí hasta ver qué decide la policía judicial; tal vez quieran tomarle declaración —le ordenó saliendo del coche y mientras caminaba hacia el lugar en el que se encontraban sus compañeros.

Una cinta roja y blanca rodeaba ya el perímetro empedrado de la orilla del río.

Mientras esperaba llamó al periódico.

—*La Nueva Voz*, dígame —respondió de inmediato Itziar.

—Buenos días Itziar, ¿me puedes poner con Patxi? —solicitó de forma cortante con el fin de evitar que la joven se enzarzara en una de sus insustanciales conversaciones.

Fue inútil.

—Buenos días Mikel, no seas antipático, ¿dónde andas? ya me ha extrañado que a estas horas no hubieras aterrizado por aquí... ¡no estarás enfermo!

—No, Itziar, no estoy enfermo, pero tengo prisa.

—Vale, vale, te pongo con el jefe.

La voz desanimada de la joven le hizo sentirse incómodo.

—Dime Mikel —pidió Patxi.

—Hola, Patxi —respondió olvidándose de Itziar —voy a cogerme el día libre, me ha ocurrido algo terrible y no estoy de ánimo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó intrigado.

Mikel le indicó dónde se encontraba.

—Creo que esto va a ir para largo. El médico tiene que certificar la causa de la muerte, y por lo que he podido escuchar van a solicitar la presencia de la brigada criminalística. Me han pedido que permanezca hasta que llegue la policía judicial, por si necesitaran entrevistarme antes de dar la orden del traslado del cadáver al Instituto Navarro de Medicina Legal.

—Vaya, ya lo siento Mikel, supongo que es terrible vivir algo así. No te preocupes.

—Hasta mañana —se despidió Mikel.

Tuvo que permanecer en el lugar de los hechos dos horas más; cuando el agente de la policía judicial le dio licencia para poder regresar a casa, sentía un frío tan profundo que le resultaba casi doloroso.

Ya en casa, subió la temperatura del grifo de la ducha y esperó para meterse bajo el chorro del agua caliente a que la mampara del baño se cubriera de vaho. Allí se mantuvo hasta que la piel y todos los huesos de su cuerpo se caldearon.

Cogió del armario de su cuarto el pantalón del pijama que utilizaba para estar por casa y una de las camisetas del desordenado montón que se apilaba en el fondo de una de sus baldas. En la cocina, conectó la cafetera y colocó la cápsula en su compartimento. Mientras esperaba a que el café estuviera listo miró estremecido la silla sobre la que descansaba el chubasquero. Se tomó el café sin poder apartar los ojos del bulto que sobresalía de su bolsillo. Finalmente se acercó y con las manos temblorosas sacó el libro de su escondite.

«Para Javier, mi querido hijo», leía la dedicatoria que figuraba en la primera de las páginas de lo que parecía un diario. Lo cerró sobresaltado y apoyándolo contra su pecho respiró profundamente. Durante unos minutos intentó convencerse de que no iba a volver a abrirlo, pero poco después, y sin tener conciencia de cómo había llegado allí, se vio acomodado en su lado del sofá y con el libro nuevamente abierto.

Hoy es 4 de mayo, mi noventa y cuatro cumpleaños. Mis compañeros de mesa han entonado el cumpleaños feliz cuando me han colocado delante la tarta que Javier ha traído a la residencia. Ana, la joven que se encarga de nuestra mesa, ha encendido las velas y todo el comedor se ha unido al canto. He conseguido apagarlas en un primer soplo y mis compañeros han roto a aplaudir ante semejante logro. Mi corazón se ha conmovido. Además, durante esos minutos, he conseguido olvidarme de él.

Como todas las tardes, a las seis y media, Javier ha entrado en la salita de la televisión. Se ha sentado junto a mí y me ha detallado, paso a paso, su rutina diaria. La conozco de memoria, ya que sus días apenas difieren unos de otros, aunque para él, y con el entusiasmo con el que lo cuenta, cada día parece ser especial y completamente diferente al anterior.

Hoy lo he contemplado con detenimiento mientras hablaba y he sabido que su madre estaría orgullosa, es un buen hombre. Me gusta perderme en sus ojos, me recuerdan mucho a los de ella. Miran con franqueza, libres de culpa y ajenos al secreto que se oculta tras los míos.

Se ha empeñado en que saliéramos a los jardines y aunque he intentado rehusar, no ha habido forma de convencerlo. Y, como temía, he vuelto a cruzarme con él. Cuando he visto que el celador que empujaba su silla lo traía hacia nosotros, he bajado la cabeza, aunque creo que no podría reconocerme, unas gafas oscuras ocultan sus ojos. ¡Mejor para todos!

Después, a salvo, he mirado de soslayo a Javier y en sus facciones he vuelto a recordarla; entonces la rabia me ha trepado hasta la boca.

Mikel cerró el cuadernillo y lo depositó sobre la mesa. El corazón le martilleaba insistentemente el pecho y miró el espacio que solía ocupar Nerea en el sofá.

—¿Qué hago, cariño? —preguntó al vacío.

Se cubrió el rostro con las manos y suspiró. Se moría de ganas de seguir leyendo la segunda carta, pero su conciencia le apuntillaba con una lógica y conveniente misiva: «devuelve el cuadernillo a la policía y reconoce su hurto».

—Nerea, ¿qué hago, amor mío? —volvió a preguntar mirando impaciente el hueco que quedaba a su derecha en el sofá.

—¡Si por lo menos pudiera llamarla! —se lamentó levantándose para ir a la cocina a prepararse otro café.

Recuperó del fondo del armario la taza que usaba habitualmente su mujer, la colocó en la cafetera y puso una nueva cápsula en el compartimento. El aroma a café recién hecho se propagó por la cocina devolviéndole el recuerdo de Nerea. La vio allí mismo, con su camiseta de tirantes blanca, a juego con un diminuto culote, descalza y con su melena rizada alborotada. Se aproximó hasta ese espacio y cerró los ojos a la par que la rodeaba con sus brazos. Incluyó la cabeza hasta rozar su cabello con los labios, inspiró su olor y al escuchar su risa se le empañaron los ojos. Después,

la realidad le golpeó con ese toque brutal con el que solía atraparle la mirada, y se vio, como el patético actor que era, envolviendo entre sus brazos un espacio baldío.

Avergonzado, cogió la taza y volvió a la sala.

Carta nº 2

5 de mayo de 2014

Hoy me he despertado gritando su nombre. Huía de mí, en el mismo bosque de siempre y con su vestido ensangrentado. En mi sueño casi la había alcanzado, ¡por fin iba a poder explicárselo todo! He alargado mi mano para coger la suya, pero, de repente, una niebla tan espesa como un manto lo ha cubierto todo. Desesperado me he dejado caer sobre la hierba clamando su nombre.

Lo veo desde la ventana de mi habitación, está en el jardín de atrás, sentado en su silla de ruedas, templando sus huesos al sol junto a mi rosal preferido. También por eso le odio. Desde que ha llegado se ha adueñado de mis espacios. Ya no puedo deambular libremente por la residencia; odiaría tener que compartir con él ni uno solo de mis rincones favoritos.

Una de las enfermeras se ha acercado hasta él. La veo sonreírle y me dan ganas de abrir la ventana y prevenirle: «Huye muchacha, un brutal asesino se oculta tras esa piel de anciano adorable». Pero no lo hago, me retiro del cristal y, como el cobarde que soy, me siento ante el televisor renunciando al sol primaveral de mayo.

El teléfono móvil sonó en ese momento provocándole un sobresalto. Miró la pantalla, un largo y desconocido número le hizo albergar esperanzas.

—Dígame

—Hola Mikel, soy Gonzalo.

La voz profunda y sonora de Gonzalo sacudió su cuerpo; eran amigos desde la infancia pero hacía más de un año que no sabían el uno del otro. Una discusión de política, en una noche de juerga, había terminado en una pelea en la que ambos perdieron los papeles.

—Hola —contestó secamente.

—He visto tu nombre en el atestado de la muerte de Fernando Lusarreta. ¿Cómo estás?

—Impresionado, la verdad —dejó pasar unos segundos antes de continuar—. Gracias —le dijo finalmente.

—Lamento lo que pasó, Mikel —se disculpó incómodo el inspector de la policía foral.

—Yo también lo siento, no deberíamos haber dejado que pasara tanto tiempo...

—Aprovecho para decirte que el hijo del fallecido nos ha pedido encarecidamente que te hiciéramos llegar su número de teléfono, le gustaría

hablar contigo. Te recomiendo que no lo hagas. En estas situaciones es mejor no contactar con los familiares, aunque te confieso que el hombre ha conseguido conmoverme con su llanto desconsolado. No suelo hacerlo, pero en esta ocasión, he terminado prometiéndole que lo intentaría.

Mikel se mantuvo en silencio mientras miraba el cuadernillo abierto sobre sus piernas.

—Dame el número, tal vez le llame algún día de estos.

—Se llama Javier —le aclaró—. Después le dictó los nueve números del teléfono móvil y antes de despedirse le propuso quedar una tarde para tomar una cerveza.

—Encantado, Gonzalo, llámame cuando puedas —le pidió Mikel.

Colgó y se sintió reconfortado. Recuperar a Gonzalo le cambió el talante. Juguetó indeciso con el teléfono y, tras comprobar la hora en la pantalla, marcó el número que su amigo le había proporcionado. Cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesa.

Esperó hasta que se cortó la llamada y respiró aliviado de que nadie hubiera contestado. En ese mismo instante, y como si su cabeza despertara de un mal sueño, tomó conciencia de lo que estaba haciendo. Conocer el nombre del autor de las cartas le hizo sentirse más deshonesto. Se había adueñado, sin consentimiento, de sus secretos y, por lo que intuía, no era ninguna tontería aquello que había silenciado durante tantos años. Abrió de nuevo el cuaderno y pasó las páginas hasta la última carta, la número veinte, fechada el mismo día de su muerte, el 23 de mayo. Veinte días después de que comenzara a escribirlas.

El cuadernillo resbaló de sus manos cuando el zumbido del teléfono se propagó por el salón. Descolgó sin detenerse a comprobar quién llamaba.

—Dígame

—Buenas tardes —respondió una voz consternada—. Tengo una llamada desde ese teléfono.

Mikel notó un nudo en la garganta que amenazaba con apagar su voz.

—Soy Mikel Unzu, la persona que ha encontrado a su padre —pudo aclararle en un tono casi inaudible.

Un sollozo apagado se coló por la línea.

—Disculpe, todavía no puedo creer lo que ha pasado —se justificó Javier con la voz entrecortada—. Le agradezco la deferencia, todavía están realizando la autopsia, si pudiera hablar con usted unos minutos, prometo no robarle mucho tiempo.

—Sí, por supuesto, no hay problema —le dijo Mikel algo más tranquilo.

—¿Podría pasar por la residencia?, dígales en recepción que quiere hablar con el hijo de Fernando Lusarreta, ellos sabrán dónde localizarme.

—Bueno... no sé... creía que se refería a que habláramos por teléfono —le dijo Mikel intentando excusarse mientras maldecía la disparatada idea de llamarle.

—Verá, entre las cosas de mi padre he encontrado una nota...

Mikel sintió cómo el corazón volvía a martillearle el pecho, pero esta vez con más violencia. Se levantó del sofá y se acercó hasta la ventana en un intento desesperado por encontrar las palabras que logaran librarlo de aquella encerrona.

—Son casi las dos de la tarde, he quedado con mi madre para comer, me resulta imposible en este momento pasarme por allí...

—No se preocupe entonces; es que me ha resultado tan extraño...

Una mezcla de curiosidad y desconcierto se adueñó del cuerpo de Mikel deteniendo su retirada, y en un acto de temeraria inconsciencia preguntó:

—Sin querer resultar indiscreto, ¿qué le ha resultado tan extraño?

—Se la voy a leer y júzguelo usted mismo: «Hijo mío, perdóname. Nunca he tenido el valor para confesarte quién soy en realidad. En el diario que te entregarán cuando me encuentren está la verdad».

La frente de Mikel se cubrió de un sudor frío; las palabras se atragantaban en su boca y sintió cómo la piel de su rostro se caldeaba enrojecida de vergüenza.

—Pensaba que tal vez usted se hubiera fijado si había algo junto a su cuerpo —le aclaró con voz rendida—. La policía asegura que no han encontrado nada entre sus ropas; he vuelto allí y he removido las piedras por si pudiera haber quedado oculto entre ellas. Me temo que la corriente pudo arrastrarlo.

—Verá, estaba amaneciendo y todavía no había mucha luz, yo he tirado del cuerpo para sacarlo del agua, igual en ese momento ha podido caerse.

—Disculpe las molestias y perdóneme por no haberle dado las gracias hasta este momento. Tengo la cabeza aturdida.

—No se preocupe, Javier, le entiendo perfectamente. Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias —murmuró, apesadumbrado, antes de colgar.

2

Mikel se dejó caer sobre el sofá. Todo su cuerpo era un manojo de nervios y maldijo esa curiosidad insana que siempre le llevaba a querer averiguar qué había detrás de los hechos.

Desde niño había tenido que soportar las burlas de sus hermanos cuando al escuchar la tonadilla con la que se anunciaba el inicio del telediario corría a la sala a sentarse ante el televisor. Admiraba a aquellos desconocidos que, micrófono en mano, y, en muchos casos, desafiando al horror, a la soledad e incluso a la propia muerte, trasladaban a la comodidad de los hogares españoles la realidad de un mundo vetado para el país hasta entonces. Mucho antes de llegar a COU sabía que iba a ser periodista; lo que no imaginó entonces fue a qué tipo de periodismo iba a dedicarse.

Al poco de empezar a trabajar en el periódico se dio cuenta de que más que escribir un determinado artículo lo que le gustaba de verdad era catalogar las noticias, los anuncios e incluso los mensajes radiofónicos. Tenía un don para leer entre líneas, para escarbar bajo la ambigüedad de la redacción de determinadas informaciones. Su búsqueda incansable del delito le llevaba, en algunas ocasiones, a actuar como si perteneciera al cuerpo policial de la ciudad. «El que la sigue la consigue», era una de las máximas favoritas de su padre, y el tiempo vino a darle la razón, aunque demasiado tarde para poder agradecerse.

Él era de la opinión de que, si no todo, mucho de lo bueno que le ocurría a uno en la vida era cuestión de suerte. Y a esa buena estrella tuvo que agradecer que una de sus corazonadas diera en la diana. Además de conseguir una importante exclusiva para el periódico, se hizo con la confianza del director, Patxi Equiza, quien, tras un talante huraño y solitario, escondía una pasión desmesurada por la justicia social y la veracidad de los hechos. Le reconoció el trabajo bien hecho otorgándole carta blanca para nuevas investigaciones.

El entusiasmo de ambos por el periodismo de investigación les había llevado a mantener una estrecha relación profesional, que el tiempo y el éxito habían transformado en una indiscutible amistad; cuestión que se atrevería a asegurar Mikel, siempre que Patxi no estuviera delante para rebatir de inmediato semejante afirmación.

Miró el diario de Fernando Lusarreta y, en la soledad de su casa, se

avergonzó de sí mismo. Lo metió en el cajón de la mesa de la sala y pensó en devolvérselo aquella misma tarde a su legítimo dueño, Javier Lusarreta.

—Hola amatxo —le saludó cariñosamente cuando descolgó el teléfono de casa —¿Me invitas a comer?

—¡Mikel, hijo, qué cosas tienes! ya sabes que no hace falta que te invite. ¿Sobre qué hora vendrás?

—Voy ya —le respondió ansioso por salir de su casa.

—Bueno, tendrás que esperar un poco, estoy haciendo menestra porque viene tu hermana Miren y ya sabes que le encanta.

—Esperaré, no te preocupes. Hasta ahora, ama.

Subía por la calle Olite agradeciendo el sol del mediodía. La casa de sus padres estaba situada al final de la calle. Le gustaba volver allí porque todo seguía igual, incluso el olor con el que uno identifica el hogar de su infancia. Nerea solía reírse de él y de ese halo de nostalgia que siempre lo acompañaba. No le importaba, asumía esa melancolía trasnochada porque de alguna manera le reconfortaba. Cómo le vivificaba sentarse en el sofá de terciopelo color burdeos del salón y viajar al pasado perdiéndose en cada una de las baldas del armario que quedaba enfrente. Todos los portarretratos immortalizaban momentos importantes de la familia. Las comuniones de Begoña y Miren, sus hermanas gemelas, la suya y la de Iñaki, el hermano mayor, ocupaban la balda más alta. La siguiente estaba dedicada a las bodas familiares. En el centro, sus padres, irreconocibles casi. Ama, con una sonrisa asustada en su cara de adolescente y, aita, con el gesto serio que se les supone a los hombres que han decidido crear su propia familia. A la derecha de esa foto las bodas de las chicas y a la izquierda las de los chicos. La última de las baldas estaba dedicada a los nietos, cinco exactamente.

Abrió la puerta y su madre salió de inmediato a su encuentro. Se aproximó sonriente por el pasillo y se abrazó a su cuerpo.

—¡Qué ilusión hijo! —le dijo besándole ruidosamente el rostro.

Mikel le devolvió el beso y se mantuvo entre sus brazos más de lo habitual.

—Vete al salón, voy enseguida, estoy terminando. ¿Quieres una cerveza?

Mikel la miró indeciso.

—Prefiero una copa de vino —decidió finalmente.

—Ya sabes dónde están las botellas, descorcha la que prefieras.

Se sentó en el sofá. Agitaba con suavidad la copa antes de beber el

primer sorbo, dando tiempo a que el vino se aireara, cuando sus ojos se detuvieron en su mujer. Volvió a revivir aquel momento en el que colocaba la alianza en su dedo como si no hubieran pasado los cinco años que le separaban de la fotografía. Antes de que el dolor se le hiciera insoportable apartó su mirada y bebió un sorbo de vino, paladeándolo con los ojos cerrados.

En ese momento sonó el timbre.

—Abre a tu hermana —le gritó su madre desde la cocina—. Vendrá sin llaves como siempre.

Mikel acudió a la entrada, apretó el botón de apertura en el telefonillo y se mantuvo junto a la puerta esperándola.

La alegría de Miren alivió el peso de su alma. Existía entre ambos una complicidad y un cariño que resurgía en cuanto se encontraban, sin importar el tiempo que hubiera transcurrido desde su último abrazo.

—¡Mikel! —gritó Miren saltando sobre él.

La espontaneidad de su hermana le hizo reír mientras la recogía entre sus brazos.

—¡Para, loca, que me vas a tirar! —le dijo bromeando.

Su madre salió entonces de la cocina y los contempló emocionada. Después elevó los ojos hacia el techo, como si fuera allí donde Román se encontrara, y le confirmó mentalmente: «cariño, debemos estar orgullosos, hemos conseguido que nuestros hijos se adoren».

Miren, como un auténtico torbellino, corrió entonces hacia ella.

—Huele a menestra, ¿no será verdad mamá?

Antonia asintió, sonriente, dejándose abrazar por su hija.

Mientras comían se pusieron al día de todas las cuestiones que atañían a la familia. Luego, como era costumbre en la familia Unzu Arriola, pasaron al salón a esperar el café, que, con toda seguridad, vendría acompañado de algún dulce.

Miren miraba a Mikel desde el sofá de tres plazas, que conformaba una ele perfecta con el que ocupaba su hermano.

—Mikel, antes de que venga la ama, ¿qué te ocurre? —le preguntó observándolo con fijeza.

Mikel supo que no tenía escapatoria, Miren no desistiría.

—Es por un tema de trabajo —dijo intentando ganar tiempo.

La mirada de su hermana se mantuvo firme y disconforme, y se disponía a protestar cuando Mikel dio con el alegato que podría salvarlo.

—Es sobre visitantes médicos; estoy investigando la relación especial que existe ente éstos y el cuerpo de médicos. El asunto es complicado, mueve cantidad de dinero.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? —preguntó Miren inquieta—. Hace unos días leí un reportaje que estudiaba la cantidad astronómica del consumo de un tipo de medicamento, no recuerdo el nombre, lo recetan para conciliar el sueño. El equipo de investigación había recorrido varios pueblos de una zona de Castilla comprobando que la mayor parte de sus habitantes lo tomaban. En todos los casos recetado por su médico de cabecera.

—Sí, así es tristemente, las compañías farmacéuticas utilizan una serie de estrategias que no tienen otro fin que convencer al médico para recetar el producto que quieran situar en el mercado. Ni te imaginas el porcentaje tan elevado de facultativos que recetan de acuerdo a lo que han escuchado a los representantes de la industria.

Antonia entró en ese momento en la sala con la bandeja preparada con el servicio de café.

Mikel respiró aliviado. No había mentido, la industria farmacéutica estaba casi permanentemente en su agenda; seguía de cerca la corrupción del sistema sanitario y aunque había escrito más de un artículo en ese sentido, todavía no tenía pruebas que pudieran encausar judicialmente a ninguna farmacéutica. Pero lo que su hermana había intuido era otra preocupación mucho más pesada. No podía quitarse de la cabeza a Fernando Lusarreta y sus misteriosas cartas.

—¿Sigues corriendo? —le preguntó su madre mientras acercaba a su boca la taza de café con su acostumbrado y natural cuidado.

—Sí, casi todas las mañanas —le aclaró nervioso—. ¿Qué tal la tía Bego? —se interesó desviando la conversación hacia la hermana de su madre y en un intento de alejar de su cabeza la carrera de aquella misma mañana.

—Muy bien, ahora se le ha metido en la cabeza que nos vayamos a Benidorm una semana.

Los dos hermanos la animaron a que aceptara la propuesta. El café se alargó hasta más allá de las cinco y Mikel aprovechó la conversación sobre las nuevas tendencias de moda, en la que madre e hija estaban inmersas, para precipitar su despedida.

Volvió caminando por la Avenida de Carlos III. Le gustaba recorrer el paseo peatonal en ese momento en el que estaba libre del alboroto que lo ocuparía en apenas una hora. El tímido sol de mayo había quedado

desbancado por una corriente norteña que soplaba con fuerza. Mikel agradeció ese cambio repentino, pero nada casual, de la climatología de Pamplona. Era la excusa perfecta para regresar a casa.

3

Una vez se hubo colocado el mismo pantalón y camiseta de la mañana se recostó en el sofá, puso en silencio el teléfono móvil y sin saber muy bien en qué momento había decidido postergar la devolución del diario a su dueño abrió el cajón de la mesa y, sin rastro de remordimiento, extrajo el diario de Fernando Lusarreta.

Carta nº 3

6 de mayo de 2014

Hoy estaba sentado con Ambrosio en un banco del jardín delantero de la residencia, el de atrás lo evito ya que se ha convertido en uno de sus lugares favoritos.

—Aquí estarás bien, Manuel; Fernando y Ambrosio son casi quintos tuyos, apenas les pasas tres años —le ha dicho el celador colocando su silla de ruedas junto a nuestro banco.

—Está ciego —nos ha aclarado mientras le cubría las piernas con una manta de cuadros —pero tiene muy buen oído.

He mirado al joven con cara de pocos amigos, pero no se ha dado por aludido. Levantando la mano se ha despedido dejándonos el regalito. Ambrosio se ha movido para acercarse más al intruso. No se lo puedo reprochar, Manuel Tejada parece un anciano bonachón y, además, los años han diluido toda la inquina que anidaba en cada centímetro de su piel. Pero a mí no puede engañarme; conozco bien al lobo que se esconde bajo ese manto amarillento, salpicado de manchas y tembloroso.

Me he levantado y sin despedirme me he alejado de allí. A duras penas he podido contener la humedad que inundaba mis ojos mientras corría hacia mi habitación, pero en cuanto he cerrado la puerta y me he dejado caer sobre el sofá, todo el odio, la culpa y el asco que me generan su presencia se han desbordado. He llorado como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Javier ha subido a buscarme, extrañado de que no estuviera en la sala de la televisión. Seguía sentado en el sofá. Algo ha debido detectar en mi rostro porque, cogiéndome la mano, me ha preguntado si me encontraba bien. Se la he apretado con fuerza, pero cuando se ha apostado frente a mí, no he podido mantener su mirada. Hoy no. Esa cansina humedad que impregnaba mis ojos amenazaba con dejarme en evidencia. He fingido un pesado dolor de cabeza. Se ha quedado junto a mí, silencioso, hasta que ha llegado la hora de la cena.

Junto a la puerta del comedor se me ha abrazado como cuando era un niño, rodeándome el cuello con los brazos. «Cuidate mucho papá, mañana vendré antes, a ver si estás mejor» me ha dicho sin soltarse de mi cuerpo.

No puedo confesarle la verdad. No quiero ser testigo del dolor que voy a causarle.

Mikel se revolvió inquieto, avanzó hasta el final del cuaderno decidido a leer

la última carta, la que había escrito Fernando Lusarreta el mismo día de su muerte.

Carta nº 20

23 de mayo de 2014

Hoy he despertado tu nombre de su largo sueño. ¡Aurora, Aurora, Aurora!, he repetido una y otra vez mientras le cubría el rostro con su propia almohada. No me ha costado mucho acabar con él; estaba muy viejo y debilitado.

Después he vuelto a mi habitación a escribir esta última carta; y, por fin, estabas ahí, esperándome, sentada en mi sillón, sonriéndome.

Tu boca no ha cambiado. Es la misma que temblaba, asustada y agradecida a la vez, cuando me entregaste a tu hijo, hace hoy setenta y seis años. Recuerdo cada instante de ese día, cada minuto robado a tu cercana muerte.

Tus ojos se detuvieron en mi rostro, rasposo y sucio en aquel momento. Y aunque entonces no fui consciente de ello, aquellos dos cristales trigueños traspasaron mis pupilas para quedarse allí eternamente.

Recuerdo tu delgado cuerpo, y recuerdo también tus brazos rodeando el de tu hijo, al que acurrucabas contra tu pecho, como queriendo esconderlo debajo de tu propia piel.

No obedecí la orden. Me adelanté hasta casi rozarte y alargué mis brazos para sujetar el bebé que me ofrecías. «Cuidalo por favor», me pediste antes de que la bala vaciara tu pecho, aquel pecho colmado de amor, nanas y alimento.

De tu cuerpo, desplomado junto a mis pies, manaba un fino hilo de sangre que traspasó mis botas de soldado, y después mi piel, para fundirse con mi sangre en un viaje premeditado y urgente hacia mi boca, que obedeció sin dudarle, y rozó la mejilla del bebé con labios toscos pero cargados de todo tu amor.

Se te parece mucho; pero eso ya lo sabes. Al fin y al cabo lo has visto crecer.

Mientras no necesité excusas para llevarlo, pasamos tardes enteras en ese lugar apartado y al que, aparentemente, nada nos unía. Me sentaba sobre la hierba que cubría tu cuerpo; las amapolas, curiosamente, crecían allí. Me gustaba imaginar que sus raíces eran mis manos acariciando tu cuerpo dormido. Solía colocar a Javier a mi lado y mientras merendaba le hacía reír para que el eco de su risa traspasara tu sueño.

Sabes que agoté mi imaginación para intentar que aquellas tardes no terminaran. Me dolía tanto que escucharas las protestas de un Javier adolescente al que aquel lugar aislado no tenía ya nada que ofrecerle, que decidí que sus visitas finalizaran, pero no así las mías.

Nunca he encontrado el valor para contarle la verdad, pero te aseguro que lo he querido como si fuera mi propio hijo.

Sí, Aurora, te he amado desde aquel día, sin que hubiera una razón para hacerlo. Y también desde aquel día, todos los días, te he pedido perdón. No pude salvarte de la muerte, pero hoy te he vengado. Sólo me queda buscar mi sueño eterno y, si me lo permites, reposar junto a ti.

Mikel sintió cómo dos lágrimas resbalaban por su cara. Cerró el cuaderno y, aferrándolo con fuerza, se lo acercó al rostro. Y en ese instante, en esa soledad, liberó todo el dolor solidificado en su corazón y lloró; lloró como nunca lo había hecho hasta entonces. Las palabras de Fernando Lusarreta consiguieron romper su falsa y aparente invulnerabilidad, haciendo aflorar el

amor que sentía por Nerea, y también, como Fernando, necesitó llamarla.

—¡Nerea, amor mío! —gritó con impotencia —¡Nerea, Nerea, Nerea! —repitió deseando que en aquella perdida aldea del Congo africano, la hoja de un árbol, la piedra de un río o, tal vez, una extraña y solitaria nube atrajeran la atención de su ex mujer y pudiera sentir en alguno de ellos su presencia, su necesidad, su soledad...

En la cama, en el sofá, en la cocina, en el baño, seguía respetando el espacio que ocupaba ella habitualmente. Esa infantil superstición le hacía albergar la esperanza de que quizás Nerea regresara. Y como si de un bálsamo se tratara, recordó su boca, de labios finos y rosados, abriéndose en su sonora y contagiosa carcajada. Bajó entonces los párpados y dejó que ese eco fantasmal deambulara por el salón; en la oscuridad consiguió disimular su ausencia.

Cuando pudo calmarse recapituló sobre cada una de las cartas leídas. Una cruel realidad se le vino encima; setenta y seis años atrás era el año mil novecientos treinta y ocho... la guerra civil —murmuró angustiado—.

—Mataron a la mujer y se quedaron con su hijo. Javier no es hijo de Fernando Lusarreta —se reveló a sí mismo.

Se apretó las sienes con fuerza en un intento por detener el dolor punzante que sentía en aquella zona de su cabeza.

—Ha matado al viejo —se reafirmó —y luego se ha suicidado. El veintitrés de mayo de dos mil catorce, setenta y seis años exactos desde que Manuel Tejada matara a Aurora —determinó.

Impaciente, abrió de nuevo el libro y volvió a la carta número 4.

Carta nº 4

7 de mayo de 2014

Hoy he hecho algo que nunca hubiera imaginado. Después de desayunar he visto cómo el celador lo llevaba hacia el jardín de atrás para dejarlo junto a mi rosal. Los he seguido. Me he sentado enfrente del capitán Tejada y he permanecido allí contemplándolo.

Ya no queda nada de aquel hombre prepotente y autoritario. Apenas tendría tres o cuatro años más que nosotros y ya se había hecho con un puesto de mando en la Falange Española. Lo habían trasladado de Madrid para comandar y organizar uno de los numerosos grupos de navarros alistados para la guerra como requetés voluntarios. Y desde el primer momento se auto impuso un rango que no le correspondía, el de capitán.

Por Dios, por la Patria y el Rey, se nos había inculcado a todos nosotros desde el nacimiento. Palabras cargadas con un halo de idealismo, desprovistas de peligro, de muerte, de maldad... qué nos íbamos a imaginar, en nuestra precaria madurez, que aquel monstruo tortuoso y gigantesco, al que llamaban guerra, transformaría tan brutalmente el contenido del que era nuestro lema. Dios pasó a ser el juez supremo y omnipotente; la Patria, un lugar en que el solo había espacio para los

vencedores; y el Rey, un fantasma desaparecido junto con su trono.

La guerra impregna la piel de todos los soldados de un infesto olor a muerte del que ya no puedes desprenderte. Yo, por desgracia, todavía lo conservo. Como conservo las pesadillas, el miedo, el olor de la pólvora y una enorme animadversión al color rojo.

Ha levantado la mano para apartar una molesta mosca que le canturreaba al oído. La he observado con envidia. Y entonces se me ha ocurrido pegar mi boca a su oreja y recordarle todos sus crímenes. No había nadie alrededor, así que me he sentado en el banco que quedaba junto a su silla de ruedas.

—Capitán Tejada —le he susurrado al oído.

He visto sus manos aferrarse, crispadas, a los brazos de la silla.

—¿Quién eres? —ha preguntado con voz trémula.

—Otro asesino como tú —me he atrevido a confesarle.

Se le ha agitado el pecho, provocándole una profunda y carrasposa tos.

—No sé de qué me hablas; déjame tranquilo y vete a tocar los cojones a otra parte.

—Si no lo recuerdas, yo te refrescaré la memoria; tengo tiempo y ganas —he osado decirle.

Mikel detuvo la lectura. El cariz que iba tomando la narración atenuó bastante su sentimiento de culpa. Después de todo, haberse hecho con el diario, había sido, quizás, lo mejor. Aunque que Fernando Lusarreta se definiera a sí mismo como un asesino le inquietaba.

—¿Qué sentido tiene ya que Javier conozca ese pasado oculto del hombre que le ha cuidado y querido como si fuera su propio padre? —se preguntó.

Miró su reloj de pulsera y decidió parar; después de cenar acabaría con la lectura de las cartas de Fernando.

4

Mikel, recostado en el respaldo del sillón, degustó un primer trago de vino. Durante unos instantes cerró los ojos, relajó su mente, y se concentró en la calidez que ocupaba su boca: un toque de amargor en un equilibrio perfecto con una suave y afrutada acidez, rastro sedoso y de larga presencia. Lo paladeó agradeciendo aquellas sesiones de cata de vino que le regaló Nerea para uno de sus cumpleaños. Dio otro sorbo a su copa, pero, esta vez, con el recuerdo de su mujer ocupando con delicadeza su cabeza.

Mientras cenaba contemplaba pensativo el diario. Lo tenía ahí, sobre la mesa, apenas a unos centímetros de su mano. Alargó el brazo hasta rozarlo, pero una punzada de aprensión le detuvo.

—Piénsatelo, las verdades traen consecuencias —se dijo en voz alta

intentando desalentarse.

Se levantó del sofá y, con la copa en la mano, se dirigió al ventanal. Bebió otro sorbo de vino mientras contemplaba el paseo de la Media Luna, solitario a esa hora. El fortín de San Bartolomé ganaba prestancia iluminado, su muro almenado se alzaba entre el arbolado del parque dejando patente su histórica importancia defensiva. Del foso que rodea parte de su perímetro emergieron, repentinamente, las risas de Miren y Begoña, como si siguieran allí, columpiándose o trepando con temeraria soltura por la escalera de hierro del gran tobogán. Sonrió imbuido por el calor que irradiaban los recuerdos, hasta que, súbitamente, Fernando Lusarreta se apostó tras el ventanal con su rostro mortalmente blanquecino. Hubiera deseado no sentir aquel repentino estupor que hizo que su cuerpo se agitara de forma violenta. Confuso, se apartó de allí y regresó al sofá. Apuró el último sorbo de vino intentando convencerse de que la sorpresiva visión del muerto pudiera ser una señal. Sin dudar más, abrió el diario y buscó la siguiente carta.

Carta nº 5

8 de mayo de 2014

Le he estado esperando toda la mañana, pero no ha venido. Sentado junto a mi rosal, he dejado pasar las horas disponiendo mentalmente el orden en el que iba a devolverle los recuerdos al capitán Tejada. Aunque sé perfectamente que no ha olvidado nada de aquello. Eso es imposible.

En ese regreso al pasado he recordado a Antonio, mi mejor amigo. Le he visto a mi lado y frente al tirapichón que ponían en la feria durante las fiestas, midiendo nuestra puntería. La mía era mejor. He sonreído al recordar la lucha que mantenía con su flequillo, tozudo e indomable, empeñado en dotarlo de una visera natural con la que mi amigo no estaba conforme.

¡Pobre Antonio! No pude ayudarlo cuando cayó abatido en la carrera que hicimos a campo abierto. Iba adelantado; siempre era el más rápido. Corrí hasta él, me arrodillé junto a su cuerpo desmadejado y cuando me miró, con los ojos cubiertos por una mezcla de miedo y desconcierto, se me rompió el alma. La boca se le inundó de sangre y, sin saber qué otra cosa podía hacer, le aferré la mano con fuerza.

—Antonio, no me dejes —le pedí varias veces.

Después, sólo pude llorar sobre su cuerpo inerte, besarle la frente y prometerle que lo devolvería a casa.

En ese momento en el que una desgastada lágrima me humedecía el rostro, he visto cómo el celador lo llevaba hacia el fondo del jardín, a un lugar apartado y sombrío. Me he levantado presuroso para seguirlos.

—¿Estoy sólo? —le ha preguntado al muchacho cuando ha detenido la silla.

—Sí, Manuel, estás solo —he oído desde mi posición, oculto tras el seto que separa ese lado del jardín del resto.

El chico se ha ido. Me he colado, silencioso, hasta el banco que quedaba más cercano a su silla.

—Buenos días, capitán; hoy voy a recordarte tu primer asesinato —le he dicho con voz pausada.

—Déjame en paz, ¡hijo de puta! —me ha insultado colérico.

—«Era septiembre de 1937; prácticamente anulado el frente norte, nuestra brigada avanzaba en

la retaguardia hacia la toma de Gijón. Se nos hizo de noche cerca de un pueblo, ya vencido. Solo necesitábamos descansar y comer algo, pero te empeñaste en hacer un nuevo reconocimiento a los derrotados, apresados en el ayuntamiento.

»Para entonces, Antonio ya me había advertido.

»“Cuídate de éste”, me dijo la noche anterior a su muerte. «Es un cobarde, y a esos hay que vigilarlos de cerca».

»¡Qué razón tenía!

»El poder que os otorgaban el yugo y las flechas a esa altura de la contienda te permitió cambiar la trinchera por la retaguardia. Te gustaba llegar a los pueblos y ciudades liberados para imponer tu orden y represión.

»Nos ordenaste abrir la puerta del improvisado calabozo. Estaban asustados, famélicos, rendidos... pero no te bastó. Sabiéndote a salvo te colaste entre ellos y, con altanería, señalaste al más viejo.

»—¡Fuera! —le ordenaste.

»—¡Padre! —gritó un joven, casi niño todavía, cuando el hombre atravesó el portón.

»—¿No lo recuerdas? —le he preguntado.

»Pues yo recuerdo perfectamente tu sonrisa perversa cuando cambiaste al reo. No te conmovió el llanto desesperado del padre implorando clemencia para su hijo. Y tampoco te tembló el pulso cuando colocamos al muchacho contra el muro de piedra de una finca a las afueras del pueblo y disparaste.

»Nunca he olvidado aquella mirada húmeda, oscura, que nos contemplaba sin terminar de creerse que nuestros ojos fueran lo último que vería.

»Aquella noche nos robaste el sueño, el hambre, el descanso —le he confesado con impotencia.»

Después me he levantado y lo he dejado allí, reconcomido por la rabia. Se lo he notado. Respiraba jadeante y el sudor bañaba su rostro.

Mikel se detuvo. Necesitó aspirar con profundidad para romper el nudo de congoja que se le había atorado en la garganta.

Carta nº 6

9 de mayo de 2014

No sé si voy a poder seguir con esto. Igual no ha sido una buena idea. Mi estómago se ha cerrado a cal y canto y las noches vuelven a ser largas y amenazadoras.

Tengo miedo; sí, lo confieso abiertamente, y también está la culpa. Compañera leal, perseverante. Sólo deseaba morirme así, sobre el fango endurecido, reposado. Pero casi nunca las cosas salen como uno quiere.

La llegada de Manuel Tejada ha agitado mis recuerdos provocando, como en esas bolas cristalinas donde al moverlas una lluvia de nieve lo cubre todo, que el miedo y la culpa oscurezcan de nuevo mis días.

Hoy no puedo ver el sol, aunque sé que está ahí. Me encuentro cansado y ansioso a la vez. ¡Y todavía faltan más de cinco horas para que venga Javier! Hablar con él consigue distraer mi cabeza, ofuscada en buscar muertos.

Desde la ventana de mi habitación, de donde no he querido salir en esta mañana primaveral, veo a mis compañeros de viaje arrastrar sus cuerpos añosos hacia el edificio principal. Miro la hora aunque podría no hacerlo. Desayuno, comida, merienda, cena... ese reloj biológico es prácticamente el motor de nuestros días.

Mikel elevó los ojos del papel. Las cartas de Fernando Lusarreta conseguían emocionarle. Podía palpar el dolor y la culpa con los que había convivido y, sin una razón de peso que lo justificara, en su cabeza se abría paso una disculpa a sus crímenes.

Carta nº 7

10 de mayo de 2014

Hoy he salido temprano. Una fina rosada cubría la hierba y las flores. He recorrido todos los jardines que conforman el contorno de la residencia, aunque he tenido que detenerme varias veces, pues mis piernas no resisten ya semejantes hazañas.

He llegado puntual a la entrada principal de los comedores. Quería saber cuál era el suyo.

Después del desayuno he seguido al auxiliar que empujaba su silla. Lo ha llevado a la capilla. Ahí no he querido entrar.

Casi dos horas más tarde, el mismo chico ha venido a buscarle.

—¿Al rosal de siempre? —le ha preguntado mientras encaminaba la silla hacia la salida al jardín.

—No —ha gritado con potencia —allí no; llévame al cuarto de la televisión.

—Hace una buena mañana —ha insistido el auxiliar.

—A la tele —le ha ordenado.

Les he seguido con la esperanza de que no hubiera nadie más en la sala; por la mañana, y haciendo buen tiempo, podía darse esa circunstancia.

La suerte se ha puesto de mi lado. Cuando he visto al auxiliar salir, he entrado y, sentándome junto a él, he comenzado a hablar sin presentarme siquiera.

«—Con la toma de Gijón en octubre de 1937, el frente norte se derrumbó por completo. Entonces, nuestro batallón regresó a tierras navarras para la vigilancia de fronteras. Concretamente a Elizondo.

—¿Puedes recordar el verdor de aquel valle? —le he preguntado —¿su olor?, ¿su lengua?

En mi caso, he conservado todo ello en un lugar privilegiado de mi cabeza —le he revelado — el destinado a las cosas bonitas, el rincón al que hay que recurrir cuando a uno se le pierde el alma.

—Sitúate en el collado de Berdaiz —le he pedido.

Era uno de los lugares en los que solíamos permanecer durante horas, vigilando que nadie traspasara la frontera con Francia.

Aquella noche, Chusco, Portoles y yo estábamos de guardia. Llegaste con tu compinche, otro falangista desalmado. La excusa para semejante esfuerzo fue que alguien había dado la voz de alarma y que un grupo de rojos iba a intentar fugarse a Francia por ese paso fronterizo.

Tomamos posiciones, y esperamos más de dos horas hasta que aparecieron.

—¡Alto ahí! —les gritaste saliendo de tu escondite.

Ambos tiraron la carga y levantaron las manos. Eran marido y mujer. Jóvenes todavía. Luchando por sobrevivir.

—Y tampoco entonces te bastó con quitarles el alijo —le he echado en cara—. Tenías que humillarlos. Obligaste a la mujer a desnudarse ante todos nosotros. Después a él. La forzaste ante la furia impotente de su esposo, retenido por nuestros brazos. Luego, maniatados y con la ayuda de tu colaborador, te los llevaste, supuestamente, al cuartel de Elizondo.

Los tres permanecimos silenciosos, tal vez avergonzados, sintiéndonos culpables seguro. Al rato, el viento húmedo de Baztán, como si quisiera denunciar la suerte de sus hijos, sopló con

fuerza, y los dos disparos retumbaron en el silencio nocturno.»

—Deja ese pasado —me ha implorado cubriéndose el rostro con ambas manos.

—No puedo; se lo he prometido.

—¿Pero, a quién? —ha preguntado temeroso.

—A todos nuestros muertos.

Cerró de nuevo el diario. La historia de Fernando Lusarreta le tenía totalmente conmocionado. Miró su reloj de pulsera consciente de que para leer el resto de las cartas debería estar bien concentrado, y no era el caso; eran casi las doce de la noche y la tensión acumulada a lo largo del día le estaba pasando factura. Se levantó para irse a la cama; pero cuando estaba junto a la puerta del salón, y antes de apagar la luz, sus ojos se detuvieron en el libro, y, de pronto, una sensación angustiosa de pérdida le hizo regresar. Necesitó llevárselo consigo, asumir la responsabilidad de no perder de vista los secretos que encerraba aquel pequeño diario.

5

No necesitó que sonara el despertador, ni tampoco sentir el hueco de Nerea en la cama para abrir los ojos. De hecho, llevaba varias horas despierto y con la adrenalina a flor de piel.

Le había costado conciliar el sueño; y no fue, ni mucho menos, un sueño tranquilo y relajado, sino una pesadilla que consiguió desvelarlo para el resto de la noche: Nerea, vestida de negro y algo apartada, contemplaba asustada la escena; él, con el cuerpo desmadrado y una sequedad infinita en la boca, se enfrentaba a los rifles del pelotón de fusilamiento. Diez soldados le encañonaban, diez hombres con un único rostro, el de Fernando Lusarreta, que asomaba sonriente tras el cañón de su arma. El ruido de la descarga lo despertó liberándolo de la muerte, pero su respiración, todavía presa del pánico, agitaba convulsamente su pecho. Se sentó en la cama e intentó serenarse, contó hasta cincuenta en silencio y cuando pensó que lo peor había pasado, se tumbó de nuevo. No pudo volver a conciliar el sueño. Los muertos del capitán Tejada se paseaban por su mente formando un tétrico séquito que repetía con insistencia: «Bajo un manto perfumado de hierba y flores, mecidos por el canto de las aves, descansan en un largo y olvidado sueño nuestros nombres».

Una hora más tarde dejó de engañarse. Ese misterioso mensaje no era otra cosa que su propia voz. Supo que ya nada lo detendría, que leería el resto del diario y después, con calma, haría un análisis profundo de cada una de las cartas. En su mente se perfilaba ya una nueva tarea: localizar los cuerpos de los asesinados y devolverles sus nombres.

Se levantó y preparó el zumo de naranja con dos piezas más de lo habitual, pues sentía la boca tan seca como el esparto. Se lo bebió de un trago antes de vestirse para salir a correr, renunció al café hasta no quemar parte de la tensión que mantenía sus músculos y su cabeza bajo una insoportable rigidez.

Agradeció el frescor de la amanecida rozándole el rostro. Forzó la carrera desde la salida, nada de calentamiento previo, quería sufrir, sentir sus latidos golpeándole el pecho con fuerza, acelerando sus pulsaciones y provocando que su cabeza y sus pulmones no tuvieran otra preocupación que la necesidad imperiosa de obtener todo el oxígeno que pudieran. Lo consiguió; consiguió no pensar en otra cosa que no fuera aguantar el ritmo impuesto hasta que llegó a la presa del molino de Caparroso.

La claridad del amanecer perfilaba la silueta inclinada sobre las piedras. Mikel se detuvo en seco. Sintió cómo la sangre abandonaba su cuerpo mientras su respiración desacompañada le obligaba a resoplar con fuerza en un intento de recuperar el aliento; notaba que se ahogaba, pero no era capaz de apartar la mirada del desconocido que rebuscaba entre el pedregal de la orilla de enfrente.

Se adelantó hasta un gran árbol que impedía que fuera visto y observó al hombre. Se había incorporado y caminaba de un lado a otro de la orilla removiendo con el pie las piedras cercanas al cauce. Movimientos delicados, pero desesperados, intuyó Mikel desde su escondite. Se giró y durante unos segundos calibró la posibilidad de presentarse ante él.

—Hola —le saludó algo apartado.

El hombre se volvió sorprendido.

—Hola —respondió nervioso.

—Soy Mikel Unzu.

El hombre valoró dubitativo si ese nombre significaba algo para él. Tardó unos instantes en reaccionar.

—Perdóneme —se disculpó, avanzando hasta él para poder estrecharle la mano —Javier Lusarreta —le dijo agitándosela con fuerza—. Gracias por no haber pasado de largo. Sé que estuvo con él hasta que llegó la policía y

que intentó salvarlo.

—Llevaba horas muerto para cuando lo encontré.

—Sí, se suicidó. La autopsia lo ha confirmado. Sigo sin poder creerlo. Estuve con él esa misma tarde y fíjese que me pareció que estaba algo más animado —bajó la cabeza apesadumbrado —No supe ver...

Mikel permaneció en silencio, aunque su conciencia le pedía a gritos que liberara a ese hombre de la profunda pena que lo atormentaba; pero, por otro lado, tampoco encontraba el valor para desvelar la verdad y empañar el cariño que Javier profesaba a aquel hombre, que no era realmente su padre.

—He vuelto a buscar el diario. No me resigno a no saber qué quería decirme y qué le ha empujado a irse de esta forma.

Mikel le mantuvo la mirada, pero poniendo gran cuidado en esconder el afecto que sentía por aquel bebé separado brutalmente de su madre y al que tal vez, y sin entender la razón, el eco lejano de un disparo lo haya despertado muchas noches.

—Seguramente se lo haya llevado la corriente; como le dije tiré de él para sacarlo del río.

—Sí, sí, ya me imagino, pero quería intentarlo.

—¿Es hoy el funeral? —se interesó Mikel.

—Sí, hoy a las siete y media, en la iglesia de la residencia. Celebran dos funerales a la vez. Otro de los internos murió esa misma noche.

Mikel sintió que le faltaba el aire. No podía permitirlo, no sabía hasta dónde llegaba la culpa de Fernando Lusarreta, pero no tenía ninguna duda acerca de lo grande y perversa que era la del capitán Manuel Tejada.

—Tal vez su padre hubiera preferido un funeral más personal, ¿no lo cree? —se atrevió a proponer.

—Él no quería funeral alguno. Estaba enfadado con la iglesia. Pero ya sabe, llega este momento y resulta complicado saltarse la costumbre. Hoy a las diez lo incineran.

—Si no le importa, me gustaría acudir —solicitó Mikel—. Respecto al funeral... dele el gusto —y se adelantó tendiéndole la mano antes de marcharse.

Javier Lusarreta lo miró complacido, como si de pronto, y con sorprendente sencillez, hubiera encontrado la forma de salir del laberinto en el que se encontraba perdido.

—Tiene razón, mi padre no era nada amigo de ceremonias religiosas. Dentro de un rato llamaré a la residencia para avisarles. Por la familia no hay

cuidado, había sobrevivido a todos. Sólo me tenía a mí.

—Entonces nos vemos en el cementerio —se despidió Mikel, aliviado de haber salvado a Fernando Lusarreta de compartir con su mayor enemigo el acto de despedida.

En el camino de vuelta a casa decidió llamar a Patxi y solicitarle un día de vacaciones. El día 25 de mayo se lo dedicaría por completo a Fernando Lusarreta.

6

Se contemplaba en el espejo del baño mientras se afeitaba y comprobó que su frente seguía arrugada. El agua caliente de la ducha no había conseguido relajar su ceño. Había discutido con Patxi. No esperaba que su jefe exigiera una explicación para su repentina necesidad y no supo ser convincente. Sin pretenderlo, había despertado el interés de Patxi. El día solicitado de vacaciones le ocasionó, tras el fracaso de sus excusas, una reunión en el despacho del jefe a primera hora de la mañana siguiente. Mikel conocía bien la capacidad persuasiva del director.

—Tendré que confesarle el hurto —se dijo examinando su gesto descompuesto en el espejo.

De repente, y fuera de control, flashes concluyentes se propagaron por su mente: Fernando Lusarreta sujetando el bebé en sus brazos; el cuerpo sin rostro de Aurora yaciendo sobre un gran charco de sangre; los ojos asustados de un joven contemplando el pelotón silencioso y cómplice de su asesinato.

—Hasta aquí —ordenó a su cabeza casi gritando.

Se enjuagó la cara con agua fría y salió apresuradamente del baño. De camino a la cocina, y con la película todavía latente en su imaginación, fue consciente de que el tema se le estaba yendo de las manos. Su idea de devolver los nombres a las víctimas del capitán Tejada pasaba por desenterrar un pasado del que no era dueño. Encendió la cafetera y conectó la radio subiendo el volumen, necesitaba distraerse, aliviar la pesadez que le oprimía el pecho. Las voces intrusas se colaron en la cocina ocupando el espacio con una discusión en tono elevado que obró el milagro. La mente de Mikel quedó abstraída por el gorgoteo del agua traspasando la cápsula del café.

Todavía le restaba más de hora y media para ir al cementerio. Seguir leyendo era casi una obsesión; su enfermiza curiosidad estaba por encima del

miedo e inquietud que sentía.

Carta nº 8

11 de mayo de 2014

La noche ha resultado larga y molesta. Aquellos días vuelven a ocuparlo todo con una nitidez cegadora. Nunca he llegado a olvidarlos completamente, pero el tiempo había conseguido diluir los rostros, las voces, el miedo, la culpa... pero hoy, mi error se ha apostado a los pies de la cama para recordarme cómo empezó todo.

Un cielo encapotado apenas dejaba que la luz se filtrara entre el espeso algodón de sus nubes. La fría mañana de diciembre nos mantenía aburridos en el cuartel, nuestro turno de guardia empezaba después de la comida. Fue idea de Portoles salir a probar nuestra puntería; seguía empeñado en arrebatar me el liderazgo. En la parte de atrás del cuartel teníamos montada, sobre un caballete, una diana a la que disparábamos con perdigones. Chusco era bueno en las distancias cortas, pero conforme alejábamos el punto de tiro la pelea se centraba entre Portoles y yo. Aquella mañana, además de varios de nuestros compañeros, el capitán Tejada era testigo de nuestro desafío desde una de las ventanas del edificio. Yo no lo sabía, pero no voy a negar que me sentí orgulloso cuando abrió la ventana y me felicitó: «Bravo muchacho, tienes una puntería envidiable», gritó a pleno pulmón. ¡Qué me iba a imaginar entonces las consecuencias que me traería aquella victoria!

Ese día, el capitán Tejada, decidió que yo entrara a formar parte de su escolta personal. Recogí mis cosas y me despedí con pena de Chusco y Portoles. La comitiva del capitán ocupaba otro de los edificios del cuartel, bastante mejor equipado que el nuestro. Me instalé allí sin muchas ganas, aún sin conocer el infierno en el que me adentraba.

La primera de las noches en mi nuevo destino me abrió los ojos, todavía inocentes, a la maldad de mis propios compañeros. Era el único requeté que formaba parte del séquito del capitán; los demás pertenecían a la Falange y, aunque no mucho, todos eran mayores que yo. Me costó conciliar el sueño y no debía de llevar mucho rato dormido cuando sentí que alguien me aferraba de manos y pies antes de sacarme de la cama. Entre risas me desnudaron sin permitir que me levantara del suelo; el frío de las baldosas tensó mi piel. Oía las burlas de los que me sujetaban mientras otro comenzó a sobarme la entrepierna. Intenté zafarme, voltear mi cuerpo, pero resultó inútil. Mordí la mano del que sellaba mi boca y aunque la apartó momentáneamente, su puñetazo me dejó aturdido, pero no lo suficiente, porque viví todos los segundos, todos los minutos de cada una de las violaciones.

Apenas llevaba once meses alistado como requeté y ya la guerra se había tragado toda mi anterior existencia. Es espeluznante reconocer, con apenas diecinueve años, que solo lo que te rodea es real, que de todo lo anterior únicamente queda una difusa estela en la que no hay forma de encontrar las risas, los amigos, el cariño... Sí, esa es la verdad, la guerra me transformó en un hombre que acarrea una indiferente y despiadada soledad.

Mikel se detuvo sobrecogido. El abuso sufrido por Fernando Lusarreta había sacudido su cuerpo, y comprendió entonces todo el odio que acumulaba contra el capitán Tejada. Incluso, en su corazón, abrió paso a una disculpa por su crimen.

Carta nº 9

12 de mayo de 2014

Hoy le he esperado junto a la puerta de su comedor, me he ofrecido voluntario para llevar su silla, liberando así al joven que le tocaba desplazarlo.

Cuando ha terminado el desayuno me he colocado tras él y, sin decir nada, lo he llevado al jardín de atrás, no junto a mi rosal sino al jardín del fondo, el que queda apartado del camino. No sé cómo, pero ha debido notar que era yo quien empujaba su silla; tal vez haya reconocido mi olor. Mi cuerpo desprendía hoy un sudor ácido y corrosivo. Los recuerdos habían aflorado tan a la superficie que sentía mi piel dolorida, como en aquella mañana en la que las piernas a duras penas podían sujetarme.

—¿A dónde me llevas, cabrón? —me ha preguntado enfadado.

—¿Qué más te da, si no ves? —le he contestado rabioso.

No ha vuelto a decir nada. He colocado la silla frente al banco donde iba a sentarme y he echado el freno.

—Hoy no he podido dormir por culpa de mi puntería. ¿Recuerdas cuál fue mi premio? —le he preguntado sin poder evitar que mi voz se tiñera de asco.

Se ha incorporado del respaldo acercándose hacia mi voz.

—Lástima que no te mataran aquella noche —ha dicho con una fuerza inusitada.

—Te confieso que no me hubiera importado en aquel momento, aunque después me alegré de que no fuera así —le he revelado—. Quiero saber por qué, ¿qué había hecho para merecer ese castigo?

Le he visto regocijarse; su boca ha vuelto a tornarse prepotente y soberbia y, de nuevo, ha adelantado su cuerpo hacia mí.

—Te había visto mirarme con reprobación. Sentía en tus ojos el resentimiento de tu corazón pusilánime. Mis muertos te mortificaban, así que decidí que también lo hicieran los tuyos. Te faltaban agallas para negarte a obedecer mis órdenes.

No he podido contenerme y levantándome le he escupido en la cara; después he movido la silla hasta dejarlo bajo el sol y me he ido.

A la hora de la comida me he enterado que lo han llevado a la enfermería, un golpe de calor, según me han dicho. He tenido que disimular la risa que se asomaba a mis labios.

7

Mikel llegó cuando faltaban menos de diez minutos para que diera comienzo el acto. Apenas quince personas rodeaban el coche fúnebre. Javier, muy afectado, se apoyaba en una de las jóvenes que lo acompañaban. Trabajadoras de la residencia, supuso Mikel. Algo apartados, formando un corro cerrado, un grupo de viejos murmuraban. Los operarios del cementerio manipulaban el féretro para colocarlo sobre un carro.

Mikel se sentó en uno de los últimos bancos. Oía al sacerdote pero no escuchaba su responso, tenía la mente ocupada en pedir perdón al muerto.

La voz de Javier lo trajo de vuelta.

—Gracias por venir —dijo con la voz entrecortada por la emoción—. No voy a decir que había llegado su hora, porque no es cierto. No era su hora,

tenía noventa y cuatro años pero no era su hora —volvió a repetir alterado—. No sé qué le ha llevado a terminar con su vida de esta forma, y aunque se empeñan en decirme que puede haber perdido transitoriamente la razón, sé que no es así. Un miedo sordo y profundo se había adueñado de sus ojos últimamente, pero no quería hablar de ello —tuvo que detenerse porque la desesperación empañó sus palabras—; me gustaría... me gustaría que si alguno de los presentes conocierais la pena, el miedo o la culpa que lo embargaba me lo trasladarais. De forma anónima si lo preferís, será bien recibido.

Mikel bajó avergonzado la cabeza. Necesitaba salir de allí, pero no era capaz de levantarse. «Se lo daré, te lo juro Fernando que devolveré a tu hijo lo que es suyo, pero quiero saber, me hubiera gustado conocerte» se confesó a sí mismo, pudoroso.

Cuando salieron al exterior se despidió de forma precipitada de Javier.

Una vez en casa agradeció la soledad y el silencio. Sintió que aquella mañana no le pesaban tanto.

Carta nº 10

13 de mayo de 2014

Manuel Tejada sigue ingresado en enfermería, así que no puedo acercarme a él y, aunque jamás lo hubiera pensado, el día ha perdido parte de su utilidad. He vuelto a recorrer todo el perímetro de la residencia; tengo que estar en forma para hacer lo que he pensado. Incluso le he pedido a Javier que me traiga dos pesas, de esas de dos kilos, he de recuperar algo de fuerza en mis brazos, voy a necesitarla.

Javier está sentado junto a mí en la cafetería. Me está contando los quebraderos de cabeza que le supone ser el presidente de su comunidad de vecinos. Le hago creer que estoy interesado en lo que refiere, pero la realidad es que estoy lejos, muy lejos.

Aquella mañana, y aunque el cielo de Baztán estaba de un azul tan puro que casi dolía al mirarlo, mis ojos no alcanzaban a vislumbrar otro color que el gris; desde mi cama y más allá del cristal se expandía un mar de ceniza y engañosa calma.

Ramiro se acercó a mi cama. No quise mirarle cuando me llamó por mi nombre, ni tampoco obedecí cuando me ordenó levantarme. Retiró entonces las mantas con las que me cubría; la mancha sanguinolenta que se extendía por la sábana bajera suavizó el gesto crispado de su rostro, pero no dijo nada. Se limitó a cubrirme de nuevo y marcharse por donde había venido.

Nadie más entró en el dormitorio en todo el día, ni yo me moví de la cama, ni siquiera para ir al baño. Me oriné encima; ¡qué más daba! solo quería morirme, así, con los ojos abiertos y silenciando mi vergüenza.

Entraron cabizbajos y taciturnos; los sentí meterse en sus camas y unos minutos más tarde roncar plácidamente. Entonces me levanté y cogiendo mi fusil me acerqué tambaleante a la primera cama. Tenía su cabeza en el punto de mira, mi dedo apostado en el gatillo y las lágrimas temblando en mis ojos.

—Papá, ¿me estás haciendo caso? —me ha preguntado mi hijo en ese momento.

—Sí, claro —he mentado—. Estoy un poco cansado —he alegado frotándome los ojos para

hacer desaparecer la humedad que colgaba de mis pestañas—. Me gustaría subir ya a mi habitación.

—Espera a cenar —me ha pedido.

Y por no preocuparlo he aguantado hasta esa hora. Nos hemos despedido delante del comedor y, en cuanto lo he perdido de vista, me he retirado a mi habitación. No tenía hambre.

Me he sentado en el sillón a esperar la noche. Hoy tampoco voy a dormir; tengo frío, frío en la boca, en los ojos, en el alma...

Carta nº 11

14 de mayo de 2014

Hoy estaba el capitán Tejada junto a mi rosál. Me ha sorprendido verlo allí. No he tardado ni cinco minutos en acudir al lugar. El muy cabrón me estaba esperando.

—He pensado que yo también voy a recordarte tus muertos —me ha dicho nada más tomar asiento en el banco que quedaba junto a su silla.

He sentido un dolor tan profundo que las manos se me han cerrado conformando dos puños rabiosos. Me han dado ganas de matarlo allí mismo, pero no he querido adelantarme. Todo tiene que seguir el orden establecido.

—Todavía tenías el miedo incrustado en los huesos, aunque ya habían pasado más de quince días del recibimiento que te dieron tus nuevos compañeros. El morado de tu rostro se había tornado a un amarillo casi inapreciable, pero tus ojos mantenían esa censura con la que me castigabas. ¡Qué mejor forma de borrártela que hacerte partícipe de la culpa!

He aflojado entonces los puños porque me dolían los nudillos de tanta tensión.

—Era enero de 1938, me habían avisado que aquella noche había viaje y que además la carga merecía la pena. Preparé la salida con Ramiro; como recordarás compañero íntimo y leal a mi causa. Te incluimos en la batida. No hacía falta más gente para lo que había pensado hacer.

Salimos de Elizondo hacia el collado de Belaun y llegamos con tiempo de sobra al lugar señalado. Esperamos. Ramiro y yo tranquilos; tú, sumido en ese estado de abatimiento que te acompañaba. Aún te veo, acuclillado y algo alejado de nosotros, cubierto por la capa que nos protegía de la lluvia.

El viejo iba adelantado al hijo. Les di el alto, y ambos tiraron la carga al borde del camino. Parecían no entender lo que les decía y saliste en su defensa, «sólo hablan vasco», me explicaste. Recuerdo que me dio la risa.

Mejor para ellos; así no se enteran si digo que vas a matarlos, te repliqué.

Tenías que haber visto tus propios ojos, agrandados por la repugnancia, pero a la vez conscientes de que no había escapatoria.

¿Recuerdas el grito del padre cuando disparaste al hijo arrodillado ante mí? ¿y la rapidez con la que te volviste para acallar su lamento con otro disparo?

Un llanto profundo y atormentado me ha nublado la vista, y, aunque quería huir, me he mantenido en mi posición hasta escuchar el final de su historia.

—Luego te ayudamos a llevar los cuerpos hasta la sima, que quedaba cercana, para que los lanzaras al vacío.

«Tenía diecinueve años y estaba sujeto a tu poder» me he disculpado mentalmente. Después, derrotado, me he levantado y me he ido a mi habitación. No he salido de allí en todo el día.

Javier ha comenzado a preocuparse. Teme que caiga enfermo.

Mikel cerró el diario, con una violencia desmedida, rabiosa. Pudo imaginar a Fernando, casi un adolescente, abandonado a la suerte que quisieran

imponerle sus acompañantes y cubriendo su miedo y soledad bajo la capa impermeable.

—¡Hijos de puta! —gritó cabreado.

No podía evitar cierta afección por el autor de las cartas, aquel muchacho condenado por los caprichos del destino y al que, probablemente, su inmadurez o cobardía le impidieron reaccionar.

Mikel conocía de primera mano cómo la vida, sí, la de uno mismo, la que creías controlar y de la que casi te atreverías a aventurar su futuro próximo, se podía convertir en una extraña de largos silencios. Todo el entramado de la suya se vino abajo cuando Nerea se fue. Se arrepintió, una vez más, de su empecinamiento, de su arrogancia, de sus palabras cargadas de razones; quería un hijo a toda costa y no fue capaz de escuchar las reflexiones de su mujer al respecto: «Hay millones de niños que necesitan un hogar, debemos y podemos ayudarlos. No es tan importante que nuestra sangre corra por sus venas».

Su trabajo como pediatra le había llevado a contactar con numerosas ONG que trabajaban en África. Su alma, de una humanidad abrumadora, volaba sobre poblados olvidados contemplando horrorizada a los desposeídos. Colocó un gran mural en una de las habitaciones de la casa. Niños y niñas de ojos agrandados por el hambre se instalaron allí, silenciosos, sin lágrimas ya que derramar, y con sus vientres inflamados. Mikel evitaba esa habitación en la que Nerea ocupaba cada vez más horas de su tiempo libre. Y aunque entonces no acertó a imaginarlo, fue aquella puerta cerrada la que cambió el rumbo de su vida.

La propuesta de dejarlo todo y trasladarse temporalmente al continente africano le pilló desprevenido, y, en lugar de intentar negociar, se mantuvo en su intransigencia, creyéndose razón suficiente para que Nerea abandonara su locura solidaria. Ese fue su otro error. Su egoísmo y terquedad alejaron a Nerea. No supo entender que el corazón de su mujer estaba herido, herido de injusticia, de inmoralidad, de abuso.

Hacía dos años que se había marchado. En los primeros meses las cartas llegaban con cierta asiduidad. Mikel las esperaba ansioso y deseando que las noticias desvelaran desánimo, agotamiento o una pizca de arrepentimiento, e incluso, siendo más cruel, el fracaso del proyecto. Pero no fue así, Nerea crecía en ilusión, en fuerza, en amor. En contrapunto, el ánimo de Mikel vagaba extraviado en el laberinto complicado de su nueva vida. Una soledad desconocida, y de turbador perfil, se empeñaba en ocupar el vacío de Nerea

de forma permanente. Dolido, y enrabiado como un niño que no ha podido salirse con la suya, dejó de contestar sus cartas. Después, cuando fue capaz de reconocer que se había equivocado, ocupó cada uno de sus huecos con el amable recuerdo de su mujer. Últimamente soñaba con viajar a África, buscar esa aldea perdida e instalarse allí junto a ella.

Respiró insuflando oxígeno a su corazón encogido. Luego, inició la lectura de la siguiente carta.

8

Carta n° 12

15 de mayo de 2014

Hoy he vuelto a mi habitación después de desayunar. Todavía no me siento con fuerza para enfrentarme de nuevo a él. Ayer me ganó la partida. No tiene miedo, es lo que pasa cuando sientes la cercanía de la muerte. ¿Qué otro castigo puede asustarte?

Voy a matarlo, y aunque no lo sabe, apenas le quedan ocho días de vida. Sí, morirá el mismo día que mató a la madre de Javier. Y yo también.

Hace mucho tiempo que dejé de creer en Dios, en la Patria, y en el Hombre, pero albergo la tenue esperanza de que la muerte sólo sea un tránsito a otro lugar donde la justicia prevalezca sobre el poder, e, inclemente, imponga el castigo a todos aquellos que portemos culpas imperdonables. Solo espero encontrar allí el valor que me ha faltado en esta vida para asumir con gusto el mío.

Carta n° 13

16 de mayo de 2014

Aquella noche del 22 de mayo de 1938 era una noche templada en Baztán. Lo recuerdo perfectamente porque habíamos cenado y estaba fumando un cigarro en compañía de Portoles contra uno de los muros de la parte trasera del cuartel.

La noticia corrió como un reguero de pólvora, Chusco acudió a buscarnos: «más de setecientos presos fugados del fuerte de San Cristóbal», nos adelantó con nerviosismo.

Nos movilizaron cerca de las once de la noche, y una parte del batallón fue activado para la vigilancia de todos los puestos fronterizos. El capitán Tejada y su séquito bajamos a controlar la carretera que venía de Pamplona y sus bifurcaciones. Las órdenes fueron claras: no hacían falta prisioneros.

Alrededor de las dos de la madrugada encontramos al primer hombre. No le valió levantar las manos y doblarse rendido. El primer culatazo del arma de Ramiro le abrió una brecha en la ceja y lo tiró al suelo.

—Mátalo —me ordenó entonces el capitán Tejada.

Recuerdo los rostros de los que me rodeaban, ansiosos por ver el desenlace. Y recuerdo también aquellos ojos, hambrientos de clemencia, que me contemplaban desolados, como si hubieran intuido que no era dueño de la mano temblorosa que rondaba el gatillo.

Cavamos la fosa en una de las cunetas del camino que salía del pueblo hacia la montaña.

Ocho muescas vergonzosas deforman mi alma. Ocho disparos que ni la guerra puede justificar. Ocho muertos que han velado mi vida.

Mikel cerró el libro. Necesitaba hacer un parón. Eran cerca de las dos de la tarde y aunque su estómago, cerrado a cal y canto, no estuviera en disposición de recrearse en una buena comida, su cabeza necesitaba distraerse. Se vistió con la misma ropa que había utilizado para ir al cementerio y salió de casa.

Cruzó la calle Olite y entró en el restaurante La Mar Salada. La barra del local estaba concurrida; un murmullo relajado invitaba a quedarse. Mikel se aproximó al mostrador, donde Ainhoa ya estaba esperándolo con una copa entre las manos.

—Hola Mikel, ¿lo de siempre? —le preguntó con el rostro iluminado con su eterna sonrisa.

—Sí, gracias —le respondió, y aunque lo intentó, su voz no supo adoptar el tono alegre que la chica merecía—. ¿Habría mesa libre para comer?

—Claro, para ti siempre hay un hueco —le dijo, guiñándole un ojo antes de desaparecer tras la puerta que conectaba la barra con la cocina.

Mikel comió sin permitir que su cabeza se apartara del cuchicheo de las mesas colindantes. Jugó a entremezclar retazos de las conversaciones de unos y otros. Creó un mundo paralelo de vidas discordantes y enigmáticas que mantuvieron su mente alejada de Fernando Lusarreta.

Tras el café pidió un gin tonic, que saboreó con lentitud mientras las camareras recogían el comedor. No la vio hasta que tomó asiento en la silla de enfrente.

—¿Qué te ocurre, Mikel? —le preguntó Ainhoa—. Pareces preocupado.

La mirada felina de la chica cosquilleó su alma. La contempló embobado y sin saber muy bien qué decirle. Se sentía desprotegido sin la distancia que proporciona la barra del bar. Y aunque en otro momento no le hubiera dado miedo aquel *tête à tête*, en ese instante sintió que algo en su interior flaqueaba.

—Cosas de trabajo. Nada que no pueda solucionarse. Gracias de todas formas por tu interés, Ainhoa.

—Si quieres podemos tomar algo en otro sitio. Salgo de turno ahora —le propuso la chica con timidez.

—No puedo —respondió demasiado rápido—. Tengo que meterme de lleno con un trabajo que he dejado a medias —se justificó algo alterado.

—Está bien, lo entiendo; tal vez en otro momento —volvió a guiñarle el

ojo y, antes de levantarse, le sonrió de una forma tan sensual que tuvo que apartar la mirada.

Mikel volvió a casa recreándose en la boca provocadora de Ainhoa, e incluso se permitió la locura de romper imaginariamente su celibato.

9

En casa se preparó un nuevo café, y volvió al salón decidido a terminar con la lectura del diario.

Carta nº 14

17 de mayo de 2014

La madrugada del 23 de mayo de 1938 cambió definitivamente mi vida.

Apenas hacía dos horas que había matado al primer preso cuando, alertados por el alguacil de otro pueblo, sorprendimos a otros tres escondidos en el cementerio. Desde que la noticia se había propagado por el valle, el oficial del Ayuntamiento había permanecido pegado a la ventana de su salón, acechando el horizonte. Quiso la mala fortuna de los fugados que la tapia del cementerio quedara cercana a su casa. La noche encubrió al delator.

Él nos abrió la puerta y los sacamos a trompicones del camposanto. Guiados por el alguacil los condujimos encañonados a las afueras del pueblo. Recuerdo que contemplaba aturdido cómo Ramiro ataba al más joven a uno de los árboles que rodeaban la era en la que nos detuvimos. Después, ofreció su arma al más viejo y le ordenó disparar sobre su compañero. «Si lo matas a la primera te perdonamos la vida» le dijo. El hombre se negó de inmediato. Ramiro lo intentó con el otro preso y su respuesta fue idéntica a la de su camarada.

Sentí envidia. Admiré su valor y compañerismo. Les ataron a los dos en árboles contiguos y después me mandaron disparar.

Podía haberme negado y correr su misma suerte, pero no lo hice. Una voz desconocida se había instalado en mi cabeza equivocando a mi conciencia: «Todos los enemigos merecen morir, el perdón divino está garantizado».

Los enterramos allí mismo. Un gélido y denso vaho nublaba mi visión aquella noche. Nunca he conseguido recomponer aquellos tres rostros.

Descansamos alguna hora en la casa del alguacil. Al despuntar el alba, salimos de nuevo de cacería.

El capitán Tejada distinguió la estela de un humo lejano.

Nos adentramos en el camino guiados por el alguacil y dos de sus perros de caza. Los ladridos alertaron a los presos, que salieron precipitadamente de la borda. Desde nuestra posición, algo elevada, dominábamos el campo que cercaba el refugio.

La orden fue tajante, «dispara», me mandó el capitán. Y de nuevo obedecí. Mi primer disparo, certero e imperdonable, para el joven que corría a la zaga. El segundo, para su compañero, que detuvo su huida para intentar ayudar a su amigo.

Luego, ocurrió algo extraño. El capitán Tejada, de forma precipitada y distante, despidió al alguacil. Me chocó ese comportamiento repentino, pero cinco minutos más tarde lo entendí.

La puerta de la borda estaba asegurada e impedía el acceso a su interior. El capitán Tejada y Ramiro comenzaron a golpearla de forma violenta. Me mantuve alejado de ellos hasta que la puerta

se abrió y la vi. Entonces me acerqué. La joven no tendría más edad que yo, y estaba aterrada. El pelo le caía sobre los hombros con una suave y brillante ondulación. Era delgada y bonita, muy bonita... Ocultaba algo entre sus brazos.

El capitán la empujó hacia dentro. Ramiro traspasó la puerta y yo me colé tras él.

—¿Quién eres? —le gritó el capitán Tejada.

—Me llamo Aurora —respondió con un hilo de voz.

—Por lo que veo cuidas a los rojos —sentenció contemplando la cazuela con el potaje.

—Yo no sabía, estaban hambrientos —se justificó la joven.

—¿Qué escondes entre los brazos? —bramó, acercándose amenazadoramente hacia ella.

—Es mi hijo —le dijo mostrando el rostro del bebé—. Ha nacido esta noche.

—Seguro que es el hijo de alguno de esos —replicó sin disimular el asco que sentía.

—No —contestó ella con rapidez—. A su padre lo mataron los rojos. Soy del pueblo, mis padres pueden confirmarlo.

La miré descorazonado. Sabía que no había perdón para ella. Lo intuí en el odio que emanaba de los ojos del capitán. Me adelanté posicionándome entre ella y Ramiro. Protegiéndola con mi cuerpo.

—Mátala —me ordenó entonces el capitán Tejada.

—No —grité con fuerza—. No voy a matarla, ni tú tampoco —le dije colocándome junto a ella.

Aurora me miró. Traspasó mi piel con el brillo dorado de sus ojos y, como si también hubiera adivinado su suerte, alargó sus brazos ofreciéndome a su hijo.

La bala me rozó la camisa. El cuerpo de Aurora cayó a mis pies.

La tarde se ha ensombrecido. Mi cuerpo y mi mente también. Una única ilusión me mantiene aquí todavía. Apenas quedan seis días.

Mikel cerró el libro. Recordó la última carta, la que escribió Fernando el mismo día de su muerte. Abrió de nuevo el libro y avanzó hasta la carta nº 20. Necesitó volver a leerla.

Carta nº 15

18 de mayo de 2014

Hoy, con el amanecer, Aurora ha vuelto. La he sentido y me he quedado quieto para no asustarla.

Su pelo castaño caía suelto sobre sus hombros y he podido sentir su tacto sedoso en la piel de mis manos, como aquel día cuando la cogí entre mis brazos para llevarla a la fosa. Nunca hasta entonces había acariciado la melena de una mujer.

Sus ojos me han mirado sin miedo; más dorados todavía que entonces, sin rastro de odio ni tormento. Con suavidad, he alargado mi mano hasta el borde de su boca y he perfilado el contorno de sus labios con una caricia. Su aliento me ha rozado el dedo antes de desaparecer.

La aparición de Aurora me ha hecho recuperar el ánimo, y he salido de nuevo al encuentro del capitán Tejada.

Estaba junto a mi rosal.

—Pensaba que hoy tampoco vendrías —me ha dicho en un tono burlón, nada más llegar.

No he contestado; me he sentado a su lado y le he arrebatado las gafas que le cubrían los ojos.

—Es mejor así, a cara descubierta.

—Como quieras —ha replicado.

—Estoy escribiendo nuestra historia —le he explicado—. Sé que no te importa ya lo que pueda pasarte, pero imagina por un instante qué supondrá para tus descendientes saber quién era en realidad el capitán Tejada.

Eso le ha dolido. He sentido que su cuerpo se revolvía impotente.

—Ninguna guerra justifica tus muertos —le he dicho con rabia.

—Tampoco los tuyos —se ha defendido.

—Tienes razón; podía haber huido, haber desobedecido tus ordenes, haberme enfrentado al pelotón de fusilamiento... pero no lo hice. Créeme que lo he pagado caro.

Entonces se ha vuelto hacia mí y como si pudiera verme ha soltado irritado:

—Siempre te faltaron cojones.

Extrañamente, he sonreído. Quién mejor que yo para reconocer esa verdad.

—Voy a indicar cada lugar; será sencillo que den con las fosas —le he confesado.

—¿Qué ganas con eso ahora? —ha querido saber.

—Despertar sus nombres, devolvérselos a sus familias, otorgarles, por fin, un justo sueño junto a los suyos.

No ha dicho nada. Yo tampoco. Me he levantado y he tirado las gafas al suelo. Antes de irme las he pisoteado hasta romperlas.

Mikel se incorporó impaciente.

—Las ha indicado —repitió emocionado.

Y en ese momento volvió a leer el penúltimo párrafo de la carta.

—Despertar sus nombres... —recordó su noche de insomnio y aquella cantinela que repetía la comitiva de muertos y que entonces achacó a su propia conciencia: «Bajo un manto perfumado de hierba y flores, mecidos por el canto de las aves, descansan en un largo y olvidado sueño nuestros nombres». Ahora, el deseo expresado por el muerto le hacía dudar.

—¿Y si aquella voz fuera la del propio Fernando Lusarreta alentándome a realizar el trabajo que él no fue capaz de hacer? —se preguntó a sí mismo.

Carta nº 16

19 de mayo de 2014

Javier se ha sentado a mi lado en el jardín. Hace frío, pero prefiero estar alejado de todos, tengo la sensación de que mi cuerpo huele. Sí, es lo que tiene remover el fango, la putrefacción invade el espacio con su hedor insoportable.

He mirado fijamente a mi hijo mientras me hablaba, buscando en sus ojos a aquel bebé que se revolvía inquieto entre mis brazos.

—Échalo ahí, junto a su madre —me ordenó el capitán Tejada.

—No —repuse con decisión—. Él es inocente, déjeme llevárselo a mi madre. Ella se hará cargo; desde la muerte de mi padre está muy sola.

El capitán chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza.

—Pero, ¡qué blando eres Fernando! Si no tuvieras esa puntería hace tiempo que estarías criando malvas. Te voy a dar el gusto, hoy te lo mereces, te has cargado a unos cuantos de estos cabrones —me dijo señalando a los dos hombres en la fosa—. Ahora..., con la mujer no has podido. Te faltan cojones, pero te aseguro que para cuando acabe esta guerra habré hecho de ti un hombre —aseveró antes de darse la vuelta y dejarme junto a los soldados, que cubrían con paladas de tierra los cuerpos de los dos hombres y el de Aurora.

Ya en el cuartel, el llanto del bebé era tan desesperado que preparé un vaso de agua con azúcar y con una cucharilla comencé a alimentarlo. Tuve que aguantar todo tipo de mofas de mis nuevos compañeros, pero no me importó, ya que tenía en mi poder el permiso de dos días para regresar a Pamplona. Esa misma tarde, con el bebé agotado por el llanto y el hambre, me monté en uno de los camiones que volvían a la capital.

Como había imaginado, a mi madre se le disipó la pena en cuanto abrió la puerta de casa. Verme sano y salvo le arrancó un «hijo mío» que le quebró la voz. El bulto entre mis brazos le impidió abrazarme como le hubiera gustado. Aunque intenté sonreírle no pude, pues ya no sabía cómo hacerlo. Le tendí el paquete que traía sin pronunciar palabra.

El apagado gemido del niño alertó a mi madre. Con delicadeza apartó el paño blanco que le cubría hasta el rostro.

—¡Válgame Dios!, pero que... —no pudo decir nada más, un sollozo hambriento retumbó en el descansillo. Asustada, se metió en casa ordenándome que cerrara la puerta.

Le conté lo sucedido. Las lágrimas de mi madre ablandaron mi ánimo y lloré, libre de testigos que pudieran recriminármelo; dejé que todo mi dolor se vertiera sobre su hombro, y sobre la piel desnuda del bebé, que también lloraba sus ausencias.

Inventamos una prima a la que la contienda había dejado viuda y embarazada; luego culpamos de su muerte a las hemorragias de un mal parto. El resto del vecindario, en su mayoría mujeres, y de edad avanzada, recibió con júbilo la llegada del bebé.

Dejé que mi madre eligiera su nombre. Javier nos pareció bien a los dos. Durante los dos días que duró mi permiso viví otra vida; la mía había desaparecido...

Javier se ha levantado y me ha ofrecido su brazo. Era ya la hora de la cena. Gustoso lo he agarrado; no me hace falta, pero sé que eso es importante para él.

Carta nº 17

20 de mayo de 2014

Todavía está oscuro y ya llevo un buen rato levantado. No consigo conciliar el sueño. Creo más bien que es el agotamiento el que me sume en una breve y poco reconfortante inconsciencia.

Hoy siento a mi madre como si estuviera aquí, velando mi insomnio. Tal vez conozca mis intenciones. Me encantaría volver a verla, que acertáramos a juntar nuestras manos, aunque sea por un breve instante, antes de perderme en ese espacio incierto e infinito que es la muerte.

No consigo recordarla con otro peinado que su sempiterno y ordenado moño. Sus ojos parecían vivir asustados, aunque no era para menos, pues acumulaban disgustos de huella imborrable.

Según decía, le costó concebir su primer hijo; «un bebé precioso» solía aclararme, y cuando apenas contaba con dos meses de vida una noche desalmada le robó el aliento mientras dormía. Esa fue la primera de sus desgracias; la que la envejeció repentinamente. Después llegaron las otras, las que le metieron hasta bien adentro el susto en el cuerpo. De la noche a la mañana perdió a su única hermana; una peritonitis envenenó su cuerpo en cuestión de horas. La inesperada desaparición del apoyo protector que representaba su hermana la sumió en una tristeza para la que no había otro tratamiento que el paso de los días. Y no habían pasado tantos cuando su madre decidió poner fin a la culpa que cargaba su alma. El informe médico que cerró el capítulo de la muerte de su hermana concluía con una velada acusación: excesiva demora en la solicitud de atención médica. Guardaba esa hoja en su mano cuando se lanzó al vacío.

«Dios aprieta pero no ahoga», le gustaba pregonar en referencia a mi llegada al mundo. Y cuando osaba romper su acostumbrado silencio me confirmaba: «sanaste mis heridas». A mi madre no le hacían falta muchas palabras, amaba con atinado sigilo.

Vivía por y para nosotros, sus tres hombres: padre, marido e hijo. Recuerdo aquellos años felices de mi infancia con inmenso cariño. Pero luego, cuando a Dios le dio por volver a apretar nuestros cuellos, toda aquella alegría que reinaba en el piso de la calle Mayor se difuminó, dejando una estela de espeso desconsuelo.

El abuelo murió de noche, sin ruidos ni aspavientos. Mi corazón, de apenas diez primaveras, acusó su ausencia revelándose contra esa injusticia, y fueron mis padres los que pagaron todo aquel enfado. Hoy me avergüenzo de todo aquello. Pero todavía me avergüenzo más de lo mal hijo que pude llegar a ser cuando ella más me necesitaba, cuando el dolor se instaló en sus ojos de forma permanente.

Aquella mañana de diciembre los churros de hielo colgaban del alero de la casa. Los veía desde mi cama mientras escuchaba al viento estrellarse una y otra vez contra el cristal del balcón. Abracé con ganas mi bolsa de agua caliente, que todavía conservaba una agradable tibieza. No faltaba mucho para que mi madre llegara y cerré los ojos. Pero aquella mañana sus labios no rozaron mi frente, ni la caricia pausada de su mano me atusó el pelo. Mi madre no vino. No podía; estaba junto a mi tío Pablo en el hospital para certificar que el muerto era su marido. Un camión arrolló la bicicleta con la que iba a trabajar. El golpe lo mató en el acto.

No supe ayudarla. La dejé vagar en su enlutado abandono.

Nunca jamás me lo echó en cara, ni siquiera cuando me alisté voluntario para ir a la guerra.

La llegada de Javier le llenó la soledad, y, además, aquel desamparado bebé obró el milagro de tornar en amor todo su dolor. También el mío.

Cuando acabó la guerra abandoné el uniforme, el carlismo, la fe y la casa de la calle Mayor. Nos trasladamos a un piso de la calle Zapatería contra la voluntad de mi madre, a la que tuve que amenazar con llevarme a Javier y dejarla sola para que consintiera en dejar atrás todos los recuerdos que albergaban las paredes de la que hasta ese día había sido su casa. Instalados en el nuevo piso, me volqué en el cuidado de las dos únicas personas que me importaban de verdad.

Dos fotografías de Carmina, una prima lejana de mi madre a la que una pulmonía se llevó siendo joven, suplantaron la identidad de la verdadera madre de Javier, Aurora. La que ocupaba mi mesilla durante el día, dormía en el cajón de la misma. No soportaba verla allí, ocupando un espacio que no le correspondía. La otra estaba junto a la cama de Javier. Recuerdo que tenía que mirar para otro lado cuando de niño cogía el portarretratos y, antes de dormirse, besaba aquel rostro con auténtica devoción. Cada noche me juraba a mí mismo confesarle la verdad en cuanto tuviera edad para asumirlo. También para eso me han faltado cojones.

Escucho el murmullo en el pasillo; ya es la hora del desayuno y, aunque no tengo muchas ganas, voy a bajar al comedor. Quiero recordarle un episodio que va a joderle mucho.

Carta nº 18

21 de mayo de 2014

Hoy mi ánimo está exultante, no es para menos, ayer conseguí que los ojos se le empañaran de rabia. El coraje lo levantó de la silla y, guiado por mi voz, avanzó hacia mí con el puño cerrado. Mi carcajada hizo que se tambaleara de impotencia y cayera al suelo. Me alejé de allí apresuradamente.

Seguía su silla a una prudencial distancia, y cuando lo supe solo me acerqué por la espalda.

—Hola, Manuel Tejada —le saludé en un tono jovial.

Volvió la cabeza hacia mí, pero no dijo nada.

—Hoy voy a confesarte un secreto... —guardé silencio unos instantes antes de continuar—. ¿Nunca te has preguntado qué pudo detener tu prometedor carrera en el recién creado ejército de Franco?

Las noches de insomnio dan para mucho —le confesé—. Desprovisto de sueños en los que aliviar mi culpa me dediqué a vigilar los tuyos. No quise hacerme ilusiones la primera noche que descubrí a Ramiro colándose en tu habitación. La segunda y la tercera, no me atreví a acercarme. La décima noche pude oír tus gemidos de placer cuando pegué mi oreja a la puerta de tu dormitorio.

El capitán Tejada ocultó entonces su vergüenza cubriéndose el rostro con las manos.

—Aproveché el siguiente permiso de fin de semana para escribir una carta —le expliqué satisfecho—. Solo una, pues sabía que sería suficiente. Y esperé, una noche tras otra, agazapado en la oscuridad, vigilando al que te vigilaba.

—¡Hijo de puta! —me gritó antes de intentar levantarse de la silla.

Hoy he llamado a Javier y le he pedido que saliéramos a comer juntos a algún restaurante de los alrededores. Quiero estar a solas con él, despedirme sin palabras y suplicarle, silenciosamente, que me perdone.

Carta nº 19

22 de mayo de 2014

Hoy he esperado al amanecer ante la ventana abierta de mi dormitorio. No hacía frío. He dejado que mis ojos recorrieran el jardín acariciándolo con mi vista; mi rosál, salpicado con sus flores amarillas, ha conseguido emocionarme. He inspirado la calma que emanaba de un cielo de tonalidad todavía incierta y puedo asegurar que en esos instantes me he sentido feliz.

He bajado a desayunar antes de tiempo para poder despedirme de las chicas del turno de noche. Me ha bastado con mirarlas y ofrecerles una última y agradecida sonrisa. Así he pensado hacerlo también con los restantes turnos. Además de con mis amigos y, por supuesto, con Javier. Hoy, aunque no venga a cuento, pienso abrazarlo con fuerza antes de que se vaya.

El plan es muy sencillo: vestirme para la ocasión y esperar en el sillón a que la noche adormezca a los residentes. Después, me colaré en la habitación del capitán Tejada y lo asfixiaré con su propia almohada. Cuando haya acabado con él regresaré a mi habitación para escribir la última carta. También tengo pensado dónde esconderme hasta que la necesidad de ir al baño haga abandonar su puesto al auxi-liar que vigila la puerta principal. Entonces ya solo me quedará regresar al lugar del que mejores recuerdos guardo. Acudía allí con mis padres las tardes de domingo, sentados en el pedregal de una de sus orillas merendábamos mientras el abuelo, apostado enfrente, esperaba ilusionado que el corcho de su caña se hundiera. En ese tramo del río Arga me enseñó a nadar mi padre, a pescar mi abuelo y a apreciar la vida mi madre. Sí, quiero sumergir mi cuerpo en su corriente y que sus aguas adormezcan todo mi dolor.

Pero antes, y como prometí al capitán Tejada, voy a detallar los lugares donde están las fosas de aquellos a los que asesinamos. Sé que hubo muchos más pero de esos no fui verdugo ni testigo. El permiso para trasladar a Javier a Pamplona me liberó de las ejecuciones que se realizaron los días siguientes a la fuga.

No quiero olvidar a mis dos primeros muertos, padre e hijo, contrabandistas de la zona de Elizondo. Los arrojamos a la sima que está pasado Bearzun y de camino hacia el collado de Belaun.

Al primer preso lo encontramos en las afueras de Oirsun, pueblo de apenas veinte casas a los pies del puerto de Belate. Lo enterramos a unos quinientos metros de la última casa del pueblo, en la cuneta derecha de un camino que sube al monte y a escasos metros de un pequeño encinar.

Los tres hombres que encontramos en el cementerio de Elorzua los enterramos en la era que queda a menos de un kilómetro del camino que parte desde el cementerio hacia el río. Cavamos la fosa delante de los árboles a los que les habíamos atado para ejecutarlos, los que están más alejados del camino. Puede que conserven todavía en sus cortezas las marcas de aquellas balas.

Para llegar a la fosa que guarda a Aurora y a los dos presos, hay que salir del pueblo de Ultuzar

por el camino arbolado que está a unos doscientos metros de las últimas casas. En la primera bifurcación hay que coger el sendero de la derecha hasta llegar a una hilera de robles; tras ellos está el prado y al fondo de éste, la borda. Será sencillo dar con la tumba: cincuenta pasos exactos desde el tronco del roble marcado con la inicial de nuestros nombres.

Y llegó de nuevo, irremisiblemente, a ese fatídico 23 de mayo, a la carta número 20, y, aunque en principio pensó en desecharla, comenzó a leer de nuevo.

Hoy he despertado tu nombre de su largo sueño. ¡Aurora, Aurora, Aurora!, he repetido una y otra vez mientras le cubría el rostro con su propia almohada. No me ha costado mucho acabar con él; estaba muy viejo y debilitado...

Se imbuó una vez más en la lectura de aquella carta, y revivió todas y cada una de sus frases hasta el final.

Sí, Aurora, te he amado desde aquel día, sin que hubiera una razón para hacerlo. Y también desde aquel día, todos los días, te he pedido perdón. No pude salvarte de la muerte, pero hoy te he vengado. Sólo me queda buscar mi sueño eterno y, si me lo permites, reposar junto a ti.

Mikel mantuvo el libro abierto sobre sus piernas. Sentía la boca seca y el corazón escarchado. Su arrepentimiento había desaparecido por completo; haber robado el diario de Fernando Lusarreta le había abierto los ojos, hasta entonces perdidos, o ingenuamente imbuidos en el silencio que ha rodeado siempre todo lo concerniente a la fuga del fuerte. Levantándose, caminó hasta el ventanal del salón, y desde allí contempló la silueta del monte Ezkaba. Un profundo escalofrío recorrió su espalda; había caminado infinidad de veces por aquellos senderos sin imaginar que bajo ese verdor pudieran yacer los cuerpos de hombres asesinados sin piedad alguna.

10

Una ligera llovizna caía dócilmente sobre las hojas de los árboles humedeciendo su verdor primaveral. Mikel, perdido en su habitual melancolía, apuraba el café junto al ventanal del salón. Nerea adoraba esas plomizas mañanas de Pamplona en las que olía a tierra mojada. Solían

aprovechar para pasear por el parque de la Media Luna, callado y solitario en esos días. Mikel sentía que estaba irremediadamente unido a ese lugar, bucólico, antiguo y de un marcado romanticismo.

Aquella tarde había nevado. Un manto blanco y de esponjoso grosor cubría jardines y caminos. El sonido de sus pisadas, quebrando la capa nívea que cubría la tierra, desaparecía de inmediato absorbido por el reconfortante silencio que envolvía al parque. Nerea se soltó de su mano y, se adentró, corriendo, entre el arbolado, hasta perderla de vista. El bolazo de nieve le golpeó la espalda y, seguidamente, pudo oír su risa escapando de su escondite. Mikel cogió entonces un puñado de nieve y mientras la seguía lo apretaba entre sus manos conformando una gran bola. La vio escabullirse tras el leñoso tronco de la vieja secuoya. Cambió el rumbo de su carrera hasta quedar oculto tras uno de los árboles cercanos. Desde allí la veía bien. Estaba preciosa. Las mejillas sonrosadas por el frío iluminaban su rostro, y sonreía. Lanzó la bola sin demasiada fuerza y con desatinada puntería; el golpe seco contra la corteza del árbol alertó a Nerea, que emprendió de nuevo la huida. Mikel corrió tras ella, alcanzándola en apenas unos metros, la abrazó por detrás y, pegado a su cuerpo, se dejó caer de espaldas sobre el colchón de nieve. Los rizos de su melena sobresalían del gorro de lana que cubría su cabeza rozándole los labios, y, entonces, una bocanada de amor inundó su corazón.

—Cásate conmigo —le pidió en un tímido susurro.

Nerea, liberándose con suavidad de su abrazo, se tumbó junto a él. Sus ojos desprendían un cálido y resuelto brillo cuando se colocó sobre su pecho y, acercando la boca a sus labios, lo besó apasionadamente.

Mikel extendió la mano hacia el cristal y siguió con el dedo la estela de dos gotas de agua que avanzaban casi pegadas hacia el marco del ventanal. Un nudo de congoja quebró sus labios y su alma.

El despacho de Patxi tenía la puerta cerrada. Mikel se sentía incómodo e indeciso. Las horas en vela de la noche pasada le habían dado para inventar más de diez justificaciones diferentes a su imprevista ausencia al trabajo del día anterior; pero ahora, a escasos metros de enfrentarse a la mirada experta y cáustica de su jefe, todas ellas le parecían descabelladas y poco creíbles. También había barajado la posibilidad de contar la verdad, aunque esta opción siempre venía acompañada de una buena dosis de remordimiento. Decidió entonces dejar de anticiparse a los acontecimientos. Golpeó suavemente la puerta y, sin esperar respuesta, accedió al interior.

Patxi apartó los ojos de la pantalla del ordenador y, distraídamente, elevó la cabeza a modo de saludo. Le bastó apenas un segundo para presentir la tirantez que acompañaba a su empleado, pero no aflojó la dureza de su mirada, acentuada en los últimos tiempos por las oscuras bolsas que crecían bajo sus ojos.

—Siéntate —le pidió cogiendo un nuevo cigarrillo del paquete—. Cuéntame, Mikel, y nada de chorradas —le dijo, antes de expulsar la bocanada de humo que contenían ya sus pulmones.

Mikel lo miró con consternación mientras introducía la mano en el bolsillo de su cazadora y rozaba con las yemas la tapa del diario.

—Tengo bastante lío para hoy, así que no me hagas perder el tiempo; suelta ya eso que te traes entre manos —le exigió Patxi, elevando un poco el tono de su voz.

Mikel asumió lo inevitable y sacando el diario del bolsillo lo colocó sobre la mesa.

—Échale una ojeada —le pidió, empujándolo hacia las manos de su jefe.

—Prefiero que me des alguna pista.

Mikel se negó en silencio.

Patxi, sin demasiadas ganas, abrió el libro y se detuvo en la dedicatoria; a continuación pasó la página y comenzó a leer la primera de las cartas. Mikel se mantenía callado y perdido en el brillo rosáceo de la cabeza de su jefe. Lo sintió más desaliñado que de costumbre. A la deslucida camisa que se había puesto aquella mañana le resultaba complicado guardar la compostura. Los kilos de más, ganados a pulso por una insana y despreocupada alimentación, asomaban indiscretos por las aberturas que dejaba la tela entre botón y botón. La imagen era desalentadora. Mikel sopesó esa posibilidad para sí mismo. Desde que no estaba Nerea había desatendido en gran medida su aspecto y su vida social. Su día a día se limitaba a casa y trabajo, haciendo alguna excepción con las visitas a su madre y las solitarias salidas a los bares cercanos a su domicilio. Ponerse una camisa a juego con el pantalón elegido carecía de importancia ya. Así como el afeitado diario, el corte de pelo o el perfume. Contemplando a su jefe tuvo que reconocer que convivir con una empecinada soledad podía acabar resultando peligroso. Pensó entonces que debía cambiar de actitud, odiaría acabar sus días en la indolencia en la que Patxi vivía.

En ese momento su jefe levantó la cabeza del libro y enarcando las cejas le dijo:

—Tú dirás de qué va esto.

—Va de que he hecho algo indebido y ahora estoy sufriendo las consecuencias.

—Explícate —le pidió nervioso.

Mikel relató cómo se había hecho con el diario y los secretos que escondían sus páginas. También le habló de Javier y de la nota que había dejado su padre.

Patxi lo observaba impasible y con una frialdad que disimulaba la imparable actividad de su cerebro. Un engranaje de ideas se abría paso en su mente; aquel manuscrito podía ser la puerta de una nueva e interesante investigación.

—Sé que no debí cogerlo, pero me pudo la curiosidad.

—Ahora no vale arrepentirse, el mal está ya hecho, y, además, por lo que cuentas, creo que hasta le has podido hacer un favor al tal Javier.

—Quiero entregárselo, le pertenece. Su padre había decidido descubrirle la verdad y yo no debo interponerme. Además, quiero hablar con él.

—¿Estás seguro? Tiene todo el derecho a denunciarte por apropiación indebida.

Mikel asintió.

—Correré el riesgo.

Patxi se levantó y acercándose a una de las estanterías de su despacho rebuscó entre sus baldas. Cuando encontró lo que buscaba volvió a la mesa y dejó caer el libro que traía entre las manos: *Los fugados del Fuerte de Ezkaba*, de Fermín Ezkieta Yaben.

—Tenemos que localizarlo —le dijo señalando el nombre del autor en la portada—. He seguido su investigación y te aseguro que conoce bien los pormenores de aquella fuga.

Abrió el libro y le mostró la cita de la introducción.

«Con el tiempo empecé a darme cuenta de que las pequeñas historias personales sí importan. Ante la fiebre consumista que es marca de una época, hay que defender cosas esenciales como recuperar la pequeña historia de personas y lugares»

Ariel Dorfman

Mikel elevó el rostro y le miró complacido; reconoció nuevamente ese don que Patxi tenía para encontrar la razón que justificaba lo injustificable.

—Antes de devolverlo déjame que lo lea —solicitó recuperando el

diario de la mesa—. Mañana para las ocho de la mañana lo tendrás en tu despacho.

—Está bien, pero a cambio te pido que me dejes salir hoy. Quiero ir a uno de los lugares que Fernando Lusarreta describe en su diario; está bien indicado. Cuando lo leas me entenderás.

—De acuerdo. Pero mañana sin falta hablas con el hijo, a ver si está por la labor de sacar a la luz los trapos sucios de su padre.

Mikel lo miró con desaprobación pero no dijo nada. No quería perder el tiempo explicando un sentimiento propio y seguramente incomprensible para la dogmática conciencia de Patxi Equiza.

11

El aire se había detenido y en el cielo azul, globos de algodón blanco se mantenían a la espera, imperturbables, circundando al sol primaveral todavía adormecido.

Mikel, sentado al volante de su coche, repasaba las indicaciones de Fernando para llegar a las distintas fosas. Cuando memorizó la que le interesaba, dobló con cuidado el papel en el que las había anotado y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Puso en marcha el motor, y sin dejar que las dudas le tomaran la delantera, salió hacia su destino.

Había una densa circulación en la carretera que une Pamplona con Francia. Sujetaba el volante con impaciencia. Una fina película de sudor humedecía sus manos y aunque todavía no sabía qué le había empujado a querer acudir allí, ni qué esperaba encontrar o sentir en aquel lugar, tenía claro que cuando la necesidad de hacer algo le brotaba así, de imprevisto, nada ni nadie podía detenerlo. Pasó el desvío al valle de Ultzama y redujo la velocidad; el cruce a Ultuzar estaba a apenas quinientos metros.

La carretera estrecha y sinuosa se mantenía solitaria. Cinco kilómetros de asfalto aislaban al pequeño pueblo de la ruidosa nacional 121.

Aparcó en las afueras. El aire olía a hierba húmeda y ganado. En los prados que rodeaban las casas, de un verde brillante por el rocío, pastaban ociosas las vacas. Aquella muda tranquilidad consoló algo su ánimo. Se adentró por una de las calles; la más ancha. Todavía permanecía sombría y sintió el cambio de temperatura. Mikel cerró la cremallera de su cazadora mientras avanzaba entre las casonas de piedra emplazadas a ambos lados de

la calle. Todas parecían guardar una estudiada sintonía; tejados a dos aguas de un rojo apagado sobre balconadas corridas y adornadas con flores. En la piedra de sus fachadas, escudos labrados con los emblemas de la familia descansaban sobre grandes portones de madera. Mikel paladeó el olor, la frescura, el sigilo que lo envolvía, hasta llegar al final de la calle. La plaza era pequeña y formaba casi un perfecto cuadrado. En uno de sus costados estaba la iglesia. Una mujer de edad avanzada barría con esmero las losas del suelo del atrio. Mikel se acercó hacia ella.

—Buenos días —saludó.

La mujer, de espaldas a él, se volvió sorprendida.

—Buenos días, ¡qué susto me ha dado!, no esperaba a nadie.

—Lo siento —se disculpó Mikel—. ¿Podría ayudarme?

—Si está en mi mano...

—Busco un camino arbolado que lleva a una borda.

—Siga esta calle —le interrumpió señalándola —y al final verá que a unos pocos metros de la última casa parte un camino; de ahí se llega a varias bordas.

No le dio opción de preguntar nada más, girándose para seguir con su tarea.

Tras despedirse, Mikel se encaminó hacia la calle indicada.

El anciano estaba apostado junto al quicio del portón de una de las casas de la calle. La boina, bien calada, sobre la cabeza y un bastón, de hechura casera, en la mano derecha.

—Buenos días, le saludó adelantándolo.

—Buen día —le contestó el hombre—. Por ahí se va al bosque —le dijo apuntando con el bastón hacia el final de la calle —se lo advierto porque veo que no lleva calzado apropiado para andar por esos caminos —le indicó señalando los mocasines de ante que llevaba.

Mikel sonrió al contemplarse los pies.

—Tiene razón, no es calzado apropiado, pero no voy a andar mucho; busco una borda que no debe estar muy alejada.

—De aquel camino se llega a varias, ¿la de quién busca?

—No sé a quién pertenece; un viejo conocido solía venir a ese lugar y me recomendó visitarlo. En la bifurcación del camino hay que tomar el sendero de la derecha y recorrerlo hasta llegar a una hilera de robles.

—¡Ah, la borda de Severino!, está derruida, ya sabe, cuando las cosas se abandonan...

Mikel hizo mención de seguir, pero el hombre, que debía tener ganas de charla, se acopló a su paso.

—Da pena ver todas esas cabañas echadas a perder —confesó apesadumbrado —pero los pueblos tienen esa condena ahora, la juventud no quiere vivir aquí y no los culpo —reconoció—. Nosotros estamos acostumbrados a este silencio y nos entretenemos con poco.

—¿Severino murió? —quiso saber Mikel.

—Morir, lo que se dice morir, hará unos cuarenta años, pero en realidad llevaba muerto otros treinta. Mi madre solía contar que nunca había podido perdonarse lo de su hija Aurora.

A Mikel se le erizó el vello de todo el cuerpo. Miró de reojo al hombre, que seguía caminando sin que sus casi ochenta años hicieran mella en su paso, y cruzó los dedos para que su buena suerte no cambiara.

—Todos los días hago este recorrido, es para que no se me entumescan las articulaciones. Apenas tiene desnivel y me lo conozco al dedillo. Nuestra borda está cogiendo el otro camino en la bifurcación, el de la izquierda. La tenemos bien cuidada; a mis hijos les gusta ir con los amigos, suelen organizar calderetes y se pasan el día entero allí.

—¿Severino no tenía hijos que quisieran mantenerla?

—No, sólo tenía esa hija, Aurora, y se marchó de casa.

—¿Así, sin más? —se aventuró a preguntar Mikel.

El hombre redujo su marcha y, sin mirarle, dejó caer:

—Debía estar preñada.

—¿Pero la echaron de casa?

—No, claro que no. Supongo que estarían malhumorados...; en aquellos años se consideraba una deshonra para la familia que una hija fuera madre soltera. Mi madre decía que Severino y su mujer nunca volvieron a ser los mismos y que removieron cielo y tierra para encontrarla, pero no hubo forma de dar con ella.

—De todas formas resulta extraño que con el paso de los años la hija no hubiera buscado un encuentro —expuso intencionadamente Mikel.

El hombre se detuvo y se giró hacia él.

—¡Eso mismo decía mi madre! —afirmó con gran aspaviento—. «Mira que es raro lo de Aurora, con lo buena chica que era... no puedo creer que les haga sufrir de esta manera, le ha tenido que pasar algo...», le escuché repetir en muchas ocasiones.

—Supongo que en un primer momento habrían acudido a buscarla a su

propia borda, ¿no? —intentó sonsacar Mikel.

—Claro, pero tuvieron que esperar a que el ejército les dejara entrar.

Habían llegado a la división del camino y el hombre hizo amago de seguir por el de la izquierda, pero Mikel le detuvo sujetándole con suavidad por el brazo.

—No me deje así, que la historia me tiene intrigado —le pidió impaciente.

—La dichosa guerra... —dijo manteniendo la mirada en la punta del bastón con la que removía la tierra—. Yo nací en 1934, así que tenía cuatro años cuando ocurrió aquello. No recuerdo nada, y más vale.

Se quedó callado unos instantes, luego levantó la cabeza y enfrentó los ojos oscuros de Mikel como si buscara en ellos la solución al dilema que se le había originado.

—Dejémoslo estar, no merece la pena remover aquel pasado.

—Era la noche de la gran fuga del fuerte, ¿verdad? —se arriesgó a preguntar Mikel.

El hombre pareció sorprenderse, pero asintió.

—No les dejaron entrar en su propia borda porque habían atrapado allí a algunos de los presos fugados.

El viejo volvió a asentir.

—Cuando les permitieron acceder, y según le contó Severino a mi padre, todo estaba patas arriba y había un gran charco de sangre en el suelo de la borda. Dieron por hecho habían matado a los que encontraron allí.

—¿Y de su hija ni rastro?

—Nada —afirmó con convicción el hombre.

Mikel le estrechó la mano antes de despedirse.

—Muchas gracias por la información —le dijo mientras lo contemplaba alejarse por el sendero.

La charla había avivado la rabia de Mikel. Imaginó a esos padres desesperados, buscando durante años a una hija que estaba muerta poco después de su huida. Vio al mismo Severino limpiando el charco de sangre del suelo de su borda, sin sospechar siquiera que aquella sangre fuera la de su propia hija. Estaba claro que no les dejaron entrar hasta que se deshicieron de todo lo que pertenecía a Aurora. El asco que sintió hacia el capitán Tejada le hizo patear con fuerza una de las piedras del camino.

—¡Hijo de puta! —voceó furioso.

Distinguió a lo lejos la columna de robles y aceleró el paso. Cuando

estuvo delante se adentró entre ellos y observó desolado el paisaje. El prado no tenía nada que ver con el lugar que describía en su carta Fernando, ya no había amapolas, ni hierba sobre la que tumbarse. Una enmarañada maleza se había adueñado de todo. El tejado de la borda estaba hundido y una de sus paredes derruida.

Desde su posición adivinó la escena: los dos presos atravesando el prado a la carrera y los disparos certeros del arma de Fernando deteniendo en seco la huida de ambos.

—¿Qué habría sentido Aurora en ese momento? —se preguntó.

Le vino a la memoria la descripción que había hecho Fernando de su encuentro con la joven: «recuerdo tu cuerpo delgado, y recuerdo también tus brazos rodeando el cuerpo de tu hijo, al que acurrucabas contra tu pecho, como queriendo esconderlo debajo de tu piel». Contempló estremecido el escenario y percibió el miedo de aquella mujer; pudo olerlo en el soplo de brisa que atravesó el prado de forma repentina; también escuchó el disparo, el golpe seco de su cuerpo al desplomarse, el fluir de la sangre, el llanto del niño... y allí, como si el tiempo se hubiera detenido, Mikel revivió aquel episodio sobrecogedor... la primavera se tornó en un crudo y tormentoso invierno, y hasta pudo sentir cómo el frío traspasaba su piel cristalizando la furia que sentía. Se dejó caer sobre la tierra e inspiró y espiró pausadamente durante varios minutos mientras intentaba dejar la mente en blanco. Un rato después, cuando el latido acelerado de su corazón ya no golpeaba violentamente su pecho, se levantó y volvió junto al arbolado. No le costó encontrar el tronco que tenía marcadas las iniciales de Fernando y Aurora. Se colocó de espaldas a éste y comenzó a contar cada uno de sus pasos. En el número cuarenta tuvo que detenerse, ya que la maleza le impedía continuar. Retrocedió hasta el árbol y se sentó a sus pies. El bosque guardaba un silencio extraño, incómodo; Mikel observó hastiado el espacio situado frente a él, y aquel camuflado patíbulo le quemó los ojos.

12

La paella humeaba delante de su rostro, el aspecto era exquisito y, sin embargo, tras saborear un par de bocados se le había cerrado el estómago. Mikel conocía perfectamente el origen de su inapetencia; debía llamar a Javier, y las horas transcurrían irremediabilmente hacia el vencimiento que él

mismo se había marcado, las nueve de la noche.

—¿No está buena? —le preguntó Juan Carlos, el dueño de la arrocería, al pasar a su lado.

—Está en su punto, es mi estómago el que no está por la labor —se excusó.

—Si quieres, la podemos poner para llevar.

—Si no es demasiada molestia... —dijo aliviado.

Paladeaba el cortado sin quitar ojo al teléfono móvil, que había colocado hacía un rato sobre la mesa. La idea de llamar a Gonzalo, desechada anteriormente, volvía a colarse entre las primeras posiciones en el ranking de posibilidades. Alargó la mano y comenzó a jugar indeciso con el teléfono, buscó el número de su amigo en la lista de contactos y decidió, finalmente, que no estaba de más contar con su opinión y consejo. Cuando hubo pagado la cuenta salió del restaurante y, sin más dilación, llamó a Gonzalo.

—Hola, Mikel, ¿qué cuentas? —lo saludó con euforia su amigo.

—Hola, Gonzalo, ¿te apetece tomar una cerveza?

Gonzalo no contestó de inmediato.

—La verdad es que hoy no me viene muy bien.

Mikel sintió entonces la urgente necesidad de hacerse con el consejo de un entendido en la materia.

—Tengo un problema —soltó de forma precipitada.

Escuchó el resoplido de Gonzalo al otro lado de la línea.

—Está bien, pero no puedo entretenerme mucho. He quedado con Txaro en llevar a Aitor al entrenamiento.

—¿Qué tal están? —se interesó con cierta indecisión.

—Muy bien; Txaro como siempre, metida en mil historias y Aitor ofuscado con el fútbol.

Mikel se abstuvo de recordar al padre de Aitor aquellos años en los que el fútbol era su única y obsesiva preocupación.

—Tengo libre toda la tarde así que dime a qué hora te vendría bien.

—¿A las cinco y media en la cafetería Rumbos?, será difícil que alguien pueda molestarnos allí.

—Perfecto, Gonzalo. Hasta luego.

Colgó y exhaló con potencia. La cita con su amigo, de alguna forma le reconfortaba, intuía que Gonzalo entendería su situación y, tal vez, siendo optimista, hasta podría estar interesado en colaborar en la investigación que

pensaba llevar a cabo.

Llegó a la cafetería con un cuarto de hora de antelación. Pidió un cortado y cogió el periódico que estaba sobre la barra. Se sentó en una de las mesas del fondo. Cuando entró Gonzalo, les bastó un cruce fugaz de sus miradas para saber que ya no quedaba nada de la hostilidad que aquel desafortunado incidente les había generado. Se abrazaron con fuerza y, en un silencio cómplice, se perdonaron.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Gonzalo, después de dar un sorbo a su café y contemplándolo con gesto preocupado.

Mikel detuvo su mirada por unos instantes en los ojos grisáceos de su amigo. Antes de hablar se pasó nervioso la mano por el pelo y giró la cabeza con cobardía, pues no era capaz de controlar con entereza su vergüenza.

—¿Recuerdas el atestado de Fernando Lusarreta, el hombre que apareció ahogado en el Arga?

Gonzalo, acercándose a la mesa, depositó sobre ella la taza que tenía en la mano.

—Claro que me acuerdo.

—Cogí algo del escenario.

—¡No me jodas, Mikel! —exclamó Gonzalo con gesto contrariado.

—Había un pequeño libro junto al muerto.

Su amigo no dijo nada pero su gélida mirada fue suficiente para acallar a Mikel.

—Sigue —le pidió con frialdad.

—Ya sabes que me pierde mi curiosidad —intentó disculparse —nunca me habría imaginado... son cartas que el muerto ha escrito para explicar a su hijo una verdad terrible.

—¿Hablaste con el hijo?

Antes de que Mikel contestara, Gonzalo adivinó en su rostro la respuesta.

—Te advertí que no lo hicieras —le reprendió apuntándole con el dedo—. Ya sé lo que viene ahora; quieres devolver el diario a su hijo porque la mala conciencia no te deja dormir.

—No es solo eso, quiero iniciar una investigación sobre los hechos que cuenta Fernando Lusarreta —le dijo atreviéndose a enfrentarse a su mirada.

La actitud distante de Gonzalo cambió en ese momento. Con premeditada calma se pasó la mano sobre el mentón y con voz lobuna le dijo:

—A ver si te entiendo, has robado el diario a un muerto al que

encontraste por casualidad y al que supuestamente no conocías de nada. Has leído sus intimidades y ahora, una vez saciado tu afán de fisgoneo, quieres devolvérselo a su hijo. Y por lo que intuyo, también quieres pedirle que te deje contar los secretos de su padre, ¿no?

Mikel asintió tragando saliva.

Gonzalo se acercó a él cruzando su cuerpo por encima de la mesa.

—Ni se te ocurra, Mikel —le dijo, rozándole el rostro con su aliento—. Desconozco los secretos que guardaba Fernando Lusarreta, pero lo que sí sé es que si el hijo decide denunciarte por apropiación indebida te verás metido en un buen lío. El mal está hecho, deshazte de la prueba y punto.

Mikel esbozó una media sonrisa. Le hubiera gustado desaparecer de esos ojos que lo examinaban con una afilada censura. Supo que sería inútil defender razones e intentar argumentar la obligación que sentía de devolver aquellos muertos a sus familias; la actitud de Gonzalo no admitía réplica. Decidió que era mejor dejar el asunto en tablas.

—Tal vez tengas razón —concluyó, con el deseo de terminar cuanto antes aquel encuentro.

—Ni lo dudes —afirmó Gonzalo —haz lo que te he dicho y olvídate del tema. Busca otras investigaciones en las que no puedan sacarte los colores.

Mikel intentó disimular la decepción que sentía, y aunque no podía culpar a Gonzalo por su actitud dura y profesional, un profundo desamparo le veló el cuerpo, sumiéndolo en una desazón mayor que la que sentía antes de la cita con su amigo.

Cinco minutos más tarde se despidieron con un frío apretón de manos junto a la puerta de la cafetería.

13

Mikel caminaba por la Avenida de Carlos III impresionado todavía por la reacción de Gonzalo. No es que desaprobara su consejo, pero le había perturbado sobremanera su actitud veladamente violenta, para la que no estaba en absoluto preparado. Aunque ya no había vuelta atrás, se arrepintió de haberle llamado. El desánimo se había adueñado de él cambiando la percepción de lo que le rodeaba y convirtiéndolo en un forastero que deambulaba por una irreconocible ciudad, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. Se detuvo. «Tienes miedo, Mikel, es algo tan sencillo como eso», se

reafirmó mentalmente. Cerró los ojos y dejó transcurrir unos segundos antes de volver a abrirlos. Aliviado, reconoció el arbolado de la calle San Fermín. Un destello dorado emanaba de sus hojas, mecidas por el viento cálido que traía el atardecer. Se dejó llevar sin preguntarse en ningún momento por el sentido de aquel vagar sin rumbo. Atravesó la calle Yanguas y Miranda y tomó el camino que bordeaba la Ciudadela por el parque de la Vuelta del Castillo. La perfecta estructura defensiva de muros almenados, protegidos por grandes fosos ajardinados, que irrumpía en el corazón de la ciudad, le hizo pensar en la guerra, en la necesidad ancestral del ser humano de batallar contra sus semejantes. La propia Pamplona mantenía uno de los conjuntos fortificados mejor conservados de toda Europa. El teléfono móvil vibró en su bolsillo y se detuvo antes de atravesar el puente que daba acceso al interior de la Ciudadela por la Puerta del Socorro. Era Patxi.

—Hola, Patxi —le saludó con cierto recelo.

—Ya he terminado, ¡es tremendo!; todavía estoy sobrecogido.

Mikel no supo qué decir y permaneció a la espera.

—No podemos dejar que esto caiga en saco roto. Tenemos la obligación de dar a conocer la ubicación de esas fosas, hay que hacer ruido y que el Gobierno se implique.

Se hizo un silencio, como si en ese momento ambos hubieran necesitado reflexionar sobre la responsabilidad que eso suponía.

—No sé... —respondió Mikel, todavía afectado por el encuentro con Gonzalo —tengo que hablar con Javier y contar con su autorización.

—¿Y a qué esperas para llamarle?

—Te voy a ser franco, Patxi, —le dijo intentando aligerar el nudo que tenía en el estómago—. Tengo miedo, miedo a su reacción, miedo a su denuncia y, sobre todo, miedo al dolor que voy a causarle.

Patxi, dándole un respiro, se mantuvo en silencio, consciente de que la papeleta de su empleado no era sencilla ni agradable.

—¿Y si lo hacemos de otra forma? —sugirió en un tono apaciguador—. Podemos alegar que un testigo de los hechos, que prefiere mantenerse en el anonimato, nos ha desvelado los lugares de distintas fosas. De esta forma matamos dos pájaros de un tiro. Por un lado, cumplimos con el deber de indicar la ubicación de las fosas y, por otro, no sería necesario que confesaras a Javier la existencia del diario.

—No puedo, Patxi, se lo debo a Fernando Lusarreta, era su intención y no puedo alterarla —confesó decidido.

—Como quieras, pero entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

—Hoy hablaré con Javier.

—De acuerdo. Espero tu llamada.

Mikel entró en la Ciudadela. El jolgorio de niños jugando por el parque se entremezclaba con el olor a hierba recién cortada y el trinar de algún pájaro al que la presencia humana parecía no intimidar. Caminó hasta un banco apartado y se sentó de espaldas a la gente. Sentía que, en aquellos momentos, la soledad podía ser la mejor de las compañías.

14

El día se apagaba cubriendo el horizonte con una estela rojiza que parecía no tener fin. Mikel recurrió de nuevo al ventanal del salón; había descubierto que observar lo que acontecía más allá del cristal mitigaba su soledad. Seguir el rastro de un desconocido paseante, o el de una nube díscola y solitaria, o, simplemente, perder la mirada en aquel entorno especial de Pamplona, le hacía olvidar la áspera sombra que se extendía a su espalda. Aquella tarde contemplaba la plaza de toros. La imaginó desperezándose ya del largo letargo en el que caía cada 14 de julio. Vislumbró en su piedra un renacido brillo, como si ya estuviera lista para ser engalanada, para recibir, orgullosa, toda la alegría blanca y roja que tiene cabida en sus gradas. Mikel rescató sus recuerdos, lejanos, ya casi perdidos, para revivir aquellas tardes de toros, de merienda con amigos al cobijo de la peña sanferminera, de noches sin fin y de amaneceres fríos esperando el encierro. Pudo sentir cómo la mente se le empañaba de una dolorosa nostalgia, y la certeza de que nada de aquello iba a volver agrandó su vacío, y, entonces, con voz emocionada, pronunció los nombres de todos y cada uno de sus amigos.

—No puedo seguir en este aislamiento —se reprochó, cerrando los puños con fuerza —debo cambiar mi actitud —se convenció, apartándose de allí.

El teléfono móvil esperaba sobre la mesita baja. Decidió no retrasarlo más.

—Dígame —respondió Javier de inmediato.

—Hola Javier, soy Mikel Unzu —se presentó.

—Mikel... —Javier dejó el nombre en el aire —disculpe —respondió unos segundos después —me ha costado pero ya sé ahora quién es usted.

—¿Podríamos quedar algún día de estos?

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó alarmado.

Mikel se sintió en la encrucijada de anticiparle o no el motivo de su llamada, cuando su subconsciente decidió por él, expulsando el secreto más allá de sus labios.

—Cogí el diario de Fernando.

Un glacial e interminable silencio se instaló entre ambos.

—Lo siento de verdad —pudo decir pasado un rato.

—¿Por qué? —preguntó Javier con una sencillez que le descolocó.

—Ni yo mismo lo sé. Soy periodista y me dedico a la investigación; no quiero con esto disculpar mi acción, que no tiene perdón alguno, pero sí que sirva simplemente para confesar que tengo la debilidad de querer saber.

—Me gustaría recuperarlo cuanto antes. ¿Dónde vive?, podría pasar ahora mismo a por él.

Mikel se mordió los labios mientras negaba con la cabeza. No podía huir y tampoco quería confesar que el diario estaba en otras manos, e intentó ganar tiempo.

—No estoy ahora mismo en casa, pero llegaré sobre las diez. Vivo en la calle Arrieta, en el portal que está junto al Club Taurino. En el quinto A.

—No hay problema, llegaré a esa hora —Javier colgó sin despedirse.

Mikel, sin perder tiempo, marcó el número de Patxi. Un velo de sudor cubrió su frente cuando se agotaron los tonos de la llamada sin que su jefe diera señales de vida. Volvió a intentarlo mientras se enfundaba la cazadora, con intención de salir a toda velocidad hacia el periódico. Estaba dispuesto a poner el despacho de Patxi patas arriba si hiciera falta; cualquier cosa antes de volver con las manos vacías.

La segunda llamada tampoco obtuvo respuesta.

Todavía no había anochecido cuando aparcó el coche ante la entrada principal del periódico. Ni se molestó en cerrarlo. Atravesó la puerta y saludó de forma precipitada al guarda de seguridad, que deambulaba con parsimonia por el hall de recepción. Subió las escaleras hacia la primera planta y, cuando se supo a salvo de posibles miradas, aceleró el paso mientras atravesaba el pasillo principal, para detenerse unos metros antes de la intersección de ambas alas. El despacho de Patxi ocupaba la última puerta del ala izquierda.

El lúgubre destello de las farolas de la calle se colaba por las ventanas de los despachos iluminando tenuemente la sombra del corredor. Mikel respiró aliviado, pues no estaba para dar explicaciones. Protegido por la tiniebla

avanzó hasta la puerta del despacho de su jefe, giró la manilla y, con cierto remordimiento, se coló dentro.

Encendió la luz y, acercándose a la mesa, rebuscó entre las carpetas que la cubrían, pero no estaba allí. Tomó asiento en el sillón y abrió el primer cajón de la mesa. Un desorden de sobres, paquetes de tabaco, mecheros, talonarios y sellos de caucho le crisparon el gesto; metió la mano en aquel revoltijo y cacheó cada rincón buscando impacientemente el manuscrito. Repitió la operación con el resto de cajones, hasta confirmar que el diario de Fernando Lusarreta no estaba allí. Con el pulso encendido miró a su alrededor y, en un postrero intento, se acercó a las estanterías. Examinó cada una de las baldas con impotencia, ya que sabía de antemano que no era el lugar que Patxi elegiría para guardarlo.

El teléfono móvil vibró sobre la mesa. Mikel dio un brinco para alcanzarlo y, perdiendo el equilibrio, se golpeó el costado con el canto de la misma.

—¡Joder! —gritó a la par que atendía la llamada.

—¿Qué ocurre? —dijo Patxi sobresaltado.

—Patxi, necesito que me digas dónde está el diario, Javier va a venir a por él a mi casa.

Escuchó el refunfuño de su jefe e incluso pudo imaginar su rostro contrariado.

—Lo tengo en casa —confesó —pero me disponía a cenar con un amigo; estamos en el casco viejo.

—Me da igual donde estés, tengo que entregarle el diario en apenas media hora, y de ninguna de las maneras debe enterarse que está en manos de otra persona. Coge un taxi y vete a casa, llego en diez minutos.

—¡Hostia!, ¿no podías haber quedado para mañana?

La tensión traspasaba la línea pero Mikel no se amedrentó.

—Este es mi caso y vamos a trabajar a mi manera, te guste o no. Estoy en deuda con ese hombre y además he dado mi palabra de que hoy se lo entregaría.

—En diez minutos te quiero en la puerta de mi casa —le dijo Patxi sin ocultar su cabreo.

Mikel deshizo el camino hasta la entrada al periódico a la velocidad del rayo. Parecía haber perdido la noción del tiempo y de sus actos mientras conducía de forma suicida por las calles de Pamplona. Cuando se detuvo sintió un penetrante dolor en sus puños, todavía aferrados con rigidez al

volante. Distinguió la figura rolliza de Patxi en el umbral de su portal y tocó el claxon para avisarle de su presencia. Mikel, mortificado, le observaba avanzar hacia él con su parsimonia habitual. No pudo contenerse y, bajando del coche, corrió a su encuentro. Las miradas de ambos se cruzaron, silenciosas, durante los pocos segundos que tardaron en traspasar el texto de unas manos a otras, y acto seguido se despidieron con un ligero aspaviento. Mikel volvió corriendo al coche, estacionado en doble fila y con el motor en marcha, y partió a gran velocidad hacia su casa.

Se detuvo ante la puerta del garaje y miró nervioso al reloj del salpicadero, pasaban cinco minutos de las diez. No le costó reconocerlo. Enfundado en un largo y oscuro abrigo permanecía como una estática sombra junto al portal. Bajó la ventanilla.

—¡Javier!—le llamó —le abro ahora mismo, lo que me cueste (tarde en) aparcar y subir a casa.

El hombre no contestó, pero asintió en silencio.

Mientras esperaba a que Javier subiera intentó organizar en su cabeza un pequeño esquema que pudiera servirle de ayuda, pero fue inútil, ya que no hubo manera de hilvanar más de dos frases congruentes.

El rostro de Javier albergaba una frialdad que había transformado su semblante afable en una mueca crispada. Mikel se hizo a un lado invitándolo a entrar, y, aunque esbozó una sonrisa, la punzante mirada de Javier la deshizo de forma fulminante.

—He venido a recoger el diario. No quiero oír sus disculpas, es imperdonable lo que ha hecho —le dijo sin desviar su mirada del rostro abatido de Mikel.

—Pase por favor —le pidió con voz derrotada —necesito hablar con usted.

Javier parpadeó indeciso y Mikel aprovechó la oportunidad.

—No serán más de cinco minutos y es importante lo que quiero proponerle.

Javier cedió en su reticencia y Mikel lo condujo hasta el salón. No consintió en desprenderse de su abrigo, pero accedió a sentarse en una de las sillas que rodeaban la mesa del comedor.

Mikel depositó el diario delante de Javier.

—Tengo que confesarle que sin conocer a Fernando Lusarreta haber leído su diario me ha unido a él irremisiblemente. Como indicó en la nota que dejó en su habitación, aquí —le dijo señalando el libro —está la verdad.

En ese momento se empañaron las pupilas de Javier. Con mano temblorosa rozó la piel de la tapa y, en un murmullo apagado, confesó:

—Desde su muerte he leído más de mil veces esa nota: «Hijo mío, perdóname. Nunca he tenido el valor para confesarte quién soy en realidad. En el diario que te entregarán cuando me encuentren está la verdad» —recitó de memoria—. ¿Sabe qué angustia me ha hecho vivir? ¿Imagina qué desesperación genera no conocer la verdadera identidad de tu propio padre? ¿Intuye cómo se te puede agitar el sueño cuando desconoces el pecado que tienes que perdonar?

Mikel no pudo contestar. Tenía bastante con controlar la infinita tristeza que había absorbido de los ojos de Javier. Sintió la necesidad de abrazarlo, de decirle que Fernando merecía su perdón, pero no lo hizo, dejó que el silencio resolviera la culpa que sentía.

Javier se levantó.

—Quiero irme —confesó con voz ahogada.

—¿Ha venido andando? ¿Quiere que lo acerque a su casa? —pudo decirle Mikel, asumiendo que no era el momento para hablar de su deseo de investigar la verdad descubierta.

—No, gracias; me vendrá bien caminar.

Mikel le acompañó hasta la entrada. Extendió la mano para despedirse, pero Javier no se la estrechó.

15

Javier había vomitado. Agujas de hielo atravesaban su piel hiriéndole el alma; toda su vida había dejado de tener sentido. No sabía quién era en realidad; ni tan siquiera conocía su verdadero nombre, el nombre que su madre habría elegido para él antes de que aquel asesino acabara con su vida. Sollozó impotente, incapaz de asimilar todo lo que había leído; la verdad que afloraba en cada una de las cartas suponía una tortura insoportable. Parecía que hasta los huesos se le hubieran quebrado en pequeñas y punzantes astillas.

—¡Padre! —le llamó en voz alta.

Imaginó sus manos, largas y nervudas, apartando a manotazos la oscuridad que lo amedrentaba y lo añoró con premura, aun sabiendo que no era su padre; olvidó sus crímenes y también le perdonó su silencio, pues no podía imaginar una vida mejor que la que Fernando Lusarreta le había

regalado.

Tras dos horas más de desvelo, Javier asumió que no habría sueños para él aquella noche. Encendió la luz de su mesilla y cogió el diario. Comenzó a leer de nuevo cada una de las cartas, con mayor detenimiento, analizando cada palabra escrita. Todo el sufrimiento de su padre emanaba del papel con un amargor tan pastoso que se coló en su boca atropellándole el aliento, secándole las entrañas. Sintió que el diario resbalaba de sus manos, pero no hizo nada por recuperarlo. La tristeza se había solidificado dentro de su cuerpo; le temblaban las manos, las piernas y los dientes le castañeteaban fuera de control. Se envolvió el cuerpo y la cabeza con las mantas y cerró los ojos, huyendo de esa despiadada soledad.

El olor a chocolate llegó a su habitación adelantándose al paso cansado de su abuela Rosario. Sin abrir los ojos paladeó el aroma a chocolate caliente, y tragó una dosis de jugosa saliva. Una mano rugosa le agitó tiernamente el pelo antes de que sus labios le estamparan un ruidoso beso en la frente.

—Arriba dormilón —le dijo mientras levantaba la persiana de su habitación—. Tienes en la mesa el chocolate y el pan, troceado como te gusta, largo y estrecho.

—¿No hay churros?

—Javier, churros los domingos; hoy es jueves, hoy toca pan.

Javier saltó de la cama y tras colocarse las zapatillas corrió hacia la cocina huyendo del frío. Se acercó a la cocinilla de leña y colocó las manos sobre sus tapas rusientes mientras absorbía ensimismado la danza de fuego azulado que trepaba hasta el agujero de sus cubiertas. Cuando sintió que su abuela se acercaba se sentó rápidamente en su silla. Una exclamación de sorpresa escapó de su boca al descubrirlo. El pequeño avión estaba delante del tazón de chocolate. Esta vez su padre se había superado, la talla de madera era perfecta, también los colores del fuselaje y las hélices de sus alas. Lo recorrió con el dedo.

—¿Has visto que bonito? —le preguntó su abuela entrando en ese momento en la cocina.

—Abuela, con este ya tengo cinco —aclaró excitado.

—Desayuna, que luego vas tarde a la escuela —le azuzó.

—No quiero ir, abuela.

—No empieces con la monserga de todos los días.

—Me pegan... —musitó cabizbajo.

—Pues devuelve la torta —le dijo su abuela con determinación—. En cuanto vean que no tienes miedo dejarán de atosigarte.

—Son muchos, no puedo contra todos ellos.

—Pues entonces díselo a don Aquilino.

—No soy un chivato —aseguró con premura.

Su abuela se acercó y le acarició el castaño y fino pelo.

—Siempre es así, el fuerte pisoteando al débil —murmuró para sí misma—. Hoy hablaré con él —le aseguró.

Javier tomó el chocolate sin perder de vista el avión. Lo pilotaba mentalmente sobrevolando en círculos los tejados de las casas de su barrio, esperando a que llegara la hora. Cuando sonó la sirena del recreo colocó el aparato sobre el patio del colegio y soltó toda la carga; una gran nube de humo le hizo elevar el avión para huir de allí. Sonrió. Por fin había terminado con todos ellos, así, de un plumazo.

Se vistió en la misma cocina mientras su abuela aireaba la habitación y hacía su cama. Sabía que podía ser peligroso, pero no pudo contener el impulso de meter en el bolsillo de su pantalón el avión de madera.

Don Aquilino estaba enfadado aquella mañana. La estufa no funcionaba nuevamente, y la estela de vaho que precedía a sus palabras conseguía alterar todavía más su ya retorcido carácter. Paseaba de un lado a otro del encerado blandiendo entre sus manos la vara de castigo. Todos la habían probado, pero Pedrito se llevaba la palma. Don Aquilino parecía tener cierta predilección por él.

Javier intentaba seguir la cantinela de las tablas de multiplicar y olvidarse de los retortijones de tripas. Y no era porque no se las supiera, que podía repetirlas al dedillo siempre que don Aquilino no estuviera enfrente amenazándolo con su vara.

—Pedro Tirapu, la del ocho —exigió don Aquilino.

La voz de Pedrito parecía menguar conforme la tabla ascendía; el ocho por siete tardó demasiado y la vara de don Aquilino comenzó a agitarse nerviosa entre sus manos. Las de Javier habían comenzado a sudar, y cuando la voz de Pedrito se detuvo definitivamente, hasta tragar saliva le resultó complicado.

—Venga aquí —le pidió don Aquilino a su mejor amigo.

Sintió correr la silla de Pedrito, sentado tres pupitres por detrás del suyo, y cuando pasó a su lado entrecruzaron las miradas. Le contempló avanzar

hasta el encerado con paso lento y la mirada perdida en las baldosas del suelo. Sin esperar la orden se dobló sobre la mesa de don Aquilino y, con sumisión, apoyó la cabeza sobre sus brazos. Javier cerró los ojos. Al primer varapalo introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y rozó el avión con sus dedos. Los quejidos de su amigo le llevaron a soñar de nuevo con aquella bomba milagrosa que iba a salvarlos de toda aquella injusticia.

En el recreo acompañó a Pedrito al rincón del patio donde solían esconderse de los demás. En solidaridad con su trasero dolorido él tampoco se sentó.

—Tengo un regalo para ti —le dijo en un intento de calmar el llanto hiposo de Pedrito. Se metió la mano en el bolsillo y, antes de sacarlo, miró alrededor comprobando que nadie los vigilaba—. Lo ha hecho mi padre.

Pedrito se secó las lágrimas con ambas manos antes de cogerlo.

—Gracias, Javier —le dijo tragándose el dolor.

Y fue en aquel rincón apartado en el que durante años compartieron sus alegrías y tristezas, donde, sin ser conscientes de ello, crearon su propio universo.

Un ventoso y frío aguacero había despoblado las calles aquella tarde de noviembre. Javier esperaba ansioso junto al portal de San Nicolás, en el Parque de la Taconera. La impuntualidad era algo que detestaba. Le costó reconocerlo. El cuello de la gabardina le cubría media cara y la otra media la disimulaba el ala de su sombrero. Pedro le abrazó sin miramientos cuando estuvo a su lado.

—Te he echado de menos —le susurró al oído.

—¡Déjame que te vea! —le pidió Javier emocionado—. ¡Estás guapísimo! —se atrevió a confesar a media voz.

—Tienes que venir, Javier, Barcelona es otro mundo; te lo aseguro.

—No puedo, mi abuela se moriría de tristeza y mi padre necesita mi ayuda en la imprenta.

—Tienes veinticinco años, cuando quiera es hora de que vivas tu vida.

—No puedes entenderlo; viven por y para mí.

—Bueno, no agüemos la fiesta sin empezarla —resolvió Pedro—. ¿Qué me has preparado? —preguntó con ojos maliciosos.

—Hemos organizado una fiesta en tu honor en casa de Paga.

—¡Genial! —dijo descubriéndose la cabeza y haciendo una

rimbombante reverencia—. Hoy va a ser nuestra noche —le aseguró pasándole el brazo por los hombros—. Hoy, tú y yo nos reímos del mundo — y acercándose a su rostro le besó en la mejilla.

Javier se apartó incómodo.

—Pamplona no es Barcelona, no vuelvas a hacer algo así; cualquiera puede verte y te aseguro que nos meteríamos en un buen lío.

—Perdona, pero es que me muero de ganas...

Javier sonrió satisfecho.

La calle Mayor se le antojó única a Javier aquella noche. Se sentía tan grande y dichoso que supo que en ningún otro lugar del mundo se podría encontrar mejor. Pedro caminaba a su lado, tan pegado a él que sus brazos se rozaban continuamente, con un toque liviano y recatado para el resto de transeúntes; y fue en ese roce inocente en el que Javier reconoció que el deseo que sentía por Pedro revivía cada centímetro de la piel de su cuerpo.

—Nos estarán esperando —comentó Pedro preocupado—. Me he retrasado.

—No creo que estén muy impacientes, me atrevería a asegurar que están muy entretenidos escuchando alguna de las aventuras de Paga.

La llegada de Paga, apodo con el que abreviaron su largo y complicado apellido, Pagazaurtundua, recompuso sus vidas, liberándolas en parte de su condición clandestina y vergonzosa. Marcelo, Pedro y el mismo Javier, escondían su homosexualidad, circunstancia repudiada por los valores morales imperantes en la sociedad navarra de aquellos años. Que Marcelo se cruzara en la vida de Paga, fue cuestión del destino, y que éste se enamorara perdidamente del joven soldado, destinado en uno de los cuarteles de la capital para realizar la milicia, un milagro.

Según contaba el mismo Paga, con un desparpajo y originalidad que encandilaban por su falta de pudor, sorprendió a un Marcelo nervioso y asustado en la esquina más oscura de un local de dudosa reputación, al que solía acudir de vez en cuando. Aseguraba que cuando le miró, todos sus instintos se sublevaron, anulándole la voluntad y despertando en él un deseo irrefrenable. Se acercó a él atraído por su belleza, virgen y salvaje: nariz prominente de arrebatadora personalidad que conjugaba perversamente con una boca de gruesos y oscuros labios, en la que destacaba, orgulloso, un provocativo lunar. Todos estallaban en carcajadas cuando Paga representaba, haciendo gala de sus afectadas maneras, aquel encuentro amoroso.

Cuando Marcelo se licenció y volvió a Pamplona, resignado a olvidar

aquel apasionado romance, no calibró bien la fuerza y tesón de su amante.

Seis meses le costó a Paga hacerse con un piso señorial de la calle Mayor de Pamplona. Doscientos cincuenta metros de soleadas habitaciones que no tardó mucho en transformar en un coqueto y cómodo hogar. El dinero no era un problema para él. Llevaba toda la vida disfrutando de una soledad repleta de lujos. Hijo de un potentado industrial bilbaíno, al que la marcada homosexualidad de su hijo le avergonzaba, creció en costosos y alejados internados. Estudió diseño de interiores y su sensibilidad y profesionalidad le brindaron un hueco en la actividad creativa madrileña. A sus importantes ingresos sumó la herencia que sus progenitores decidieron entregarle en vida, eso sí, con la condición de que viviera lejos de ellos.

Fue el mismo Paga quien les abrió la puerta. Vestía un traje de un azul provocador, combinado con una camisa blanca con rimbombantes chorreras en la pechera. Lucía un tono tostado en la piel que acrecentaba la extraña belleza de su asimétrico rostro. Nariz, ojos y boca no respetaban una proporción armónica y, sin embargo, ninguno de ellos dejaba indiferente.

—¡Buenas noches, mariconazos! —los saludó con tono afeminado y antes de plantarles ruidosos besos en sus mejillas—. Estamos en el salón — les indicó, adelantándose.

La sala era una pieza magnífica. Un agradable olor a leña escapaba de la chimenea de estilo barroco y con embocadura de mármol blanco, que ocupaba casi en su totalidad una de las paredes. Cortinas, alfombras, candelabros, sillones, aparadores, todo de un singular y extraordinario refinamiento, incluida la iluminación, de una cálida y confortable palidez. El murmullo de voces quedó apagado cuando entraron. Ambos amigos se sintieron reconfortados, por fin podían dejar atrás el secreto que tan cuidadosamente habían ocultado sus miradas.

La fiesta se alargó hasta bien entrada la madrugada. Pedro dormitaba a su lado en la habitación preparada para ellos. Javier lo contemplaba a la luz de la lámpara de la mesilla. No podía dormir; el cambio operado en su amigo le preocupaba. A los diez kilos que había adelgazado se sumaban el moderno corte de pelo, que había conseguido afilar su rostro redondeado, dándole un aire más duro e interesante, y su nueva sonrisa, de dientes blancos y bien alineados, que ahora brotaba segura y cautivadora. Su inquietud surtió nada más verlo aparecer con su flamante gabardina y portando con soltura aquel elegante sombrero. Apenas hacía seis meses que se había marchado a probar fortuna en Barcelona y ya parecía otro hombre. Temió perderlo, y aunque le

hubiera gustado despertarlo y hacerle partícipe de sus miedos, optó por volver a casa antes de que su abuela Rosario descubriera su ausencia. Le rozó la boca con los labios y, tras recoger su ropa esparcida por el suelo, salió de la habitación.

El autobús iba lleno. Faltaba menos de una hora para llegar a Barcelona y su cuerpo parecía no querer recomponerse. La voz distorsionada de Pedro llevaba una semana martirizándolo, «necesito verte», le había pedido con una cadencia que le agujereó el corazón.

La estación, abarrotada de gente que iba y venía envuelta en una algarabía ensordecedora, le empapó el cuerpo, y los minutos le parecieron horas mientras esperaba su turno para recuperar la maleta. Después tuvo que esperar un largo rato en la fila que se había organizado delante de la parada de taxis. Cuando por fin pudo hacerse con el suyo sacó el papel donde había anotado la dirección que Pedro le había dado por teléfono.

Miraba por la ventanilla sin ser capaz de apreciar la magia y el color de la ciudad, que vibraba más allá del cristal. Se sentía agotado. La tensión acumulada durante la semana había minado sus fuerzas. Había trabajado de sol a sol para adelantar los pedidos de la imprenta y dejar las cosas, más o menos, organizadas. Su padre, haciendo gala una vez más de su discreción, no había pedido explicaciones por su precipitado viaje. «Vete tranquilo, Paco y yo nos ocupamos», le dijo cuando le dio la noticia.

El taxi se detuvo. La fachada del hospital le secó la boca. Sin decir nada pagó la cuenta y se quedó paralizado en el asiento trasero hasta que el taxista, con su equipaje en la mano, lo sacó del trance.

Se movía indeciso entre la marea humana que ocupaba el hall de entrada del recinto hospitalario. En un cartel colgado del techo se leía la palabra «Admisión» seguida de una flecha blanca que señalaba a la izquierda. Se dirigió hacia allí.

—Buenos días —saludó al hombre que atendía tras un parapeto acristalado —busco a Pedro Tirapu —dijo sin terminar de creer que aquello estuviera ocurriendo realmente.

—Pabellón I, planta novena, habitación novecientos siete —le indicó con brusquedad.

El resto de ocupantes del ascensor parecía sentir el mismo miedo que él. Miraban, silenciosos, al vacío, esperando su parada. El trayecto de la octava a

la novena planta lo realizó con una única acompañante, una mujer mayor que encogía su pena abrazando su delgado y enlutado cuerpo. La miró con disimulo cuando el ascensor se detuvo y, en ese momento, deseó que sus pasos no fueran en la misma dirección, pero no tuvo suerte; la habitación novecientos siete estaba pegada a la de su compañera de viaje.

Pedro no era Pedro. Su cuerpo apenas abultaba bajo las sábanas. Tuvo que cerrar los ojos y respirar profundamente antes de adelantarse hasta la cama. La mascarilla le tapaba gran parte del rostro, cubierto por pequeñas manchas púrpuras.

—Pedro, soy Javier —le dijo agarrándole la mano.

Su amigo abrió los ojos al instante y dejó escapar un lamento ahogado antes de que se le humedeciera la mirada. Javier, olvidándose del miedo, se abrazó a su cuerpo.

—Sabía que vendrías —pudo articular Pedro con dificultad mientras le acariciaba la espalda—. ¡Perdóname! —le pidió con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No hay nada que perdonar —respondió Javier incorporándose.

—Te he querido siempre —le confesó Pedro.

—Lo sé.

Y aquella enfermedad, de nombre hasta entonces desconocido, Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, consiguió volver a unirlos con la fuerza y el amor que permanecía latente en sus corazones.

Javier se despertó atormentado. Estaba empapado en sudor, por lo que se liberó de las mantas que envolvían su cuerpo con un rudo aspaviento. Pedro había regresado, como tantas otras noches, y de la misma forma que en las anteriores ocasiones, necesitó levantarse y cogerlo. Avanzó hasta el escritorio y recuperó el avión que había regalado a Pedro aquella mañana lejana. Lo guardaba allí, junto a los otros. Cinco en total.

Llevaban días esperando que la muerte los separara definitivamente. Pedro había decidido que esto ocurriera en su casa y con Javier como única compañía.

—¡Javier! —le llamó en mitad de la noche.

Habían trasladado sus camas al salón por cuestión de espacio, pero apenas se distanciaban la una de la otra.

—¿Qué quieres? —le preguntó, acudiendo junto a su cama.

Pedro abrió su mano dejando a la vista el pequeño avión.

—Siempre ha estado conmigo —le confesó—. Con él aprendí a volar. ¿Recuerdas los viajes que imaginábamos?

Javier sonrió mientras asentía.

—¡Y las bombas!

—Sí, claro, las bombas que iban a librarnos de nuestros enemigos —dijo Pedro con un hilo de voz, a la par que esbozaba una leve sonrisa con sus agrietados labios.

Un doloroso silencio se adueñó de la estancia.

—Gracias, Javier, por enseñarme a volar, te devuelvo tus alas. Prométeme que ahora emprenderás tu viaje —le pidió mientras extendía su mano ofreciéndole el avión.

Javier suspiró profundamente y se mantuvo callado.

—Te he amado siempre —aseguró Pedro emocionado —pero la espera ha sido demasiado larga...

Javier se dejó caer de rodillas sobre el suelo, recostó la cabeza sobre el hombro de su amigo y lloró amargamente. Sabía que era cierto, que Pedro le había esperado. Apretó el avión entre sus manos y permaneció en esa posición hasta que su amigo dejó de respirar.

Un fuerte dolor le arrancó de aquel recuerdo, una de las hélices se le había clavado en el dedo produciéndole una pequeña herida. Dejó el avión en su lugar y mientras iba hacia el baño reconoció que siempre le había faltado valor para asumir con valentía su homosexualidad.

16

Mikel esperaba en su despacho a que Patxi llegara al trabajo. Inesperadamente había conseguido dormir, devolver el diario a su legítimo dueño le había permitido recuperar alguna de las horas de sueño perdidas desde la mañana del veintitrés de mayo. Se sentía relajado y dispuesto a soportar con entereza la reprimenda con la que su jefe iniciaría el día.

Adivinó su presencia antes de que se asomara sonriente a la puerta de su oficina.

—Buenos días, Mikel. ¿Qué tal fue ayer? —le preguntó con sorprendente calma.

Mikel se levantó desconcertado.

—Bueno, lo esperado —le dijo acercándose—. No me lo puso demasiado difícil, aunque su enfado era evidente.

—Vayamos a mi despacho —solicitó Patxi—. Tengo una idea que quiero comentarte.

—Ayer estuve aquí —confesó Mikel cuando Patxi se hubo sentado en su sillón.

Patxi le dirigió una interrogadora mirada.

—Vine a buscar el diario.

—No tengo nada que ocultar —resolvió mientras apartaba las carpetas que cubrían la mesa—. De todas formas, la próxima vez me avisas.

—Intenté localizarte pero no cogías el teléfono.

—Dejemos el tema —replicó con deje hastiado—. Me he hecho con el teléfono de Fermín Ezkieta. Quiero que le llames hoy mismo. Concierta un encuentro con él.

Mikel guardó silencio y contó hasta diez antes de replicar.

—No voy a llamarle todavía. Te dije ayer que me dejaras hacer las cosas a mi manera. El tema es más serio de lo que parece apreciar. No voy a mover un dedo hasta no contar con la aprobación de Javier Lusarreta.

Patxi lanzó un desabrido resoplido mientras sacaba un cigarrillo del paquete.

—No me jodas, Mikel. Y si resulta que el tal Javier decide silenciar los crímenes de su padre, ¿te vas a quedar calladito?

—Intentaré convencerle, pero, desde luego, lo que no voy a hacer es actuar a sus espaldas —los ojos de Patxi esquivaron su mirada mientras exhalaba una potente bocanada de humo—. ¡No voy a consentirlo! —le aclaró Mikel, levantándose cabreado—. Lo leo en tus ojos, vas a intentar ir por libre —le acusó, señalándolo—. Te aseguro que dimito —le dijo antes de abandonar el despacho.

Entró al suyo y cerró con demasiada fuerza la puerta. No había querido dar aquel portazo, pero se alegró de que Patxi y el resto de sus compañeros supieran de su enfado. Se acercó hasta la ventana e intentó relajarse. No podía llamar a Javier en ese estado, pero, conocía aquella mirada de Patxi, esa expresión de advertencia en sus ojos. No tenía mucho tiempo. Recuperó de su mesa el teléfono móvil y las llaves del coche y sin decir nada a nadie, abandonó el periódico.

Condujo hasta Ultuzar a gran velocidad, estaba muy enojado y la pagó con la carretera. Aparcó en el mismo lugar que en su anterior visita, a las

afueras del pueblo. En un intento por pasar desapercibido atravesó la calle principal, evitando el centro de la calzada y con la mirada perdida en el suelo. Aunque era pronto, cabía la posibilidad de encontrar algún vecino que tuviera ganas de hablar. Él no. Respiró aliviado cuando se adentró por el camino que llevaba a la borda. Le pareció que el bosque se desperezaba lentamente y con cierto aire de tristeza; no sabía a qué achacarlo pero lo presentía en el dócil susurro del viento.

Detenido ante el árbol marcado, contempló la borda. La maleza había respetado un pequeño entrante cercano a la cabaña, y se encaminó hacia allí. El muro en el que se encontraba la puerta de acceso se mantenía firme todavía, aunque profundas grietas zigzagueaban entre las piedras separándolas peligrosamente. Estiró la mano hasta rozar la carcomida madera de la puerta, que cedió sin oponer resistencia y se entreabrió ligeramente. Mikel se coló en el interior. El panorama era desolador. Tan solo la mitad del tejado se mantenía en su lugar; el resto yacía desplomado sobre el suelo, en un amasijo de piedras, tejas y maderas que dificultaban el poder moverse. Adivinó el bajo fogón en la pared lateral que se mantenía en pie. Junto a éste, y desde una pequeña ventana, se divisaba la otra parte del prado que rodeaba la borda. A unos quinientos metros de la casa se formaba un tupido bosque. Mikel supuso que era allí a donde se dirigían los presos en su huida. En su mente recreó la escena: Aurora, en pie ante aquella misma ventana, contemplando a los dos hombres corriendo hacia el bosque; pudo, incluso, oír su grito de espanto al verles caer alcanzados por los disparos. «¿Qué habría hecho entonces?» —pensó, volviéndose—. La cabaña no era grande, no había muchas posibilidades. Estaba medio oculto entre la maraña, pero lo vio; al fondo de la borda, junto a los restos del muro de piedra de aquel frente, se hallaba un viejo camastro de hierro con los muelles oxidados. La imaginó sentada en él, con su hijo entre los brazos, acunándolo, suplicándole que no llorara... Se desplazó hasta allí caminando cuidadosamente. Escrutó con detenimiento el viejo armazón. Del extremo de uno de los muelles parecía asomar algo; se acercó y tiró con suavidad. Era un pequeño trozo de tela de color verde claro con puntitos blancos; lo acarició con suavidad mientras visibilizaba mentalmente un vestido de mujer.

—Juro que te he de sacar de ese agujero —dijo elevando la voz.

Contempló por última vez la ruina que le rodeaba y, sorteando la base de piedras del muro lateral derruido, abandonó la borda. Caminó de nuevo hasta el árbol y, apoyado contra su tronco, sacó el teléfono móvil del bolsillo. Con

la mirada suspendida sobre la maleza que cubría la fosa, marcó el número de Javier.

La señal se agotó sin respuesta. Tras unos minutos volvió a intentarlo. Fueron necesarias varias tentativas hasta que escuchó la voz apagada de Javier.

—Si no deja de molestarme llamaré a la policía.

—Necesito hablar con usted. Estoy frente a la tumba de su madre, quiero ayudarle a recuperar su cuerpo.

La respiración de Javier se paralizó por unos instantes para volver en forma de amarga amenaza.

—Deje las cosas como están. Nadie le ha pedido ayuda. Le aseguro que si sigue atosigándome daré parte a la policía. Está advertido.

Mikel resopló derrotado cuando Javier cortó la comunicación. Guardó el teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón pero no se movió de su posición. Algo en su interior le decía que aún no era el momento de irse.

Javier paseaba inquieto por el salón de su casa. Sentía su corazón partido en dos mitades de idéntica dimensión, la ocupada por el rostro de su madre, a la que imaginaba de una frágil belleza que le conmovía, y que hacía flaquear su propósito de ocultar el pasado del hombre que ocupaba la otra mitad; aquel rostro que le sonreía con los ojos húmedos de culpa y miedo. Bajó entonces los párpados para revivir aquel último abrazo ante la puerta del comedor de la residencia, la misma noche en que se quitó la vida. Pudo sentir de nuevo su cuerpo, su olor, sus labios toscos rozándole tímidamente el rostro.

—¡Padre! —murmuró emocionado.

Cuando abrió los ojos, su abuela parecía pedirle perdón, desde el portarretratos colocado sobre el armario de la sala. Se mantuvo inmóvil, contemplándola sobrecogido, admirando el valor con el que se había enfrentado a las penalidades de su vida. Jamás la oyó quejarse o compadecerse de sí misma. Ni siquiera a la muerte le reprochó nada, la esperó en su sillón, con la toquilla de lana gris sobre los hombros y en ese silencio tan suyo en el que parecía encontrar todas las respuestas. Le hubiera gustado detenerse en ella, pero no pudo, el rostro de la otra mujer, aquella falsa madre a la que había idolatrado como a una divinidad, le rompió la razón. Los golpes, el estallido de cristales e incluso su propia risa, le transportaron a otra dimensión, fuera de ese muro de contención tan

elaboradamente construido por él mismo.

Cuando cayó rendido al suelo, una única pregunta retumbaba en su mente:

—¿Por qué tenías que contármelo? —preguntó a la soledad que le rodeaba.

Hizo un ovillo con su cuerpo y cerró los ojos. Poco después, el miedo había desaparecido y volvía a ser un niño. Estaba con su padre en aquel lugar al que solían ir muchas tardes. Fernando lo contemplaba con los ojos heridos. Él, arrodillado en el suelo, apartaba con sus propias manos la tierra que cubría el cuerpo de su madre.

El tono del teléfono móvil sobresaltó a Mikel devolviéndole a una realidad de la que parecía haber huido.

—¡Javier! —lo saludó esperanzado al contemplar su nombre en la pantalla.

—¿Es verdad que se encuentra frente a la tumba de mi madre?

—Sí, Javier, estoy junto al árbol que marcó Fernando con ambas iniciales.

Javier inspiró profundamente.

—Quiero ir allí —pidió desarmado.

—¿Tiene coche?

—Sí.

—¿Sabría llegar a Ultuzar?

—Por supuesto.

—Le espero en la plaza del pueblo.

—En una hora estoy allí —confirmó Javier antes de colgar.

17

Lo contempló mientras se aproximaba. Javier traía los ojos brillantes y la piel muy pálida; comprobó además, cuando se detuvo ante él, que su boca perfilaba una temblorosa tensión.

—¡Buenos días! —le saludó, acercándose para estrecharle la mano.

Javier respondió a su saludo, y con un ademán forzado, dejó que su mano rozara la de Mikel.

—Ya veo que viene preparado —apreció Mikel, señalando las botas que calzaba e intentando relajar el ambiente.

Javier asintió evitando mirarle.

—¡Vamos! Es por esta calle —Mikel comenzó a caminar adelantándose y dando por hecho que Javier no estaba para charlas.

Recorrían el camino en silencio. Mikel, preguntándose qué pasaría por la cabeza de Javier en aquellos momentos. La cabeza de Javier viajando en el tiempo hasta setenta y seis años atrás, acompañando a la joven que se adentraba por aquel mismo camino.

—Ya queda poco, tras aquella hilera de árboles está la borda.

Javier se detuvo.

—Lo sé —le dijo casi en un susurro—. He venido muchas veces.

Mikel recordó entonces la carta en la que Fernando relataba las visitas que hacía con el niño a la tumba de Aurora.

—Gracias. Solo no sé si hubiera sido capaz —reconoció Javier.

Mikel le miró sorprendido.

—No tiene nada que agradecerme —indicó complacido—. Me basta con que me perdone.

Javier se puso en marcha de nuevo sin otorgar ese perdón que Mikel ansiaba tan desesperadamente.

El hombre acarició con sus dedos el surco que habían dejado ambas letras en la corteza del árbol. Le faltó aplomo para sobrellevar aquella certeza, la evidencia de que Fernando no mentía. Una mezcla de dolor y rabia le rompió el cuerpo.

—¿Creé usted que soy hijo de uno de ellos? —le preguntó volviéndose.

Mikel, que no esperaba aquella pregunta, tardó en contestar.

—No; creo que Aurora dijo la verdad; a su padre lo habían matado en la guerra.

Mikel relató entonces el encuentro con el vecino de Ultuzar.

—Aurora huyó de casa porque estaba embarazada y soltera. El destino cruzó en su camino a esos dos hombres, y por lo que cuenta Fernando en su carta, les dio de comer, o por lo menos de eso la acusó el capitán Tejada antes de matarla.

Javier miraba hacia la cabaña derruida. Una profunda desazón se propagó por su cuerpo provocándole un temblor visible y deshonroso. Mikel se colocó junto a él y, alargando su brazo, le rodeó los hombros con afecto; en ese momento, Javier le perdonó, aunque no se lo dijo.

—Entonces nació allí —dijo pasados unos minutos —y no debía tener muchos días cuando Fernando me llevó a su casa.

Mikel no contestó.

—¿Dónde creó usted que está la fosa?

—En la mitad, más o menos, de ese muro espinoso de maleza —le explicó señalándolo—. Si contamos cincuenta pasos desde esta posición llegaríamos hasta allí.

El rostro de Javier pareció revivir en ese momento. Una mezcla de excitación y emoción devolvió la fuerza a sus ojos cuando le dijo:

—¿De verdad me ayudaría?

—Por supuesto —respondió de inmediato Mikel—. No sé por dónde podemos empezar... ¿Va a desvelar los secretos de Fernando Lusarreta? —le preguntó vacilante.

—Sí. Creo que es lo que a él le hubiera gustado hacer, aunque nunca encontró el momento. Cuento con algunos ahorros que podrían ayudarnos.

Mikel esbozó una sonrisa.

—Vayamos despacio, Javier; deje que me informe.

—Tiene razón.

El camino de vuelta al pueblo se le hizo mucho más liviano a Mikel; la tensión de Javier casi se había desvanecido y, además, haciendo gala de su buena forma física, imprimía a la marcha un ritmo rápido. Mikel se detuvo repentinamente.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Javier, deteniéndose también.

—Me gustaría comentar un tema: ¿ha pensado que si demostramos que es hijo de Aurora tendrá una herencia que reclamar?

—Créame que no es eso lo que busco —respondió de inmediato y en tono ofendido—. Quiero una tumba para ella, con una lápida en la que figuren su nombre y apellidos. Un lugar al que pueda acudir paseando, en el que pueda depositar flores.

—Sus abuelos tenían una casa en el pueblo, esta borda y no sabemos cuántas propiedades más. Aurora era su única hija. Puede que la casa haya corrido la misma suerte que la borda, si quiere podemos preguntar en el pueblo.

Javier pareció tomar conciencia de las consecuencias que acarrearía desenterrar la verdad. Pero reconoció aliviado que su corazón no se amilanaba como en otras ocasiones y, por primera vez desde el día en el que murió su padre, supo con certeza lo que quería hacer.

—Si la casa sigue en pie, me gustaría entrar; tal vez haya alguna fotografía de ella.

—Creo saber qué podemos hacer.

Mikel comenzó a caminar con la determinación que le había faltado hasta ese momento. Reconoció que su instinto, como tantas otras veces, no le había fallado. Se movía empujado por una fuerza que solo él conocía, la responsabilidad de un nuevo trabajo: lograr que cada pieza encajara en el hueco pertinente.

El pueblo se mantenía en el mismo mutismo que a su llegada. Caminaba algo adelantado aunque con lentitud, quería estar seguro antes de llamar. A mitad del recorrido se detuvo ante una de las casas y, aún sin estar completamente seguro, dio un único toque con el picaporte de la puerta.

Una joven cabeza se asomó entre los geranios de la ventana.

—¿Qué quieren?

—Buenos días, buscamos al dueño de esta casa —se aventuró a contestar Mikel.

—¡Abuelo! —gritó la chica desapareciendo de la ventana.

Unos minutos más tarde se abrió el portón.

—¡Es usted! —exclamó sorprendido el viejo al verle.

—Buenos días —le saludó Mikel —queríamos pedirle un favor; a ver si puede ayudarnos...

El hombre lo miraba expectante, deseoso de poder cooperar, de tener algo nuevo que contar en la posada cuando fuera a jugar su partida de cartas.

—¿Sabría decirnos cuál era la casa de Severino?

—Claro, ¿cómo no voy a saberlo? —salió del umbral y comenzó a caminar calle arriba—. Síganme —les apremió.

Llegaron a la plaza y allí tomaron la calle que quedaba a la izquierda de la iglesia.

—¿Conocen a Herminia? —les preguntó con naturalidad.

—No —reaccionó Mikel con rapidez—. Pero Javier —le dijo señalando a su acompañante —es un sobrino lejano.

—Se verá contenta, está muy sola —les confirmó bajando la voz.

El caserón, a simple vista, parecía mantener su estructura en perfecto estado. Los tres balcones de la segunda planta tenían cerradas las contraventanas. Sin embargo, tras los cristales de las ventanas del primer piso se divisaban visillos bordados de hilo, limpios y bien planchados.

—¡Herminia! —gritó sin darles tiempo a reaccionar—. Tienes visita.

La mujer no se hizo esperar y, abriendo la ventana de la izquierda, se asomó complacida.

—Dice que es un sobrino lejano —le anticipó el hombre, señalando a Javier.

Tanto Mikel como Javier bajaron la cabeza, avergonzados, huyendo del examen concienzudo que estaba realizando la mujer.

—¡Válgame Dios! —exclamó con fuerza—. Bajo ahora mismo a abrirles.

Mikel se movió nervioso; no quería testigos de lo que podía llegar a ser un puro despropósito.

—Muchas gracias por acompañarnos —dijo Mikel acercándose al hombre—. Ha sido más sencillo de lo que imaginábamos.

—¡Claro! ¿No ve que aquí nos conocemos todos? —como si hubiera comprendido que allí ya no hacía falta —bueno, les dejó entonces —levantó la mano para despedirse y, dándose media vuelta, se fue por donde habían venido.

Herminia temblaba de pies a cabeza cuando consiguió abrir el portón.

—Ven hijo, acércate —le pidió extendiendo su mano hacia Javier—. Eres su vivo retrato —le aseguró deteniéndose en cada tramo de su rostro.

Después, cogiéndole la mano, se la cubrió con las suyas mientras sus ojos se empañaban emocionados.

Javier, atrapado en una situación que le desbordaba, miró a Mikel con una apremiante petición de ayuda en sus ojos.

—Subamos, quiero que lo compruebes por ti mismo —se adelantó Herminia sin darle tiempo a reaccionar—. Y tirando del brazo de Javier lo introdujo en el portal de la casa.

Mikel asumió que lo único que podía hacer en esa situación era seguirlos.

El portal olía a la leña apilada contra una de sus paredes. En la de enfrente colgaban aperos de labranza, que recordaban el pasado labriego de sus dueños. Bajo ellos, un arcón de madera de roble despertó el interés de Mikel y se acercó hasta él. Tenía casi un metro de altura y todo el frente tallado con una elaborada decoración geométrica. Pero no era eso lo que había llamado su atención. Sobre la tapa, con remaches dorados, se leía un apellido.

—Es preciosa, ¿verdad? Lleva en la familia casi doscientos años —dijo Herminia, que se había detenido ante otra puerta al fondo de la entrada—. La

casa y todos sus bienes siempre han pertenecido a los Iturbe. Mi tío Severino la heredó de su padre, éste a su vez del suyo y así durante generaciones. Es una vieja costumbre en Navarra, heredaban los primogénitos para evitar la partición y desmembración de la hacienda. Yo soy una Iturbe, la hija mayor del único hermano vivo que tenía Severino cuando... bueno, no voy a aburriros ahora con esa historia —abriendo la puerta comenzó a subir los peldaños que les separaban de la primera planta.

Llegaron a un alargado y sombrío pasillo.

—Vayamos al salón, es la puerta del fondo —les indicó adelantándose.

Javier se había quedado atrás y ahora era Mikel el que seguía de cerca a Herminia. La mujer se movía con desenvoltura a pesar de estar algo rolliza. Tenía el cabello corto, de un blanco luminoso y peinado con esmero. La nariz grande y los ojos pequeños pero vivos, de sincera mirada. La piel de su rostro era delicada y de finas arrugas.

—Estos caserones estaban pensados para grandes familias —suspiró la mujer—. No subo para nada a la segunda planta —les explicó cuando pasaron por las escaleras que conducían allí—. Hay cuatro habitaciones, bien hermosas, pero prefiero tenerlo todo a mano en este piso. Sitio hay de sobra —dijo señalando varias puertas cerradas.

Mikel se detuvo ante la puerta del salón. Olía a lavanda. El sol irrumpía en la estancia desde el balcón que quedaba a la derecha. El espacio era amplio y rectangular, y los muebles que lo ocupaban parecían condenados a esa eterna disposición en la que todo encaja al milímetro. Sobre la chimenea, en la pared frente a la puerta, había un gran espejo con un marco de bronce oscuro. Mikel se sobresaltó con su propio reflejo, afectado, sin duda, por lo enrevesado de la situación. La figura de Herminia pasó por delante de él para ir hasta un aparador de gran volumen situado en la pared del fondo.

—He adivinado enseguida de quién eres hijo. Es que eres un calco —afirmó mientras volvía con un portarretratos entre sus manos—. Pero... ¡entrad! No os quedéis ahí —les pidió al verlos apostados junto al marco de la puerta—. Mi tía Engracia y su hermano —le aclaró a Javier, señalando al joven que posaba delante de una mujer bastante mayor que él. Ambos miraban expectantes a la cámara; ella rodeaba el cuello de su hermano con ambos brazos.

Javier contempló el rostro del joven. No era su rostro, pero podría serlo. Herminia tenía razón, el parecido era asombroso.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó entonces Herminia.

—Javier —le aclaró en tono apagado.

—¿Eres el que se fue a Londres?

—Sí —mintió entrando en un juego del que jamás hubiera creído ser protagonista.

—Engracia solía recordaros, su hermano era su única familia.

Javier había dejado de mirarla; una joven que sonreía con timidez al objetivo, en un portarretratos de mayor tamaño y colocado sobre el mismo aparador, le había secado las entrañas. Se reconoció en sus ojos, y en el amago de su boca, en aquel leve esbozo de sonrisa. El pelo le caía, ondulado, sobre los hombros, realzando su fino y alargado cuello.

—¿Quién es ella? —se atrevió a preguntar acercándose al mueble.

—Aurora —respondió de inmediato la mujer —la hija de Severino y Engracia —aproximándose cogió la fotografía y mientras contemplaba a su prima pasó con delicadeza la mano sobre el cristal, limpiando cualquier rastro de polvo que afeara su recuerdo—. Era preciosa.

—Sí, era preciosa —repitió Javier con un hilo de voz mientras cogía el portarretratos de las manos de Herminia.

Mikel se acercó hasta ellos. Entendió que aquella joven pudiera haber turbado a Fernando. Su rostro poseía una frágil belleza. Un sugestivo brillo emanaba de sus ojos. Incluso su forma de ladear la cabeza resultaba seductora. Elevó el rostro del retrato para contemplar a Javier que, como si hubiera intuido sus intenciones, aguantó su mirada con determinación. Y fue en ese momento cuando Mikel comprobó que en aquel rostro de hombre había una huella indeleble de la mujer que le regaló la vida.

—Apenas la traté —les confesó Herminia—. Yo tenía nueve años cuando se marchó, pero siempre fue muy cariñosa conmigo cuando veníamos de visita a esta casa. Sigo sin poder creer que se comportara de aquella manera.

—Mi padre también dudaba. Recuerdo haberle escuchado en más de una ocasión recelar sobre la versión de la policía cuando aseguraba que muchas jóvenes en su situación huían a Madrid o Barcelona, ciudades grandes donde era más difícil seguirles el rastro —aseguró Javier con una sorpresiva serenidad.

Mikel, sin terminar de asimilar su desconcierto, miró a Javier, constatando en su rostro una tranquilidad que no le satisfizo, sin conocer todavía sus intenciones temió que Herminia se viera afectada por el cambio de actitud de su acompañante.

—Por lo que veo, conocías el motivo que la empujó a marcharse —dijo Herminia recuperando la fotografía—. No sabes cuántas veces pienso en aquel bebé... ¡Lo que habría tenido que pasar su madre para sacarlo adelante! Y yo, aquí, disfrutando de todo lo que les hubiera correspondido.

—Nunca me hablaron de ti —confesó Javier conservando la misma calma.

—La familia de Engracia nunca vio con buenos ojos la decisión de mi tío Severino. Habían pasado cinco años desde la desaparición de Aurora, Engracia seguía sumida en una profunda depresión y Severino pensó que la compañía de una muchacha joven podría aliviar su pena. Hoy en día sería impensable que unos padres consintieran dejar el cuidado de uno de sus hijos a otros familiares, pero os aseguro que en aquellos años era algo habitual —les explicó mientras parecía perderse en aquel pasado—. Era la mayor de seis hermanos y una gran ayuda para mi madre. Sé que no fue una decisión sencilla para mis padres, y que fue el prometedor futuro que aquella oferta sugería lo que resolvió la duda. Así que a los catorce años me arrancaron de mi familia, de mis amigas, de mi pueblo, para traerme a una casa en la que la tristeza iba a ser mi única compañía —la voz se le quebró en ese momento y Mikel se acercó hasta ella.

—Lo sentimos Herminia; tal vez estemos abusando de su hospitalidad.

—No, eso sí que no —le dijo revolviéndose nerviosa —no tengo perdón, sentaos, ahora traigo un poco de queso y un chorizo muy rico que tengo. ¡Mira que no darne cuenta hasta ahora! —murmuró mientras se escabullía presurosa.

Ninguno de los dos hizo nada por detenerla. Javier, como si en ese momento saliera del trance en el que se encontraba sumido, se dejó caer sobre uno de los sillones, colocado a la izquierda de la chimenea.

—¿A dónde quieres llegar? —le preguntó Mikel acercándose hasta él y tuteándolo por primera vez.

—Quiero saber. Necesito que me hable de ella.

Javier cerró los ojos, sumergiéndose en su propio refugio. Imaginó a su madre, sentada en ese mismo butacón, acariciándolo a través de la piel de su vientre, susurrándole palabras cariñosas, queriéndole...

—No es gran cosa —les dijo Herminia dejando la bandeja que traía sobre la mesita baja—. No suelo recibir visitas entre semana; mis sobrinos aparecen de vez en cuando y siempre en fin de semana; suelen avisarme para que prepare comida.

—No tenía por qué molestarse, no hacía falta —le dijo Mikel, tomando asiento en el sillón que quedaba enfrente al de Javier.

—¿Qué os ha traído hoy hasta aquí? —quiso saber la mujer.

—Quería ver la borda —se adelantó Javier—. Recordaba haber ido alguna vez con mis padres a pasar el día allí. Era muy pequeño.

—Ahora no merece la pena ir, está tan abandonada que da pena.

—¿No ha habido ningún Iturbe interesado en cuidar de ese paraje? —preguntó Javier con malicia.

Herminia se movió inquieta en la silla que ocupaba y esquivó la sobria mirada de Javier volviendo el rostro hacia el balcón.

—Es difícil de explicar, hasta yo misma me hubiera escapado de esta casa si hubiera podido —confesó con un deje de amargura en el tono de su voz—. La culpa puede ser el más cruel de los castigos, una sombra turbia, que se adueña de todo y de todos, y que no permite olvidar —guardó silencio detenida en los ojos de Javier; después, como si hubiera decidido finalmente confesar sus secretos, comenzó a hablar de nuevo—. Cuando llegué a esta casa, Engracia y Severino no se hablaban. Asumí que era el dolor lo que les había aislado al uno del otro, y a los dos del mundo. Engracia dormía en la habitación que había pertenecido a Aurora, yo en la que había al lado y Severino en la que había sido la del matrimonio; todas ellas en la segunda planta —aclaró apuntando con el índice hacia el techo—. Oía llorar a mi tía todas las noches; a mi propia angustia tuve que sumar aquel murmullo apagado, la tristeza que empañaba las paredes de toda la casa, el opaco silencio que pululaba a mi alrededor acusándome de algo que yo no entendía entonces. Todavía recuerdo con nitidez el tañido de la campana de la iglesia confirmándome cada hora de desvelo. Tuvieron que pasar varios meses hasta que conseguí dormir una noche completa —reconoció apesadumbrada—.

Mikel carraspeó intentando llamar la atención de Javier. Necesitaba salir de allí. La cara de Herminia hablaba por sí misma, el pasado volvía a golpearla con una intensidad que fulminaba la vivacidad de sus ojos. Le incomodaba haber despertado el sufrimiento de aquella niña obligada a vivir una vida que no le correspondía. Pero Javier, consciente o inconscientemente, evitaba volver la cabeza hacia él.

—Durante el primer invierno en esta casa pude vivir en primera persona el tormento que carcomía a mi tío Severino —Herminia se recostó en su sillón y moduló la voz a un tono un poco más elevado que un susurro—. Llevaba días enferma, la gripe que había atacado una semana antes a mi tía

tuvo a mal acomodarse en mi cuerpo, condenándome a la tortura de unas fiebres tan altas que me llevaban casi al delirio. Sumida en ese ensueño envenenado de dimensiones oscuras, de rugidos metálicos, de almas perdidas, sentí una mano acariciando mi frente con un dócil tacto. Me esforcé entonces en elevar un poco los párpados, y lo vi allí, sentado junto a la cabecera de mi cama, dándome todo el amor que escondía dentro, implorando perdón con voz ronca, pronunciando el nombre de su hija mientras acariciaba mi pelo. Cuando el llanto transformó su voz, cerré los ojos para no avergonzarlo. Mi tío Severino veló todas mis noches mientras duró mi enfermedad.

—Por lo que deduzco —le interrumpió Javier —Severino intentó que tu presencia suplantara la ausencia de su hija.

—Sí, algo así debió pensar cuando tomó la decisión de traerme. Lo que no imaginó fue que mi llegada acabaría confortando más a su mujer que a él mismo.

»Llevaba casi tres años conviviendo con ellos... —se detuvo para estirarse la falda, como si con ese gesto pudiera contener el deseo que sentía de reconocer una verdad que de alguna forma le pesaba. Debo confesaros que para entonces me había acostumbrado a la vida cómoda que me ofrecían, y a una libertad que, con toda seguridad, no hubiera disfrutado en mi casa. Fue al poco de cumplir diecisiete años, era una tarde de verano y estábamos en esta misma sala esperando al atardecer para salir a pasear. Absorta en la lectura no me di cuenta de que Engracia me contemplaba ensimismada.

—Aurora estaba leyendo ese mismo libro antes de marcharse —dijo en un tono vivo de voz.

La miré entonces y sonreía.

—Me has recordado a ella...

Cerré el libro y lo estreché contra mi pecho.

—Es una historia trágica y conmovedora —le expliqué.

—Cumbres borrascosas —murmuró con vaguedad—. Tal vez la lea cuando la termines —me dijo mirando al hueco que quedaba a mi lado en el sofá. Temblaba emocionada cuando alargó su mano.

«¡Aurora!, por fin has vuelto», dijo con una convicción que hizo que me girara. Por supuesto, no había nadie allí, pero sonreí a ese espacio vacío y luego a mi tía. Acepté que el fantasma de Aurora conviviera con nosotras. Me acostumbré a que Engracia nos mirara a ambas antes de tomar cualquier decisión. Incluso llegué a sentirla cuando mi tía se reía repentinamente con la mirada perdida unos centímetros más allá de mi cuerpo.

Un profundo suspiro de Javier detuvo a Herminia.

—Ambos sufrieron mucho —aclaró, incorporándose del sillón y avanzando hasta el aparador—. Severino me confesó que habían decidido entregar el bebé a la maternidad cuando naciera —les reveló de espaldas a ellos—. Mi tío estaba convencido de que Aurora adivinó sus intenciones.

—¿Me permites una última pregunta? —pidió Javier levantándose en ese momento.

—Claro —dijo Herminia volviéndose.

—¿Sabían los tíos quién era el padre del bebé?

Herminia afirmó silenciosamente.

—Ignacio Arizala, un muchacho de Ostiz que murió al poco de alistarse como requeté voluntario en la guerra. Creo que ni llegó a saber que iba a ser padre.

Mikel se adelantó hasta Herminia y le tendió la mano agradecido.

—Ha sido un placer conocerla —le dijo.

Javier se acercó con timidez y Herminia lo abrazó con fuerza.

—Prométeme que volverás —le pidió sin soltarse.

—Volveré, Herminia, no tengas ninguna duda —y antes de soltarse la besó en ambas mejillas con el afecto que surge entre perdedores. Después de todo, también a Herminia el asesinato de Aurora le cambió la vida que le hubiera tocado vivir.

18

De regreso, Mikel repasaba mentalmente todo lo acontecido aquella mañana. Ni en el mejor de sus sueños hubiera imaginado que la llamada a Javier iba a desencadenar aquella cascada de acontecimientos, y, mucho menos, el resultado obtenido. Tenía el beneplácito de éste para iniciar la investigación y, además, la aparición de Herminia podía resultar un apoyo importante para que Javier recabara información sobre su madre.

—Arizala e Iturbe —dijo en voz alta rememorando los apellidos de los padres de Javier. «Ha tenido suerte», pensó, «en una misma mañana ha conocido el rostro de su madre y el nombre de su padre». Esas cosas no suelen ocurrir —se aseguró a sí mismo —no deja de ser increíble.

Miró por el espejo retrovisor del coche para comprobar que Javier le seguía. Habían quedado para comer juntos. Le alarmó su aparente fragilidad

y el vacío de su mirada, que daba la impresión de vagar perdida y muy alejada de la carretera. Mikel pisó el freno, el destello rojo de las luces captó la atención de Javier, que se enderezó en el asiento, como si en ese momento hubiera despertado de un ligero sueño. Mikel respiró aliviado, Javier había regresado de dondequiera que anduviese.

Eran casi las tres de la tarde cuando entraron en La Mar Salada. Ainhoa los contempló mientras se acercaban a la barra.

—Hola —le saludó Mikel esquivando la sonrisa franca con la que la joven los esperaba—. ¿Tendrás mesa para dos?

—¡Claro! Pasad al comedor, enseguida voy —les propuso, sin que pareciera afectarle la indiferencia de Mikel.

Bebieron silenciosos, Orchidea de Inurrieta; lo había elegido Mikel para el arroz a banda con gambas y chipirones. Ambos parecían necesitar tomarse un tiempo antes de comentar todo lo acontecido.

—Me gustaría presentarte a Patxi Equiza, el director de *La Nueva Voz* —sugirió Mikel cuando tuvieron ya el arroz servido en los platos.

Javier le miró sorprendido.

—¿Para qué? —preguntó examinándolo con atención.

Mikel bebió un nuevo sorbo de su copa y no se precipitó en contestar; intuyó que debía ir con cautela.

—Verás, Patxi está muy involucrado en la recuperación de la memoria histórica. Se verá encantado de poder ayudarnos.

Javier apretó los labios mientras negaba con la cabeza.

—No quiero conocerlo —declaró con firme decisión—. Venía pensando que no necesito desvelar los secretos de mi padre. Hablaré con Herminia. Yo mismo costearé los gastos de limpieza de la parcela y de la exhumación del cuerpo.

Mikel dejó caer el tenedor sobre el plato. Miraba con fijeza a Javier mientras intentaba buscar las palabras que pudieran disuadirle de aquella firme resolución.

—No quiero manchar su recuerdo. Fernando Lusarreta era la mejor persona que he conocido, te aseguro que ni mi propio padre me habría querido así.

—Sin conocerlo, me atrevo a afirmar que tienes razón —dijo Mikel—. Sus cartas me han conmovido enormemente, he podido sentir su dolor, su angustia, su culpa... pero creo que escribió ese diario con un propósito —se detuvo unos instantes dejando que Javier asimilara lo que acababa de decir—.

Si recuerdas, en una de sus cartas, Fernando hablaba de despertar sus nombres, devolvérselos a sus familias, otorgarles un justo sueño junto a los suyos. ¿Crees qué serás capaz de desentenderte de los restos de los dos hombres que yacen junto a tu madre? Los tres perdieron su nombre el mismo día.

La sangre de Javier se detuvo en ese instante, su propia sombra, de negra y fría piel, se sentó frente a él sonriéndole con benevolencia.

Se levantó sobrecogido.

—Discúlpame, Mikel, necesito ir al lavabo —se excusó saliendo precipitadamente del comedor.

Se encerró en el baño escondiéndose de sí mismo, intentando escapar de ese miedo tan suyo, tan predecible, tan leal. El mismo miedo que llevaba toda la vida paralizándolo, el que le hacía creer que salvaguardar la memoria de Fernando Lusarreta no era la excusa perfecta para huir de nuevo; la impotencia se desparramó por su rostro en forma de afiladas lágrimas.

—Javier, ¿te encuentras bien? —preguntó Mikel dando un ligero toque en la puerta.

—Sí —respondió, sacando precipitadamente el pañuelo del bolsillo de su pantalón para secarse el rostro—. Espérame en el comedor, salgo enseguida.

El arroz estaba ya frío pero no le importó, no iba a comerlo. Miró al rostro intranquilo de Mikel y alargando la mano hasta la suya se la palmeó con suavidad.

—Te agradezco la paciencia que estás teniendo conmigo. Soy un cobarde, siempre he huido de todo aquello que pudiera suponerme un problema.

—Déjame que te ayude.

Javier esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, Mikel, me pongo en tus manos.

—Piensa por un momento en todos los familiares que llevan años buscando a los suyos. Está en nuestras manos dar a conocer la verdad —le aseguró Mikel mientras le aferraba la mano con fuerza.

—¿Por qué lo haces? —quiso saber Javier.

—Es algo que llevo dentro desde niño. Siempre he querido saber el porqué de las cosas, la razón que lleva al ser humano a actuar de determinada manera, las consecuencias de nuestros actos... Siéndote sincero, la curiosidad, los triunfos profesionales e incluso anhelos personales, han sido motivos

suficientes hasta ahora —escondiendo la mirada en un punto difuso del comedor confesó una verdad que de alguna manera le avergonzaba—. Pero en este caso, Nerea es mi motor. Es mi ex mujer —le explicó —y necesito redimirme ante ella. Sé que estaría orgullosa de verme involucrado en una investigación en la que la corrupción no fuera la protagonista —lo había dicho y, en ese mismo instante, sintió cómo la fatiga abandonaba lentamente su cuerpo.

Javier esperó a que Mikel se repusiera. Vislumbró el peso tremendo de aquella ausencia con nombre de mujer; asimismo, reconoció en la piel de su acompañante el matiz impreciso que deja el dolor del abandono.

—Ve a buscarla —le sugirió pasados unos segundos—. Huye del miedo, del orgullo, no son buenos compañeros; créeme, sé de lo que hablo.

Mikel, consciente de que había dejado aflorar a la superficie la infinita tristeza que habitaba en su cuerpo, le mantuvo agradecido la mirada, y fue en ese instante cuando vio que en los ojos de Javier resplandecía un dolor más profundo y lejano que el suyo.

19

Cuando salieron del restaurante el cielo parecía haberse enfadado. Nubes de un pesado y rugoso contorno se agitaban nerviosas cargando el viento de una amenazadora humedad.

—Espero tu llamada —le dijo Javier estrechándole la mano.

—Tal vez mañana mismo pueda decirte algo —le respondió Mikel antes de despedirse.

Llevaba un rato absorto en la lectura de la Ley Foral 33/2013 sobre el reconocimiento y reparación moral de los navarros asesinados y víctimas de la represión a raíz del golpe militar de 1936, cuando Patxi entró en su despacho.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le preguntó, mientras tomaba asiento en una de las sillas que estaban al otro lado de su mesa.

—Pues hará una hora que he vuelto; he estado comiendo con Javier Lusarreta —le adelantó—. Ha accedido a dar a conocer los hechos que describe Fernando en su diario.

—¡Bien hecho, Mikel! —lo elogió a la par que se frotaba las manos con energía.

Mikel se adelantó hacia él y escrutó su rostro con calma. Necesitaba llegar a un acuerdo con su jefe, y tan solo por eso, intentó que su voz sonara amigable.

—Quiero disculparme, esta mañana me he dejado llevar.

Patxi hizo un aspaviento con la mano interrumpiendo el alegato.

—Deja eso, no tiene mayor trascendencia, son gajes del oficio. Lo que me interesa realmente es saber cómo has conseguido convencer a Javier Lusarreta.

Mikel se recostó en su silla y mientras se acariciaba el mentón con parsimonia, barajaba qué versión de los hechos le ayudaría a poder realizar el trabajo a su manera.

—Verás, he llegado a un acuerdo con Javier. Me ha pedido mantener el anonimato de la fuente. Hay que reconocer que el tema es delicado para él.

Patxi, visiblemente incómodo, se levantó de la silla y acercándose hasta la ventana del despacho, la abrió. Después, sin pedir permiso, sacó el paquete de tabaco y el mechero del bolsillo de su pantalón y se encendió un cigarrillo.

—He leído las disposiciones generales de la Ley Foral 33/2013 —le indicó Mikel mostrándole las fotocopias—. Te cito textualmente: «La presente Ley Foral tiene por objeto recuperar la memoria histórica en relación con aquellas personas que fueron asesinadas o fueron víctimas de la represión franquista en Navarra a raíz del golpe militar producido a partir del 18 de julio de 1936, restituyendo, reconociendo y rehabilitando la memoria de las personas asesinadas, así como de las víctimas de la práctica del robo de bebés. Así mismo, mediante la presente Ley Foral se pretende facilitar el conocimiento de los hechos acaecidos en Navarra durante el mismo período y establecer el derecho de los familiares de las personas asesinadas a raíz del golpe militar del año 36, a exhumar a sus familiares y darles una sepultura digna, teniendo el Gobierno de Navarra la obligación de dar el apoyo económico, técnico y humano necesario en todo el proceso de investigación y exhumación, corriendo los gastos de dicha actividad a cargo del Gobierno de Navarra».

Patxi continuaba junto a la ventana abierta; parecía perdido en el agradable olor a tierra mojada que traía el viento, acompañado en ese momento por un suave *txirimiri*. Mikel se mantuvo a la espera, preparado para capear el peliagudo escollo en el que se convertiría, en breve, su jefe.

—¿Y qué nos queda a nosotros entonces? —preguntó con sorna y sin apartar la mirada del lánguido atardecer—. Me conozco esa ley al dedillo,

Mikel, pero lo que pretendo es otra cosa.

Mikel endureció el gesto cuando se acercó hasta él.

—Explícate —le pidió de forma apremiante.

Patxi se volvió hacia su empleado y pudo sentir la distancia que se había instalado entre ellos. Estimaba a Mikel y reconocía su valía, pero últimamente había dejado que sus problemas personales esquilmaran en gran medida su determinación. En otro momento de su vida hubiera actuado sin tantos miramientos.

—Contamos con una información de la que podemos hacer uso periodístico.

—No entiendo adónde quieres llegar —replicó Mikel.

—Digamos que quiero alargar la solución.

Mikel sintió la tentación de zarandearlo. Apretó sus puños y, tomando cierta distancia, le advirtió: —No olvides que todos esos muertos merecen nuestro respeto. Voy a intentar olvidar lo que acabas de proponer, en esta ocasión no voy a permitirte jugar con la verdad.

Patxi cerró la ventana y lo contempló con autosuficiencia.

—Tengo la información y los medios para actuar —le dijo de camino a la puerta del despacho y, antes de abrirla, se volvió con una media sonrisa en los labios—. No olvides, Mikel, que trabajas para mí —y sin atender la queja que se perfilaba en la boca de su empleado abandonó la estancia.

A Mikel se le agarrotaron el cuerpo y el alma. No porque las palabras de Patxi llevaran implícita una amenaza laboral, sino por las consecuencias de filtrar una información que, en principio, solo Javier y él conocían. Maldijo su falta de escrúpulos al permitir que Patxi leyera el diario y no quiso ni pensar en la reacción de Javier al saberse engañado. Debía actuar pero, sin embargo, estaba noqueado. La lluvia arreció de repente, golpeando con violencia en los cristales de la ventana. Un aparatoso relámpago culebreó por las paredes del despacho sin conseguir sacarlo de su aturdimiento; tuvo que ser el rudo bramido del cielo, unos segundos después, el que lo despabilara. Entonces tomó conciencia de que la solución a su problema no iba a venir en su busca. Guardó en un sobre las fotocopias de la Ley Foral y, tras colocarse apresuradamente la cazadora, se asomó a la puerta del despacho. No había nadie en el pasillo, por lo que aprovechó la oportunidad para escabullirse silenciosamente.

Una vez hubo aparcado el coche en el garaje de su casa subió en el ascensor hasta el portal, salió a la calle y marcó el número de teléfono de Javier.

—Hola —tardó en contestar—. Me has pillado en la cocina.

—Javier, necesito que nos veamos.

—¿Mañana?

—No, tiene que ser ahora, estoy preocupado; si no te importa me podría pasar por tu casa.

—¿Te estás invitando a cenar?

La ocurrencia hizo sonreír a Mikel.

—No hace falta que cenemos, con que me invites a una copa de vino será suficiente.

—Cenaremos. Toma nota de mi dirección: calle Zapatería, número cuarenta y nueve, tercero derecha. Te espero.

Aunque caminaba con rapidez y sorteando la lluvia entre la arboleda que rodea la Plaza de Toros, no pudo evitar llegar calado a la Plaza del Castillo. Se detuvo en el primer tramo de sus porches y abriéndose la cazadora resguardó contra su pecho el sobre con las fotocopias de la Ley Foral.

Caminó protegido por la techumbre que circunda la plaza hasta llegar al pasadizo de la Jacoba, un paso peatonal que une la Plaza del Castillo con la calle Zapatería. El acceso estaba mal iluminado y remolinos de aire llevaban hasta allí hojas y papeles, creando sensación de suciedad y abandono. Antes de adentrarse en el pasaje revivió el miedo infantil que le inspiraban aquellas escaleras.

Era cita obligada, en las tardes de domingo, el paseo desde su casa hasta la Plaza del Castillo. Y la cafetería Delicias, situada a escasos metros de la entrada al pasadizo, el lugar elegido por sus padres para la excepcional merienda de ese día: chocolate con churros para los cuatro hermanos y tostadas de mermelada y nata con sendos cafés con leche para ellos. Jugaban sin alejarse mucho de la puerta del establecimiento y respetando la prohibición de entrar en aquel oscuro pasaje. En alguna ocasión, su hermano Iñaki se saltó la norma y bajó el primer tramo de escaleras mientras Begoña, Miren y él lo esperaban aterrados junto a la entrada. Pero el día en que Miren se escabulló escaleras abajo, sin más testigos que sus propios ojos, tuvo que armarse de valor y salir a la carrera tras ella. Rememoró con nitidez aquel olor penetrante, que secó su boca de niño, mientras saltaba de un peldaño a otro en una turbadora carrera en pos de su querida hermana. Cuando pudo alcanzarla, justo en el último tramo del pasillo que desemboca en la calle Zapatería, la zarandéo malhumorado. Los ojos de Miren se humedecieron asustados, a la par que su boca se contrajo en un perfecto y devastador pucherito. Mikel no pudo resistirse y la abrazó con fuerza, «este es un lugar muy peligroso», le dijo, y cogiéndola de la mano deshizo el camino intentando aparentar una valentía que no sentía. El rostro de su hermana se difuminó conforme bajaba el primer tramo de escaleras. En los últimos peldaños, un viejo mendigo escondía su cuerpo bajo una manta ennegrecida. Al llegar a su altura, el hombre le miró sorprendido, y su rostro descarnado quiso esbozar una sonrisa cuando le ofreció tembloroso la botella de vino que resguardaba entre sus piernas.

—Beba amigo, esto le ayudará —le dijo contemplándolo con una bobalicona mirada.

Mikel le observó sobrecogido. La palpable evidencia de su pánico le hizo perder la determinación con la que había recorrido la distancia que separaba su casa de aquel punto. Alargó su mano y tomó la botella. Bebió dejando que el trago de aquel áspero y caliente vino le quemara la boca, después la garganta y, finalmente, el estómago. Luego se limpió los labios

contra la piel de su mano. Sacó un billete de diez euros del bolsillo de su pantalón.

—Gracias. Para reponer la despensa —le dijo ofreciéndole el dinero.

—Beba otro trago, compadre —insistió el viejo haciéndose rápidamente con el billete.

Mikel miró indeciso la botella, pero el murmullo de voces acercándose a la entrada del pasaje le hizo desistir. Bajó con prisa el resto de escaleras y, fundido en la oscuridad de la noche, se adentró por la calle Zapatería.

20

Las fotocopias del diario de Fernando Lusarreta estaban esparcidas sobre su mesa. Patxi Equiza clavó los ojos en aquella caligrafía vacilante y se felicitó por la idea de hacerse con una copia de las cartas antes de devolver el diario. Había intuido la confusión de Mikel y no estaba dispuesto a dejar escapar una oportunidad como aquella. Tras leer de nuevo las cartas, el primer artículo tomaba forma ya en su cabeza.

Hacía unos días había contactado con un amigo cuyo puesto relevante en el Archivo General de Navarra le facilitaba la recopilación de la información disponible sobre combatientes. Según le había comentado, había fichas de soldados que incluían fotografías. No dudó en darle los nombres del propio Fernando, del capitán Tejada, y de su ayudante Ramiro, del que desconocía el apellido, pero a quien situó en el cuartel de Elizondo en las mismas fechas que su capitán, además de advertirle que ambos pertenecían a Falange. Aquel mismo día, por la tarde, volvió a llamarle su amigo para comentarle que todavía no había dado con las fichas que le interesaban y comunicarle la existencia de diarios de operaciones y cartografía de los frentes de defensa, así como un croquis del fuerte de San Cristóbal.

La mente de Patxi trabajaba con endemoniada rapidez y, casi sin proponérselo, tenía configurada en su cabeza la crónica que iba a realizar. A los hechos narrados por Fernando Lusarreta sumaría la información recabada por el técnico del archivo, y con todo ese material escribiría varios artículos que además de denunciar el horror silenciado de aquella guerra, crearían curiosidad e implicación en el lector.

Sus dedos volaban con agilidad y lucidez sobre el teclado de su ordenador. La redacción de la noticia lo embebió de tal forma que con cada

nuevo párrafo fue erigiéndose en un ángel justiciero, responsable de desvelar a sus semejantes las inmoralidades cometidas por aquellos hombres. No iba a consentir que la memoria del capitán Tejada quedara dispensada de todos sus crímenes. Incluso se atrevería a asegurar que el propio Fernando Lusarreta vería con buenos ojos su determinación. Recordaba con exactitud sus palabras: «tengo la esperanza de que la muerte sólo sea un tránsito a otro lugar donde la justicia prevalezca sobre el poder e, inclemente, imponga el castigo a todos aquellos que portemos culpas imperdonables». Sí, con esa contundencia reconocía Fernando sus crímenes. Además, estaba convencido de que el anciano escribió esas cartas por tres razones: la primera, descargar su conciencia; la segunda, pedir perdón; y la tercera, conseguir una honrosa sepultura para todos sus muertos.

A su maestría innata había que sumar la adquirida durante su larga trayectoria profesional, y con ambas, describió los hechos redactando un primer artículo que podría despertar una gran expectación entre los lectores, quienes ansiarían más información que iría publicando en posteriores capítulos.

21

Mikel se detuvo ante el número cuarenta y nueve de la calle Zapatería. La angustia había ido ganando terreno y, en ese momento, incluso le impedía alzar el brazo para apretar el timbre del tercero derecha. Alguien abrió la puerta del portal y le miró sorprendido.

—¿Va a entrar? —le preguntó sujetando la puerta.

—Sí, gracias.

El portal era largo, pero no estrecho; lo habían rehabilitado respetando el embaldosado y las escayolas de origen, y adaptando con originalidad una iluminación de corte modernista y de gran calidez. Al fondo, y junto a las escaleras, estaba la cabina del ascensor, de menor tamaño que las habituales. Se acercó hasta allí, pero en el último momento descartó el elevador, con la vaga ilusión de encontrar entre los escalones alguna justificación que lograra que Javier volviera a perdonarle. Llegó demasiado rápido al tercer piso y, por supuesto, sin una solución convincente, así que respiró profundamente y con un turbador vértigo presionó el timbre.

Encajó con entereza la sonrisa satisfecha de Javier. Un agradable olor a

comida inundó el descansillo.

—Bienvenido —lo saludó Javier haciéndose a un lado para que entrara.

—¡Qué bien huele! —salió del paso Mikel—. ¡Menuda novecita, me ha pillado de lleno! —explicó señalándose la ropa empapada.

—Vayamos al salón —propuso Javier—. Nos tomaremos un vino antes de cenar.

—Permíteme que deje la cazadora en la cocina, está demasiado mojada.

—Dámela, yo mismo la llevo.

Se bajó la cremallera y antes de quitársela extrajo el sobre que llevaba guardado.

—No quería que se mojara —le explicó.

El salón era el vivo reflejo del espíritu de Javier. Cada detalle guardaba una estudiada y premeditada disposición. Los muebles, alfombras, cortinas y, por supuesto, la iluminación, creaban un ambiente cálido y acogedor. El anfitrión no se quedaba atrás. Vestía un pantalón gris oscuro, de sastrería, combinado con una camisa blanca de algodón, con brillantes botones nacarados y un cuello de perfecta confección.

—¿Quieres cambiarte? —le preguntó Javier al advertir el estado de su ropa.

Mikel se contempló constatando que las perneras de su pantalón, de rodilla para abajo, estaban oscurecidas por la humedad, al igual que el ante de sus mocasines. Además, parte de su camisa sobresalía por encima de la cintura del pantalón. Su imagen era lamentable.

—Lo siento —se disculpó—. Como te he dicho la tormenta me ha pillado de lleno.

Javier abandonó el salón. Mikel aprovechó para observar con detenimiento las dos fotografías que estaban sobre una de las estanterías del armario y que habían llamado poderosamente su atención. Sin moverse de su sitio, pudo reconocer el rostro de un Fernando bastante más joven. Llevaba el pelo engominado y peinado hacia atrás. Dos profundas entradas alargaban más su rostro, ya afilado de por sí. El esbozo de sus labios apretados parecía amagar una sonrisa que, a buen seguro, le había solicitado el fotógrafo. Pero lo que más le sorprendió fueron sus ojos, que miraban desde una acuosa y profunda penumbra.

—Con esto estarás más cómodo —le interrumpió Javier acercándole unas zapatillas y el pantalón de un chándal—. Puedes cambiarte en el baño.

Cuando regresó al salón, Javier se había acomodado en uno de los dos

sofás individuales. Una copa de vino le esperaba sobre la mesita que había entre ambos.

—¡Salud! —deseó Mikel, elevando la copa hacia el anfitrión antes de dar el primer trago. Con el vino en la boca, cerró los párpados, y dejó que aquel buen caldo aliviara la sequedad que invadía su cuerpo y su alma.

Javier parecía contemplarlo sin prisa alguna por conocer el motivo de aquella urgente visita. Mikel respiró profundamente y dejó la copa sobre la mesa antes de comenzar a hablar.

—Según esta Ley Foral —le explicó extrayendo las fotocopias del sobre y pasándole las hojas —el Gobierno de Navarra tiene la obligación de dar apoyo económico, técnico y humano a los familiares de las personas asesinadas durante la guerra civil.

Javier se incorporó y, dejando la copa sobre la mesa, cogió las fotocopias que Mikel le ofrecía. Leyó las primeras líneas del preámbulo y, para convencerse de que lo que entendía era cierto, las releyó en voz alta y emocionada: «reconocer una injusticia y proteger a sus víctimas debe ser un objetivo prioritario para los poderes públicos de un estado de derecho. Por ello, es trascendental reparar el daño causado, reconocer la situación de indefensión y poner todos los medios al alcance para restituir, reconocer, recordar y recuperar...».

Mikel le observaba complacido. La ilusión de Javier era contagiosa y, aunque suponía que en apenas unos minutos abandonaría esa casa echado a patadas por su dueño, no pudo evitar alegrarse de haber sido, en un primer momento, portador de buenas noticias.

—Hay un protocolo de exhumaciones para Navarra —le expuso entregándole el otro grupo de fotocopias—. Deberías presentar una solicitud de autorización para la realización de las actuaciones de exhumación ante el Departamento de Presidencia, Administraciones Públicas e Interior.

Javier elevó el rostro de las hojas.

—¿Debería? —preguntó con inquietud—. ¿Abandonas el barco?

—Verás, hay algo que no te he contado todavía...

Javier depositó con cuidado las hojas sobre la mesa y clavó su mirada en los ojos del periodista. Una mirada cargada de tal inquietud que desmoronó el ya escaso ánimo de Mikel.

—¿Recuerdas que te hablé de Patxi Equiza? —Javier asintió en silencio—. Quiere escribir varios artículos sobre el relato de Fernando.

—¿Qué sabe de eso? —le interrumpió Javier.

—Leyó el diario —confesó Mikel, sintiendo cómo la vergüenza le atrapaba el rostro e incluso los ojos, que comenzaron a dolerle como si una terrible quemazón se los hubiera abrasado de forma fulminante.

—¿Fue antes o después de conocerme?

—Antes. Falté a trabajar el día que encontré el cuerpo de Fernando; no estaba de ánimo para ir al periódico. Aquel mismo día comencé a leer el diario. Cometí el error de solicitar de improviso, y sin dar más explicaciones, otro día más de vacaciones; la historia de Fernando me tenía ya totalmente enganchado... Mi jefe es un tío listo, y el día que me incorporé al trabajo me estaba esperando en su despacho; le bastó mirarme para saber que había algo.

Javier volvió a coger la copa de vino. Recostándose en el sofá lo apuró con lentitud. Mikel tuvo el valor de no apartar los ojos de él y esperar, con cierta entereza, la ira de su acompañante.

—¿Qué es lo que quiere realmente tu jefe? —preguntó Javier con tranquilidad.

—No lo sé con exactitud, no le he dejado explicarse.

—Me gustaría hablar con él.

Mikel se vio de repente en un callejón sin salida. No había tenido en cuenta esa posibilidad. Había asumido que el enfrentamiento iba a ser entre Javier y él, y, después, de él con Patxi. No deseaba que Javier tomara su posición.

—Creo que no es una buena idea. Déjame que intente hacerle razonar.

—No me crees capaz, ¿verdad?

—¡A Patxi hay que conocerlo! Tiene un carácter bastante retorcido, y no me gustaría que tuvieras que pasar un mal trago; después de todo es culpa mía.

Javier, tras levantarse, se aproximó hasta el armario. Cogió el portarretratos con la fotografía de Fernando y volvió junto a Mikel.

—Le he dado muchas vueltas al hecho de que mi padre se decidiera a escribir esas cartas, y aunque me duela, tengo que reconocer que su propósito no era contármelo únicamente a mí. Creo que la presencia del capitán Tejada en la residencia le hizo tomar conciencia del error que había sido silenciar aquellos crímenes. Probablemente, imaginó para éste una vida de plenitud y confort, sin la carga de culpa que había echado sobre la espalda de un muchacho de apenas diecinueve años.

Si analizamos las cartas con detenimiento se ve con claridad la progresión que realiza Fernando sobre sus propios sentimientos. ¿Qué le

incitó a desvelar aquel pasado oculto en lo más recóndito de su ser? Me he hecho esta pregunta muchas veces desde que leí el diario —bajó la mirada hacia el vino restante en su copa y comenzó a moverlo con suavidad mientras hablaba—. Imagino que fue la necesidad de hacer públicos aquellos asesinatos, realizados con total impunidad en aras de una cruzada de ideales patrios y religiosos. Utiliza sus propios conflictos para denunciar el ultraje, la prepotencia, la injusticia..., delata a los asesinos e incluso se reconoce a sí mismo como tal. Si recuerdas, en una de sus cartas confiesa desear el justo castigo a sus crímenes.

Mikel, confundido por la disertación de Javier, no se atrevía ni a pestañear; temía poder romper aquella corriente de oxígeno que parecía traer la solución a sus problemas. La actitud de Javier presumía cierta disposición a tratar el tema desde una perspectiva periodística.

—Quiero hablar con tu jefe porque cabe la posibilidad de que el periódico sea el camino acertado para que toda esa verdad salga a la luz —en ese momento volvió el rostro hacia el otro portarretratos del armario—. Abuela, espero que puedas perdonarme —pidió a la mujer que miraba con ojos asustados.

22

Una nube de humo invadía el despacho. La visión del cenicero, a rebosar de colillas, le hizo sentirse un poco culpable, pero desechó ese pensamiento de inmediato, la ocasión lo merecía. Tenía entre sus manos el artículo ya maquetado y volvió a leerlo. Suspiró aliviado, decididamente había conjugado con maestría la denuncia de los hechos con la carga emotiva que imprimía el protagonista a sus cartas. Satisfecho con el resultado, se encendió un nuevo pitillo y aspiró con fruición; adoraba esa sensación rasposa que atravesaba su garganta para llenar después sus pulmones de un calor gustoso; exhaló el humo con calma, dejando que su mirada vagara tras la estela grisácea. La lluvia, que azotaba con furia los cristales, atrajo su atención; se levantó del sillón para acercarse hasta el ventanal. Distinguió, allí a lo lejos, la mole verdinegra del monte Ezkaba alzándose tenaz sobre Pamplona. De sus laderas parecía surgir un negro y convulso aullido que el viento arrastraba hasta las calles de la ciudad. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y, sin pretenderlo, la estampa de aquel joven desconocido, cubriendo con una capa

impermeable el miedo, la soledad y el infortunio que le embargaban, le pellizcó el alma.

—¿Qué habrías hecho tú? —se preguntó a sí mismo con la mirada perdida en la oscuridad que se extendía más allá del cristal.

Su teléfono móvil volvió a sonar en ese momento. Esta vez decidió atender la llamada.

—Dime, Mikel.

—Hola Patxi, estoy con Javier Lusarreta y quiere hablar contigo.

—Ya está hecho, tengo el artículo delante de mis narices y maquetado; no voy a echarme atrás.

—Habla con él —y sin darle tiempo a protestar pasó el móvil a Javier.

—Buenas noches, Mikel me ha comentado que quiere escribir algún artículo sobre los hechos que describe mi padre en su diario.

—Hola —respondió Patxi con brusquedad—. En primer lugar quiero que sepa que no seré yo quien juzgue a su padre; creo sinceramente que fue una víctima más de aquel golpe de estado... —dejó pasar unos segundos antes de confirmar sus intenciones—. Verá, me gustaría romper el silencio al que han estado encadenadas tantas víctimas de aquella guerra; tenemos los datos para actuar, para denunciar y, sobre todo, para reconfortar a algunas familias afectadas por la desaparición de sus allegados. Le pido encarecidamente que me deje intentarlo.

—No me opongo a ello —aclaró Javier con decisión —pero me gustaría que me permitiera leerlos antes de su publicación.

La respuesta de Javier confundió a Patxi, aunque supo reponerse de inmediato, no estaba dispuesto a dejar escapar una oportunidad como aquella.

—¿Tiene un correo electrónico al que pueda enviarle el artículo que he escrito?

—Sí, tome nota.

—Lea el artículo. Esperaré a que me dé el visto bueno antes de dar el «okey» a la impresión.

—De acuerdo, le llamo enseguida —colgó y, levantándose del sillón, pidió a Mikel que le acompañara.

Mikel le siguió fuera del salón.

La habitación era pequeña y tres de sus paredes estaban ocultas tras estanterías repletas de libros. Bajo la ventana y sobre una mesa de despacho, había un ordenador.

—Me gusta la informática —le confesó Javier mientras lo encendía—. Cuando compramos el primer ordenador, allá por el año 1991, supe que aquella máquina y yo nos íbamos a llevar bien. Tuve que hacer varios cursillos para conseguir entenderla, pero después logré sacarle el máximo rendimiento. Me facilitó muchísimo la gestión de la imprenta.

—¿Era vuestra?

—Desde el año 1975. La compramos a los herederos del señor Aniceto, único propietario y buen amigo de mi abuelo Saturnino. Al poco de finalizar la guerra, Aniceto echó una mano a mi abuela dándole a mi padre el puesto de trabajo que había pertenecido a otro carlista muerto en la contienda. La familia necesitaba dinero, así que Fernando no dudó en aprovechar la oportunidad que se le brindaba. «Si consigo entender el porqué de cada pieza, podré sacar el máximo rendimiento a las máquinas», esa era la justificación que, según contaba mi abuela, lo mantuvo en vela durante muchas noches dibujando rodillos, cilindros y planchas. En un tiempo récord le nombraron encargado del mantenimiento de toda la maquinaria del taller.

—Vamos, que empezó de cero y llegó hasta el diez —apuntó Mikel.

—Sí, pero te aseguro que no le regalaron nada.

Javier guardó silencio durante unos instantes.

—Ahora entiendo mejor aquella pasión por estar entre la maquinaria. Mantener la cabeza ocupada en aquel taller le ayudaba a no volver a su pasado. No hubo forma de que dejara de acudir a la imprenta ni tras haberse jubilado. Le gustaba levantarse temprano y desayunar; mientras yo me duchaba recogía su habitación, y, después, me acompañaba a la cafetería de la esquina. Yo tomaba mi café solo doble con una tostada de mantequilla y mermelada y él hojeaba el periódico. El silencio viajaba de sus ojos a los míos en una familiar e íntima calma. No necesitábamos palabras para comunicarnos.

Trae una silla del salón —le dijo antes de abrir el correo de Patxi.

El artículo aunaba con habilidad, realidad y pasión. La crudeza de los hechos aparecía amortiguada por un colchón de emociones que conseguía traspasar furtivamente la piel del lector, provocando que el corazón alterara su latido y que la mente, a su vez, ansiara saber más acerca de aquella terrible verdad.

—Es increíble —murmuró Javier cuando terminó de leerlo.

—Tiene un don, te lo aseguro. Es una lástima que apenas escriba ya; la dirección le ocupa prácticamente todo su tiempo. Hará un buen trabajo.

—Llámale, está esperando mi opinión.

Mikel marcó el número y le pasó el teléfono móvil a Javier.

—Creo que a mi padre también le hubiera gustado. Publíquelo. Por cierto, no le he comentado mi intención de iniciar los trámites para la exhumación del cuerpo de mi madre; espero que esto no interfiera en sus planes.

—No creo que sea un problema.

—Gracias, es un buen artículo. Nos mantendremos en contacto.

Cuando Javier cortó la llamada, Mikel lo contemplaba sin poder disimular su impaciencia.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Javier

—Me gustaría hacerte una propuesta.

Javier asintió mientras se levantaba.

—Seguro que puede esperar a que nos sentemos a cenar.

Mikel admiraba asombrado la destreza de Javier en el arte de agasajar al invitado. Supo que no podía alterar aquel ritual que embebía a Javier, y decidió esperar a la sobremesa para desvelar su proyecto.

—Me gustaría contar con tu ayuda —le propuso con una humeante taza de café en la mano.

Javier ladeó la cabeza sorprendido y halagado.

—Nada me complacería más. La verdad es que mis días son bastante aburridos —confesó con sinceridad.

—Quiero saber más —apuntó Mikel con decisión—. Necesito indagar sobre los motivos que propiciaron aquella fuga masiva. Quiénes la prepararon, hasta dónde llegó la represalia.

La mirada de Javier se encendió interesada.

—¿No te has preguntado qué pudo ocurrir en la borda? ¿Quiénes eran aquellos hombres a los que tu madre decidió ayudar aun sabiendo el tremendo riesgo que suponía?

La boca de Javier se contrajo con un leve gesto de indignación aclarando ligeramente el tono de sus labios.

—No creo que fuera consciente de ello, ¿en qué cabeza cabe imaginar que alimentar a un semejante pueda ocasionarte la muerte?

—Puede ser que la obligaran... eran dos, y ella sola y con un bebé, aunque según describe Fernando en su carta, no los acusó en ningún momento de haberla forzado.

Javier se levantó de la mesa en ese instante y, acercándose hasta el

armario, extrajo el diario de uno de sus cajones.

—Hay una cosa que tenía que comentarte, la he descubierto hoy al releer de nuevo el diario. Fernando da un dato de vital relevancia en la carta número catorce —Javier buscó el texto y le pasó el diario a Mikel para que lo leyera: «¿Qué escondes entre los brazos? —bramó acercándose amenazadoramente hacia ella—. Es mi hijo —le dijo mostrando el rostro del bebé —ha nacido esta noche».

—Naciste la madrugada del veintitrés de mayo.

—Puede ser que mi madre, temiendo que le quitaran el bebé, huyera de casa a dar a luz a la borda, con el propósito de escapar a otro lugar una vez se hubiera recuperado del parto.

Mikel se levantó de la silla.

—No sé, tal vez, puede que le ayudaran..., la distancia de Ultuzar a Pamplona son más o menos veintiocho kilómetros; vamos a imaginar que era noche cerrada y que las fuerzas les abandonaron, por lo que he podido leer sobre el fuerte pasaban un hambre atroz.

—Se habrían desorientado, la borda está apartada.

—No lo creo; más bien buscarían alejarse de la carretera, y si reparas en la ubicación de la borda, no iban para nada desencaminados; su rumbo era norte, Francia era su destino. Tal vez fueran pastores —comentó Mikel mientras caminaba nervioso de un lado al otro del salón —y ellos saben orientarse en el cielo nocturno —esa posibilidad había espabilado su olfato de sabueso y, en su cabeza, rehacía la escena: unos desconocidos irrumpen en la borda y sorprenden a una joven en el momento complicado del parto; está sola y probablemente angustiada...

—¡Tuvo que ser eso! —dijo Mikel alterado—. Te ayudaron a venir al mundo.

Los ojos de Javier vibraron presos de una emoción contenida.

—Puede ser —afirmó.

—Imagina hasta dónde puede llegar el agradecimiento de una mujer cuando recoge entre sus brazos, sano y salvo, el fruto de su entraña —propuso ilusionado Mikel—. ¡Claro que les permitió pasar la noche en la borda! Y presumo que también habría compartido con ellos la comida que tuviera.

—Nunca podremos saber qué ocurrió en realidad, todo serán conjeturas —dijo Javier.

—Madre e hijo estaban en perfectas condiciones cuando el capitán

Tejada, Ramiro y Fernando entraron en la borda, de hecho, Aurora se había encerrado, no salió a pedir ayuda a los soldados; estoy convencido de que vio cómo los mataron.

Javier recuperó el diario de la mesa y leyó en voz alta: «Luego ocurrió algo extraño. El capitán Tejada, de forma precipitada y distante, despidió al alguacil. Me chocó ese comportamiento repentino, pero cinco minutos más tarde lo entendí.

»La puerta de la borda estaba asegurada e impedía el acceso. El capitán Tejada y Ramiro comenzaron a golpearla de forma violenta. Me mantuve alejado de ellos hasta que la puerta se abrió y la vi. Entonces me acerqué. La joven no tendría más edad que yo y estaba aterrada.»

—Ahí está la respuesta, Javier —apuntó Mikel acercándose hasta él—. El capitán Tejada despide al alguacil de forma precipitada. Aurora se encierra en la borda y cuando decide abrir la puerta está aterrada.

—Mi madre vio como los mataban y tuvo la mala suerte de ser sorprendida.

—Eso es —corroboró Mikel visiblemente irritado —y no le dieron otra opción que la muerte.

—Es muy duro ser consciente de que podrían haberme enterrado vivo si no hubiera sido por la intervención de Fernando.

Javier pareció sumergirse en aquella sepultura y cuando sus ojos se quedaron vacíos y vidriosos, Mikel carraspeó.

—Mañana mismo vamos a presentar esa solicitud en el Gobierno de Navarra. Despertaremos los nombres de todos ellos —le aseguró con determinación.

—¿Desayunamos juntos? —le propuso Javier, regresando del infierno.

23

La noche y su silencio mantenían a Mikel en vela. La sábana le rozaba con impiedad la piel, aquella piel que seguía revelándose contra el abandono. En un acto impulsivo, se movió hasta el otro lado de la cama, ocupando, con cierto pudor, el espacio de Nerea. Se cubrió el rostro con el embozo de la sábana, como si de esa forma pudiera ocultarse de sí mismo, y entonces recuperó uno de sus recuerdos. La sintió sobre él, acariciándole la piel con calidez mientras su aliento ascendía con calma desde el pecho hasta la

pequeña oquedad en la que finaliza el cuello, allí hundió sus labios en un largo y sedoso beso. En ese momento, Mikel, en un susurro débil y cargado de nostalgia, pronunció su nombre.

Apenas había amanecido cuando llegó a la presa. La tormenta de la noche había aumentado el caudal del río y el agua ensombrecida elevaba su susurro invitando a contemplarla. Mikel detuvo su carrera, apoyado contra el pretil contempló el río. Le gustaba perder la mirada en los remolinos creados por el agua embravecida, gargantas aviesas dispuestas a engullir todo lo que encuentran a su paso. «Nunca os fiéis de la placidez de las aguas, bajo la superficie se hallan disimulados remolinos que se tragan a niños y mayores sin mayor aspaviento», solía advertirles su madre antes del ansiado baño de las tardes de verano, en las que el calor arreciaba. Aquella amenaza seguía latente en su cabeza cada vez que se introducía en las aguas de cualquier río. Siempre era un reto a superar el alejarse de la orilla.

Miró su reloj y, sin perder más tiempo, emprendió de nuevo la carrera. Apenas quedaba media hora para su cita con Javier.

Habían desayunado y caminaban hacia la avenida de Carlos III. Del Departamento de Presidencia, Justicia e Interior del Gobierno de Navarra dependía el Comité Técnico de Coordinación, órgano encargado de la coordinación y gestión del protocolo de exhumaciones, y ante el que debían presentar su solicitud.

Javier se detuvo repentinamente ante la puerta de entrada al Palacio de Navarra. La había presentado, a su espalda, acercándose sigilosamente, invisible para el resto, pero no para él. Sintió su frío y descompuesto aliento próximo a su cuello «¿Qué vas a hacer, infeliz?», le susurró sibilinamente mientras posaba una pesada mano sobre su hombro; «te estás equivocando», le advirtió con esa voz distante e inmutable que utilizaba siempre con él. Entonces, en un intento de ahuyentarla, se giró con brusquedad.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Mikel desconcertado.

—No puedo —articuló con infinita vergüenza.

—Tranquilo Javier, venimos a informarnos, no tenemos por qué contarle todo.

Los ojos de Javier lo escrutaron con una carga tan letal de desamparo que Mikel tuvo que aproximarse hasta él y abrazarlo.

—No tengas miedo, estamos juntos en esto. Haces lo correcto.

Javier introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo el diario.

—Prefiero que lo lleves tú —le dijo entregándoselo.

Mikel lo cogió y lo guardó en el bolsillo de su cazadora.

—No creo que por ahora necesitemos enseñarlo.

Un silencio de deslumbrante claridad les recibió al traspasar la puerta de la oficina de atención al público. Avanzaron hasta un pequeño mostrador.

—Buenos días —les saludó de inmediato un joven de rostro risueño.

—Buenos días —respondieron al unísono.

—Verá, queremos informarnos sobre los pasos a dar para la exhumación de los restos de un familiar —dijo Mikel mientras contemplaba a Javier por el rabillo del ojo. Tenía el rostro tan pálido que temió que se desplomara allí mismo.

El rostro del joven aplacó su gesto de jovialidad, como si de alguna forma empatizara con el dolor de su causa. Rebuscó debajo del mostrador y finalmente colocó sobre éste varios papeles.

—En primer lugar deben cumplimentar este impreso —les indicó señalando el documento—. Es la solicitud de autorización. Con ella recabamos información, con la mayor exactitud posible, de la identidad de la persona desaparecida, la historia del caso, el lugar del enterramiento, fechas y circunstancias; si tienen algún documento, fotografía, objetos o cualquier otro dato que pueda ayudar a la localización estaría bien que lo aportaran. Deberán elaborar un informe en el que hagan constar los datos generales de quien aporta la información, datos de la persona desaparecida, datos sobre el modo de desaparición de la persona y datos de los familiares vivos disponibles, con objeto de valorar la viabilidad de posibles análisis de ADN. Una vez firmado por el solicitante de la exhumación lo presentarán para la evaluación de su viabilidad.

—Si me disculpa —intervino Mikel interrumpiéndole —¿qué se hace cuando lo único que conoces es el lugar de la fosa?

El muchacho lo miró sorprendido.

—¿No me ha dicho que era un familiar?

—Sí, en una de las fosas hay un familiar, pero podemos indicar con cierta exactitud los lugares de tres fosas.

—Si es así, esperen un momento, voy a hablar con el responsable del servicio.

Se dirigió hacia uno de los despachos y, tras llamar a la puerta, entró en él. Cinco minutos más tarde Javier y Mikel eran conducidos a ese mismo despacho.

El funcionario responsable resultó un hombre comprometido. Escuchó

interesado la historia que Mikel, con la ayuda de un Javier más participativo, fue desvelando. Antes de dar por finalizada la reunión, y a instancias de Javier, Mikel mostró el diario de Fernando al funcionario, que lo hojeó con curiosidad.

—La carta número diecinueve es en la que se descubre la localización de las fosas —puntualizó Javier.

—¿Podrían darme una copia de este manuscrito?

Javier asintió.

—Si no les importa, podría fotocopiarlo ahora mismo —les aclaró.

—Hágalo —dijo Javier con premura, como si temiera poder arrepentirse.

Esperaron a que el mismo joven que les había atendido realizara el trabajo que su jefe le había solicitado. Cuando recuperaron el diario original, salieron de la oficina con una sensación reconfortante. Dado lo excepcional del caso, el funcionario se había comprometido a gestionar él mismo la tramitación del expediente. Javier aportó todos sus datos personales y aquellos que conocía de su madre. Ultuzar, la ubicación de la borda, así como la de la casa de su familia materna e incluso el nombre de Herminia, quedaron recogidos en la ficha que cumplimentó el responsable del servicio.

—Gracias, Mikel —dijo Javier cuando salieron a la calle—. Ahora solo queda esperar.

—Ni lo sueñes —respondió Mikel—. Tenemos mucho trabajo por delante. Voy a llamar a Fermín Ezkieta, ha escrito dos novelas sobre la fuga del fuerte, y si está dispuesto a recibirnos, te llamaré.

El rostro de Javier se llenó de vida y aproximándose hasta Mikel lo abrazó con sorprendente soltura.

24

El aparcamiento del periódico estaba casi vacío. Mikel bajó del coche y miró hacia la ventana del despacho de Patxi, como si hubiera intuido que su jefe se encontrara en aquel lugar. Desde la distancia pudo distinguir un gesto amable en su boca, que nunca definiría como una abierta sonrisa pero sí como una bandera blanca.

—Hola, Patxi —lo saludó algo azorado cuando entró en su despacho.

—Hola —respondió en un tono amistoso tras la columna de humo que

salía en ese momento de su boca—. Ya me conoces, Mikel, mis palabras del otro día pudieron sonar a amenaza —le dijo sin moverse de su asiento — olvídalas, en ningún momento...

—Está olvidado —le interrumpió Mikel, algo incómodo con la versión dócil de su jefe—. Afortunadamente todo está ya encaminado.

Patxi escuchaba interesado la explicación que Mikel estaba dando de lo acontecido en la oficina del Gobierno de Navarra. Recostado en su sillón, calibraba el prometedor futuro periodístico de aquellas exhumaciones. Esta vez *La Nueva Voz* iría por delante. Imaginó la portada, que dejaría boquiabiertos a los directores de los otros dos periódicos, e inconscientemente sus labios se alargaron dibujando algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué te hace gracia? —le dijo Mikel, algo receloso.

—Nada, nada, continúa.

—Bueno, pues como te decía, tenemos que esperar. Hay otro tema que quiero que sepas.

Patxi torció el gesto aunque mantuvo la postura relajada arrellenado en su asiento.

—Quiero hablar con Fermín Ezkieta, para saber más sobre aquella fuga. Tendrá información sobre los fugados desaparecidos.

Escuchar esa frase hizo que Patxi se acercara a la mesa interesado.

—Esa posibilidad me gusta —dijo eufórico.

Mikel pasó a detallar las opciones que habían barajado Javier y él mismo sobre lo ocurrido en la borda la noche del veintitrés de mayo, y cuál podría ser la causa de la muerte de Aurora.

Patxi abrió el cajón de su mesa y extrajo su vieja agenda. Con sumo cuidado abrió la tapa, de un color indefinido, entre negro y verde y sujeta al lomo con un trozo de cinta aislante que parecía haber perdido también su capacidad de agarre. Con la misma delicadeza fue pasando las hojas hasta encontrar lo que buscaba. Apuntó el teléfono de Fermín en un papel y se lo pasó a Mikel.

—Me gustaría tener una información detallada de todo lo que averigües; me vendrá bien a la hora de redactar mis artículos.

—Pierde cuidado, tendrás una crónica diaria. He pedido a Javier que me acompañe. Sé que le vendrá bien.

—Eso es cosa tuya —le contestó Patxi encogiéndose de hombros—. Tú tendrás que valorar si es una ayuda o un estorbo.

—Sin duda, será un buen colaborador —afirmó Mikel con contundencia.

Mikel prefirió hacer la llamada desde su despacho. Le ofrecía confidencialidad y tranquilidad. Se sentó ante la mesa y, antes de marcar el número en el teléfono, sacó del cajón un folio y un bolígrafo. Tenía la manía de pintorrear abstractos dibujos mientras hablaba.

—Dígame.

—Buenos días, soy Mikel Unzu, periodista de *La Nueva Voz*, me gustaría hablar con usted sobre la fuga del fuerte Ezkaba.

—Hola, Mikel —le saludó Fermín Ezkieta con familiaridad —¿Podrías adelantarme el motivo?

—Es una larga historia, pero le anticipo que no le va a defraudar.

—Tutéame, por favor —le pidió Fermín en ese momento.

—De acuerdo. Todo empezó con la apropiación indebida por mi parte del diario de un antiguo requeté. En su historia relata un episodio vivido en la persecución de los presos fugados del fuerte. Un cruce de destinos que trastocó su vida.

—Parece interesante... Esta semana me resulta imposible, pero el próximo sábado tengo el día libre.

—Perfecto. ¿Se te ocurre algún lugar tranquilo en el que podamos quedar?

—¿Conoces la tetería La Luna, en la calle Curia?

—Sí. ¿A las diez? ¿Es buena hora?

—Sí, nos vemos allí.

Colgó, y antes de llamar a Javier para confirmarle la cita, volvió al despacho de Patxi.

—Ya he quedado con él. El próximo sábado a las diez de la mañana. ¿Me prestas su libro sobre los fugados del fuerte? Me gustaría leerlo antes de la cita.

Patxi se acercó a las estanterías y recuperó el libro.

—Te aseguro que no te vas a aburrir —le dijo entregandoselo—. Navarra tiene una deuda con este hombre —aseguró tomando asiento de nuevo—. Su investigación saca a la luz verdades que se silenciaron durante décadas. Desmonta, con pruebas irrefutables, la que ha sido, hasta no hace mucho, la versión oficial de los acontecimientos.

—Hoy mismo me pondré a ello —indicó Mikel examinando la portada. El contraste de luz y oscuridad de la fotografía, le impactó profundamente, trasladándolo, por unos instantes, al horror vivido por muchos hombres en

aquel sórdido habitáculo.

25

Javier le esperaba al inicio de la calle Estafeta. Pudo distinguirlo a distancia ya que apenas andaba gente a esa hora. Faltaba más de media hora para la cita con Fermín Ezkieta pero Javier había insistido en quedar antes. Según le adelantó por teléfono, tenía información que compartir con él.

Se estrecharon la mano con firmeza y afecto.

—Me tienes totalmente intrigado —dijo Mikel estudiando con detenimiento el rostro de Javier.

—Vayamos a la tetería; necesito enseñarte algo.

El local acababa de abrir sus puertas y Mikel y Javier eran sus primeros clientes. Detenidos ante el pequeño mostrador de la entrada inspiraron profundamente, disfrutando en aquel oasis de placer donde al agradable olor a bizcocho se mezclaba el de naranja confitada, chocolate caliente, café y aromáticos té. Pidieron sus consumiciones a la persona que estaba tras la pequeña barra, y Mikel se encaminó hacia el fondo del local. La estancia se abría bajo la pequeña cúpula de lo que fue una capilla privada dentro de una casa señorial. Decorada con tapices, cojines y tarritos con velas, creaba un ambiente oriental y de relajada calma. Tomaron asiento en una mesa cercana a la puerta de salida a un pequeño patio.

—Tú dirás.

Javier colocó sobre la mesa la cartera que traía bajo el brazo. La mirada de Mikel quedó prendida en aquel objeto cuya piel, algo ajada, todavía conservaba un ligero olor a cuero. Inmediatamente, su mente viajó en el tiempo y vio a su padre, regresando del trabajo, con una cartera muy parecida bajo su brazo. Lo añoró intensamente. Le hubiera gustado poder hablar con él sobre aquella fuga... El ligero chasquido de su cierre metálico, manipulado por Javier en ese momento, le hizo regresar a la tetería.

—Esta semana he trabajado duro. He buscado en internet documentación sobre la fuga, testimonios, artículos periodísticos... — le dijo mientras extraía de su interior varias hojas— y éste me llamó poderosamente la atención.

El artículo estaba fechado el veintidós de mayo de dos mil ocho.

Testimonio de Jacinto Flores:

Estábamos muy débiles por el hambre. Muchos iban sin zapatos. Corríamos sin saber muy bien hacia dónde nos dirigíamos; lo importante era alejarse de aquel infierno con nombre de santo. Los grupos se iban dividiendo y dividiendo, el nuestro lo encabezaba Joaquín, seguido de cerca por su sobrino, Tomás, ambos de un pueblo cercano al mío y buenos amigos. Comprendí enseguida que no iba a llegar muy lejos, Joaquín marcaba un ritmo tan endemoniado a la carrera que hasta a Tomás, de dieciocho años, le costaba seguirle. En pocos minutos, de los seis componentes de nuestro grupo tan solo quedábamos cuatro; a los otros los dejamos abandonados a su suerte cuando cayeron exhaustos. Primitivo García iba a la zaga de Tomás, pero volvía continuamente la cabeza para asegurarse de que yo le seguía. Nos habíamos hecho buenos amigos. Era madrileño, y lo trajeron al fuerte en castigo por organizar una protesta en la prisión del Porlier, donde también los mal alimentaban. Llegó al fuerte el mismo día que yo. Nos mantuvieron durante horas en una mazmorra oscura y maloliente, prácticamente desnudos. Y es en esa espera tan amarga, tan solitaria, tan desesperada, cuando se entretajan hilos de complicidad y camaradería entre los presos. El frío que hacía en aquella celda tornó el tono de mi piel a un doloroso amarotado. Primitivo se me acercó, «No vayas a pensar mal, camarada, pero si no te hago unas friegas temo que vas a desplomarte como un pajarillo», me dijo. Asentí. Su corpulencia, además de devolverme parte del calor perdido, se ganó un amigo para toda la vida.

Llevábamos una hora corriendo cuando Primitivo cayó rendido, y me detuve a su lado. Recuerdo su sonrisa agradecida, «No voy a seguir, hasta aquí he llegado. Corre tras ellos; Joaquín conoce bien el monte y sabrá guiaros». Intenté levantarlo del suelo pero no me dejó. Entonces me senté junto a él.

Cayeron sobre nosotros como bestias. En un primer momento nos abrazamos, intentando protegernos de los golpes; luego llegó la inconsciencia y, después, la celda de castigo. Tuvimos el cuerpo dolorido durante muchos días, pero estábamos vivos, a muchos de nuestros compañeros los mataron como a conejos.

Mikel elevó la cabeza; todavía sobrecogido, escrutó el rostro de Javier intentando adivinar la cantidad de testimonios que había tenido que leer para dar concretamente con aquel.

—¿Cuántas horas has dedicado a esto?

—No tengo nada más interesante que hacer, te lo aseguro.

—Podrían encajar, dos hombres solos... por lo que dice Jacinto el llamado Joaquín conocía el monte.

La figura alargada que se asomó a la entrada de la estancia llamó la atención de Mikel. Fermín Ezkieta les contemplaba sonriente. Levantándose, se aproximó hasta él.

—Hola, Fermín, soy Mikel —le dijo extendiendo la mano.

—Me lo he imaginado —y alargó la suya para estrechar la que Mikel le ofrecía.

Javier se levantó y se acercó hasta ellos. Una vez hechas las presentaciones, los tres tomaron asiento.

—Queremos agradecerte tu deferencia —intervino Mikel.

—No tenéis nada que agradecer, soy yo el que se siente halagado y además, no voy a mentiros, totalmente intrigado.

La mirada serena y con cierto aire de tristeza de Fermín, consiguió ablandar la inquietud que su llegada había provocado en el intranquilo ánimo de Javier.

—Mi padre escribió un diario antes de poner fin a su vida —comenzó a hablar Javier sin perder ese punto de moderación que eran los ojos de Fermín—. Voy a confesarte que los hechos que relata desequilibraron dolorosamente mi vida —suspiró con fuerza al sentir que una ligera tiniebla se expandía por su alma—. Veinte cartas en las que desvela una verdad brutal y perversa. He fotocopiado todas ellas —le confirmó mientras sacaba las hojas del interior de la cartera—. Me gustaría que las leyeras.

Fermín se hizo con las hojas y ojeó con interés las primeras frases manuscritas con aquella caligrafía temblona.

—Tengo que darte mi más ferviente enhorabuena, es un trabajo encomiable el que has realizado —intervino Mikel en ese momento—. Una investigación que ha conseguido desmontar todas las mentiras tejidas sobre aquella fuga.

—El primer sorprendido he sido yo mismo —puntualizó Fermín. Mi curiosidad por saber qué ocurrió en la mayor evasión de presos de Europa, se vio superada por la realidad maquiavélica que envuelve aquel episodio. El fin justifica los medios... todo lo que aconteció en aquellos días que siguieron a la fuga fue silenciado, y sus artífices felicitados. No se ha hecho justicia, y el paso del tiempo dificulta la investigación. Casi no quedan testigos que puedan relatar con cierta exactitud lo que vivieron.

—Tenemos la ubicación de tres fosas —dejó caer Mikel.

Los ojos de Fermín se abrieron sorprendidos.

Javier buscó en las copias que le había entregado la carta en la que Fernando describía la localización de las fosas. Fermín leyó el texto.

—Deberíais acudir al Gobierno de Navarra —les dijo cuando hubo finalizado la lectura de la carta número diecinueve.

—Ya lo hemos hecho; ahora debemos esperar a que se apruebe la exhumación.

—Bien, decidme entonces en qué puedo ayudaros.

—Verás, Fernando Lusarreta, el autor del diario —explicó Mikel — confiesa ser el autor del asesinato de varios presos. Concretamente, dos de ellos fueron sorprendidos cuando huían de una borda cercana al pueblo de

Ultuzar. En esa borda se ocultaba una mujer con un bebé recién nacido, que también fue asesinada, su hijo fue salvado in extremis por el propio Fernando —Mikel señaló a Javier.

—Por favor, no juzgues a Fernando sin leer sus cartas —le pidió Javier en ese momento—. Te aseguro que era un buen hombre.

—Javier y yo creemos que los presos ayudaron a Aurora, la madre de Javier, a dar a luz, y que ella, en agradecimiento les permitió pasar la noche en la borda y los alimentó. Si el Gobierno se hace cargo de las exhumaciones, tal vez podríamos llegar a saber quiénes eran aquellos dos hombres.

Fermín los contemplaba pensativo, su cabeza parecía estar lejos de allí, en otro tiempo y en otro lugar.

—Hay un banco de ADN de familiares. Esa sería la primera de las opciones.

Javier adelantó hasta sus manos el testimonio de Jacinto Flores.

—Puede que fueran ellos —le dijo esperanzado.

Fermín leyó con avidez el artículo que Javier le había facilitado.

—Sería mucha coincidencia, ¿no?

—Llevo una semana comprobando testimonios de familiares, de periodistas, de los propios presos y te aseguro que éstos cumplen los requisitos.

—Javier se refiere a que creemos que no iban desencaminados, la ubicación de la borda era paso obligado en su huida hacia Francia. Como afirma Jacinto Flores, el tal Joaquín conocía el monte.

Fermín tomó de nuevo la copia del artículo periodístico. La crónica pertenecía al *Diario de León* y estaba fechada el 22 de mayo de 2008.

—Se podría intentar localizar a la periodista que entrevistó a Jacinto Flores, y si ésta quisiera darnos información sobre el preso, se podría organizar una visita y hablar con él sobre sus compañeros, ¡eso contando con que todavía viva!

—Yo me encargo —dijo Mikel—. Entre colegas resultará más fácil buscar colaboración.

—¿Qué queráis saber concretamente sobre aquella fuga? —les preguntó Fermín antes de apurar el café que le quedaba en la taza.

—Háblanos de esas pequeñas cosas que uno va descubriendo en la investigación que lleva a cabo y que sin un motivo justificado te dejan una profunda huella.

El semblante de Fermín pareció tensarse y algo desconcertado mantuvo

la mirada de Mikel.

—No me esperaba algo así —afirmó con sinceridad —pero es cierto que hay detalles, comentarios, lugares, fotografías, que van más allá de la pura labor de la investigación y se cuelan en tu interior y, como bien dices, dejan su huella.

Casi dos horas permanecieron Javier y Mikel escuchando el duro, pero a su vez conmovedor, relato de la investigación llevada a cabo por Fermín sobre aquel capítulo de la historia de Navarra cuidadosa y perversamente silenciado durante décadas.

Era casi mediodía cuando se despidieron de Fermín en la puerta de la tetería. Un murmullo relajado se propagaba desde la calle Mercaderes hasta el inicio de la calle Curia, era la hora del aperitivo y la templada mañana de mayo invitaba a *vermutear* en el exterior de los bares.

—¿Te apetece tomar algo? —le propuso a Javier.

—No, gracias.

Mikel se encogió de hombros ante la negativa contundente de su nuevo amigo, aunque en cierto modo se sintió aliviado, porque la información bullía en su cabeza y necesitaba estar solo para organizarla y realizar su propia tesis.

Se despidieron con el propósito de mantenerse en contacto.

26

Javier se ferraba con fuerza el volante de su coche. Había pasado el cruce que señalizaba a Ostiz cuando volvió a restregarse el rostro con el pañuelo. De nuevo el sudor volvía a correr por su frente para caer sobre sus párpados en forma de incómodas gotas. Respiró profundamente e intentó convencerse de que hacía lo correcto.

Aquella mañana se había despertado con los primeros rayos de luz y, asombrosamente, animado. Después de la ducha se preparó para ir a desayunar a la cafetería y leer allí la prensa, aprovechando la tranquilidad que habitualmente se respira en el local las mañanas de domingo. Pero no consiguió pasar de los titulares de la primera página, pues la idea de ir a visitar a Herminia se coló en su mente con el primer sorbo de café. Inicialmente la rechazó, pero siguió rondando durante unos minutos en su cabeza. Las campanas de la catedral, con su alegre repique, obraron el

milagro de infundirle un ánimo que los kilómetros de asfalto iban debilitando.

Al contrario que en Pamplona, la mañana de domingo dotaba de vida al pueblo. Algunos chiquillos jugaban en la plaza, mientras la gente charlaba animadamente, agrupada en distintos corrillos, a las puertas de la iglesia. Atravesó la plaza con la mirada perdida en el suelo y con una dosis de inseguridad que amenazaba con derretir su voluntad antes de llegar al portón de casa Iturbe.

—¡Javier! —escuchó a su espalda cuando caminaba por la calle que llevaba a la casa de sus antepasados.

Se volvió y la sonrisa franca de Herminia le hizo sentirse culpable.

—¡Qué ilusión verte! Vengo de coger el pan de casa de Flor —le explicó señalando el pan cabezón que traía entre las manos.

—¿Te quedarás a comer, no? —le preguntó adelantándose para empujar la puerta de la casa—. Nunca la cierro durante el día, así que si vienes otra vez y no estoy, ya sabes...

Subieron a la primera planta de la casa. Javier siguió a Herminia a la cocina. Examinó detenidamente aquel espacio; sobre la pila de granito, sujeto en la pared, había un escurrerplatos metálico que lo trasladó de inmediato a la cocina de su abuela. Y entonces, una ola gigante comenzó a tirar de él arrastrándolo a un fondo marino de aguas cálidas y confortables. Y allí estaba ella, removiéndolo con ahínco el contenido de una de las múltiples cazuelas que ocupaban la chapa de la cocina de leña. El dorado de los tiradores de sus puertas desprendía un brillo potente, casi cegador, irresistiblemente tentador.

—¿Te gusta el cordero en chilindrón?

Javier volvió en sí sobresaltado. Estaba tan pegado a Herminia que casi podía sujetar el cucharón de madera con el que removía la carne. Un oloroso vaho emanaba de la cazuela expandiendo su enjundia por la cocina.

—Me gusta todo, además, a juzgar por el aroma que desprende, estará buenísimo.

Javier miró su reloj de pulsera.

—Es la una y media, tal vez sea un poco pronto todavía...

—Sí, mejor esperamos a las dos. Vete a la sala, que ahora mismo voy —le pidió antes de adentrarse en lo que parecía una despensa.

Parado ante la puerta de la sala, buscó el retrato de su madre. Recorrió poco a poco la distancia que lo separaba de ella y cuando la tuvo a su alcance acercó aquel rostro contra su pecho. Cerró los ojos y dejó de respirar para

poder escuchar el latido de su propio corazón, inmerso en aquella azulada penumbra imaginó que su madre podía oírlo también.

—¿Qué haces, hijo?

La voz de Herminia lo pilló por sorpresa y aunque volvió a colocar el portarretratos sobre el mueble, evidentemente, era tarde. Los ojos de la mujer lo contemplaban exigiendo una explicación.

—Tengo algo que contarte, Herminia. Es mejor que tomemos asiento.

Una sombra de preocupación cubrió el rostro de la anciana, que, con pasos inseguros, se encaminó hacia uno de los sofás.

Javier se sentó frente a ella. Le costó mantener la mirada de Herminia, cubierta por un titilante brillo, y sintió cómo el miedo trepaba presuroso por su esófago. Pero en ese momento, la luz de otros ojos apostados tras Herminia, en el aparador del fondo, deshicieron el nudo de su garganta.

—No soy hijo del hermano de Engracia. Soy hijo de Aurora.

—¡Válgame Dios! —gritó Herminia santiguándose.

—Es una historia muy triste la que he venido a contarte, y tienes que creerme. Ni yo sabía quién era hasta hace unos pocos días.

Herminia se levantó del sillón y presa de un gran nerviosismo se acercó hasta el balcón.

—Cuéntame —exigió dándole la espalda.

Javier fue desgranando poco a poco todo lo acontecido desde la noche en la que Fernando Lusarreta se quitó la vida. La suerte de Aurora hizo que a Herminia le flaquearan las piernas y tuviera que sujetarse en la mesa que quedaba cercana al balcón para no caer al suelo. Javier se acercó apresuradamente hasta ella y, asiéndole las manos, intentó consolar a la mujer, sumida en un gran sollozo.

—¡Qué horror! —pudo articular después de un buen rato—. ¿Pero qué tipo de persona puede cometer un crimen tan atroz? —murmuraba sobrecogida mientras balanceaba su tronco en un repetitivo y doloroso trance.

Javier la contemplaba en un silencio cómplice e igualmente doloroso. No sabía cómo consolar a aquella mujer a la que le unían lazos de sangre. Confirmar esa certeza despertó en él una súbita necesidad de abrazarla.

—Eres la única familia que conozco —le dijo, acercándose al sillón donde estaba sentada.

Herminia extendió los brazos mientras dejaba escapar un profundo sollozo de su boca.

—Ven aquí, hijo mío —le dijo apretándolo contra su pecho—. No sabes

la cantidad de veces que he soñado con este reencuentro; durante muchos años mantuve viva la esperanza de que Aurora volviera con su hijo pero, ¿cómo iba a volver?, pobrecita mía...

—He solicitado al Gobierno de Navarra autorización para la exhumación de su cuerpo. Quiero que abran esa fosa y sacar sus huesos, enterrarla, despertar su nombre...

El rostro de Herminia fue recuperando su habitual semblante lentamente; suspiró varias veces y, levantándose, se acercó hasta el aparador donde estaba el retrato de Aurora.

—Si no te parece mal podríamos enterrarla junto a Severino y Engracia, tus abuelos —murmuró algo cohibida y con el portarretratos en la mano—. Creo sinceramente que no hubieran sido capaces de hacer lo que pensaban. Adoraban a Aurora. ¿Cómo no iban a querer a su hijo?

—Eso ahora ya no importa. Bastante sufrieron en su vida. Creo que ese será un buen lugar para enterrarla.

—Hay un panteón propiedad de los Iturbe en el cementerio. Es decir, tuyo.

—No quiero nada, Herminia.

El rostro de la anciana se cubrió de lágrimas y, acercándose a Javier, lo abrazó conmovida.

—No tengo a dónde ir.

—No tienes que ir a ninguna parte. Esta es tu casa. Pero voy a pedirte que me ayudes en todo lo que sea necesario para sacar a mi madre de esa fosa. Puede que nos pidan documentos, fotografías, y no sé cuántas cosas más. Tu colaboración será indispensable.

Herminia se soltó de su abrazo y aproximándose de nuevo al aparador abrió una de sus puertas. Varios álbumes de fotografías estaban apilados ocupando todo el espacio.

—Ayúdame —le pidió, entregándole varios de ellos—. Vas a conocer a tu verdadera familia.

27

Mikel había vuelto de su acostumbrada carrera mañanera. Sentía el cuerpo relajado y vital, una conjunción perfecta para seguir con el trabajo que había iniciado la tarde del sábado. Tenía intención de pasar el domingo delante del

ordenador. Internet era una fuente inagotable de información y, aunque se había hecho con una base importante de datos y testimonios sobre lo ocurrido en la fuga del fuerte, seguía buscando. «¿Qué buscas, Mikel?», la pregunta no le pilló por sorpresa, de hecho, llevaba días rehuyéndola. Se había instalado en su subconsciente y parecía dispuesta a no desaparecer hasta no obtener una respuesta a la duda que él mismo se había generado. Desde el pasillo contempló la puerta de la habitación prohibida. No había vuelto a entrar en ella desde que Nerea se marchó. Caminó vacilante hasta allí y antes de bajar la manilla cerró los ojos. Al abrir la puerta percibió un agradable olor a cera. El rostro sonriente de Teresa se dibujó en su mente y una vez más agradeció la bendición que suponía tenerla como empleada. Sintió un ligero temblor en sus piernas cuando avanzó hasta el mural en el que Nerea solía perderse y, por primera vez, tuvo un ligero atisbo de lo que podía sentir su mujer al contemplar aquellos rostros. Se aproximó hasta quedar a poca distancia de sus ojos, agrandados por el miedo y el dolor; criaturas de apenas tres o cuatro años que guardaban en la oscuridad de sus pupilas la huella indisoluble de su lucha por la supervivencia. Entonces comprendió que en aquellas miradas podías percibir también un pequeño brillo de esperanza que emanaba del fondo de sus ojos. Alargó su mano y rozó las fotografías con las yemas de sus dedos, que ya no temblaban, sino que parecían revivir sobre los rostros de aquellos niños y niñas. Invaso por una gran dosis de humanidad, dejó de temer que aquella pregunta volviera a importunarlo. Había encontrado la respuesta. Sí, dentro de su ser había sensibilidad, compasión, bondad hacia sus semejantes, sentimientos que en algún momento de su vida había extraviado, pero que ahora regresaban con fuerza y determinación. Suspiró y de su boca brotó un quejido tan recóndito y potente que logró sobresaltarlo.

Se había dado una ducha y se disponía a seguir con su trabajo cuando decidió probar suerte. Buscó entre sus contactos el de la periodista. La tarde anterior había hablado con Patxi; además de relatarle el encuentro con Fermín, el artículo periodístico hallado por Javier ocupó gran parte de su conversación y, al igual que a ellos, a su jefe también le pareció que podía ser un hilo del que tirar. Él mismo se puso en contacto con varios amigos periodistas y, casualmente, uno de ellos conocía bien al actual director del *Diario de León*. Finalmente, sus indagaciones dieron con el teléfono de la periodista encargada de escribir aquel artículo, Marta López.

—Dígame —respondió una voz cantarina.

—Hola —contestó Mikel un tanto azorado.

—¿Quién es?

—Perdona, soy Mikel Unzu, compañero de profesión. Trabajo para el periódico *La Nueva Voz* de Pamplona.

—¡Ah! encantada de saludarte —respondió algo cortada.

—Necesitaría tu ayuda. Es sobre un artículo que escribiste en mayo de 2008, una entrevista a Jacinto Flores, superviviente de la fuga de un presidio de Navarra.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, es difícil olvidar testimonios como aquel.

—¿No sabrás si vive todavía?

—No, pero podría buscar entre mis papeles el teléfono de su hija. Vivía con ella, aunque pensándolo bien, será difícil que esté vivo, en 2008 tenía noventa y cuatro años. Bueno, nada se pierde por intentarlo; puede que sea un centenario que todavía conserve la cabeza lúcida.

—¿Sabrías decirme el nombre de su pueblo?

—Crémenes —respondió de inmediato—. Es una zona preciosa de las montañas de Riaño. ¿Estás escribiendo sobre aquella fuga?

—Sí, estoy ayudando a un amigo a recuperar a un familiar víctima de aquella barbarie.

—Dame media hora.

—Perfecto. Gracias, Marta.

Tras colgar a Marta, marcó el número de Patxi.

—Creo que mañana salgo de viaje para León —fue el saludo con el que respondió a su jefe.

—¿Ha habido suerte?

—Sí, tiene el teléfono de su hija. Y ya sabemos el pueblo: Crémenes.

—Es un lugar precioso —afirmó Patxi de inmediato—. Pertenece al parque de Picos de Europa, montaña oriental leonesa.

—No vamos desencaminados, hombres de monte, algo me dice que sí, que son ellos; no puedo justificarlo pero es como si un fuerte presentimiento me empujara en esa dirección.

—Vete, y ya sabes...

—¡Que sí, pesado!, te mantendré informado.

Mientras se preparaba un nuevo café decidió llamar a Javier para adelantarle los nuevos acontecimientos. Lo intentó varias veces sin conseguir hablar con él en ninguna de ellas.

No habían pasado más de quince minutos cuando Marta López le llamó.

—Hola Mikel; ya lo he encontrado, toma nota.

Mikel apuntó el número de teléfono.

—Voy a llamarla ahora mismo, si está dispuesta a recibirme mañana me presentaré allí.

—Seguro que sí, y más si conoce el motivo de tu interés. Aquella fuga marcó la vida de su padre y en consecuencia la suya propia.

—Agradezco mucho tu ayuda.

—Te deseo mucha suerte, ¡ojalá puedas encontrar lo que buscas!

—Te llamaré para contarte cómo ha ido todo.

—Eso sería maravilloso. Gracias Mikel.

Un sentimiento de agradecimiento se propagó por su cuerpo cuando hubo finalizado la llamada. Era gratificante encontrar compañeros tan dispuestos a colaborar. La rivalidad por conseguir primicias había desvirtuado la camaradería en su profesión.

Marcó el número facilitado por Marta. Le hubiera gustado no estar tan excitado, aunque sabía que era inevitable. Siempre le ocurría lo mismo cuando la luz comenzaba a ganar terreno a la alargada sombra que cubre cualquier hecho susceptible de ser investigado: su cuerpo se avivaba como el fuego de una hoguera.

—Dígame —contestó una voz lejana.

—Buenos días, es casa de Jacinto Flores ¿verdad?

—Aquí es, sí.

—Hola, soy Mikel Unzu, periodista, de Pamplona. Estoy investigando la desaparición de dos presos fugados del fuerte el mismo día que su padre. Me gustaría hablar con él.

—Murió —confirmó inmediatamente —hace ya cinco años.

—Lo siento. Tal vez usted podría ayudarme. Leí un artículo sobre una entrevista que realizaron a su padre en la que hablaba de dos compañeros que huían en su grupo, Joaquín y Tomás, vecinos de un pueblo cercano, por lo que contaba.

—Déjeme que piense...

Mikel intentaba contener el latido acelerado con el que su corazón le golpeaba el pecho. Cerró los ojos y suplicó para que aquella mujer guardara en su memoria los testimonios que su padre pudiera haberle relatado sobre aquel episodio de su vida.

—Me dice Joaquín y Tomás, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podría llamarme más tarde? Tengo una caja donde guardo las cartas que nos escribió cuando estuvo encarcelado. Creo recordar que hablaba de ellos, y si no me equivoco eran de Posada de Valdeón, un pueblo cercano.

—Me gustaría ir a verla, si no tiene inconveniente.

—¿Va a venir usted desde Pamplona? —preguntó preocupada—. Espere, no vaya a ser que esté equivocada. Llámeme en una hora y podré decirle algo con más seguridad.

—Muy bien, le llamaré. Muchas gracias.

—No hay de qué; a mi padre le hubiera encantado poder ayudarle. Es lo que nos queda a los vencidos, cooperar con los que están en nuestra misma situación.

Sabía que no debía tomar más café y, sin embargo, ahí estaba de nuevo colocando en la cafetera otra cápsula. Abrió el armario y sacando la lata metálica se hizo con una de las rosquillas de Teresa. Adoraba aquellos dulces que la mujer elaboraba siguiendo la receta transmitida por las mujeres de su familia. Hacía tiempo que había dejado de insistirle para que no la rellenara. En eso, como en otras muchas cosas, Teresa no le hacía caso.

Esperó algo más de una hora para volver a llamar a casa de la familia Flores.

—Llevo un rato esperándole —le dijo la mujer en cuanto descolgó el teléfono—. He encontrado una de sus primeras cartas. Según relata, al poco de entrar en el presidio conoció a dos paisanos. Espere que se la voy a leer:

Hoy en el patio se me ha acercado un paisano, Joaquín, un hombre algo mayor que yo. ¡Fíjate qué sorpresa, Mariana! Es de tu pueblo, de Posada de Valdeón. Me he abrazado a él y, como a un niño, se me han humedecido los ojos. Ha sido como si volviera a estar en nuestra tierra, hasta he recuperado el aroma que desprenden nuestras montañas, y lo mejor de todo, me he sentido cerca de ti. Resulta que está preso con el hijo de una hermana, Tomás, un chaval de apenas dieciocho años.

Todo va bien por aquí, la comida está bastante buena y aunque hace frío, lo llevo bien, a eso estamos acostumbrados, es lo que tiene haber nacido a los pies de los picos.

El resto de la carta no tiene mayor importancia para usted, pero tenía razón, mi padre conocía a Joaquín y Tomás. Posada es un pueblo muy bonito, merece la pena visitarlo. Si se anima a venir, avíseme.

—Le agradezco muchísimo que se haya molestado. Mañana la llamaré cuando esté allí.

—Sí, sí, hasta mañana.

Encendió el ordenador y, desde la comodidad de su sillón, viajó a

Posada de Valdeón. Entre las formidables montañas que conforman el Macizo Central de los Picos de Europa y rodeado por extensas praderas, se ubicaba el pequeño pueblo. El singular campanario de su iglesia y la colección de hórreos distribuidos entre sus casonas de piedra llamaron poderosamente la atención de Mikel. Desde allí se partía hacia la garganta del río Cares; la espectacular belleza del lugar le hizo recordar a Joaquín y Tomás. No tuvo ninguna duda de que si habían vivido entre aquellas montañas, atravesar los Pirineos no habría sido un gran problema para ellos.

Se hizo con la ruta que debía tomar para llegar a Crémenes y después llamó a Patxi.

28

Javier permanecía en silencio. Herminia ponía orden en aquel puzle de rostros, lugares y acontecimientos, desparramados por la mesa del salón. Mientras la escuchaba, con aparente calma, una auténtica tormenta sacudía con fuerza su corazón. Los sentimientos de cariño y amor forjados a lo largo de toda su vida pugnaban por mantener su lugar frente a los llegados de imprevisto.

—Mira, Engracia y Severino el día de su boda —le indicó Herminia acercándole otra de las fotografías.

Javier los contempló con detenimiento y, de nuevo, aquella pareja de desconocidos no pudieron atravesar la fría capa de escarcha que le cubría el corazón. Elevó los ojos hacia Herminia, distraída en buscar más recuerdos entre las fotografías, y, apoyando con delicadeza su mano sobre la de ella, le dijo:

—Ya vale, Herminia. Es suficiente por hoy. Te agradezco que me permitas llevarme estas fotografías —y apilando las instantáneas de Aurora hizo ademán de guardarlas en el bolsillo de su chaqueta.

—Espera, que tengo sobres en uno de esos cajones —le dijo, levantándose para acercarse al armario.

Javier la siguió con la mirada y una nube de afecto le empañó la piel; respiró aliviado al sentirse repuesto de esa indiferencia que lo había asaltado unos instantes antes. Se reprochó esa ingenuidad de niño en su alma de viejo; en su corazón, diseñado para escasos inquilinos, apenas quedaban huecos ya. De aquel manto de recuerdos en blanco y negro que cubría la mesa del salón,

se llevaba lo único que realmente deseaba: Aurora de bebé, de niña, de adolescente, de mujer; fotogramas silenciosos a los que él daría voz, vida y amor. Aquella visita a Herminia le había confirmado una triste realidad, no necesitaba abuelos, ni tíos, ni tan siquiera un padre; realmente solo añoraba aquello que no había tenido.

Comieron en la cocina. Y aunque Herminia intentó por todos los medios que aquel encuentro resultara agradable, su mirada, en otra hora límpida y diáfana, parecía sumida en una tormenta de enfurecido oleaje. La recién descubierta verdad la mantenía confusa y ausente.

—Ya me perdonarás, Javier, no tengo el ánimo para nada —le dijo tras el último de los largos silencios que les habían acompañado durante la comida.

—No te disculpes, por favor, no es culpa tuya, no estaba preparado...

Herminia sonrió levemente.

—Pues estamos igual.

—Nunca he sido demasiado expresivo —se disculpó Javier—. Más bien introvertido; igual esperabas una reacción más afectiva por mi parte...

Herminia sacó un pañuelo del bolsillo de su delantal y se secó las lágrimas que resbalaban por su rostro.

—No digas eso; en realidad no esperaba nada, es que no me puedo quitar a Aurora de la cabeza. ¡Qué sufrimiento tuvo que suponerle dejarte en brazos de un desconocido! Y además, tengo un pesar muy grande —le confesó colocando sus manos sobre el pecho.

Javier la observó conmovido y, aunque no dijo nada, relajó su gesto con el fin de conseguir que Herminia se liberara de esa congoja que le oprimía el corazón.

—Me siento como una ladrona. He vivido una vida que no me correspondía y ahora no sé si voy a ser capaz de seguir aquí. Mientras veía esas fotografías y todos los recuerdos que las acompañan, he sentido que esta casa es tu hogar por derecho, no el mío.

—Herminia, no voy a volver a repetírtelo, esta es tu casa. No solo eres la heredera legal; además has dedicado tu vida entera a cuidar de ella y de sus dueños. Cómo te he dicho, solo quiero que me ayudes a recuperar a mi madre.

La tempestad pareció amainar en la mirada de Herminia, su cuerpo de anciana se recogió sobre sí mismo con muestras de un infinito agotamiento.

—Creo que es hora de irme —indicó Javier acercándose a su silla.

—¿Volverás?

—Por supuesto, tía —y bajando la cabeza la besó en el rostro.

29

El amanecer perfilaba la silueta de la sierra de Aralar. Un suave viento se deslizaba desde las cumbres hasta el valle; el cielo de la Sakana clareaba, limpio de nubes, a ese lado de la autovía. Mikel desvió la mirada hacia el otro lado de la carretera. La cima rocosa de San Donato despuntaba sobre el mar de niebla que ascendía desde los verdes prados hacia el arbolado de sus laderas. Admirado por la belleza que imprimía la primavera al corredor del Arakil, redujo la velocidad para poder disfrutar con calma de aquellas primeras luces del día.

Había dejado atrás Vitoria cuando comenzó a sentir un ligero decaimiento, no había dormido bien y su cabeza parecía acusar la falta de sueño. Decidió parar en la siguiente área de servicio que encontrara y tomarse un café bien cargado. Todavía le faltaban casi tres horas de viaje hasta la localidad de Crémenes y, dado que no tenía mayor prisa, resolvió tomárselo con calma, algo impensable en el Mikel de otros tiempos. El recuerdo de aquellos viajes en los que atravesaba la península, sin más escalas que un par de paradas de no más de quince minutos de descanso, le hizo reflexionar sobre las variaciones que había venido observando en su propio comportamiento, esa cordura serena que se iba aposentando en su ánimo y que, de alguna manera y sin apenas hacerse notar, lo estaba cambiando.

—Me estoy haciendo viejo —dijo en voz alta, e inmediatamente sonrió al imaginar el comentario de su madre a semejante afirmación: «¿Viejo tú? ¡qué seré yo entonces!»

Había hablado con ella la tarde anterior para adelantarle que salía de viaje. También le prometió ir a comer en cuanto volviera, ya que la última semana no había pasado ni un solo día a visitarla, y aunque su madre llevaba una vida de lo más activa, adoraba esos momentos de encuentro con sus hijos.

Llamó a Javier a última hora de la tarde. Su voz sonaba distinta, un tanto intranquila, apesadumbrada incluso. Intentó sonsacarle alguno de los motivos que pudieran haberle afectado, pero topó de nuevo con el Javier introvertido, el hombre devorado por esa sombra que parecía acoplarse a su cuerpo

impidiéndole respirar con normalidad. Le contó la charla que había mantenido con la periodista del *Diario de León* y su decisión de viajar a Crémenes tras la conversación mantenida con la hija de Jacinto Flores. Pero nada de aquello pareció afectarle, era como si su voluntad vagara alejada del auricular del teléfono. Un lánguido adiós, casi imperceptible, se interpuso entre ellos como un muro de hormigón.

Mikel revivió angustiado la conversación y se recriminó no haber acudido a su casa. La soledad de Javier no sería de gran ayuda en esos días. En ese momento, pudo percibir cómo su propia soledad se acomodaba en el asiento de al lado, e incluso llegó a imaginarla frotándose las manos antes de presenciar la representación estelar de su actor favorito.

—No —gritó mirando por el rabillo del ojo al asiento de su derecha — ya no vas a escuchar más ese estúpido y constante lamento, no te voy a dar el gusto de regodearte en mi infelicidad —se confirmó mientras golpeaba con furia el volante.

El cartel anunciador de un área de descanso le hizo serenarse. Señalizó la salida y, antes de bajarse del coche, respiró varias veces hasta que consiguió calmar el palpitar acelerado de su corazón.

Entró en el establecimiento y se acercó a la barra. Le molestó el elevado volumen del televisor. Pidió un café largo y se hizo con uno de los periódicos que había sobre el mostrador. Ojeó los titulares de la primera página mientras esperaba a que le sirvieran. El barullo de voces de la tertulia televisiva se le hacía insoportable, por lo que en cuanto tuvo su café delante, cogió la taza y salió al exterior del recinto. No había nadie en la terraza. Sentado en la solitaria terraza saboreó con deleite el amargor del café, y aquel silencio, remoto y frío, le reconfortó.

Se acercaba a Crémenes siguiendo el curso del río Esla, una fértil y frondosa vega. Y aunque se sentía cansado, no pudo abstraerse de la visión que se le ofrecía. El pueblo estaba cercado por montañas cuyas laderas estaban revestidas de una gran variedad de especies arbóreas; hermosos robles se mezclaban con castaños, enebros y hayas. Encaramada sobre esa vegetación exuberante, despuntaba una concha de caliza, y tras ella, un soberbio pico acariciaba un azul y límpido cielo. Aparcó en el parking del alojamiento rural en el que había reservado una habitación. La casona de piedra contaba con catorce habitaciones, bar, cafetería y un espectacular jardín. Su habitación era amplia, luminosa y de sencillo mobiliario. La puerta del balcón estaba entreabierta y el sonido del agua llegaba con nitidez. Mikel

se acercó hasta allí. A escasos metros de la casa discurría el río; desde su posición podía vislumbrar la corriente espumosa y clara, fluyendo con libertad entre aquel conjunto armonioso que conformaban la naturaleza salvaje y el asentamiento humano.

Bajó al bar y pidió una cerveza. El sol del mediodía invitaba a salir al jardín. Tomó asiento en una de las mesas del exterior y tras sacar el teléfono móvil del bolsillo de su cazadora, marcó el número de casa Flores.

—Dígame.

—Hola, soy Mikel Unzu, el periodista que habló con usted ayer.

—Ah, sí. ¿Ha venido a Crémenes?

—Sí, estoy alojado en Casa Muro.

—No se mueva de ahí; en dos minutos llego —le pidió la mujer, algo nerviosa.

Mikel no podía apartar la mirada de las montañas que rodeaban el pueblo. El viento parecía haberse detenido en sus cumbres, permitiendo que el tímido sol primaveral caldeara levemente el ambiente.

La contempló mientras se aproximaba por el jardín. La hija de Jacinto Flores era una mujer de porte altivo y cuerpo vigoroso. Su rostro, de gesto severo y oscura piel, envolvía unos grandes ojos, de un penetrante marrón.

—Buenos días —le saludó colocándose frente a él, pero a cierta distancia.

—Buenos días —Mikel le devolvió el saludo, levantándose de la silla.

—¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, la verdad; he venido tranquilo.

—Me llamo Lourdes —se presentó y, con cierta inquietud, se retiró del rostro un mechón de pelo que se había desprendido de su abundante cabellera canosa, sujeta a su nuca en un apretado moño.

—Encantado, si le parece bien podemos tutearnos, me resulta más cómodo.

—¡Claro!

Lourdes aguantó su mirada durante unos instantes, antes de meter la mano en el bolsillo de su chaqueta de lana.

—Ayer volví a leer todas las cartas que envió mi padre desde el presidio —le dijo, mostrándole un pequeño montón de sobres amarillentos—. En todas ellas aseguraba que estaba bien, que la comida era buena, que los trataban correctamente... mentiras que mi madre quería creer. Cuando mi padre perdió el miedo a hablar sobre aquello, relató con pelos y señales todo

lo vivido en el fuerte de San Cristóbal; mientras viva, jamás podré olvidar ese nombre.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Mikel ofreciéndole asiento.

—No, gracias —un tanto cohibida se sentó en la silla que Mikel había apartado galantemente. Colocó sobre la mesa los sobres, pero mantuvo una de sus manos sobre ellos, como si temiera que algo o alguien pudiera arrebatárselos.

Volví a ver a mi padre a finales del mes de julio de 1945. Le indultaron la pena al cerrar el presidio del fuerte de San Cristóbal y encontrarse al borde de la muerte. Nos lo entregaron con cuarenta y cuatro kilos de peso y afectado de tuberculosis. No podía creer que aquel hombre desfigurado fuera el mismo que decoraba la pared del salón de mi casa. Un hombretón de casi noventa kilos, que posaba risueño junto a su mujer el día de su boda.

Tenía trece años y una necesidad imperiosa de recuperar al padre que me arrebataron cuando tenía cinco. En todo este tiempo no he podido olvidar la impresión que me causaron sus ojos, dos socavones profundos en aquel rostro consumido. Intentó sonreírnos, pero hasta los labios parecían dolerle. Después, alargó sus huesudas manos y aferró las nuestras. A mi hermano Simón le dio miedo; no lo recordaba, apenas tenía año y medio cuando cayó preso. A mí no —dijo con una determinación que impresionó a Mikel —mi cariño permanecía ahí, dentro de mi ser, creciendo conmigo, haciéndose fuerte en su rebelión contra la ausencia impuesta —se le quebró la voz, y un escalofrío agitó su cuerpo—. Don José Castaño era el médico de varios de los pueblos de esta comarca. Hombre bueno donde los hubiera, no hacía distinciones entre ricos y pobres, izquierdas o derechas. Impresionado por el estado de salud y desnutrición en el que se encontraba mi padre, puso todo su conocimiento, que era mucho, en salvarlo de la muerte. Corrieron a su cargo las dosis de antibiótico, las visitas diarias, incluidas las del fin de semana, y los desvelos al pie de su cama. Devolvió la vida a un muerto, se lo aseguro —le confirmó, con la mirada bañada por un agradecimiento indestructible y eterno.

No he encontrado en el resto de las cartas nada que pueda ayudarnos —cambió de conversación de repente.

Mikel intuyó que aquellas cartas, seguramente leídas y releídas varias veces por la hija de Jacinto Flores, habían vuelto a remover la angustia que tuvo que sentir de niña ante la posibilidad de perder definitivamente a su recién regresado padre.

—Durante el viaje he venido pensando que en las iglesias se guardan libros de bautizos. Un pueblo pequeño como es Posada de Valdeón no tendrá muchos. Tal vez podrías acompañarme y ayudarme a buscar —le propuso, intentando distraerla.

El rostro de Lourdes Flores se iluminó repentinamente. Miró su reloj de pulsera y visiblemente excitada corrió hacia el establecimiento.

—¡Espérame cinco minutos! —gritó mientras se alejaba.

Mikel tardó unos segundos en reponerse de la sorpresa que le había producido la reacción de Lourdes. Bebió un trago de la cerveza que le quedaba en el vaso y cerró los ojos, un manto de serenidad invadió su cuerpo.

—Ya está.

La voz de Lourdes le pilló totalmente desprevenido; dando un respingo, se incorporó del respaldo de la silla.

—Nos recibirá a las seis de la tarde.

Mikel la miró y, levantando los hombros, le hizo comprender que no entendía de qué hablaba.

—He llamado a Cinta, la hija de mi hermano Simón, para pedirle que fuera a la iglesia. Es que vive al lado —le aclaró —y que preguntara al párroco si podía atendernos.

—¿Tu sobrina vive en Posada de Valdeón?

—¡Ah, que no te lo había dicho! —exclamó—. Se casó con un chico de allí, tienen dos nenes preciosos.

—¡Vaya, qué suerte hemos tenido!

—Cinta dice que el párroco es un buen hombre, comprometido con el pueblo.

—¿Cuánto nos costará llegar?

—Serán unos cincuenta kilómetros. Si te parece podemos quedar a las cinco aquí mismo.

—Perfecto.

Antes de marcharse, Lourdes rompió la distancia que había guardado con él desde su llegada y, acercándose, le extendió su mano. Mikel se la estrechó con fuerza y satisfecho de haberse ganado su confianza.

La hija de Jacinto Flores entró en el recibidor del hotel puntual como un reloj bien ajustado. Le sonrió con timidez.

—Listos, ¿no? —dijo Mikel, aproximándose hasta ella.

—Sí, sí.

Lourdes viajaba silenciosa y fuertemente agarrada al apoyabrazos de su

puerta. Mikel redujo la velocidad. No se había percatado de que su forma de conducir tenía a su acompañante totalmente agarrotada.

—Es precioso todo esto —dijo propiciando la conversación.

—La verdad que no puedo compararlo con otros lugares, apenas he salido de esta comarca.

—¿No te gusta viajar?

—No he tenido la necesidad.

—Yo sí he viajado, y te aseguro que estos parajes han conseguido sorprenderme.

Lourdes no contestó; se limitó a mirar al cielo.

—Puede que la tarde termine con agua —sentenció contemplando el manto de nubes que avanzaba desde el oeste.

—Parece mentira, con la mañana veraniega que ha hecho.

—Aquí no puede fiarse uno; los picos imponen sus normas y hay que respetarlas. La montaña enfadada es un enemigo indeseable, te lo aseguro.

—Entonces, ¿aprenden a reconocer su carácter?

—Sí, claro; los padres enseñan a sus hijos lo que aprendieron de los suyos, y después, éstos deberán hacer lo mismo. Lo que yo sé, morirá conmigo —confesó con la cabeza girada hacia la ventanilla.

—¿No tienes hijos?

—No.

Mikel percibió un deje de amargura en el tono contundente de la respuesta, y decidió cambiar de tema.

—Estoy ilusionado, tengo la esperanza de encontrarlos.

—Si eran de Posada, daremos con ellos. Estarían bautizados, como todos.

Un profundo olor a hierba cortada y ganado le dio de lleno en su rostro cuando descendió del coche. La sobrina de Lourdes les esperaba con el párroco en la entrada de la iglesia. El parecido con su tía era innegable. Ambas se fundieron en un entrañable abrazo; después, la propia Cinta se presentó a sí misma.

—Encantada, Mikel —le dijo extendiendo su mano hacia él—. ¡A ver si tenemos suerte! Te presento a don Enrique Armesto —dijo señalando al cura.

La avanzada edad del hombre sorprendió a Mikel. Escrutó durante unos segundos su rostro, de gesto amable y tez encanecida por las diminutas virutas blancas que sobresalían de su piel. El hombre, parapetado tras los gruesos cristales de sus gafas, lo escudriñaba con agrandados ojos. Parecía no

preocuparle su aspecto desaliñado: una ajada sotana que se escurría en su enjuto y pequeño cuerpo.

—Bienvenido —le dijo con voz carrasposa—. ¡Ojalá podamos ayudarte a encontrar lo que buscas! —y adelantándose, le palmeó la espalda cariñosamente.

Mikel quedó envuelto por el olor a tabaco y comida que desprendía.

—Vamos —les pidió mientras metía la mano en el bolsillo de su sotana—. Entraremos por la puerta de atrás —les dijo, mostrándoles una llave de gran tamaño—. Es la que da acceso a la sacristía.

Olía a cerrado, a humedad, a papel viejo, a madera antigua, a tiempos pasados... La habitación era grande y sombría. Una gélida corriente se colaba por la ranura de una puerta de grandes dimensiones situada en un lateral de la estancia.

—¡Mira que le tengo dicho a Rosaura que coloque la manta! —refunfuñó avanzando hasta la puerta—. Si no tapa la abertura, todo el frío de la iglesia se cuela aquí dentro —y empujando con el pie un rollo de lana que estaba en el suelo, cortó la corriente de aire.

Mikel miró a sus acompañantes y decidió que era el momento apropiado para desvelar la razón de su visita.

—Antes de empezar me gustaría contarles algo.

Lourdes se aproximó a él, y el párroco y Cinta se colocaron en el otro extremo de la gran mesa de roble que había en mitad de la habitación.

—Hace apenas medio mes que un amigo ha descubierto que su madre fue asesinada la noche en la que se fugaron los presos del fuerte de San Cristóbal. Creemos que la mataron porque fue testigo directo del asesinato de dos de los presos, a los que había dado cobijo y alimento en una cabaña perdida en el bosque. También sabemos que fue enterrada junto a ellos en una fosa, de la que conocemos su ubicación. La madrugada de aquel 23 de mayo nació mi amigo Javier. Su madre estaba sola en esa cabaña. Suponemos que los dos desconocidos le ayudaron en el parto.

—¿Qué hicieron con el niño? —preguntó impresionada Cinta.

—Uno de los soldados no permitió que fuera arrojado con vida a la misma fosa que su madre.

—¡Jesús! —se santiguó en ese momento don Enrique.

—Los dos hombres iban en dirección acertada hacia la frontera —continuó Mikel—. Presumimos que eran pastores, o gente que se desenvolvía bien en la montaña. Mi amigo Javier pasó días enteros leyendo testimonios y

artículos sobre aquella fuga, y encontró la publicación en el *Diario de León* de la entrevista con Jacinto Flores; Joaquín y Tomás encajaban en el perfil que buscábamos.

Mikel sintió un frío soplo en su nuca. Instintivamente miró hacia la ranura de la puerta, pero seguía tapada. Le sorprendió el gesto de Lourdes, cubriéndose el cuello con su mano, como si también ella hubiera notado ese mismo soplo a su espalda. El espaviento de un escalofrío agitó entonces el cuerpo de Cinta. Mikel pensó en la muerte, y la imaginó deambulando silenciosa entre todos ellos; incluso don Enrique carraspeó nervioso antes de desplazarse hasta una de las estanterías, colocada en la pared del fondo de la habitación.

—Ven, Cinta, coge ese taburete —le pidió señalando una banqueta que estaba bajo la mesa—. Es el tercer libro empezando por la derecha —le indicó cuando la joven se subió a ella.

Cuando lo tuvo entre sus manos se acercó a la mesa y, antes de posarlo sobre ella, le quitó el polvo que lo recubría con el faldón de su sotana.

—Según el dato de Jacinto —explicó Mikel —Tomás tenía dieciocho años; si era el año 1938, podríamos comenzar buscando los bautizos celebrados en 1920.

—¡Eso es! —Don Enrique abrió el libro y fue pasando hojas de atrás hacia adelante, hasta situarse en la fecha indicada.

Mikel seguía ensimismado el dedo índice del sacerdote, amarilleado por la nicotina y endiabladamente torcido en su punta. Cuando se detuvo ante el nombre de un Tomás Salas, la boca se le secó de golpe.

—Tomás Salas, nacido el 3 de marzo de 1920, hijo de Alfonso Salas y María Concepción Gómez, bautizado el 5 de marzo; sus padrinos: Joaquín Gómez y Esther Salas —leyó con afección el párroco—. No está inscrita la defunción.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mikel interesado.

—Si te fijas —le guió con el dedo a otros apuntes —en este borde de la hoja se apunta la fecha de la defunción.

Mikel comprobó, entonces, que en muchos de los registros aparecía el dato que el prelado indicaba.

—No hay registro de su fallecimiento, su padrino se llama Joaquín.

El párroco siguió rastreando en la hoja siguiente, sin prestar atención a la intervención de Mikel.

—¡Aquí está! —gritó emocionado —Ana María Salas Gómez, hermana

de Tomás, nacida diez años después que él y feligresa de esta parroquia. En cuanto he leído los apellidos de Tomás me he acordado de ella.

—¡Ana María! —exclamó Cinta impresionada.

—Vayamos a visitarla —propuso el párroco cerrando precipitadamente el libro.

Cuando salieron de la sacristía no quedaba rastro de la tarde primaveral que les había acompañado hasta Posada; las montañas parecían haber perdido sus picos en la maraña plomiza que cubría el cielo. La conjetura de Lourdes se había hecho realidad, y unas pesadas gotas de lluvia les obligaron a agilizar el paso.

La puerta estaba abierta y entraron al zaguán de la casa. A Mikel le pareció que el corazón podía salirse del pecho en cualquier momento. Galopaba asustado ante la misión que tenía por delante.

—¡Pili! —llamó Cinta elevando la voz.

—¿Qué ocurre? —contestó la mujer asomándose a la escalera—. ¡Válgame Dios! —exclamó al verlos.

—Tranquila, no ha pasado nada, queremos hablar con tu madre.

—Subid, subid, está merendando.

El rostro de la anciana quedó cubierto por una mezcla de inquietud y sorpresa cuando los cuatro entraron en la cocina de la casa.

—Mamá, quieren hablar contigo —le dijo su hija, extrañada por el miedo que reflejaba en ese momento el rostro de su madre.

—Buenas tardes, Ana María —se adelantó don Enrique, acercándose a la mujer—. No temas, estamos aquí porque necesitamos tu ayuda.

La mujer se removió inquieta en su silla y apartó con cierta brusquedad la taza de café con leche que estaba sobre la mesa, derramando parte de su contenido sobre el mantel.

—¿Podrías hablarnos de tu hermano Tomás? —le preguntó el cura mirándola con comprensión.

Los ojos de la anciana se nublaron empañados. Entrelazó ambas manos y se mantuvo callada, pero sin apartar la mirada del párroco.

—¿Lo detuvieron en la guerra? —se aventuró a cuestionar el cura.

Un tenso silencio se arrastraba por la habitación desprendiendo un frío hálito, presagio de desgracias.

La cabeza de Ana María afirmó ligeramente. Después sacó un pañuelo de la manga de su chaqueta y se lo acercó a los ojos.

—Tomás era un niño que jugaba a ser hombre —dijo con la voz rota por

la angustia—. Eso afirmaba mi madre.

—¿Sabes qué fue de él?

—No. Vinieron bien entrada la tarde. Tomás estaba lavándose las manos en la cocina, y yo le contemplaba con admiración. ¡Era mi único hermano! Seis guardias civiles entraron a trompicones, tirándolo todo y amenazándonos con sus fusiles. Mi padre se interpuso entre Tomás y ellos, pero se abalanzaron sobre él como fieras, golpeándole con furia. Entonces fue mi madre la que ocupó el lugar de su marido, y corrió su misma suerte. Allí mismo, ante mis ojos, asustados e impotentes, ataron las manos de Tomás a su espalda.

«¡Tomás!», le llamé cuando se lo llevaban maniatado, «¡Tomás!», grité una y otra vez corriendo tras ellos. Pero Tomás no se volvió a mirarme; caminaba rodeado por aquellos hombres, con la cabeza bien alta. Luego, tras de mí, escuché la voz de mi madre, que también gritaba su nombre con la voz rota por el dolor. Siempre me he preguntado por qué no giró su cabeza para decirnos adiós, por qué no nos permitió mirarle a los ojos.

—¿Sabes a dónde lo llevaron? —preguntó el párroco visiblemente emocionado.

—La misma tarde detuvieron también a Joaquín, el hermano de mi madre. En un primer momento a la prisión de San Marcos, en León, pero tras el juicio los trasladaron a Navarra.

A Mikel le flojearon las piernas y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse caer sobre uno de los sillones cercanos.

—¿De qué los acusaron? —quiso saber don Enrique.

—Joaquín había sido nombrado alcalde de Posada en las elecciones de 1933. Mi tío era un hombre íntegro y fiel a la causa ganada en las urnas. No había hecho ningún mal a nadie, se lo aseguro. Se pasaba la vida en el monte y con el ganado.

»Yo era muy pequeña entonces, pero recuerdo que Tomás estaba emocionado con el giro que había dado la educación gracias a las Misiones Pedagógicas. La escuela se convirtió en el eje de la vida social del pueblo, se organizaban lecturas, audiciones, conferencias a las que acudíamos todos los vecinos. Aquellas gentes se preocupaban por las inquietudes de los hombres y mujeres que habitaban esta comarca, alejada del progreso y de la cultura. Consiguieron que el pueblo sintiera la escuela como algo propio y que mi hermano Tomás se convirtiera en el fiel discípulo de don Fernando Castro, el maestro del pueblo.

»Unos días antes de su detención, Tomás se había enfrentado a la pareja de la guardia civil que vino a llevarse a don Fernando. Era septiembre del 37, y aunque ya había rumores de que la provincia estaba prácticamente en manos de los sublevados, estas montañas que nos rodean, de alguna forma, todavía nos protegían del enemigo. Aunque la detención del maestro fue el pistoletazo de salida para todas las que se hicieron después.

»Tenía siete años cuando vi a mi hermano por última vez —pudo decir antes de romper a llorar.

Su hija se acercó hasta ella y la rodeó con sus brazos. Mikel miró desconcertado a Lourdes, que también lloraba. Entonces, el párroco se adelantó hasta su feligresa y, cogiendo entre sus manos una de las de ella, le habló con encomiable calma:

—Ana María, hay una posibilidad de que sepamos dónde están los cuerpos de Tomás y de Joaquín.

La anciana elevó su rostro hacia el cura y en el fondo de sus ojos castaños se pudo vislumbrar el brillo emocionado de la esperanza.

30

Sentado en una de las mesas del comedor del hotel, contempló desganado el plato de huevos fritos, jamón y patatas fritas que la camarera acababa de servirle. Mikel supo que ni aquellos alimentos de apetitoso aspecto iban a conseguir deshacer el nudo que le cerraba la garganta. Ana María Salas había conseguido atravesar su piel y llegar hasta el centro de su corazón. Cuando el párroco le contó el motivo de su visita y la posibilidad de que en una fosa de un paraje perdido de Navarra se encontraran los restos de su hermano y de su tío, la mujer se levantó de su silla y avanzando hasta él, le abrazó con una intensidad que Mikel casi ya no recordaba. Lloró sobre su hombro mientras, con la voz entrecortada por la emoción, le agradecía una y otra vez las molestias que se había tomado.

—Nadie nos ha escuchado nunca —pudo decir pasados unos minutos—. Mis padres intentaron verlos cuando estaban en la prisión de San Marcos, pero no se lo permitieron. Suplicaron, entregaron los cuatro duros que tenían con la esperanza de que el dinero les abriera alguna puerta, pero se quedaron sin dinero y sin visita. Por medio de un conocido supimos la fecha del juicio. Esa vez, mi padre hizo el viaje a León solo. ¡Ojalá no hubiera ido! Nunca

volvió a ser el mismo. Según me contó mi madre, muchos años después, mi padre se hizo con un lugar cercano a los presos en la sala en la que se celebró el juicio. Pudo verlos cuando entraron y aunque intentó llamar su atención, no consiguió que se percataran de su presencia. Reconoció a Joaquín de inmediato, pero a Tomás, a su propio hijo, tuvo que mirarlo varias veces. Uno de sus ojos permanecía cerrado por la hinchazón que desfiguraba su rostro. En la fila de presos que esperaban en pie el veredicto, el cuerpo de Tomás se mecía de atrás hacia delante, como un junco solitario al que un viento, desalmado e imperceptible, agitara a su antojo. Y la impotencia por no poder liberar a su hijo de aquel dolor, de aquella carga descomunal que había caído sobre su espalda de adolescente, cubrió el corazón de mi padre de una pesadumbre y amargura de la que no consiguió liberarse en toda su vida.

»Después llegó el traslado a otra prisión, en otra provincia. ¿Qué más podían hacer unos pobres campesinos a los que nadie prestaba la más mínima atención? Esperar —se contestó a sí misma—. Eso hicimos durante años: esperar, esperar en silencio, con la cabeza doblada y el corazón roto.

»Mi madre se aferró a lo único que le quedaba, su hija —les confesó algo más calmada—. Daba por perdidos a su hermano y a su hijo, y no estaba dispuesta a que nada ni nadie le arrebatara otro trozo de su entraña. Es curioso que ese empeño le ayudara a vivir — reflexionó abatida.

—¿Joaquín no tenía familia? —quiso saber don Enrique.

—No, era soltero. Vivió con mi abuela hasta que ella murió. Después pasaba más tiempo en nuestra casa que en la suya. Para Tomás, Joaquín era un hermano mayor al que idolatrar. Para mi madre, el hermano pequeño al que debía proteger. Para mi padre, un fiel y entrañable amigo, para mí, otro padre.

—¿Os enterasteis de la fuga?

—Para cuando llegó la noticia de la fuga a Posada de Valdeón habían pasado varios meses. En un primer momento, albergamos esperanzas de que pudieran haber conseguido pasar a Francia por el monte. Pero después, entre susurros temerosos, la verdad se abrió camino para golpearnos nuevamente. Las noticias de presos desaparecidos tras la fuga, llevó a mis padres, de nuevo, a León. A nadie le interesaba indagar sobre el paradero de dos pueblerinos. Solo obtuvieron silencio administrativo, que en aquellos años y en muchos de los casos, significaba muerte.

Aquella amarga afirmación en la voz de Ana María le devolvió al comedor. Mikel bebió un trago del vino de su copa y luego, haciendo un

verdadero esfuerzo, comió alguna patata y uno de los huevos. Aprovechando que el comedor estaba vacío, en ese momento, se levantó de la mesa y, antes de tener que dar explicaciones por su desgana, se escabulló de allí.

El cielo era un negro y profundo pozo; incluso la luna parecía haberse perdido en él. Mikel, detenido ante el balcón de su habitación, contemplaba la oscura noche. «Puedo escribir los versos más tristes esta noche... pensar que no la tengo, sentir que la he perdido...» La voz del propio Pablo Neruda parecía susurrar a su espalda los versos de uno de sus poemas más bellos. Mikel sintió cómo su corazón se desinflaba, liberando una marea de sentimientos que, irremediabilmente, quedaron detenidos contra el muro que conformaban sus labios. Entonces, acercándose a su maleta, sacó el cuaderno que siempre llevaba en sus viajes. Después, avanzó hasta el pequeño escritorio que estaba a los pies de la cama y apartó la silla. El bolígrafo temblaba en su mano cuando lo acercó al papel.

Hoy te he visto de nuevo, dibujada en el vaho que sale de mi boca cuando pronuncio tu nombre. Estela amarga del frío que me habita. De este desierto helado en el que se ha convertido mi vida... Tu ausencia, Nerea, se ha adherido a mi espalda, y me pesa tanto, que soy incapaz de reconocermé en este desarmado cuerpo. Estoy cansado y dolorido. Sí, confieso que me duele este manto de puntiagudas aristas que la soledad ha tejido sobre mi piel. Y no sé cómo apartarlo, cómo perdonarme, cómo recuperarte...

Me siento un náufrago en esta noche sin luna. La infantil superstición de que nuestras miradas confluyan en ella, me hace albergar la esperanza de que en ese instante infinito me recuerdes. Pero hoy la noche es un abismo insondable, peligroso, y temo que te rompas, que te pierdas en él para siempre. Tengo miedo, un miedo enloquecedor; verdugo de mi orgullo, gigante de añoranza.

Te amo, te añoro, me urge besarte, tenerte de nuevo entre mis brazos... Perdón, una y mil veces, amor mío.

Si me lo permites, iré a buscarte y, si es necesario, apartaré con mis propias manos cada metro de tierra que me impida recuperar el calor de tu piel, de tu alma.

Mikel

Los ojos le brillaban febriles. Tumbado sobre la cama no podía apartar la mirada de la carta depositada sobre su mesilla de noche. La firme decisión de enviársela a Nerea en cuanto regresara a Pamplona se iba ablandando. Aquel orgullo persistente volvía a machacarle con sus recelos: «¡Qué cursiladas! Ella no te necesita, ni te espera. Te estás rebajando. Mantente en tu sitio. ¿Qué harás cuando ella te rechace?».

Encendió la luz y alargando la mano cogió el papel, lo desdobló con cuidado y releyó una vez más aquellas frases que desnudaban todo el dolor que le producía la ausencia de Nerea. Se sintió herido y triste, y en un arrebato de cólera partió el papel una y otra vez hasta dejarlo reducido a

pequeños cuadraditos, que quedaron esparcidos por el suelo.

31

Mikel se agitaba inquieto entre las sábanas. Hacía calor y la avioneta era pequeña y ruidosa. La ventanilla de su asiento le permitía contemplar el vasto territorio que surcaba el cauce del río Congo. La exuberante vegetación de la selva, de un verde tan intenso que casi parecía negro, le impresionó. Sacó nuevamente el pañuelo del bolsillo de su pantalón y se secó la frente y el cuello, empapados de sudor.

—Beba, por su forma de sudar corre riesgo de deshidratarse —le dijo su acompañante, un hombretón negro que ocupaba el asiento de al lado.

—Ya he terminado con mis reservas de agua.

—Tenga —le dijo ofreciéndole un botellín sin abrir.

—¿Sabe si nos queda mucho?

—Media hora, más o menos.

Mikel volvió a perderse en el paisaje que se extendía a sus pies. La orografía del país era muy diversa; en ese momento la selva se iba alejando para dejar paso a extensas praderas. Pudo distinguir en la lejanía, una numerosa familia de elefantes caminando en pos de la matriarca, y en un punto más distante, la llamativa piel blanca y negra de una manada de cebras atrajo su atención: huían despavoridas perseguidas por dos leonas. En ese momento, la avioneta viró bruscamente, y él se sobresaltó.

—No se preocupe, habrá pillado una corriente de aire —le aseguró su compañero—. Estas avionetas pesan poco y a veces el viento las mueve como si de simples hojas se trataran.

La explicación no consiguió tranquilizarle. Además, a través de su ventanilla, en ese momento tan solo se veía un mar de tupido y grisáceo algodón. La portezuela que separaba al piloto de los pasajeros se abrió con brusquedad.

—Átense los cinturones de seguridad —les ordenó.

Poco después, las turbulencias agitaban con furia la pequeña avioneta. Un tenso silencio planeaba sobre los seis ocupantes del compartimento. Mikel volvió a secarse el sudor, aunque ya no era el calor el culpable de empapar su cuerpo. Todos sus músculos estaban agarrotados y le costaba respirar con normalidad. Sentía su piel fría y la boca seca. Observó

disimuladamente a su acompañante, tal vez buscando una señal que le ayudara a relajarse, pero pudo percibir la tensión de sus manos aferradas con fuerza a los brazos de su asiento. Sintió un profundo dolor en el pecho, y el miedo a la muerte dejó paso a otro temor mucho más angustioso: no volver a ver a Nerea.

Un brusco descenso hizo estallar la tensión de todos los ocupantes del compartimento, que gritaron al unísono. La avioneta planeaba a merced del viento sobre la sabana, Mikel miró desesperado hacia la tierra. Un gran número de pequeños brazos negros se agitaban entusiasmados saludando al cielo. Sobre ellos, las largas y delgadas manos de Nerea le daban la bienvenida. Tenía la melena recogida bajo un pañuelo de colores, y sonreía de esa forma tan suya, tan natural, tan contagiosa... Mikel alargó su mano y pegándola al cristal de la ventanilla la agitó varias veces para que ella pudiera verla. Después, acercó el rostro hasta allí y buscó sus ojos.

El deseo de estar vivo le despertó. Se incorporó con el azul de los ojos de Nerea todavía prendido a su mirada. La alfombra de papелitos blancos a los pies de su cama le provocó un pinchazo en el estómago. Se arrepintió de haber sucumbido, una vez más, a su empecinado orgullo. Recogió los restos de la carta y los depositó en la papelera del baño. Después, se sentó ante el escritorio y volvió a escribir letra a letra todas las frases que conformaban la única verdad: amaba a Nerea por encima del tiempo, de la distancia, de la muerte.

Había desayunado y se dirigía hacia casa de Lourdes Flores. Había quedado en pasar a despedirse antes de regresar a Pamplona.

Un tibio sol se asomaba con timidez entre las pomposas nubes que cubrían el cielo de Crémenes. Un soplo helado descendía desde las montañas curtiendo la piel. Mikel cerró la cremallera de su cazadora y elevó los cuellos protegiéndose el rostro.

La casa de Lourdes era pequeña, estaba desordenada, pero limpia. Mikel tuvo la sensación de que nada estaba en el lugar que le correspondía. Un butacón de tapicería desgastada interrumpía el paso que llevaba de la cocina a la sala. Lo sorteó con dificultad mientras seguía a Lourdes, intentando no llevarse por delante la cazuela que borboteaba en la cocina de gas.

—Quiero enseñarte algo —le dijo acercándose a una mesa de desproporcionado tamaño para las dimensiones de la sala.

Mikel contempló el habitáculo mientras la mujer rebuscaba entre las numerosas cajas que se distribuían entre la mesa y las sillas que la rodeaban. Examinó el único cuadro que había colgado en una de las paredes. El hombre rodeaba con su brazo los hombros de una mujer de asombroso parecido con Lourdes. Jacinto Flores, se confirmó a sí mismo.

—Mira —le pidió en ese momento Lourdes—. Ayer por la noche me acordé de esta foto —le dijo mostrándosela—. Es una copia que le envió su amigo Primitivo García.

Mikel reconoció de inmediato el patio del presidio. Los presos formaban filas ante una docena de hombres. En el centro y destacando del resto por su indumentaria, estaba un mandatario de la iglesia, el obispo seguramente, flanqueado por militares de alto rango y las autoridades del momento. Encaramados sobre uno de los pabellones, la guarnición del penal apuntaba con sus rifles a los presos.

—Este es mi padre —le indicó señalando al preso —y este de atrás, es Primitivo —le aclaró—. Si te fijas bien, a la derecha de mi padre hay un muchacho joven.

Mikel observó con detenimiento el rostro que Lourdes señalaba. Efectivamente parecía un niño al lado del resto de sus compañeros.

—¿No tendrás una lupa?

—Puede que sí. Simón le regaló una a mi padre para que leyera el periódico. A ver si la encuentro.

Mikel agudizó la mirada en un intento de vislumbrar algún parecido entre los presos que rodeaban al muchacho. Si Tomás estaba allí, su tío no andaría muy lejos.

—Aquí está, la tenía en un cajón de la cocina.

Mikel la acercó a la fotografía. El cristal le permitió ver con nitidez el rostro del joven. Un escalofrío recorrió su cuerpo; aquel muchacho parecía sonreír. Colocó el aumento ante el rostro de Jacinto y comprobó, con sorpresa, que también reía, en la fila de atrás, la boca de Primitivo parecía contener a duras penas la risa.

—Es curioso, parece que todos sonríen —dijo Mikel.

—Claro que reían. Primitivo se había echado un pedo que, según contaba mi padre, sonó con potencia. A su iniciativa se unieron otros presos, aliviando aquella formación con una flatulenta melodía.

Un sentimiento de complicidad unió a Mikel con aquellos hombres capaces de reírse de su propia desgracia.

Siguió revisando los rostros pero en ninguno de ellos encontró parecido con el del joven.

—Voy a llevar esta foto a Ana María; tengo la esperanza de que ese muchacho sea Tomás, y seguro que Joaquín no andaría lejos.

—Si es él, se verá contenta.

—Voy a hacer un café —dijo Lourdes dirigiéndose a la cocina.

Mikel la siguió.

—Siéntate —le ordenó apartando el montón de ropa que había en una de las sillas.

—¿Cómo vas a Posada de Valdeón?

—Pediré a mi hermano Simón que me lleve. Y si no, esperaré al domingo. Cinta viene a comer a casa de sus padres y siempre pasa a visitarme. Le gusta charlar conmigo. Le costó perdonarme lo del nombre..., soy su madrina —le explicó—. Jacinta no es un nombre bonito, pero cuando nació, mi padre estaba convaleciente de una neumonía que casi se lo lleva al otro barrio. Supe que aquella decisión iba a agradarle, era su primera nieta. No pensé en la niña.

De uno de los armarios sacó una lata y la colocó sobre la mesa.

—A ver si te gustan. Las hago yo.

Las mantecadas desprendían un agradable olor a anís y almendra. Mikel nunca las había visto de aquel tamaño, que triplicaba el habitual.

—Me gusta mojarlas en el café con leche —le dijo mientras colocaba dos grandes tazones sobre la mesa.

—He desayunado hace poco, no creo que pueda con todo esto. Con una taza de café será suficiente. Pero si no te importa, me gustaría llevarme una mantecada para el camino. Seguro que a mitad de viaje me vendrá bien.

Lourdes se levantó y, cogiendo otra lata, traspasó de una a otra todas las mantecadas.

—Mañana mismo haré otra hornada —apuntó, adelantándose a la protesta de Mikel.

Lourdes se tomaba el café sin apartar la vista de la ventana.

—¿Va a llover?

—No, hoy no. Pero el viento viene frío.

—Sí, ya lo he notado.

—De todas formas, subiré.

Mikel la miró interesado.

—Tengo caballos en el monte. Me gusta ir a verlos. Bueno, la verdad es

que allí me siento cerca de él.

—¿De tu padre?

—No, de Lobo.

La mujer le sostuvo la mirada durante unos instantes. Y en el fondo oscuro de sus ojos, Mikel pudo vislumbrar un destello de huella profunda e indomable.

—Muchas veces, si el tiempo lo permitía, subía al monte para llevar comida a mi padre —comenzó a hablar sin dejar de observar el gran pico rocoso que se alzaba sobre el pueblo—. A él le gustaba estar allí arriba, en su cabaña, en la soledad del monte, con las cabras y los caballos. Recuperar ese paraíso, perdido durante tantos años, le ayudó a ir dejando atrás los recuerdos que le quitaban el sueño.

Aquella mañana, un aullido helador se colaba entre las ramas de los árboles para golpear con furia mi rostro. Notaba un cosquilleo doloroso en las puntas de los dedos de las manos; ni los guantes de lana conseguían retener el gélido viento que bajaba desde el pico Agusalio. No lo vi. Parecía mimetizado con la corteza del árbol en el que estaba apoyado.

«—Hola»

No respondí al saludo, pero tuve el valor de mirarle a los ojos.

«—No temas, te conozco bien; eres la hija de Jacinto.»

Ya había oído hablar de “los del monte”, pero nunca hasta entonces me había topado con ninguno de ellos. De hecho, rehuían a los vecinos.

«—Voy a acompañarte.»

No hace falta, le respondí huraña cuando se colocó a mi lado, conozco el camino.

«—Me llaman Lobo.»

No me importa cómo te llamen, le dije, quiero que me dejes en paz. Y apreté el paso para adelantarme.

«—Hay un lobo hambriento. No te hará nada si voy contigo. Me conoce.»

La mención del lobo me tensó la piel. Me detuve y le miré a los ojos. Negros, desafiantes. No estaba preparada para enfrentar la mirada de un hombre como aquel.

«—Tu padre me ayuda. Más de una noche compartimos cena y cobijo.»

Aquella confesión me brincó en el pecho. ¿Cuál es tu verdadero nombre?, le pregunté ilusionada.

«—Me llamo Andrés y soy de Pesaguero, al otro lado de los Picos.»

No hablamos más, pero cuando llegamos al límite del bosque, de donde partía el camino despejado que llevaba a la cabaña de mi padre, me volví hacia él y le dije mi nombre.

Mikel se mantenía silencioso, no quería interrumpir. La historia de Lourdes había despertado su interés.

—Desde aquel día subía al monte con la ilusión de que Lobo saliera a mi encuentro. El primer día que me besó, dejó de importarme que tuviera dieciséis años más que yo. Me perdí en aquella boca ruda, apremiante, necesitada. Me estrechó contra su cuerpo delgado, que olía a monte, a humedad, a humo, y me quedé allí, suspendida en su pecho, en sus ojos, en su soledad de hombre esquivo.

»El apodo le venía por su negativa a matar lobos. Sentía una auténtica fascinación por esos animales. Incluso llegó a confesarme que retiraba las trampas que mi padre colocaba. Fui testigo en más de una ocasión de cómo aquel lobo solitario comía de su propia mano.

»Amé a ese hombre con el consentimiento de mi padre y el desconocimiento de mi madre.

»Andrés rehuía la compañía de otros maquis. Decía que ya había aguantado bastantes órdenes durante la guerra. Así que tras la derrota, y antes de caer preso, se echó al monte e inició su propia lucha.

»Aprendí a reconocer su silbido, a seguir las marcas que me llevaban a su nuevo refugio, a colarme silenciosa entre la espesura del bosque. Aquel bosque hermoso, leal y cómplice.

»Era una mañana de octubre, la montaña gruñía enfadada mientras sacudía con fuerza el agua depositada en sus laderas. Torrentes de piedras y barro cubrían los caminos. No pude subir a verlo. Mi padre bajó esa noche para darme la noticia.

»Andrés se confió. Imaginó que con aquel tiempo no habría vigilancia. Un retén de la guardia civil, parapetado tras un talud rocoso, lo cosió a balazos. Mi padre fue testigo de cómo arrastraban su cuerpo monte abajo.

»Lo dejaron en la plaza de Pesaguero, a la vista de todos. Como un duro escarmiento para su familia.

Un respingo agitó el cuerpo de Lourdes devolviéndola a su cocina.

—Mientras el cuerpo me lo permita, seguiré subiendo al monte. Hay días que los árboles agitan sus ramas produciendo el mismo silbido con el que Andrés me llamaba. Entonces, me quedo inmóvil y el viento roza mi rostro como lo hacían sus labios.

—Lo siento —dijo Mikel con voz trémula.

—Fui muy feliz —confesó levantándose de la silla—. Es hora de que me ponga en marcha. Con los años, cada vez me cuesta más llegar hasta allá

arriba.

32

Llegó a Pamplona a las cuatro de la tarde. Decidió echar una siesta y acudir, después, a visitar a su madre.

Deshizo el equipaje. Al sacar el cuaderno de la maleta, cayó al suelo la hoja que había guardado en su interior. Mikel contempló los trazos pulcros y cuidadosos de su letra, durante un instante, deseó que aquel papel no hubiera viajado de vuelta a casa. Se agachó y, cogiéndolo con cuidado de uno de sus bordes, lo acercó hasta su mesilla. Abrió el cajón y lo dejó caer en su interior.

Se tumbó en el sillón del salón, encendió el televisor y esperó a que el sueño lo envolviera.

Lo despertó el timbre del teléfono fijo. Desconcertado, miró su reloj de pulsera, eran las siete de la tarde. Se incorporó y atendió la llamada de su madre.

—Hola, ama.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Nadie más llama al fijo.

—Me tenías preocupada...

—Perdona, la cabezada de treinta minutos se ha convertido en tres horas de profundo sueño.

—Lo necesitarías. ¿Vas a venir?

—Sí, dame media hora.

Antes de entrar a ducharse llamó a Javier.

—Hola.

Le inquietó su tono apagado, el mismo de su última conversación.

—¿Te apetece que cenemos juntos?, tengo muchas cosas que contarte — y sin darle tiempo a que se lo pensara le citó—. A las nueve y media en el restaurante La Nuez, es un lugar donde se puede charlar tranquilamente y, además, te pilla muy cerca de casa —intentó convencerlo.

—Nos vemos allí —contestó Javier, dejando entrever sus pocas ganas.

Mikel esperaba delante de la puerta a que su madre la abriera. Con las prisas se había dejado sus llaves en casa.

—¿Quién llama? —preguntó desde el otro lado.

—Abre, ama, se me han olvidado las llaves.

La abrazó con verdaderas ganas. Necesitaba ese refugio acogedor y seguro que era el cuerpo de su madre.

Sentado en el sillón, se supo estudiado, esperó impaciente la pregunta y, esta vez, decidió no mentir.

—¿Qué ocurre, Mikel?

—Estoy mal, ama.

El anciano rostro se quebró momentáneamente, para un segundo más tarde reponerse y acudir al asiento contiguo al que ocupaba su hijo en el sofá. Le cogió con delicadeza una de sus manos y, sin soltarse de ella, la colocó sobre el regazo de su falda.

—Cuéntame, hijo.

—Es Nerea, no me acostumbro a su ausencia. Creo que cada día la amo más.

Su madre se mantuvo en silencio, acariciándole la mano, respirando con suavidad.

—Necesito ir a verla.

Antonia volvió el rostro hacia él.

—¿Qué te impide hacer ese viaje?

—El miedo, mi orgullo, mi estupidez...

—Bueno, por lo menos tienes definidos tus enemigos.

Mikel esbozó una media sonrisa. Su madre tenía el don de reducir a cenizas los grandes fuegos.

—Sí, pero en este momento me tienen ganada la batalla.

—No lo creo —respondió tajantemente—. Te voy a ser sincera, Mikel, durante mucho tiempo he suplicado para que esta conversación se produjera. He respetado tu silencio y tu dolor sin intervenir, aunque créeme que muchos días me ha costado. El sufrimiento de un hijo duele más que el propio, te lo aseguro, y el tuyo ha sido palpable e inaccesible. Has luchado contra ti mismo, no había otro enemigo que derrotar que tu propio orgullo. Nerea te ama, no lo dudes. Intentaste, egoístamente, secuestrar su corazón; ese fue tu error, ansiarlo para ti únicamente.

»A veces, creemos que nuestro amor es el más grande, el más sincero, el más leal; menospreciamos el de los demás porque consideramos que no está a la altura que merecemos —se detuvo durante unos segundos y buscó sus ojos—. Los dos sabemos que el corazón de Nerea guarda todas esas cualidades.

Mikel apretó con fuerza la mano de su madre y recostó su cabeza contra

el hombro de ella, como cuando era un niño. Permanecieron así, acunados por ese sabio y reconfortante silencio que Antonia Arriola dominaba como nadie.

Llegó a La Nuez cinco minutos antes de la hora fijada. Javier ya estaba en la puerta del establecimiento.

—¡Qué noche más buena! —exclamó jovial cuando se acercó a él.

—Sí, la temperatura es muy agradable.

Mikel le palmeó la espalda con cariño.

—Entremos.

El invierno se había apostado en la mirada de Javier. Mikel comprobó con inquietud cómo temblaban sus manos al coger la servilleta colocada sobre su plato.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con delicadeza.

Javier bajó la cabeza.

—No quiero hablar de eso —murmuró—. Cuéntame qué has averiguado —le pidió con cierta brusquedad.

Mikel asumió su derrota. No iba a insistir. Le habló de Lourdes, de Jacinto Flores, del párroco, de Ana María, de Tomás, de Joaquín, de Lobo; consiguió que los ojos de su acompañante cayeran rendidos al calor de su relato. Su destello vivaz devolvió algo de vida a su mortecino ánimo.

—He quedado que en cuanto sepamos si el Gobierno de Navarra da luz verde a las exhumaciones, les llamaremos.

—¿Has pensado qué pasará si no son ellos?

—Claro, y así se lo expuse a la hermana de Tomás. Pero no le importó. «Correré el riesgo», dijo, «si han hecho falta setenta y seis años para que alguien se interese por lo que pudo ocurrirles a mi hermano y a mi tío, no seré yo la que impida confirmar si esos son sus cadáveres. Iré a Navarra o al fin del mundo si hace falta.» Con esa contundencia resolvió Ana María mis temores.

—Estuve visitando a Herminia el domingo —confesó entonces Javier, cohibido.

Mikel dejó la taza de café sobre la mesa y le miró con curiosidad.

—Le conté la verdad, todo lo ocurrido desde la noche en la que Fernando se quitó la vida. Fue muy doloroso para ella conocer el destino de su prima.

Mikel intuyó que aquel encuentro era la causa del actual estado de ánimo de Javier, y aunque le hubiera gustado intervenir y encontrar

respuestas a todas las preguntas que se agolpaban en su cabeza, esperó a que su amigo desvelará los acontecimientos a su manera.

—Tiene miedo a verse obligada a abandonar la casa. He intentado tranquilizarla en ese sentido, pero, sin embargo, su conciencia le está castigando, se siente una usurpadora.

—Hay que entenderla; oír el escalofriante relato de lo sucedido a su prima de boca del hijo de ésta, alteraría a cualquiera. Realmente tú eres el heredero legal y eso, quieras o no, le tiene que inquietar.

Javier tenía los codos sobre la mesa y sus manos entrelazadas; en ese momento, dejó caer la frente sobre ellas, ocultando el rostro.

—Es terrible lo que me pasa —articuló con una voz que dejó a Mikel sobrecogido.

—Intenta tranquilizarte —le pidió pretendiendo transmitir a su amigo una serenidad que no sentía.

—Soy un monstruo —afirmó Javier—. No sé en qué momento mi corazón se ha helado, pero siento su frío en el eco gélido de cada uno de sus latidos.

Mikel aguardó sin despegar los labios, pero con los ojos fijos en el cabeceo incontrolado de su amigo.

—No siento nada —confesó apurado—. Cuando estuve con Herminia me presentó a mi familia. Aquellas instantáneas no removieron ni un ápice mi corazón. Recuperé unas cuantas de mi madre en las distintas etapas de su vida, ya que era la única que de verdad me interesaba. Ansiaba amarla.

—Date tiempo, Javier, todavía estás convaleciente. Es difícil asumir lo que pasó. ¿Admites un consejo?

Javier elevó el rostro. Había algo de luz en el fondo de su mirada y Mikel aprovechó la oportunidad.

—Deja de martirizarte, eres una buena persona, lo que hicieras o dejaras de hacer en el pasado, allí debe quedarse. No puedes vivir encadenado a él. Todos cometemos errores; a todos en uno u otro momento de la vida el miedo, el orgullo o la estupidez nos juegan una mala pasada. Aurora era tu madre, sí, pero en este momento es una perfecta desconocida; deja que el tiempo asiente tu corazón, aprende a relativizar y el amor llegará por sí mismo. Sabes perfectamente que Aurora hizo todo lo que estaba en su mano para no perderte. Y sabes también que durante nueve meses y un día te quiso con locura.

Javier afirmaba silenciosamente.

—Gracias, Mikel.

—Mañana debo ir al periódico a primera hora —cambió de conversación—. Patxi no me ha llamado todavía pero estoy seguro de que estará histérico. Tendré que darle buena cuenta de toda la información recabada. He pensado ir después a Baztán.

—¿A Baztán? —preguntó Javier atraído.

—La familia de aquellos contrabandistas desaparecidos habrían presentado una denuncia en su momento.

—¿Te refieres a los primeros muertos de mi padre?

—Sí, aquel padre y su hijo a los que el capitán Tejada ordenó ejecutar y que después arrojaron a una sima. Si registraron la denuncia, constarán datos de la familia. Debemos dar la información que tenemos.

—¿No sería mejor dejar esto en manos de la policía?

Mikel recapacitó, Javier tenía razón, además, sería una buena excusa para volver a hablar con Gonzalo.

Mikel acompañó a Javier hacia el portal de su casa. En aquella calurosa noche de fantasmal sigilo, ambos caminaban pensativos y a cierta distancia el uno del otro. La mente de Javier, desalojando indeseables inquilinos. La de Mikel, rebuscando la dirección del hospital del Congo donde trabajaba Nerea.

33

El despacho de Patxi estaba saturado por una densa nube de humo. Eran las nueve de la mañana y en su cenicero se apilaban un sinfín de colillas, apuradas al máximo. El olor penetrante a tabaco le causó repulsión.

—Ya era hora —le saludó su jefe con el rostro sombrío—. Entendí que me ibas a mantener informado.

—Tienes razón, Patxi —le dijo Mikel acercándose a su mesa— pero, sin que suene a excusa, créeme que las historias que he escuchado no son para transmitir las en una conversación telefónica.

Aquella afirmación transformó el gesto de Patxi y, arrellanándose cómodamente en su sillón, esperó a que su trabajador le pusiera al día.

Mikel tomó asiento y fue descubriendo con calma todo lo acontecido desde su llegada a Crémenes. Patxi fumaba un cigarrillo tras otro sin perder de vista su rostro. De vez en cuando, hacía alguna anotación en una pequeña libreta.

—Parece que el círculo se va cerrando —indicó, cuando Mikel terminó su relato—. Quiero que redactes un documento en el que quede recogida toda esa información.

—Sí, pierde cuidado, me pongo ahora mismo a ello.

—¿Tenemos noticias del Gobierno de Navarra?

—No, ayer cené con Javier y no sabe nada.

Patxi abrió el cajón de su mesa y extrajo un folio.

—Lee este artículo. Estaba esperando tu opinión para publicarlo.

Mikel leyó con avidez el texto. En esta ocasión, y con la misma maestría, Patxi denunciaba la represión ejercida sobre la izquierda navarra tras el golpe de estado. Recriminaba, asimismo, aquella cruel violencia en una provincia en la que los golpistas tenían desde el inicio el control absoluto. Finalmente, censuraba los hechos acaecidos tras la fuga del fuerte, que convirtieron a los pueblos de alrededor del presidio en cómplices de la brutal represión ejercida sobre los fugados, condenando a sus gentes a silenciar una verdad incómoda y peligrosa.

—No tengo palabras, sin duda tienes un don. Creo que Javier será de mi opinión. Puedes enviárselo a su correo.

—Sí, dámelo. Me gustaría que se publicara mañana.

Mikel regresó a su despacho. Comenzó a redactar el documento que Patxi le había solicitado. Transcribir los sentimientos de los familiares de aquellos hombres cuyas vidas fueron salvajemente cercenadas, le llenó de dolor. Reflexionó sobre el elevado número de mujeres a las que aquella guerra había castigado con la más cruel de las condenas: un duelo deshonoroso y de lágrimas mudas. Mujeres humilladas en lo más profundo de sus entrañas y, en muchos casos, sin conocer el lugar en el que poder arrodillarse para besar la tierra que cubría aquella parte de sí mismas. Esa certeza le encogió el corazón y a duras penas pudo terminar con el trabajo antes de que aquella humedad, de habitual e inoportuna presencia, le obligara a cerrar los ojos.

Más calmado, marcó el número de Gonzalo en su teléfono móvil y esperó.

—Dime, Mikel.

—Hola, Gonzalo. ¿Qué tal va todo?

—Bien, bien.

Mikel sintió cierta tirantez en las formas de Gonzalo y dudó en transmitirle la razón de su llamada.

—Ando liado —dejó caer el inspector de la policía foral.

—Verás, necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre?

—¿Podrías indagar sobre una posible denuncia realizada en 1938 por la desaparición de un padre y su hijo?

—¿En qué andas metido?

Mikel detalló la información obtenida en el diario de Fernando sobre aquellos asesinatos. Dejó claro que su único interés era revelar a la familia de los contrabandistas el lugar en el que se encontraban los restos de sus allegados. Esperó impaciente mientras Gonzalo se tomaba su tiempo en buscar, presumiblemente, una excusa que lo liberara de esa tarea tan poco reconocida como era indagar en un pasado tan lejano.

—No es tarea fácil. ¿Dices que era en dirección al collado de Belaun?

—Sí. Este collado está en el límite fronterizo entre Navarra y Lapurdi.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias. Tal vez podría hacerlo yo mismo si me dices qué pasos debo dar para solicitar la información a la Guardia Civil.

—Déjalo en mis manos. Te llamaré.

La decepción se coló en el ánimo de Mikel. Le hubiera gustado un Gonzalo más entusiasmado con su causa, aunque tenía la certeza de que actuaría. Su amigo era hombre de palabra.

El teléfono móvil vibró sobre su mesa.

—Buenos días —la voz de Javier sonó especialmente cordial—. He leído el artículo de Patxi, tengo que reconocer que me ha impactado. ¿A qué hora sales de trabajar?

—Tengo trabajo atrasado y se me hará tarde. ¿Ocurre algo?

—No, voy a hacer una excursión.

Aquella declaración pilló totalmente desprevenido a Mikel, aunque, de alguna manera, intuyó las intenciones de su amigo.

—Me gustaría acompañarte. Podemos quedar a las seis, el día es largo...

—Perfecto; prefiero que conduzcas tú. Acudiré a tu domicilio.

Tras colgar, Mikel contempló aliviado el teléfono. El talante de Javier parecía haber recuperado el temple. Si su amigo había decidido seguir buscando, él no pensaba dejarlo solo en esa dura tarea.

La temperatura era agradable y el cielo guardaba la misma azulada nitidez que por la mañana. Javier lo esperaba junto a la puerta del garaje. Tenía el semblante relajado.

Mientras conducía pensaba en la metamorfosis sufrida por su amigo, que parecía haber relegado su desasosiego a un rincón lo suficientemente apartado como para que no interfiriera en su mirada, de una profundidad desconocida en esos momentos. Lo sentía tranquilo, disfrutando del paisaje y con ganas de charla.

—Tenemos luz hasta alrededor de las diez de la noche.

—No nos llevará mucho tiempo.

—Luego podemos ir a las Ventas de Ultzama. Te invito a merendar. La terraza ofrece unas vistas maravillosas.

—Perfecto, Javier. Por cierto, he llamado a mi amigo Gonzalo, inspector de la policía foral —le aclaró Mikel —y le he pedido que investigue sobre la desaparición de los contrabandistas. Me ha prometido hacerlo.

—Sería un alivio que encontrara a los familiares, aunque por otro lado, te confieso que temo su reacción.

—No tienes nada que temer, tú eres una víctima más.

Dejó la nacional 121 para tomar el desvío a Elorzua. La carretera se abría paso entre pequeños desniveles montañosos. En el horizonte, los campanarios de las diversas iglesias emergían sobre los rojizos tejados de los caserones de piedra que las rodeaban. La primavera había cubierto el valle de un verde intenso y gratificante. Mikel bajó la ventanilla. Un sople de viento, tan suave como un suspiro, se coló en el interior del vehículo rozando su rostro con aquel inconfundible olor a hierba y ganado.

Aparcó el coche a las afueras del pueblo.

—Tenemos que buscar el cementerio —apuntó Javier.

—Estará al otro lado. Pero no muy alejado, según contaba Fernando, el alguacil los vio desde su casa.

Una hilera de cipreses, de oscuro verdor, se alzaba varios metros por encima del muro encalado del cementerio. Gigantes de corteza grisácea y tronco indomable, que la mente de Mikel convirtió inmediatamente en guardianes silenciosos de la muerte. Su mirada se detuvo en la puerta enrejada del camposanto, un ligero escalofrío sacudió su cuerpo.

—¿Será ese el camino? —le dijo Javier señalando una pista estrecha que salía de la parte trasera del cementerio.

Caminaron tras las desaparecidas huellas de aquel pelotón de

fusilamiento. En su recorrido, no encontraron nada parecido a lo que se entiende por una era. Malas hierbas y enmarañados arbustos se habían adueñado del espacio que se extendía más allá de la senda. Se detuvieron al escuchar el sonido proveniente de una corriente de agua.

—Va a ser más complicado de lo que imaginaba —dijo Mikel girando sobre sí mismo—. Seguramente este entorno no tenga nada que ver con el que percibió Fernando aquella noche, él hablaba de una era rodeada de árboles. Si te fijas, estamos, prácticamente, en el cauce del río, no estarían tan cerca del agua; si fuese así, sería una indicación que no hubiera pasado por alto. Creo que deberíamos volver sobre nuestros pasos.

Regresaban sin perder de vista el horizonte que se abría a ambos lados del camino, buscando grupos de árboles que de alguna manera conformaran un pequeño círculo.

—¿Nos arriesgamos?

Javier siguió con la vista el dedo de Mikel, que apuntaba a un grupo apartado de árboles, de complicado acceso.

—Podemos intentarlo.

Ambos se adentraron entre la maleza. Sorteaban con dificultad cada metro que les separaba de su objetivo. Una ligera brisa vino a aliviar el sudor que cubría sus frentes. Javier avanzaba algo rezagado y Mikel se detenía continuamente para esperarlo.

—Sigue, no te preocupes por mí. Llegaré.

Mikel, empujado por la ilusión de dar con alguna pista que pudiera ayudarles a demostrar que aquel era el lugar donde se encontraban los restos de los tres presos asesinados, esquivaba todos y cada uno de los obstáculos que la naturaleza le ponía por delante. Cuando se detuvo a escasos metros de ellos, observó con detenimiento su distribución. Recordaba las indicaciones de Fernando: «Cavamos la fosa delante de los árboles a los que les habíamos atado para ejecutarlos, los que están más alejados del camino». Se acercó hasta el último, de tronco recio y copa achatada, y rozó con sus dedos las profundas fisuras de su corteza.

—¿Has visto algo? —preguntó Javier con la respiración entrecortada y acercándose hasta allí.

—No, pero éste es el que está más apartado.

Javier se aproximó, pegó su espalda al tronco y se quedó pensativo mirando hacia el camino.

—¿Qué puede pasar por tu cabeza cuando sabes que apenas te quedan

unos segundos antes de que todo acabe? —reflexionó en voz alta. Después, cuando su mente lo trasladó a aquella noche y pudo sentir la respiración del hombre que maniataba su cuerpo al tronco del árbol, se apartó de allí intimidado.

Repararon una a una las cortezas de todos los árboles que les rodeaban. Tras más de una hora de infructuosa búsqueda, abandonaron decepcionados aquel paraje. De regreso al pueblo, Mikel recordó el artículo que había escrito Patxi. Pensó que no perdían nada por intentarlo. Tal vez, algún vecino estaría dispuesto a romper aquel silencio cómplice que acalló los hechos sobrevenidos tras la fuga.

Se detuvieron ante la última casa del pueblo. Bajo su prominente alero se abrían dos ventanas de gran tamaño en el piso más elevado. En la primera altura había un único balcón, alargado y centrado en la fachada. La mujer que los observaba desde éste, parecía esconderse entre las macetas de tupidos geranios rojos.

—Buenas tardes —la saludó Mikel.

La sombra se movió para dejar a la vista un rostro sorprendido.

—Buenas tardes —respondió algo turbada—. ¿Están perdidos?

—Sí, igual podría ayudarnos.

—Ya bajo.

Cuando la mujer hubo desaparecido de su vista, Javier miró a Mikel y, como si hubiera intuido sus intenciones, asintió brevemente.

—Ustedes dirán —les dijo aproximándose hasta ellos.

—Estamos buscando un paraje que en otro tiempo fue una era, rodeada de árboles y a un kilómetro más o menos del camino que sale del cementerio —explicó Mikel con soltura.

Algo pareció turbar el semblante de la mujer antes de girarse hacia el camposanto y señalar en una dirección.

—De ese camino por el que venían se llegaba a varias eras. Entonces no se dejaba que la maleza lo invadiera todo —explicó sin poder disimular el tono amargo de su voz—. ¿Qué buscan, exactamente?

Mikel le sostuvo la mirada. Los ojos de la mujer no podían ocultar el fastidio que sentía, pero no pensaba darse por vencido tan fácilmente.

—Es una larga historia, pero se la voy a resumir: obra en nuestras manos la declaración de un requeté; en ella afirma que el alguacil de este pueblo les avisó, en la noche en la que se fugaron los presos del fuerte de San Cristóbal, de haber avistado a tres hombres saltando el muro del cementerio. Confiesa

también, que los llevaron a una era cercana y que, tras asesinarlos, cavaron una fosa en la que los enterraron.

La anciana se volvió malhumorada y echó a andar hacia su casa.

—¡Mentirosos! —gritaba fuera de sí mientras se alejaba—. ¡Periodistas de mierda! Inventáis muertos por doquier. Lástima no poder despacharos a patadas.

El portazo retumbó en el silencio del pueblo. Mikel y Javier se contemplaron atónitos, incapaces de reaccionar en ese momento. Un repetido siseo llamó su atención. Un hombre les hacía señas desde la mitad de la calle para que se acercaran.

—Vengan conmigo —les dijo, adentrándose en el portal de la que parecía su casa.

Subieron tras él a la primera planta y, todavía sorprendidos e incapaces de reaccionar, le siguieron por un largo pasillo hasta una puerta de doble hoja cerrada. La voz inconfundible de Gardel acompañaba el son arrastrado de un bandoneón, «sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando, su boca que era mía, ya no me besa más, se apagaron los ecos de su reír sonoro y es cruel este silencio que me hace tanto mal...»

La tristeza de aquel tango atravesó la puerta de roble y la piel de Mikel.

—Es mi padre. No se cansa de escuchar una y otra vez los mismos tangos, y ya pueden comprobar el volumen. Apenas oye. Agradecería que le contaran lo que han relatado a Dolores —les pidió antes de abrir la puerta.

Mikel miró a Javier. Su rostro había palidecido de forma visible.

—¿Te encuentras mal?

—Ese tango..., el pasado ha venido a visitarme —le susurró aproximándose.

—También a mí —le reconoció Mikel.

El hombre cabeceaba, acomodado en un sillón individual y pegado al aparato de música. Una ligera manta gris cubría sus piernas.

—¡Padre! —le llamó rozándole con suavidad el brazo.

El hombre se agitó sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Escucha lo que cuentan estas personas.

Volviéndose hacia Mikel, le hizo una señal para que se acercara hasta el sillón.

—Háblele fuerte, oye mal.

—Buenas tardes —le saludó ofreciéndole la mano—. Soy Mikel Unzu,

y él es Javier Lusarreta —lo presentó señalándole—. Su hijo me pide que le cuente el motivo de nuestra visita a este pueblo.

El anciano se incorporó interesado. Sus ojos, de acuosa mirada, le contemplaban impacientes y sin perder de vista sus labios.

Mikel contó con detalle la razón de su visita, y no le pasó desapercibida la tensión que se apoderó del cuerpo del anciano cuando le indicó el lugar que buscaban.

—Verdaderamente, así fue —asintió con pesadumbre cuando Mikel hubo finalizado—. Era ya entrada la noche, pero estaba desvelado. Susana me había besado aquella tarde y mi cuerpo y mi mente de adolescente se negaban a extraviar ese recuerdo, impidiéndome conciliar el sueño. Mi habitación, en el piso de arriba, daba a esta calle —dijo apuntando con el dedo hacia el balcón—. Escuché el caminar presuroso de varias personas y, poco después, un murmullo apagado que venía del final de la calle. Me asomé con cuidado a la ventana. Distinguí al alguacil en la puerta de su casa y con su rifle al hombro. Parecía indicar al mandamás del destacamento la dirección que debían de tomar. Desde mi posición pude seguir el destello dorado de sus linternas. Se detuvieron ante el cementerio. Me vestí a toda prisa y bajé por la calle de atrás. Desde el muro lateral del cementerio vi a los tres hombres, caminaban uno tras otro, encañonados por varios soldados. Se adentraron por el camino que sale del cementerio hacia el río. Les seguí. Lo que pasó después es tal y como lo ha contado usted.

—¿Sabría decirnos dónde está ese lugar?

—Claro, solo que ahora resulta complicado llegar allí. La maleza se ha adueñado de todo. Ricardo sabrá indicarles —dijo levantando el rostro hacia su hijo.

—Nunca nos lo había contado —intervino Ricardo —pero hace un par de años vimos un reportaje sobre la fuga del fuerte; revivir aquel episodio del que llevaba toda una vida huyendo, quebró su anterior determinación de enterrar aquel secreto en su tumba. Me contó esa terrible historia y decidí acudir al ayuntamiento del valle. Cumplimenté la documentación que me solicitaron. Me dijeron que había que esperar, que trasladarían la información al Gobierno de Navarra. Sinceramente, creo que no hicieron nada. A día de hoy nadie ha venido a preguntarnos sobre aquello.

»Imagínese mi sorpresa cuando he escuchado lo que estaban contando a Dolores. Aunque deben de saber que han elegido mal, ya que casualmente es la hija del alguacil. Ignoro si conoce los hechos, pero le aseguro que su bando

era el de los vencedores.

—¿Podría llevarnos hasta allí? —preguntó Javier.

—Sí.

—Yo también voy —dijo el anciano levantándose del sillón.

—Padre, es tarde, son casi las ocho —le indicó señalando el reloj de la pared—. A su paso no llegaríamos antes de que anocheciera.

—Necesitaremos su ayuda cuando se vaya a realizar la prospección del terreno antes de abrir la fosa. Sus recuerdos serán de vital importancia entonces —le explicó Mikel.

—No creo que eso suceda —dijo el anciano con resignación.

—Las cosas están cambiando, volveremos; no tenga ninguna duda.

El atardecer adormecía los sonidos del campo. Ricardo, algo adelantado, caminaba con determinación. Mikel y Javier recorrían por tercera vez el mismo camino. Para sorpresa de ambos, Ricardo se adentró en la maleza en el mismo punto que ellos habían elegido un rato antes.

—¿Ven aquellos árboles del fondo? Es allí donde están enterrados.

—Hemos estado en ese lugar —apuntó Mikel —pero no hemos visto nada que llamara nuestra atención.

—Acompáñenme.

Ricardo se movía con desenvoltura entre los matorrales. Se acercó hasta el árbol más alejado, y desde allí les hizo señas para que se aproximaran.

—Es ahí —indicó señalando un punto a unos dos metros del tronco del árbol—. Coloqué esa estaca para que no se me olvidara.

Un palo grueso y de escasa altura estaba clavado en el suelo.

—¿Su padre recordaba con tanta exactitud el lugar?

—No. Pero yo sé que están ahí.

Mikel y Javier lo miraron, conscientes de que aquel hombre guardaba su propio secreto.

—Cuando mi padre me desveló lo acontecido —comenzó a relatar Ricardo, sin perder de vista el trozo de tierra que tenían delante —me impactó sobremanera, y de alguna forma, llegué a obsesionarme con saber más sobre lo sucedido. Mi padre tenía dieciséis años cuando presencié los hechos, y, aunque nunca ha dudado que era en este paraje, no acertaba a confirmar con precisión el lugar donde cavaron la fosa. Me hicieron falta cuatro intentos antes de dar con los huesos.

—¿Están ahí? —dijo Mikel sobrecogido.

—Sí.

Ricardo introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón.

—Encontré esto junto a los huesos de la mano de uno de ellos —la alianza que les mostró había perdido su brillo—. Está grabada —les indicó ofreciéndosela.

—Carmen —leyó Mikel —8 de febrero de 1936.

—Si vienen a sacarlos de ese agujero la entregaré; puede resultar de ayuda para dar con los familiares.

—Seguro que estarán agradecidísimos por su empeño. Será un descanso para ellos poder recuperar el cuerpo de su familiar.

—Ya no hay nada más que hacer aquí —dijo Ricardo dándose la vuelta —es mejor que regresemos.

Caminaron hacia el pueblo sumergidos en lo más profundo de su espíritu, dolorido y perdido en el pasado.

35

Mikel se levantó antes de que sonara el despertador. Bebió un zumo de naranja mientras contemplaba el Paseo de la Media Luna. El rocío prendido de las hojas de los árboles acrecentaba el brillo de su verdor que, mezclado con los destellos dorados del amanecer, creaba un tapiz de inigualable belleza. Abrió la ventana e inspiró el frescor de la mañana, y notó, al instante, que su ánimo se recuperaba. Sin perder tiempo se vistió con ropa de deporte. Cogió el sobre que aguardaba sobre el mueble del recibidor y lo metió en el bolsillo de su chubasquero.

Atravesó la calle y se adentró en el Parque de la Media Luna. Rodeó el fortín de San Bartolomé y descendió por las escaleras empedradas hasta llegar a la cuesta que desemboca en las piscinas del Club Natación. Corrió siguiendo el cauce del río hasta el puente de la Magdalena y, atravesando la carretera, se adentró en los fosos del Baluarte del Redín. Un sereno silencio envolvía el camino, flanqueado por las elevadas paredes de piedra del complejo amurallado que protegía la ciudad. Recordó los paseos dominicales con su padre. Y se vio, junto a él, asomando la cabeza sobre la barandilla de hierro del mirador del frente norte de la ciudad, contemplando el monte Ezkaba y escuchando de su boca la historia de aquella fortaleza militar mandada construir por el rey Alfonso XII. Rememoró su interés por conocer cada detalle de aquella edificación ejecutada en el interior de la montaña. Y

sin haberlo previsto, cambió el rumbo de su carrera.

Desde el balcón, admiró la belleza que se extendía más allá de sus ojos. Varios grupos de peregrinos transitaban por los fosos para acceder, atravesando el portal de Francia, al casco antiguo de Pamplona. De pronto, como si quisiera llamar su atención, un inesperado viento le agitó el cabello. Desvió la mirada hacia el monte Ezkaba, y recorrió con lentitud su silueta hasta la misma cúspide. Y allí, agazapados entre la vegetación, ocultando su deshonoroso pasado, se vislumbraban los retazos de aquel campo de exterminio. Permaneció quieto, desconcertado, mecido por una brisa que parecía susurrar los nombres de aquellos desamparados hombres. Un ruido a su espalda le hizo girarse. No había nadie y, sin embargo, Mikel pudo sentir en el fantasmal abrazo del viento una energía que embriagó su cuerpo. Miró una vez más hacia la montaña y, en un íntimo silencio, pensó en las víctimas. Después retomó la carrera.

Se detuvo ante el buzón de la oficina central de correos. Acercó el sobre a las fauces del león y, cuando iba a dejarlo caer en aquella oquedad, su mano quedó agarrotada. Sintió el enfrentamiento que se desencadenaba entre su corazón y su cabeza, y, por un instante, temió perder el control de su voluntad. El nombre de Nerea, escrito con el firme trazo de su caligrafía, le hizo reaccionar y, sin más dilación, soltó el sobre. Durante unos segundos, permaneció allí, con la mirada perdida en aquella oscura abertura.

Llegó al periódico y fue directamente al despacho de Patxi.

—Llegas tarde.

—Buenos días —le saludó Mikel, haciendo caso omiso al comentario de su jefe—. Ayer estuve en Elorzua. Acompañé a Javier.

Patxi levantó la cabeza y contempló a su empleado con interés.

—Hemos dado con la fosa de los tres presos que sacaron del cementerio.

Los ojos de Patxi lo escrutaron con parsimonia. Mikel pudo percibir que sus sempiternas ojeras habían acrecentado su contorno, contrastando marcadamente con la palidez de la piel de su rostro.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy cansado, no consigo dormir más de cuatro horas.

—Deberías plantearte seriamente lo del tabaco.

—No. Te agradezco tu preocupación —le dijo, suavizando su tono de voz—. ¡Cuéntame, me tienes en ascuas!

Mikel relató lo vivido en Elorzua. Patxi tomaba notas, mientras el humo de sus cigarrillos saturaba el despacho de una densa niebla.

—Conseguirás que esta humareda haga saltar la alarma de incendios — le recriminó.

Patxi le miró con indiferencia.

—Tendréis que notificarlo al Gobierno de Navarra. Por lo que cuentas, parece que padre e hijo están dispuestos a colaborar.

—Sí, aunque creo que es mejor esperar a ver qué sucede con la solicitud realizada por Javier.

Patxi alargó de nuevo su mano hasta el paquete de tabaco. Mikel siguió con detenimiento cada uno de sus movimientos. El humo, recién exhalado, volvió a rozar su rostro; indignado, se levantó de su silla y optó por abandonar el despacho. No estaba dispuesto a aguantar ni un minuto más la poca consideración de su jefe, y, además, se tomó una pequeña revancha: de momento, silenciaría su llamada a Gonzalo.

36

Hacía mucho tiempo que no iba a la comisaría de Elizondo. La llamada de Mikel le ofreció la excusa perfecta para regresar a su primer destino. Había dejado buenos amigos allí. También a Miren. El recuerdo de su compañera despertó en él un deseo que creía profundamente adormecido. El recuerdo del aroma de su piel se coló en el coche, y penetró en su corazón, que latió acelerado. Seguía amándola, en secreto, en silencio, y con el respeto que ella había exigido.

Atravesó el túnel de Belate y, en contra de lo que esperaba, el cielo de Baztán le recibió con una luminosidad cegadora. La carretera descendía entre las montañas arropada por la belleza del valle. Hasta el viento parecía haberse tomado un respiro aquella mañana, permitiendo que el denso arbolado mostrara en todo su esplendor el manto vivificante de sus renovadas hojas. Los recuerdos se agolparon en su pecho produciéndole una enorme desazón. Gonzalo intentó desviar su mente al caso que le ocupaba para diluir la memoria de aquella sonrisa que había conseguido desbaratarle la vida.

Aparcó a un lado de la entrada de la comisaría pero antes de bajarse del coche, accedió a la galería de fotos de su móvil. Buscó a su hijo y durante varios minutos estuvo contemplándolo. Apenas tenía tres años cuando le asignaron a Miren como compañera. Le hubiera gustado no caer rendido tan fácilmente ante ella, pero nunca hasta entonces se había tropezado con una

mujer con la atracción de Miren. No podía mirarla sin sentir el alboroto de su corazón; las manos se le humedecían, e incluso su voz perdía su habitual ronquera, cuando al llegar a la comisaría la encontraba esperándole, sonriente, ante la máquina de café. En ese momento, íntimo, secreto, prohibido, se sentía más vivo que nunca. No sabría decir de dónde sacó el valor para contarle lo que le estaba ocurriendo. Fue en una noche de guardia. Estaban apostados en un arcén de la carretera y sumidos en una silenciosa oscuridad. Tampoco recordaba quién se adelantó primero para buscar la boca del otro. Pero ocurrió. Y aquel beso confirmó una verdad que ambos temían y para la que no estaban preparados. Durante dos años se valieron del trabajo para mantener ocultas sus respectivas infidelidades. La noche en la que Miren le confesó que iba a separarse, sintió miedo. Un miedo tan intenso que profanó su corazón, paralizando el amor que sentía por ella. De pronto, su hijo Aitor se interpuso entre ellos como una barrera infranqueable; la excusa perfecta para huir, para no tomar una decisión. Miren respetó su cobardía con entereza. Solo le pidió dos cosas: que solicitara el traslado a otra comisaría, y que nunca le llamara. Hasta la fecha había cumplido ambas solicitudes. Pero ahora, había necesitado volver a mirar el rostro de su hijo para protegerse, para no sucumbir a la tentación contra la que llevaba años peleando.

El inspector Mendiburu le esperaba en su despacho. Se levantó para recibirlo. Su cordial apretón de manos, le transmitió tranquilidad.

—Me alegro de verte —le dijo su antiguo compañero—. Veo que te cuidas; yo lo intento pero no hay forma de que ésta baje —le dijo, mientras se palpaba su abultada barriga.

—Sí. Aunque te confieso que cada vez me cuesta más dejar el sofá, además, me estoy convirtiendo en un auténtico laminero.

José Mendiburu asintió con complicidad.

—No sabes cómo te entiendo.

Gonzalo tomó asiento frente a su mesa y esperó, pacientemente, a que el inspector buscara entre sus papeles.

—He hecho el trabajo que me solicitaste. El teniente Jiménez está siempre dispuesto a colaborar con nosotros. Lleva más de diez años en el cuartel de la guardia civil de Elizondo y nos conocemos lo suficiente para no recelar de nuestras respectivas solicitudes. Le comenté el caso y no dudó en buscar, en los archivos de aquellos años, las denuncias por desaparición —desplazó el papel que había colocado sobre la mesa hasta él —puede que ésta sea la que buscas.

Gonzalo leyó con avidez el documento. Sabina Gamio denunciaba la desaparición de su esposo, Aniceto Arraztoa, y la del hijo de ambos, Luis Arraztoa Gamio, la noche del jueves 27 de enero de 1938.

—Déjame que haga una llamada —solicitó Gonzalo, levantándose para alejarse hasta la ventana del despacho.

—Dime, Gonzalo —respondió Mikel de inmediato.

—Hola, estoy en la comisaría de Elizondo. ¿Recuerdas si en la carta en la que Fernando Lusarreta confesaba los asesinatos indicaba una fecha?

Mikel guardó silencio unos instantes.

—Te llamo en cinco minutos.

Gonzalo metió el teléfono móvil en su bolsillo y volvió junto a la mesa.

—En cinco minutos me confirmarán si hay una fecha en la carta.

Un pequeño golpe en la puerta le hizo volverse.

—Perdón, no sabía que estabas ocupado —dijo Miren desde la puerta con el rostro contrariado.

—Pasa, Miren. ¿No piensas saludar a nuestro antiguo compañero?

—Hola, Gonzalo —le dijo aproximándose— ¿qué tal va todo? —quiso saber mientras, visiblemente nerviosa, extendía su mano.

—Hola Miren; bien, bien, todo sigue igual.

—Dale la enhorabuena, hace tres meses fue nombrada subinspectora.

Gonzalo la contempló con detenimiento y una oleada de pasión golpeó con furia sus ojos.

—Me alegro, Miren —acertó a decir con voz apagada.

La mujer evitó mirarlo cuando se acercó hasta el borde de la mesa.

—Tengo que ausentarme; ha surgido un imprevisto en casa.

—¡Vaya! había pensado invitar a Gonzalo a comer con nosotros.

—Lo siento; la chica que cuida a mi madre tiene una visita médica y no me lo había dicho. Ya sabes que no puede quedarse sola.

—No hay problema —dijo el inspector tranquilizándola—. Otra vez será.

—Adiós, Gonzalo —se despidió encaminándose hacia la puerta.

Gonzalo se adelantó para abrírsele y, en ese instante, le rozó con delicadeza el brazo.

—Me encantaría volver a verte —le susurró.

Miren, haciendo oídos sordos a aquella insinuación, no se detuvo, y, avanzando con rapidez por el pasillo, se perdió tras la puerta de un despacho cercano.

José Mendiburu le observó perplejo cuando regresó a su lado.

—No suele comportarse así, estaba incómoda.

El teléfono móvil de Gonzalo sonó en ese momento librándolo de una conversación que le hubiera resultado muy embarazosa.

—Hola Gonzalo; he llamado al hijo de Fernando Lusarreta para que comprobara lo que me has solicitado, y, efectivamente, marcaba una fecha en esa carta, enero de 1938.

—Creo que tengo los datos que necesitas. Hay una denuncia del 27 de enero de 1938 que encaja con los hechos. Falta por confirmar si quedan familiares cercanos. Te llamo cuando sepa algo más.

—Gracias, Gonzalo.

—Ya he hecho ese trabajo también —explicó el inspector cuando Gonzalo hubo cortado la llamada.

—¿De verdad?

—Ha sido sencillo, he preguntado a mi madre, tiene una memoria prodigiosa. Recordaba perfectamente a Sabina Gamio, murió en 1983 con ochenta y siete años. Su hija vive en Mendieta, un caserío cercano a Beartzun. Si quieres podemos acercarnos.

—Sí, vayamos; tal vez recuerde algo.

Salieron de la comisaría. Gonzalo, instintivamente, miró hacia las ventanas de la primera planta. Miren le contemplaba sin ocultarse. Durante unos instantes, sus miradas confluyeron, y una verdad inconfesable atravesó de puntillas ambas retinas. Después, Miren levantó la mano en señal de despedida y desapareció en el interior de la habitación.

Conducía en silencio, absorto en sus pensamientos, recriminándose su falta de tacto.

—Parece que no tienes un buen día.

—Perdona, José; ciertamente, así es.

—Si puedo ayudar...

—Gracias, no te preocupes, se me pasará.

En un intento por disimular la tensión que le agarrotaba todos los músculos del cuerpo, comenzó a valorar distintas posibilidades para dar la noticia a la hija de Sabina Gamio. El inspector Mendiburu estuvo de acuerdo con él en dejar claro, desde el primer momento, que era un suceso que debía ser investigado en profundidad.

Siguiendo las indicaciones del inspector, dejaron la carretera para adentrarse por una pista asfaltada y de pronunciada pendiente. Al final de

ésta, y rodeado de un verde prado, se hallaba el caserón de piedra. La belleza del paraje quedó suspendida durante unos instantes en los ojos de Gonzalo, que deseó un lugar como aquel para poder refugiarse en esos días en los que su infelicidad se le hacía insoportable.

—Acércate hasta la entrada —ordenó Mendiburu.

Para cuando llegaron, un hombre de mediana edad los esperaba ya junto a la puerta.

—¿Se han perdido?

—Buscamos a la hija de Sabina Gamio —le adelantó el inspector.

—Es mi suegra —respondió el hombre, sin disimular su extrañeza.

José Mendiburu sacó de su chaqueta la denuncia.

—Nos gustaría hablar con ella sobre la denuncia que puso su madre por la desaparición de su marido y el hijo de ambos —alargó el brazo ofreciéndole el papel para que lo leyera.

El rostro del hombre se contrajo sobresaltado, y, volviéndose hacia la casa, gritó un nombre. La mujer no tardó en aparecer en el umbral. Se secaba las manos con un trapo de cocina, claramente alterada.

—¿Qué ocurre?

El inspector, cuidando tanto en el tono de su voz como las palabras que utilizaba, le anticipó el motivo de su visita.

El confundido rostro de la mujer fue perdiendo el color y, sin decir nada, se adentró de nuevo en la casa.

—Sígueme —les pidió su marido.

La nieta de Sabina Gamio se había sentado en la cabecera de la mesa de la cocina. Escondía el rostro entre sus brazos. Un llanto silencioso le convulsionaba el cuerpo.

—Lo siento —dijo Gonzalo, acercándose a la mujer.

—Está en la cama; tiene ochenta y nueve años y está muy justa de salud. No quiero remover ese pasado. Bastante sufrió entonces.

—Es una decisión que respetaremos —intervino el inspector Mendiburu—. Los hechos carecen de confirmación; en este momento solo son palabras escritas en un diario por un anciano de noventa y cuatro años.

—¿Podemos pensárnoslo? —preguntó el hombre.

—Por supuesto. Simplemente queríamos trasladarles la información que tenemos y que, casualmente, coincide con la denuncia que presentó en su día su abuela.

—Sé que son ellos —afirmó la mujer—. Nunca más se oyó en el valle

un caso como ése: un padre y su hijo desaparecidos tan misteriosamente. No quiero que ella sepa que fueron asesinados. Prefiero que muera pensando que ambos cayeron a la sima al abandonar el camino habitual, intentando acortar la ruta. Es la versión que confortó a mi abuela y la que hemos querido creer toda la familia a lo largo de estos años.

—Como le he dicho antes, respetaremos su decisión, no se preocupe.

—¡Gracias! —pudo murmurar antes de romper a llorar de nuevo.

Regresaron a Elizondo. Fueron directamente al restaurante. La dueña, una prima del inspector Mendiburu, abandonó los fogones para salir a recibirles en cuanto supo de su llegada. Les acomodaron en una mesa situada junto a un ventanal, desde el que se veía la presa y el puente de Txokoto. Gonzalo, instalado en su asiento, sintió un inusual frío recorriéndole la espalda. La casa de los padres de Miren quedaba justo al lado del puente. Pudo sentir su presencia tras aquellos muros de piedra. El deseo de tenerla de nuevo entre sus brazos, dejó reducido a cenizas el control que había ejercido sobre su corazón durante tantos años.

—Gonzalo, ¿estás bien?

—Perdona, José —se disculpó—. Estaba absorto en la bonita vista que se nos ofrece desde esta mesa.

José Mendiburu le observó un momento, y sin hacer ningún comentario, bajó el rostro hacia la mesa y se centró en la carta que tenía abierta sobre su servicio.

—¿Me dejas que te aconseje?

—Por supuesto, pide lo que quieras, no tengo duda de que todo estará buenísimo.

La sobremesa se alargó hasta cerca de las seis de la tarde. La conversación giró, en gran medida, sobre sus respectivos trabajos; aunque Gonzalo no desaprovechó la oportunidad para recabar información sobre Miren. Las palabras de José Mendiburu sobre la subinspectora Larrain, dejaron patente el gran aprecio que sentía por su compañera de fatigas.

—Es una mujer especial —confirmó con deje paternal—. Nunca jamás la escucharás quejarse, y créeme que tiene motivos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Gonzalo, intentando disimular el desasosiego que le había ocasionado la afirmación de su acompañante.

—Tiene su madre afectada de Alzheimer, en un estado muy avanzado de la enfermedad. Pese a todo, compagina el trabajo con la dedicación exclusiva a su cuidado.

—¿Está sola? —preguntó Gonzalo con miedo.

—Sí, y eso es algo que tampoco entiendo.

Gonzalo se sintió reconfortado, aunque, unos segundos después, se avergonzó profundamente de su egoísmo.

—Debería irme ya, Aitor llegará a casa sobre las siete.

—Sí, se nos ha hecho tarde. Hoy me he librado del paseo —confesó Mendiburu agradecido—. Marisa me obliga a andar todos los días, salimos sobre las cinco de la tarde. Se habrá ido con su hermana —confirmó mirando su reloj.

Ambos inspectores se despidieron efusivamente junto al coche de Gonzalo.

—Espero que no tardes tanto tiempo en regresar. Acércate un fin de semana con tu mujer y el chico, podemos pasar un buen día.

—Eso está hecho —mintió Gonzalo.

Sentado ante el volante de su coche, volvió a mirar su teléfono móvil. Miren no había dejado ningún mensaje; ni tampoco le había llamado. Sí que había un mensaje de voz de su mujer. Se iba al cine con una amiga y no iba a llegar a casa hasta las diez de la noche. Debía ocuparse de ayudar a Aitor con los deberes y de preparar la cena. Asumiendo su realidad, arrancó el vehículo y emprendió el viaje de regreso a Pamplona.

37

La monotonía de los últimos días había apagado su ánimo. Mikel deambulaba del trabajo a casa, y de casa al trabajo, sin más aliciente que comprobar cada día si había correspondencia en su buzón. Sorpresivamente, las visitas a Javier resultaban una buena terapia para su espíritu. Había surgido entre ambos una complicidad en la que resultaba sencillo hablar de sentimientos; una brizna de luz se abría paso en sus cerrados corazones.

Aquella mañana había salido a correr antes de lo habitual. A su vuelta, le extrañó que la lucecita roja de su teléfono móvil parpadeara tan madrugadora. Tenía una llamada perdida de Gonzalo.

—Hola, Gonzalo, he ido a correr un rato.

—No es urgente, me gustaría tomar una cerveza, cuando puedas.

El tono abatido de su amigo le preocupó.

—Hoy mismo podría; saldré a las seis del periódico, ¿te viene bien?

—Perfecto, te recojo en tu casa.

—De acuerdo.

Mikel no pudo disimular su desilusión. Por un momento había albergado la esperanza de que Gonzalo llamara para notificarle el cambio de parecer de la nieta de Sabina Gamio. Su negativa a la investigación de lo ocurrido a su abuelo y a su tío, le había caído como un jarro de agua fría. No acababa de entender su decisión, aunque sabía que debía respetarla.

Los destellos azulados de la sirena de la ambulancia, estacionada ante la puerta de acceso al periódico, le helaron la sangre. Aparcó a escasos metros de ella y corrió hacia la entrada.

En la recepción, Itziar lloraba desconsolada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Patxi —pudo responder conmovida—. Están intentando reanimarlo.

Mikel subió con rapidez las escaleras que conducían a la primera planta y atravesó velozmente el pasillo. Sus compañeros, visiblemente descompuestos, esperaban ante la puerta del despacho de su jefe.

—¿Se sabe algo?

—Todavía no; el equipo médico está dentro —le contestó Fermín—. Ha sido terrible, la pobre Itziar se lo ha encontrado desvanecido sobre la mesa. Había intentado pasarle un aviso varias veces y le ha extrañado que no contestara, y ha subido a ver qué pasaba. El resto te lo puedes imaginar...

La puerta del despacho se abrió en ese momento. Patxi respiraba, una mascarilla de oxígeno le cubría prácticamente el rostro. Cuando la camilla pasó a su lado, Mikel le rozó la mano. Patxi abrió los ojos y, durante esos instantes, Mikel pudo comprobar el abismo que se abría en su mirada. Después, los párpados de su amigo cayeron rendidos.

Mikel contempló, desde la ventana de su despacho, cómo la ambulancia se alejaba del periódico dejando tras de sí el eco de su alarmante sirena. Un profundo vacío le cubrió el cuerpo. Se agitó incómodo, como si de esa forma pudiera sacudirse la sombra de la muerte. La melodía de su teléfono móvil rompió el silencio. Se acercó hasta la mesa sin ganas de atender la llamada.

—Hola, Mikel.

—Buenos días, Javier —le contestó algo aturdido.

—Me han llamado del Gobierno de Navarra. Quieren que pase por allí. ¿Podrás acompañarme?

—¿Cuándo has quedado?

—Espero que no sea un problema. Dentro de una hora.

—Puedo arreglarlo. No creo que hoy haga nada aquí. Patxi ha sufrido un infarto —le explicó— y estoy demasiado afectado.

—Vaya, lo siento, pero...

—No, no ha muerto. Han conseguido que recuperara el latido, pero su estado es grave.

—En ese caso, no te preocupes; iré solo.

—No, me vendrá bien salir de aquí. En una hora nos vemos. Espérame junto a la entrada al Palacio.

—Sí, allí estaré. Gracias, Mikel.

Lo distinguió de lejos. Apoyado contra la pared de enfrente a la entrada de la Diputación Foral de Navarra, disfrutando el sol del mediodía. Cuando estuvo a su altura, comprobó satisfecho el reflejo tranquilo del semblante de Javier.

—Subamos —le propuso palmeándole la espalda.

El responsable del Comité Técnico de Coordinación les esperaba en su despacho. Se levantó para recibirlos.

—Buenos días —les saludó aproximándose para estrecharles la mano—. Siéntense, por favor —les dijo, señalando los dos sillones que había al otro lado de su mesa. Él ocupó el suyo.

—Tras analizar su solicitud y el informe presentado, el Comité que represento ha evaluado positivamente la viabilidad del resto de actuaciones para la exhumación de la fosa. Siguiendo el protocolo que marca la Ley, hemos elaborado el proyecto de intervención. Hoy hemos recibido la autorización del Ayuntamiento de Ultzar para la limpieza y posterior prospección del terreno —les indicó abriendo la abultada carpeta que tenía sobre la mesa—. Nos faltaría confirmar con la Sociedad de Ciencias Aranzadi la fecha en la que podrían realizar las exhumaciones. Ayer mismo hablé con Paco Etxeberria, una eminencia en medicina legal y forense —les aclaró—. Participa activamente en la exhumación de fosas de los asesinados durante la guerra. Está muy interesado en este caso —en ese momento elevó el rostro y contempló a Javier con gesto de disculpa—. Me permití la licencia de desvelar parte del contenido del diario de Fernando Lusarreta.

—No se preocupe. Entiendo que es necesario conocer el mayor número de detalles antes de emprender una actuación de este tipo.

—Debe finalizar un trabajo antes de meterse de lleno con nuestro caso.

—¿Sabe de cuánto tiempo hablamos? —quiso saber Javier.

—No con exactitud, pero creo que no se va a demorar demasiado.

Mikel aprovechó el momento para relatar su visita a Posada de Valdeón. Narró el encuentro con Ana María Salas Gómez, hermana y sobrina de dos de los presos desaparecidos tras la fuga. También le hizo partícipe de las coincidencias que les habían hecho barajar la posibilidad de que fueran ellos los dos presos asesinados y enterrados junto a la madre de Javier.

—No quiero desanimarles, pero no suele ser habitual que estas casualidades terminen bien —intervino el funcionario algo abatido.

—Está dispuesta a intentarlo —confirmó Mikel—. Como dijo la propia Ana María, «si han hecho falta setenta y seis años para que alguien se interese por lo que pudo ocurrirles a mi hermano y a mi tío, no seré yo la que impida confirmar si esos son sus cadáveres. Iré a Navarra o al fin del mundo si hace falta.»

—A todos nos gustaría que fuera así, que cada fosa abierta devolviera las víctimas a sus familiares. Pero no se imaginan la cantidad de restos que tenemos sin identificar. Ha pasado demasiado tiempo.

—Eso es lo que va a ocurrir con la otra fosa; la que está en el término municipal de Elorzua —apuntó Mikel—. Conocemos la ubicación exacta; de hecho, el vecino que nos mostró el lugar ha comprobado que están ahí.

—¿Qué quiere decir?

—Su padre había presenciado la ejecución de los tres presos, aunque desconocía el lugar concreto del enterramiento. Fue empeño del hijo excavar varios agujeros hasta dar con los restos. Marcó el lugar con una estaca.

—Eso facilita mucho las cosas. Hoy mismo iniciaré los trámites para abrir ese expediente. ¿Sabrían decirme el nombre del vecino que les ha dado las indicaciones?

—Es el hijo de Rufino Aranaz, Ricardo. Según nos contó, hace unos años dio parte de los hechos en el ayuntamiento del valle, pero hasta la fecha, nadie se ha puesto en contacto con él.

El hombre afirmó silencioso mientras apuntaba el nombre.

—Tristemente esa ha sido la dinámica durante muchos años, dejar que el tiempo pasara, como si los sentimientos tuvieran caducidad —aseveró molesto—. Si les parece les explico el procedimiento.

Mikel y Javier se aproximaron a la mesa con el fin de visualizar mejor el esquema que el funcionario tenía preparado.

—En primer lugar debemos tomar las muestras de ADN. Nosotros le suministraremos el material y las explicaciones pertinentes para que se realice

un frotis bucal —dijo dirigiéndose a Javier—. La muestra deberá entregarla aquí mismo. Nuestro personal se encargará de trasladarla al laboratorio para su guardia y custodia hasta el análisis. Cuando realicemos la exhumación de la fosa, se recogerán muestras óseas que se entregarán en ese mismo laboratorio. En un primer momento, se realiza el análisis de los huesos, y después, el de las muestras indubitadas. En caso de que el dictamen del laboratorio no descarte el parentesco entre el perfil genético del desaparecido y el de la muestra indubitada, se considerará finalizada la identificación. En este caso se entregarán los restos óseos a la familia.

»Tengo que advertirles que el estudio de exclusión de parentesco depende, en gran medida, del estado de los huesos. El análisis para obtener un perfil genético de hueso puede llevar entre cuatro y ocho días. El perfil de un frotis bucal, se puede obtener en seis horas. Cotejar ambos perfiles es cuestión de minutos, pero eso sí, resulta más complicado cuanto más alejado es el parentesco.

»En el caso de Ana María Salas, si me dan sus datos, nos pondremos en contacto con ella. ¿Habría algún familiar que podría ayudarla para recoger la muestra?

—Sí, vive con su hija.

—En ese caso, mandaremos el material para que ellas mismas se realicen el frotis bucal. Llamaré para explicarles a ellas esto mismo que les estoy contando.

—Se verán encantadas —aseguró Mikel, antes de darle la dirección y el teléfono de la familia Salas Gómez.

—Tendrán noticias mías en cuanto Paco Etxeberria me confirme la fecha para la exhumación de la fosa. Les adelanto que es un acto sobrecogedor.

—Me imagino que sí —declaró Javier —y más cuando sabes que esos huesos son de un familiar.

—Eso por descontado.

Tras abrir el cajón, sacó de él un envoltorio precintado.

—Esto es un hisopo bucal. Cuando lo tenga listo, nos lo entrega —dijo ofreciéndoselo a Javier—. Ya me disculparán, pero tengo otra cita en diez minutos —confirmó, mirándose el reloj mientras se levantaba para acompañarles hasta la puerta de su despacho.

En la calle, Mikel rechazó la propuesta de Javier para ir a comer a su casa. Quería volver al periódico por si había noticias de Patxi, y para ayudar

en la reestructuración de funciones. Comería algo en el bar que quedaba enfrente de las oficinas, y después acudiría a la cita con Gonzalo.

El informe médico sobre el estado de Patxi era esperanzador. Confirmaba que su corazón mantenía un ritmo cardiaco normal y que, con disciplina y control, pasados unos meses, podría volver a retomar su vida. Mientras, Fermín Egaña, subdirector del periódico, iba a asumir el mando y la gestión de la empresa. Todo el equipo se mostró dispuesto a colaborar para que el trabajo no se viera afectado.

Mikel regresaba a casa dándole vueltas a la llamada de Gonzalo. Tenía un presentimiento... Su mirada esquiva, el tono distante, incluso esa huella de furia contenida, eran síntomas que tristemente reconocía en sí mismo.

38

Gonzalo paró el coche en doble fila y le hizo señas para que se acercara. Su rostro demacrado preocupó a Mikel.

—Sube, vamos a ir a un lugar tranquilo.

Una magnífica fuente recibía al cliente nada más traspasar la puerta del local. El agua fluía en un relajante gorgoteo que parecía sincronizar a la perfección con la música que sonaba de fondo. Distintos apartados, tenuemente iluminados, conformaban un círculo perfecto a su alrededor. Gonzalo se decantó por el segundo de éstos. Tomaron asiento uno enfrente del otro.

—En este lugar preparan unos gin tonic perfectos —apuntó Gonzalo.

—Me lo has quitado de la boca; la verdad es que el ambiente pide a gritos un buen combinado.

Gonzalo esperó a tener las bebidas sobre la mesa.

—Supongo que estarás preguntándote qué ocurre. No suelo actuar de esta manera...

—Pues si te soy sincero, tu llamada no me ha sorprendido demasiado.

Su amigo le miró y guardó silencio, como si en ese preciso momento se hubiera arrepentido de lo que iba a contar.

—Lo sé porque yo adolezco del mismo mal —confesó Mikel—. Lo llevamos marcado en los ojos.

Gonzalo lo examinó detenidamente y, mientras su rostro recuperaba la compostura, asintió derrotado.

—Me porté como un auténtico cobarde. Todavía me avergüenzo —se detuvo para dar un largo trago a su gin tonic—. Amo a una mujer a la que aparté de mi lado. Trabajábamos juntos en la comisaría de Elizondo y durante dos años mantuvimos una relación que ocultamos al resto del mundo. Tu llamada fue la excusa perfecta para regresar junto a ella. Confieso que ha sido un trabajo totalmente interesado.

Mikel contemplaba a Gonzalo sin terminar de creer que se estuviera sincerando, precisamente, con él. Aunque pudo vislumbrar la razón.

—No puedo quitarme a Miren de la cabeza. Lo vi en sus ojos el día que nos encontramos en la oficina. Sé que siente algo todavía, sin embargo, no encuentro el valor para dejar a Txaro.

—Muchos hombres llevamos ese mismo cobarde en nuestro interior. En unos casos más marcado que en otros, pero en general, casi todos somos superados por el pánico a abandonar nuestra zona de confort. Normalmente, son ellas las que acaban tomando la decisión de marcharse y para entonces, ya les hemos hecho demasiado daño.

Gonzalo se recostó en su sillón; parecía afectado por las palabras de Mikel. Sus ojos se habían perdido en su interior, probablemente revisando su comportamiento de los últimos días.

—Yo también hice daño a Nerea. Si quieres un consejo, busca tu felicidad. De otra forma, culparás constantemente a los que tienes a tu lado de tu propia desgracia, y estarás siendo tremendamente injusto con ellos.

—Txaro ni se lo imagina...

—Me extrañaría muchísimo que fuera así. Llevas marcado el descontento en tu rostro. Son más fuertes de lo que siempre nos han hecho creer. Desde niñas están acostumbradas a luchar, en casa, en el trabajo, en la calle... te aseguro que te sorprenderás de su capacidad para afrontar los problemas.

—Tal vez tengas razón.

Mikel se mantuvo en silencio. Una bilis amarga le trepaba por la garganta recordándole su propia cobardía. Contempló a su amigo y, como si de un espejo se tratara, pudo verse reflejado en él. Asqueado, apartó la mirada.

—¿Puedo preguntarte por qué me has elegido para esta confesión?

Gonzalo dio un respingo en su asiento, claramente incómodo con la pregunta. Bebió un nuevo trago de su copa y bajando los ojos hacia la mesa, le dijo:

—Ambos hemos cometido el mismo error. Nos hemos apartado de nuestros amigos encerrándonos en nuestro propio infortunio. Almas orgullosas e incapaces de pedir ayuda. Pensé que si alguien podía entenderme eras tú.

—Te agradezco la confianza. Pero me vas a permitir que te dé un consejo: no vuelvas a engañarte pensando que el tiempo te ayudará, eso no pasa, el tiempo solo viene a confirmarte lo tonto que has sido.

—Gracias, Mikel —la voz de Gonzalo sonó emocionada.

La noche de junio, cálida y apagada, acompañaba a Mikel por las calles silenciosas de Pamplona. Miró al cielo, su profunda negrura le constriñó el alma. De pronto, el silencio de Nerea le dio miedo. El manto glacial de un enorme pánico envolvió su cuerpo. Aceleró la marcha mientras buscaba en su cabeza un refugio seguro que pudiera librarlo de aquella carga. Un insoportable frío le agarrotó las piernas. Miró tras de sí, y una voraz oscuridad cayó sobre él derrotándolo.

39

La sábana le cubría el rostro, pero no la apartó aunque tenía la frente empapada en sudor. Se sentía tan avergonzado, que incluso en la soledad de su casa necesitó esconderse de sí mismo.

Las voces le habían hecho volver en sí. Un grupo de jóvenes rodeaba su cuerpo desplomado sobre el suelo. Le costó entender qué estaba sucediendo, pero cuando su cabeza se recuperó del aturdimiento, se incorporó como un rayo y, mientras se alejaba precipitadamente de ellos, dejó caer algunas palabras de agradecimiento. Recorrió la Avenida de Carlos III a una velocidad inusitada para alguien que acaba de recuperarse de un desmayo, y cuando llegó a la esquina con la calle Emilio Arrieta, apretó a correr hasta el portal de su casa. Tuvo que meterse a la ducha y dejar que el agua borrara la amargura que impregnaba su piel. Y allí, oculto entre el vaho, decidió que no podía seguir así.

Patxi permanecía en la UCI. Aprovechó el momento de visitas para acercarse hasta allí. El cristal que permitía ver al paciente, estaba ocupado. Se

aproximó con la esperanza de poder colarse a la primera posición y saludarle.

—Hola —una de las dos mujeres que contemplaban al enfermo, se volvió—. Soy Mikel, compañero de Patxi —se presentó.

La otra se apartó de inmediato de la ventana, cediéndole su plaza.

—Salúdele, se verá contento.

A Mikel se le cayó el alma a los pies cuando enfrentó la mirada de Patxi, derrotada y vacía. Colocó la mano sobre el cristal e intentó sonreír.

—¡Qué susto nos has dado! —le recriminó en tono jocoso.

Patxi encogió los hombros y, haciendo un gran esfuerzo, alargó sus labios conformando un gesto amable en su boca.

Durante un tiempo impreciso, permanecieron así, contemplándose sin decir nada, dejando que sus ojos, de esa forma tan suya, se hablaran.

—Nos ha dicho el médico que si sigue así, en unos pocos días bajará a la habitación —le aclaró una de las mujeres.

—Son mis hermanas —le aclaró Patxi, con voz cansada.

—Encantado —y aproximándose a ellas las besó en ambas mejillas.

—Estoy agotado; marchaos a vuestros respectivos quehaceres —murmuró Patxi, ladeando la cabeza hacia el otro lado de la cama.

Mikel asintió satisfecho. Patxi volvía a ser el mismo gruñón de siempre.

Salió del hospital y condujo hasta el parking de El Corte Inglés. Buscó el servicio de viajes y esperó a que le atendieran.

—Quiero un billete de avión para ir a Brazzaville.

—Muy bien, caballero. ¿En qué fecha?

—En septiembre.

—Veamos qué tenemos...

La joven tecleó algo en su ordenador y, mientras esperaba respuesta, le miró con ojos curiosos.

—Es un país precioso, no le dejaré indiferente.

Mikel no contestó, se limitó a contemplarla complaciente.

—Tenemos un vuelo directo Madrid-Brazzaville el 21 de septiembre.

¿Le va bien?

—Creo que sí.

—Está bien de precio, novecientos cincuenta y dos euros. ¿Quiere que haga la reserva?

—Sí.

Javier le llamó excitadísimo.

—Mikel, tenemos fecha para la exhumación: el lunes 28 de julio. Acaban de llamarme.

—¿Hoy sábado?

—Sí, por lo que se ve están trabajando.

—Perfecto. Voy a llamar a Ana María. Se verá contenta. Por cierto, hoy que estoy de fiesta te invito a comer a casa.

Javier se quedó callado y tardó en contestar.

—De acuerdo, llevo el vino.

Mikel se acercó hasta el mercado del segundo ensanche. Conocía de memoria la ubicación de la mayor parte de los puestos. De niño acompañaba a su madre a hacer la compra de los sábados. Más adelante, perdió aquella costumbre. La convivencia con Nerea le arrastró de nuevo a deambular entre sus pasillos, a dejarse envolver por su variado murmullo de voces y a revivir aquella mezcla especial de olores.

Se acercó al puesto de Iñaki, el carnicero le saludó con el mismo cariño, obviando su larga ausencia. Compró dos chuletas de vaca. Después, queso, fruta, lechugas, huevos... Cargado con las bolsas y de camino hacia la salida, vio por el rabillo del ojo el puesto de Nuria. Se acercó con timidez.

—¡Mikel! —le saludó la mujer dando un alegre grito, antes de perderse debajo del mostrador para salir a su encuentro—. No sabes cuánto me he acordado de vosotros —le dijo abrazándole fuertemente.

Mikel no supo qué decir. Hundió su cabeza en el pelo rizado de Nuria e inspiró su agradable aroma.

—¿Te pongo un ramillete de siemprevivas? Están preciosas.

—Sí —pudo decir con la voz entrecortada. Nerea adoraba la humildad de aquellas flores; decía que siempre estaban ahí, sin hacer ruido, casi escondiendo su delicada belleza.

Pagó el ramo a Nuria y se despidió con la firme promesa de no tardar mucho tiempo en dejarse ver. Salió al exterior del mercado y subió por la calle Olite hasta la calle Castillo de Maya. Entró en la pastelería Torrano. Nada más acercarse al mostrador, su boca salivó agradecida. Sus ojos realizaron un viaje en el tiempo para situarlo delante de aquel mostrador de cristal y con esa misma sensación de placer e indecisión de su infancia.

—Media docena de Jesuitas —solicitó a la empleada—. Los pastelitos de hojaldre y crema, eran sus preferidos.

Mientras le envolvían su pedido, buscó la mesa en la que solían sentarse de niños. Era cita obligada, en todos y cada uno de sus cumpleaños, acudir a la pastelería y merendar los cuatro hermanos el pastelito que eligiera el homenajado. Aquel recuerdo le hizo pensar en su hermano Iñaki. No se habían visto desde Navidad. Vivía en Sevilla y cada vez demoraba más sus visitas. Había prometido venir en julio, para Sanfermines. Aprovecharía entonces para dar la noticia a toda la familia.

Llegó a casa con el tiempo justo para preparar los entrantes. Puso la mesa en la sala y se sirvió un vermú.

Javier llegó puntual, con una botella de Luis Cañas.

—Adoro ese vino —le dijo, arrebatándoselo de las manos.

—Está catalogado como uno de los mejores. Me suelo dar algún que otro capricho —confesó divertido Javier.

Mikel esperó a la sobremesa para desvelar su secreto.

—Voy a irme con ella —dijo, acercando la taza de café a su boca.

Javier alzó levemente la cabeza y le miró sorprendido.

—He pensado solicitar una excedencia de dos años en el periódico. Ya he comprado el billete de avión.

—Es lo que debes hacer. ¿Has tenido noticias tuyas?

—No —respondió con pesadumbre—. Espero que un día de estos llegue su carta. Sé que contestará.

—Me alegro mucho, de verdad, aunque confieso que te voy a echar de menos.

Mikel pudo percibir cómo la congoja de su amigo se transformó, momentáneamente, en una nube de tristeza que cubrió a ambos.

—Seguiremos en contacto, no te preocupes.

—Eso espero. ¿Has llamado a Posada de Valdeón?

—Sí, y no te imaginas lo agradecidas que están. Parece que Lourdes y el párroco van a acompañarlas. Tendremos que buscar alojamiento para todos ellos.

—En esas fechas no habrá problemas. Yo me encargo —dijo solícito Javier.

El resto de la tarde sirvió para que Javier hablara a Mikel de aviones de madera, de bombas imaginarias que devastaban la escuela de su barrio, de su amigo Pedrito, del sufrimiento de ambos en aquella infancia lejana. Después,

se le oscureció la mirada al pronunciar, con evidente pudor, la palabra amor. Y no pudo evitar que se le quebrara el gesto cuando puso voz a su miedo, a su imperdonable ausencia, a la muerte de su amigo.

Mikel escuchó conmocionado la historia de Javier. No supo qué palabras podían transmitir el abanico de emociones que invadían su espíritu en aquel momento.

—Lo siento, Javier —acertó a murmurar.

—Las equivocaciones hay que enmendarlas cuando uno está a tiempo. De no hacerlo, son una pesada carga, te lo aseguro. Viaja al Congo, reúnete con ella y pídele perdón.

Mikel se levantó y se acercó hasta el armario. Abrió uno de sus cajones y extrajo el portarretratos.

—Te presento a Nerea —le dijo, acercándole el retrato.

Javier la contempló con calma. Se perdió en el rostro de aquella mujer que parecía querer esquivar el objetivo que la enfocaba. En sus ojos, de un brillante y difuso azul, se dibujaba una tímida sonrisa. Transmitía serenidad.

—Parece encantadora —dijo posando con delicadeza la fotografía sobre la mesa—. Seguro que nos entenderemos bien.

Mikel palmeó cariñosamente la espalda de Javier.

—No tengas duda de que así será.

41

Mikel contemplaba desde la ventana del salón la estela blanca y roja que invadía la calle. Deseó que aquel brillo de desbordante alegría penetrara también en su piel, pero sus poros se habían cerrado a cal y canto. La fuerza y determinación de los días anteriores se había desvanecido; de hecho, llevaba dos días sin mirar el buzón. Había perdido la esperanza de que Nerea contestara. Una mezcla de desilusión y frustración le habían sumido en un profundo estado de apatía.

Su teléfono móvil sonó, pero no hizo mención de ir a cogerlo. Pensó en su hermana Begoña, insistiendo de nuevo para que acudiera al restaurante. Toda la familia había quedado para almorzar antes del chupinazo. Pero se sentía incapaz de formar parte de la fiesta. Lo que realmente deseaba era desaparecer de Pamplona durante esos días. Se cortó la llamada. Agradeció el silencio. Asió la maleta y, aproximándose a la mesa, cogió el teléfono móvil.

Antes de guardarlo en el bolsillo de su pantalón la melodía de llamada volvió a expandirse por el salón.

—Dígame —contestó con la boca completamente seca.

—Hola, Mikel.

La voz de Nerea le empañó los ojos. Desanduvo sus pasos y se dejó caer sobre el sofá.

—Hola, cariño —pudo decir con un hilo de voz.

—Hace dos días que me entregaron tu carta —las palabras temblaban al salir de la boca de su mujer—. Ya no estoy en ese hospital. Me la trajo un compañero que había ido allí para reponer suministros médicos. Tengo un día entero de viaje para llegar al teléfono más cercano. Estamos en una región muy desabastecida.

—¿Te encuentras bien? —la interrumpió preocupado.

—Sí, cansada... y feliz.

Mikel guardó silencio. No supo qué decir. En su mente, las palabras iban y venían presas de un gran desconcierto.

—Conseguiste hacerme llorar —confesó Nerea—. Pensaba que me habías olvidado —murmuró bajando el tono.

—Nerea, amor mío, no te imaginas lo que te echo de menos. Perdóname...

—Ven, Mikel, te necesito tanto...

—El 21 de septiembre llegaré a la capital. Ya tengo el billete.

El sollozo de su mujer se coló en su interior como una nutriente sabia. Mikel sintió revivir, su cuerpo se le antojó liviano, volátil.

—Te estaré esperando. Tengo que dejarte, hay una fila de treinta personas. Es la única cabina telefónica en kilómetros.

—¡Te quiero, no lo olvides! —soltó presuroso.

—Yo también a ti.

Mikel se tumbó en el sofá. Necesitaba un rato para asumir lo que acaba de vivir. Cerró los ojos y mantuvo el tono de voz de Nerea en su mente, repitió una y otra vez cada una de sus palabras, grabándolas en su corazón.

El estruendo del cohete lo devolvió a Pamplona. Se levantó del sillón y con rapidez se encaminó hacia su habitación. Recuperó del armario el pantalón y la camisa blanca. Se colocó la faja roja a la cintura y el pañuelo, del mismo color, al cuello. Llamó a su hermana Begoña y, sorteando la maleta, salió al encuentro de su familia.

Avanzaba entre el gentío con radiante felicidad. La mañana era calurosa

y las aceras y calles estaban repletas de pamplonicas, disfrutando entre brindis y pasacalles del arranque de la fiesta. Distinguió a su madre flanqueada por Miren y Begoña. Los niños corrían a su alrededor contagiados del jolgorio. Se aproximó sigiloso y rodeó con sus brazos a las tres mujeres. Su hermano Iñaki sonrió divertido y no tardó en unirse al enrevesado abrazo que fundía en ese momento a su familia.

La fiesta envolvió a la familia Unzu Arriola. La noticia del viaje de Mikel al Congo hizo que todos alzaran sus copas para realizar un emocionado brindis. En ese momento, la voz serena de Antonia Arriola se elevó sobre el alboroto reinante en el comedor del restaurante:

—Muchas veces he pensado qué podría decirte cuando te fueras. Porque sabía que ese día iba a llegar. Y aunque en mi cabeza había imaginado un sinfín de discursos, voy a ser breve. Sé, hijo mío, que añoraré tus besos, tus abrazos, tu risa... y aún así, quiero que sepas que hoy mi corazón está feliz y reconfortado. Dispuesto a emprender un nuevo viaje.

Entonces, mirando a toda su familia y con la voz entrecortada afirmó:

—Desde hace tiempo mi vida es un continuo paseo, porque allí donde se encuentra cualquiera de mis hijos, mi alma está con él.

42

Herminia caminaba sujetándose al brazo de Javier.

—Hace muchos años que no voy allí. Pero estoy contenta de poder hacerlo en tu compañía.

Javier le agarró con cariño la mano que llevaba apoyada en su codo.

—Cuando necesites que nos detengamos pídemelo. No hay prisa en llegar.

—Estoy más en forma de lo que te parece. Si bien es cierto que me sobran algunos kilos, todavía estoy fuerte.

—Buenos días, Herminia y compañía —les saludó un vecino del pueblo que venía por el camino.

—Hola, Germán, hoy has madrugado.

—Sí, me he acercado hasta la borda de Severino. Todavía no termino de creerme que su hija esté ahí. ¡Asesinos de mierda! —vociferó escupiendo al suelo.

Javier miró sorprendido a su tía.

—Todo el pueblo lo sabe. En el último pleno, el ayuntamiento aprobó por unanimidad dar apoyo al Gobierno de Navarra en todo lo necesario para la exhumación de la fosa. La noticia ha creado una gran conmoción entre los vecinos. Todos están dispuestos a colaborar. El hijo de Regino, un primo lejano de tu abuelo —le aclaró—, con ayuda de gente del pueblo está limpiando el terreno. Como viste, estaba muy abandonado.

En ese momento, Javier sintió un gran sosiego. Y de una forma inesperada, Ultuzar, se acomodó en un lugar destacado de su corazón.

—Varios vecinos quieren estar presentes el día de la exhumación.

—Será bueno sentirnos acompañados —afirmó complacido.

—Sí, Javier, es gratificante sentir que hay personas a las que les importas. ¿Has pensado dónde te gustaría enterrarla?

—En un lugar al que pueda acudir a visitarla.

—La familia Iturbe tiene un panteón en el cementerio, no es un mal sitio.

—Le gustará estar entre los suyos.

La mano de Herminia presionó con cariño el brazo de Javier.

—¡Qué alegría tenerte aquí!

El prado que cercaba la borda parecía otro lugar. Un grupo de vecinos se empleaba a fondo en desbrozar el terreno. El remolque del tractor estaba a rebosar de maleza. Javier contempló el espacio bajo el que, presumiblemente, se encontraba la fosa. El muro espinoso había desaparecido. Una sensación de accesibilidad le hizo acercarse hasta allí, mientras mentalmente contaba sus pasos. Con el que hacía el número cincuenta se detuvo. Sin percatarse de que era observado por todos los que le rodeaban, se dejó caer de rodillas sobre la tierra. Posó sus manos sobre ella y en un susurro imperceptible, habló a su madre:

—Ya queda poco. Ahora podré velar tu eterno sueño.

El sollozo de Herminia le hizo elevar el rostro. La anciana se había acercado hasta él y contemplaba sobrecogida la escena.

43

Mikel examinó abatido el cielo encapotado. Un viento incómodo agitaba las hojas de los árboles del parque, y pudo presentir su aliento húmedo a través del cristal. Las primeras gotas de lluvia golpearon con furia el ventanal del

salón. No había llovido en todo el mes de julio, y que, casualmente, lo hiciera aquella mañana del día veintiocho consiguió enfadarlo. Cogió el chubasquero del armario y salió hacia el hotel Maisonnave, punto de encuentro con el grupo de Posada de Valdeón.

Protegido bajo su paraguas, caminaba ajeno al silencio que le rodeaba. Pamplona se despertaba, perezosa, aquel lunes oscuro y ventoso. En su cabeza, secuenciaba lo ocurrido el día anterior. Javier y él habían quedado en la puerta del hotel para recibir al séquito de Ana María Salas. Le bastó con observar un instante a su amigo para adivinar que no había pegado ojo. Su mirada volvía a estar recubierta de esa febril desazón que conseguía arrastrarlo a un profundo abismo.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó, pasados unos minutos de incómodo silencio.

—¿No lo sabes? —le contestó Javier con cierta ironía.

—Pues no, no lo sé —el tono de Mikel sonó distante y Javier cambió el gesto.

—¿Cómo vas a presentarme?

Mikel le mantuvo la mirada y aguardó unos segundos antes de contestar.

—Tal vez no lo haga, tal vez tengas que ser tú mismo el que decida cómo presentarse.

El miedo afloró en el rostro de Javier.

—Mi padre mató a sus familiares. No sé qué puedo decirles.

A Mikel se le ablandó el corazón, pudo entender que, en ese momento, el miedo de Javier tenía nombre y apellidos.

—No debes olvidar que tú eres una víctima más de aquel episodio. Tu madre está en esa fosa. Mira, son ellos —le indicó, señalando al grupo de personas que se aproximaba por la mitad de la calle.

Ana María caminaba sujeta al brazo de su hija Pili, acompañadas por Cinta y su tía Lourdes. Detrás, don Enrique junto a dos hombres, el marido de Pili y uno de sus hijos, supieron tras las presentaciones.

Los acomodaron en una mesa redonda en uno de los costados del comedor. La comida resultó amena. Don Enrique, y sus chascarrillos de cura viejo, consiguieron que la fragilidad patente en el ánimo de todos ellos quedara relegada a un lugar imperceptible. En la sobremesa, Mikel fue el encargado de retomar la narración de los hechos relatados en el diario de Fernando Lusarreta. Don Enrique, Cinta y Lourdes sabían que Javier era el bebé que aquel soldado salvó in extremis de la muerte. Mikel se lo había

contado en la sacristía de la iglesia de Posada de Valdeón. Ana María y su familia desconocían la verdad.

—Solo puedo pedirte perdón en su nombre —articuló Javier con gran tensión en su voz, cuando Mikel finalizó—. Fue un verdadero padre para mí.

—Gracias —dijo Ana María, todavía conmocionada por la historia que acababa de escuchar—. Para mí, eres el hijo de la mujer que ayudó a mi hermano y a mi tío. Y como tal, siempre serás bien recibido en nuestra casa.

A Mikel, el recuerdo de aquellas palabras volvió a erizarle el vello de su cuerpo. Agradeció la humanidad demostrada por Ana María con Javier. Todos los fantasmas de su amigo parecieron abandonar su cuerpo en aquel instante, y la mirada se le llenó de un irreconocible sosiego.

Cuando Mikel llegó al hotel, el aguacero había cesado. Todo el grupo le esperaba junto a la entrada. El coche de Cinta abría la comitiva con Mikel al volante, don Enrique de copiloto y Cinta, Lourdes y Javier en el asiento trasero. El coche de la familia de Ana María lo seguía a escasa distancia. Abandonaron la nacional 121 y se adentraron en la carretera que llevaba a Ultuzar.

El valle se había convertido en una alfombra de hierba fresca extendida a sus pies para recibirlos. Reflejos esmeraldas emanaban de la tierra apaciguando el inquieto ánimo de todos ellos. Aparcaron en las afueras del pueblo.

—Me estaba poniendo nerviosa —les dijo Herminia acercándose al coche—. Llevo un rato paseando por la carretera; ya han llevado la excavadora.

—Nos indicaron que deberíamos estar a las diez de la mañana. Todavía faltan cuarenta y cinco minutos —le informó Javier—. Ven que te presente a todas estas personas —le pidió haciéndole señas para que se aproximara.

Tras las presentaciones todo el grupo se adentró en el pueblo. El alcalde y unas cincuenta personas más esperaban en el atrio de la iglesia.

—Son vecinos que quieren acompañarnos —les explicó Herminia mientras caminaban hacia allí.

—Buenos días —saludó el alcalde dirigiéndose a todos los presentes—. En primer lugar quiero transmitirles en nombre de todos los vecinos, nuestra repulsa y dolor por estos asesinatos. No queremos que hechos de esta índole queden en el olvido. Y aunque no somos muchos, hoy estamos aquí, acompañándoos en este momento difícil y, a su vez, reconfortante. No sabemos si habrá más casos en nuestro término municipal, pero es empeño de

todos los vecinos recuperar esa memoria, y desde aquí, hago constar el compromiso que tenemos con toda la sociedad para intentar recordar aquello que nuestros antepasados, sobreponiéndose al miedo, pudieran haber relatado tras los muros de sus casas. El sentimiento no prescribe, y como seres dotados de humanidad tenemos el deber de ayudar a que las víctimas regresen junto a sus familias.

El sollozo de Ana María quedó acallado por el emotivo aplauso que envolvió las palabras del alcalde.

—Ahora seguiremos el camino que nos lleva hasta la borda de Severino —indicó señalando la calle por la que debían partir—. Allí se encuentran ya los técnicos de la Sociedad Aranzadi.

El alcalde y unos cuanto vecinos abrieron la marcha. Un recogido silencio acompañaba a la comitiva. El viento había contenido su soplo, permitiendo que un toldo estático de hojas ocultara el amenazante mar de nubes negras que cubría el cielo.

Paco Etxeberria y Lourdes Herrazti, su compañera e incansable investigadora, esperaban acompañados por su equipo para dar comienzo a la excavación. Una pala de mediana dimensión se acercaba al recuadro delimitado por una baliza.

El grupo de vecinos y familiares se colocó a cierta distancia de la valla protectora.

La pala dio su primera dentellada a la tierra, pero, para sorpresa de todos los presentes, lo hizo con inusual delicadeza. Uno de los técnicos de Aranzadi, colocado al pie de la zona, examinaba con atención el agujero abierto en el suelo. La tierra descartada se depositó en la parte de atrás de la excavadora. La pala cayó de nuevo sobre la tierra. Otra mordida que encogió el corazón de los presentes. Llevaban varias cuando el técnico levantó el brazo y ordenó parar al operario de la máquina. Paco y Lourdes saltaron al interior del socavón. Un sobrecogedor silencio envolvió a los presentes. El matrimonio comenzó a retirar la tierra con sus propias manos; algún otro técnico se sumó a la tarea.

—Hemos dado con ellos —confirmó el propio Paco Etxeberria, un rato después.

Un aplauso espontáneo contagió a los presentes. Nadie se movió de allí mientras duró el trabajo de dejar los esqueletos completamente visibles. Entonces, les permitieron acercarse hasta el mismo borde de la fosa.

—Voy a explicar lo que estamos viendo —intervino Lourdes Herrazti.

Aproximándose, señaló los restos del cuerpo que yacía sobre otros dos esqueletos perfectamente delimitados—. Estos son los restos del cuerpo de una mujer, que rondaría los veinte años, me atrevo a asegurar. Está enterrada boca arriba, lo que indica que no la mataron a pie de la fosa, sino que la arrojaron después de haberla asesinado. Tampoco le dispararon en la cabeza. No hay fisura en el cráneo.

En ese momento, Javier se sujetó a Mikel. Escondió su rostro en el hombro de su amigo. El llanto agitaba su cuerpo.

—Los hombres que están debajo, si se fijan, también están boca arriba. Lo que nos lleva a dictaminar que con ellos ocurrió lo mismo que con la mujer. En ambos casos, quedan restos de las suelas de caucho de su calzado, incluso se distinguen algunas letras, probablemente, la marca de la casa que los fabricó. Tendremos que analizarlas. La diferencia de edad entre ellos es importante; como veis, la complexión de este tórax, es mucho mayor que la de este otro —indicó rodeando los cuerpos para colocarse próxima al otro esqueleto —que parece el pecho de un adolescente. Junto a este cuerpo, hemos encontrado la hebilla metálica de un cinturón —mostró la bolsa en la que estaba guardada—. Nos ha sorprendido que en el reverso tenía grabados de forma tosca, como si los hubiera realizado con un objeto punzante, tres nombres: Alfonso, Concha y Ana María.

El grito conmocionó a todos los presentes. Ana María, soltándose del brazo de su hija, se adelantó hasta el mismo borde de la fosa. Con sus ochenta y cuatro años cayó de rodillas sobre el suelo.

—¡Tomás, por fin te hemos encontrado! —dijo con la voz entrecortada por el llanto y la emoción—. ¡Joaquín! —gritó alargando su mano hacia el agujero—. Nunca podré pagarles lo que han hecho por nosotros —dijo, mirando a la mujer que la contemplaba desde dentro de la fosa—. Son mi hermano y mi tío. Yo soy Ana María, Alfonso y Concha eran nuestros padres.

—Debemos esperar a que los resultados confirmen que realmente son sus familiares —le dijo Lourdes en tono conciliador.

—¿Puedo ver el cinturón? —pidió con docilidad.

Paco hizo una señal a Lourdes para que le acercara la bolsa.

Ana María lo observó con detenimiento.

—Este cinturón se lo regaló mi padre en su último cumpleaños. Reconocería esta hebilla entre un millón. Pertenece a un cinturón viejo de mi abuelo. Vi con mis propios ojos cómo mi padre la cosía a la nueva correa de

cuero. A Tomás le encantó, y no se lo quitaba de encima. Es mi hermano, se lo aseguro.

—Pues entonces, cuando el trabajo de identificación esté finalizado, podrán llevárselo a casa.

Esperaron a que el juez diera permiso para la retirada de los restos. Después, todos emprendieron el camino de regreso al pueblo. Una fina llovizna comenzó a empapar el suelo, grabando en la tierra las huellas de aquellas personas que se niegan a olvidar la memoria de hombres asesinados impunemente.

Herminia había preparado en casa Iturbe un refrigerio. La exhumación había unido las voluntades de todos ellos. Reían y lloraban con la misma facilidad; momentos de silencio se alternaban con otros de animada charla. Y sin que pudieran percibirlo, Aurora, Joaquín y Tomás deambulaban entre todos ellos dichosos de haber regresado junto a los suyos.

44

Mikel, sentado en una de las butacas esperaba a que abrieran la puerta de embarque. Observó de reojo a los que iban a ser sus compañeros de viaje. De poder elegir, le gustaría acomodarse junto al caballero con pinta de ejecutivo e impecable facha, tan ocupado en revisar los contenidos de su tablet, que no había elevado el rostro ni una sola vez de aquella pequeña pantalla. Abrió su agenda y comprobó que los recortes de todos los artículos sobre la fuga estaban ahí. Quería mostrárselos a Nerea. Volvió a leer el último. Tenía que reconocer que jamás llegaría a la calidad de redacción de Patxi, pero en esta ocasión, y aunque sonara prepotente, había andado cerca. Cuando Fermín le propuso finalizar la tarea que su convaleciente jefe había iniciado, se negó en rotundo. A su miedo a perderse en una narración demasiado afectada por todo lo vivido, había que sumar sus limitadas dotes como redactor.

Acudía casi a diario a visitar a Patxi, sumido en un abatimiento que lo encerraba cada día más en sí mismo. Aquella tarde, Mikel albergaba la esperanza de despertar su interés. El resultado de la exhumación de la fosa de Ultuzar, que permitió que Ana María pudiera trasladar a Posada de Valdeón los restos de su hermano y su tío, así como el artículo del *Diario de León* en el que se hacía referencia al pequeño homenaje rendido por el pueblo a sus paisanos, apenas consiguieron que su jefe mirara, sin ningún signo de

emoción, las fotografías en las que señalaba orgulloso, entre los presentes en el acto, a sus conocidos.

—¡Ya te vale, Patxi! —le gritó exasperado por su actitud—. Abandona de una vez ese aire de mártir. Has tenido más suerte que otros, que no se te olvide. La vida te ofrece otra oportunidad, así que deja de lamentar lo que ha ocurrido.

—¡Qué cojones sabrás tú lo que me pasa! —le contestó enojado.

Mikel se alegró de aquella desabrida respuesta. Por lo menos había conseguido hacerle reaccionar.

—Dímelo, explícame qué te ocurre —le pidió animándole a que abandonara su desidia.

Patxi giró la cabeza hacia la ventana que quedaba a la derecha de su sillón.

—No me da la gana —refunfuñó huraño.

—Voy a escribir un último artículo sobre la fuga del fuerte —dejó caer con disimulada inseguridad—. Fermín me lo ha pedido.

Patxi no pudo evitar volver el rostro hacia él, algo se removió en su mirada.

—Tal vez podrías ayudarme.

Tras unos segundos, Patxi asintió sin convencimiento.

Mikel supo que había tocado la tecla correcta. Los ojos de su amigo brillaban de nuevo, aunque jamás reconocería que aquella petición le había emocionado hasta lo más profundo de su ser.

Patxi aleccionó a su pupilo con encarecida voluntad. No cejó en su empeño hasta que consiguió que la redacción de Mikel tuviera la soltura necesaria para que, con aparente sencillez, el lector quedara atrapado por la noticia.

La megafonía anunció la salida de su vuelo. La puerta de embarque se abrió y Mikel se aproximó hasta ella.

Su asiento estaba junto a la ventanilla. Se acomodó y esperó a su acompañante. Sonrió satisfecho cuando cerraron la puerta de la nave. La butaca contigua a la suya seguía vacía. Poco después notó cómo el avión se movía suavemente, el ruido de las turbinas le hizo mirar a la pista. Solo en ese momento se permitió pensar en lo que dejaba atrás. El recuerdo del abrazo de su madre le encogió el corazón. La sintió frágil y anciana cuando su cuerpo menudo quedó atrapado entre sus brazos. «Te quiero ama» musitó emocionado ante la puerta de su casa. Después, uno a uno, el resto de la

familia se aferró a su pecho con una intensidad que le traspasó la piel, dejando un poso de intenso cariño en su corazón. Las cenas y comidas de los últimos días, con amigos y compañeros de trabajo, habían conseguido que se sintiera un hombre afortunado; también le vinieron bien para amortiguar la angustia de la espera. El avión aceleró y en una corta carrera consiguió elevarse, alejándose con cierta delicadeza del suelo. Mikel inspiró, tranquilo ya, cuando el aparato se hubo estabilizado. Se repantigó en su asiento. Javier acudió de inmediato a su mente. Pudo sentir de nuevo su abrazo emocionado, sus ojos brillantes suplicándole que le escribiera, su sonrisa temblona intentando contener el gesto compungido de su boca. Volvió a verlo en el andén, en esa pose de estática soledad, incapaz siquiera de elevar una mano cuando su vagón pasó por delante de él. Necesitó recurrir a la promesa de Herminia. La mujer había insistido en ocuparse de Javier. Dentro de su añoso cuerpo guardaba la fuerza de una mujer hecha a sí misma. Acostumbrada a batallar con soledades e incertidumbres.

Fue la propia Herminia quien se encargó de trasladar a los descendientes de ambas ramas los hechos acaecidos a su familiar. Ella, quien limpió el panteón de los Iturbe antes de que enterraran allí a Aurora. Su encomiable determinación fue la que condujo a Javier hacia el cementerio aquella tarde de agosto.

El calor y la falta de lluvia habían secado el camino. Alguna ráfaga de viento elevaba una estela naranja de polvo que se enredaba entre el pelo y los ojos de toda la comitiva. Varios vecinos transportaban el féretro, acompañado por un silencio abarrotado de almas. Una voz revivió el nombre de Aurora cuando entró en el camposanto. Otras muchas y con más fuerza, la despertaron de su largo sueño.

La azafata le rozó con suavidad el brazo mientras le ofrecía sonriente la bandeja con el almuerzo. Antes de colocarlo sobre la pequeña repisa de su asiento, miró el contenido insulso del refrigerio. No tenía ganas pero se obligó a comer. Justo se acababa de conectar al servicio de wifi a bordo cuando en la pantalla de su teléfono móvil apareció el icono de entrada de un correo electrónico. Era de Javier.

«Hola Mikel, espero que tu vuelo vaya bien. He creído conveniente darte la buena noticia antes de que te adentres en la selva y me resulte imposible contactar contigo. Por fin me han llamado. Los proyectos de intervención exhumatoria para las fosas de Elorzua y Oirsun están finalizados. Creen que será para mediados de octubre. He llamado a Ricardo

Aranaz. Se ha puesto muy contento.

Deseo de corazón que seas feliz. No olvides que me encantaría conocer a Nerea.

Un fuerte abrazo»

Sintió una fuerte presión en su pecho. El rostro de Javier le empañó los ojos. Desvió la mirada hacia la ventanilla y, ante aquel testigo de infinito y nítido azul, lloró.

El aeropuerto de Brazzaville le impactó. Nunca se habría imaginado que un país de abrumadora miseria para la gran mayoría de sus habitantes, contara con aquella nueva construcción de blanco e impoluto diseño y, a todas luces, súper dimensionada. Caminó tras el resonar de las pisadas de los otros viajeros, atravesando, una tras otra, fantasmales salas de espera. Y en su mente, únicamente, unos ojos, una boca, un olor...

Reconoció su melena, de espaldas a él.

—¡Nerea! —la llamó.

Su mujer se volvió de inmediato. Sus miradas confluyeron en ese instante mágico, deseado. Nerea corrió a su encuentro y se abrazó a él con fuerza. Mikel la rodeó con sus brazos mientras hundía su rostro en sus enmarañados rizos. Inspiró su aroma, su risa, su aliento.

—¡Estás aquí! —murmuró Nerea rozándole los labios.

Mikel la estrechó contra su pecho. Temió abrir los ojos y despertar de aquel sueño.

—Pronuncia mi nombre —le pidió en un susurro.

—¡Mikel, amor mío! —le dijo, sujetándole el rostro con ambas manos.

FIN